

Franz Hartmann

MAGIA BLANCA Y MAGIA NEGRA

Magic, white and black

(1886)



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Rosae Crucis” N° 65



ILLUSION

DESCRIPCION DEL FRONTISPICIO

Al pie del grabado se ve una esfinge dormida, cuyo cuerpo en forma humana, de cintura arriba, representa los principios superiores; mientras que de cintura abajo tiene forma de animal y simboliza los principios inferiores.

Sueña en resolver el gran problema de la formación del Universo y en la naturaleza y el destino de la Humanidad; y su sueño toma la forma de la figura que se ve sobre ella, representativa del Macrocosmos y del Microcosmos con su mutua acción.

Arriba, alrededor, en todo, sin principio ni fin, compenetrando cuanto existe, desde la ilimitada e inimaginable periferia hasta el invisible e incomprensible centro, está *Parabrahm*, el inmanifestado *Absoluto*, el supremo origen de todo poder ya manifestado o que en lo futuro se manifestará, por cuya actividad fue puesto el mundo en existencia y proyectado por el poder de *Su* propia voluntad e imaginación.

El *Omega* y el *Alpha*, en el centro, representan el “*Hijo*”, el *Absoluto* manifestado como *Logos Universal* o *El Cristo*, también llamado *Buddhi* o *sexto principio*, la causa del principio y fin de todo lo creado.

Es *Uno* con el “*Padre*”, manifestado como *Trinidad* en *Unidad* y es la causa de lo que llamamos *Espacio*, *Movimiento* y *Substancia*. Su manifestación suprema es la *conciencia del Yo*, por la que es posible llegar a la comprensión del *Hombre*. El hombre *espiritual*, cuya matriz es su propio cuerpo físico, se nutre del universal principio espiritual, de la misma manera que el feto físico se alimenta de la matriz de la madre, pues su *alma* está formada de las influencias *astrales*, o sea el *alma del mundo*.

Del *Logos Universal* dimana la “*invisible Luz*” del Espíritu, la *Verdad*, la *Ley* y la *Vida*, que abarcan y penetran el *Cosmos* y se manifiestan en la iluminada alma del *Hombre*, mientras que la luz visible de la Naturaleza es tan sólo su aspecto material o modo de manifestación, de la propia suerte que el sol visible es reflejo de su prototipo divino, el invisible centro de fuerza, o gran *Sol espiritual*.

El círculo, con los doce signos del Zodiaco, que limita el espacio en que se representan los planetas de nuestro sistema solar simboliza el *Cosmos*, lleno de las influencias planetarias que penetran en la *Luz Astral* y provienen de la mutua acción entre las emanaciones astrales de los cuerpos celestes y las de sus habitantes.

La actividad del *Cosmos* está representada por el triángulo entrelazado. Los dos exteriores representan las grandes potestades de creación, conservación y destrucción o *Brahmâ*, *Vishnu* y *Siva*, que actúan sobre los elementos Fuego, Agua y Tierra, es decir, sobre los principios originarios de las substancias y formas etéreas, fluidas y sólidas.

Los dos triángulos entrelazados interiores se refieren más especialmente al desarrollo de la Humanidad, B, C y D representan el *Conocimiento*, el *Conocedor* y lo *Conocido*, cuya trinidad constituye el *Conocimiento íntimo*. E, F y G representan el *Hombre físico*, el *Hombre Interno* o etéreo y el *Hombre Espiritual*. El centro representa el divino *Atma*,

idéntico al *Logos Universal* y como éste trino en uno¹. Es la semilla espiritual sembrada en el alma del hombre, por cuyo desarrollo se adquiere la vida inmortal. Su luz es la *Rosa de la Cruz* formada por la *Sabiduría* y el *Poder*. Debajo de todo está el reino de la *Ilusión*, que formado de los más groseros, densos y materializados pensamientos, se hunde en las Tinieblas y en la Muerte donde se descomponen y pudren, disolviéndose de nuevo en los elementos de los cuales el Universo surgió a la existencia.

¹ De las tres A entrelazadas sólo se distingue una en la figura.

PREFACIO

Fue escrita esta obra con el propósito de desengañar a ciertos indagadores crédulos que se figuraban que el ejercicio de los poderes espirituales puede enseñarse por medio de determinados hechizos y fórmulas de encantamiento. Tratábase de demostrar que al ejercicio de los poderes espirituales debe preceder su educación, y se quiso exponer las condiciones necesarias para su desenvolvimiento.

El propósito que se tuvo al escribir esta obra motivó el darle el título que lleva, porque “magia” significa el divino arte de ejercitar los poderes espirituales con que el despertado espíritu del hombre gobierna los invisibles elementos vivientes en la substancia anímica del universo, y sobre todo los de su propia alma, que son los más cercanos a él.

Si deseamos adueñarnos de una fuerza cualquiera necesitamos conocerla y saber de donde procede; y como para estudiar las cualidades de las fuerzas interiores no hay mejor medio que la observación de las que actúan en nosotros mismos, lo más apropiado para lograr nuestro objeto será percibir el proceso efectuado en nuestro organismo psíquico.

El arte de la magia es el ejercicio del poder espiritual obtenido por la práctica del dominio propio, y este poder no puede adquirirse por ningún otro medio, ni cabe enseñar a nadie el ejercicio de un poder que no posee porque todavía no lo ha educado. Únicamente podemos indicar el medio de actualizar las potencias psíquicas latentes en todo hombre. La constitución humana es idéntica en todos los individuos, y en cada cual están latentes o en germen los poderes mágicos, aunque no vale decir que existan antes de que se actualicen y manifiesten, primero interiormente y después en dirección externa. Al escribir esta obra su propósito no era compilar un *código de ética* y por lo tanto acrecer el montón de preceptos morales ya existentes, sino que se intentó auxiliar al aprendiz de ocultismo en el estudio de los elementos componentes de su propia alma, de modo que llegase a conocer su organismo psíquico. Se deseó con ello impulsar el estudio de una ciencia que podría denominarse: *anatomía y fisiología del alma*, cuyo objeto es investigar los elementos componentes del organismo anímico y la fuente de que manan los deseos y emociones del hombre.

Las ciencias físicas han adelantado a paso rápido en los dominios de los fenómenos superficiales y las ilusiones externas; pero la ciencia de la realidad interna y del hombre invisible es muy poco conocida todavía. Las fuerzas mecánicas y químicas de la naturaleza se han subordinado a las ciencias físicas, que pusieron un dogal en el cuello de esos gigantes llamados *Vapor* y *Electricidad* para atarlos a su carro triunfal. Las ciencias físicas han convertido el movimiento, el calor, la luz y el magnetismo en obedientes esclavos del hombre, al que con sus descubrimientos le han abstraído hasta cierto punto de las condiciones impuestas por el tiempo y el espacio. Las ciencias físicas han dado realidad práctica a ideas que hace un siglo se diputaban por químéricas fantasías de visionarios y soñadores.

¿Por qué habríamos de detenernos aquí? ¿Por qué no hemos de llegar todavía más lejos y rendir las semiconscientes y conscientes fuerzas que penetran nuestra alma y también el alma del mundo? ¿Por qué no ha de sernos posible plasmar por la omnipotencia de la

Voluntad los vivientes aunque informes *Elementales* y dar condensada forma a los vivientes y universales principios que si bien actualmente invisibles para nosotros no por ello dejan de existir? Todo esto lo realizaron hace miles de años los sabios orientales y también podremos realizarlo nosotros cuando alcancemos el estado de perfección que caracteriza a los *Adeptos*.

Para llegar a este fin no basta en modo alguno la lectura superficialmente intelectual de los tratados de ocultismo. Los divinos misterios de la naturaleza trascienden el poder conceptivo de la mente limitada y es preciso que los perciba el poder del espíritu. Quien no pueda percibir espiritualmente una verdad espiritual con los ojos del espíritu, tampoco podrá percibirla claramente por razonamientos intelectuales ni por estudio de libros que traten de estas materias y que nunca deben ser nuestros dueños sino nuestros servidores. Tan sólo son útiles los libros para describir los pormenores de lo que ya hemos descubierto en las profundidades de nuestra alma; son sencillamente auxiliares que sostienen ante nuestros ojos magníficos espejos en donde se reflejan las verdades cuya presencia sentimos en nosotros mismos.

El insigne filósofo Jacobo Boheme dice con respecto al estudio del ocultismo:

Si deseáis investigar los divinos misterios de la naturaleza, comenzad por investigar vuestra propia mente y preguntaos si son puras vuestras intenciones. ¿Queréis practicar en beneficio de la humanidad las buenas enseñanzas que recibisteis? ¿Estáis dispuestos a renunciar a todo apetito egoísta que anuble vuestra mente y os impida ver la clara luz de la verdad eterna? ¿Queréis ser instrumentos de manifestación de la divina Sabiduría? ¿Sabéis lo que significa estar unidos con vuestro verdadero Yo, desprenderos de vuestro ilusorio yo, identificaros con el viviente y universal poder de Dios y matar vuestra umbrosa e insignificante personalidad terrena? ¿O es que deseáis adquirir superior conocimiento tan sólo para satisfacer vuestra curiosidad y engreiros de vuestra sabiduría creyéndos superiores a los demás hombres? Considerad que los arcanos de la Divinidad sólo puede descubrirlos el espíritu que actúa en vosotros. De vuestro interior y no de lo exterior ha de dimanar el *verdadero conocimiento*, y quienes busquen la esencia de las cosas en lo externo podrán encontrar el color artificial de las cosas, pero no la verdadera cosa en sí misma.

Debemos educar la mente, pero más todavía el *corazón*. Hemos de comprender intelectualmente las leyes de todas las cosas; pero nuestro falible entendimiento no ha de ser el punto de partida de nuestras investigaciones. El hombre no debe dejarse dominar por razonables apariencias, sino que ha de subyugar su mente de modo que la luz de la divina sabiduría ilumine su entendimiento. Si nuestro juicio queda limpio de toda mácula egoísta y nuestra alma vibra en armonía con el eterno espíritu, nuestro precedero intelecto recibirá la inextinguible luz de la divina Sabiduría y será capaz de abarcar y resolver los más hondos problemas de la naturaleza. Si nuestros deseos y nuestra razón se apegan a la esfera del yo inferior, veremos tan sólo las ilusiones que nosotros mismos nos hayamos forjado; pero si la obediencia a la ley universal nos hace libres, nos identificaremos con la ley y veremos la verdad en toda su pureza.

A todo esto añadiremos, como advertencia para los investigadores, que es sumamente peligrosa y acarrea deplorables consecuencias la investigación científica de los ocultos misterios de la naturaleza, sin el firme fundamento de la verdadera espiritualidad. La percepción de las cosas espirituales es una facultad peculiar del hombre espiritualmente

evolucionado y ajena a los entendimientos semimateriales. Quien continuamente discurre sobre lo que no puede comprender es un soñador inepto para la vida práctica e incapaz de cumplir sus deberes cotidianos, con riesgo de caer en la locura o en el suicidio. La escuela del ocultista sólo está abierta para quienes se hayan graduado en la escuela de la vida terrena.

Por lo tanto, quienes anhelan adquirir poder espiritual o divino, han de tomar el consejo de elevarse *espiritualmente* a las supremas regiones del pensamiento y permanecer allí como en su habitual residencia. Han de perfeccionar su cuerpo físico y su constitución mental de suerte que la respectiva materia componente se vaya sutilizando y haciendo más receptiva a la divina luz del espíritu. Entonces se adelgazará más y más el velo que los separa del mundo invisible y echarán de ver que el círculo que limita su existencia terrestre y fenoménica es simplemente un corto segmento del máximo círculo en que se encierra su existencia como ser consciente en el plano espiritual. Según aumente su conocimiento trascendental, aumentará el hombre su poder espiritual, hasta que por la comprensión de las divinas leyes del universo llegue a ser colaborador de Dios y por su mediación obre Dios milagros.

La época actual es de controversia. La mayoría de las gentes instruidas viven, como si dijéramos, con la cabeza, y olvidan las necesidades del corazón. Predomina la fatuidad y sólo se oye a la sabiduría cuando no contradice los motivos egoístas. Los guardianes de una estrechamente limitada ciencia se engañan al creerse capaces de poner la infinita verdad al alcance de su finito entendimiento y niegan lo que no comprenden.

Los filósofos especulativos repugnan reconocer el poder eterno del amor universal cuya luz se refleja en el alma humana; desean examinar las eternas verdades a la vacilante luz de la razón intelectual según las percepciones de los sentidos; olvidan que la Humanidad es una *Unidad* y que un solo individuo no puede abarcar el Todo; y el ignorante exige la demostración científica de que el hombre ha de ser creyente y sincero, sin dar a sus propios intereses mayor importancia que a los ajenos. Se admite universalmente que el destino final de un individuo no puede depender de las teorías que éste se haya forjado mentalmente respecto de cosmología, neumatología, planes de salvación, etc., y que mientras no tenga conocimientos verdaderos, cualquier creencia u opinión puede serle tan útil como la otra. Sin embargo, no cabe negar que cuanto antes un individuo se libre del error y reconozca la verdad genuina, menos le estorbarán los obstáculos que se interpongan en el camino de su evolución superior y más pronto alcanzará la cima de su perfección final.

Por lo tanto, las cuestiones más importantes parecen ser las siguientes: ¿Es posible que un hombre sepa lo que está más allá de su percepción sensorial, si no se lo revela alguna presupuesta autoridad? ¿Puede desarrollarse la intuición hasta formar un conocimiento práctico sin posibilidad de error, o estamos destinados a depender de la opinión y conocimientos ajenos? ¿Puede algún individuo poseer poderes superiores a los que la ciencia moderna reconoce, y cómo pueden adquirirse esos poderes?

Las páginas que siguen se escribieron con objeto de procurar responder a semejantes preguntas, que tanto interesan a los que desean saber la verdad respecto a la verdadera naturaleza del hombre y de su lugar en el universo. Quienes ya sepan todo esto, no necesitan leer estas páginas; pero a los que quieran aprender, les pueden ser útiles, y les recomendamos los consejos que dio Gautama a sus discípulos: “No creáis nada que no

esté conforme con la razón, y no rechacéis nada, por más contrario a la razón que os parezca, sin examinarlo bien”.

En las siguientes páginas intentamos señalar el camino por donde el hombre puede llegar a ser instrumento de la divina Potestad de que la Naturaleza es obra. Forman estas páginas un libro que no lleva impropriamente el título de “Magia”, porque si el lector acierta a seguir prácticamente sus enseñanzas será capaz de atestiguar la mayor proeza mágica: la regeneración espiritual del hombre.

Este libro no lleva la intención de convencer a los escépticos de que los fenómenos ocultistas ocurrieron en el pasado y ocurren en la actualidad, por más que se ha intentado demostrar la posibilidad de los fenómenos psíquicos por medio de explicaciones de las leyes que los rigen. No se ha dedicado espacio a prolijos ejemplos demostrativos de los fenómenos, pues quienesquiera pueden hallarlos en los libros que se mencionan en las notas puestas al pie de las páginas.

**TODOS CUANTO EN LA TIERRA EXISTE
TIENE SU ETHEREA CONTRAPARTE
ENCIMA DE LA TIERRA; Y NADA HAY EN
EL MUNDO, POR INSIGNIFICANTE QUE
PAREZCA, QUE NO DEPENDA DE ALGO
SUPERIOR. ASI ES QUE SI LO INFERIOR
ACTUA, SU CORRESPONDIENTE PARTE
SUPERIOR, QUE LO PRESIDE, REACCIONARA
A ELLO.**

SOHAR WAJECAE.

LA MAGIA

INTRODUCCION

LA LEY ESPIRITUAL EN EL MUNDO DE LA NATURALEZA

“NO HAY RELIGION
MÁS ELEVADA QUE LA
VERDAD”

Cualquiera que sea la falsa interpretación que la ignorancia antigua o moderna haya dado a la palabra “Magia”, su único y verdadero significado es: *Ciencia Superior o Sabiduría fundada en conocimientos y experiencias prácticas*. Si dudáis de la Magia y deseáis una demostración práctica de ella, abrid los ojos y mirad en torno vuestro. Ved el mundo, los animales y las plantas, y preguntaos si todo ello podría existir sin el *poder mágico de la naturaleza*. El poder mágico no es un poder sobrenatural, si por “sobrenatural” se entiende un poder exterior o más allá de la naturaleza. Afirmar la existencia de semejante poder es absurdo y superstición contrarios a la experiencia: porque es evidente que todo organismo vegetal y animal crece por intususcepción, es decir, por la acción de fuerzas internas que se dirigen hacia el exterior, y no por yuxtaposición, es decir, por externas agregaciones a su substancia.

Una semilla no se convierte en árbol, ni un niño en hombre, por recibir de algún artífice exterior la substancia que acrece su organismo o como una casa que se edifica piedra sobre piedra, sino que los seres vivientes crecen por la acción de una fuerza que obra desde un centro interno de la forma. A este centro se dirigen las influencias procedentes del receptáculo universal de materia y movimiento de donde irradian de nuevo hacia la periferia y efectúan la labor constructora del organismo viviente.

Pero ¿qué otra cosa ha de ser ese poder sino un *poder espiritual*, puesto que penetra en el mismo centro de las cosas materiales? Actúa con arreglo a la ley y construye los organismos de conformidad con una ordenación establecida, por lo que ha de ser superior a una fuerza ciegamente mecánica.

No puede ser una fuerza meramente mecánica, porque sabemos que una fuerza mecánica deja de obrar tan poco como cesa el impulso que la origina. No puede ser una fuerza química, porque la acción química cesa después de afectada la combinación de las substancias. Ha de ser, por lo tanto, una fuerza viva, y como la vida no puede dimanar de una fuerza muerta, ha de ser la fuerza de la Vida una, que obra en los centros vitales de cada forma.

La naturaleza es un mago, y es mago toda planta, animal y hombre que inconsciente e instintivamente usa de sus fuerzas para construir su propio organismo; o de otro modo, todo ser viviente es un organismo en el que actúa el poder mágico de la vida; y si un hombre pudiera adquirir los conocimientos necesarios para dirigir este poder de vida y supiera emplearlos conscientemente en lugar de someterse inconscientemente a su

influencia, sería mago, capaz de gobernar las operaciones de la vida en su propio organismo.

Ahora bien; ¿es posible que un hombre adquiriera el poder de gobernar las operaciones de la vida? La respuesta depende del significado que se dé a la palabra “hombre”. Si significa el animal intelectual, según lo vemos diariamente pasar por la calle, diríamos que no, porque la mayoría de los hombres de nuestra generación, incluso las grandes *lumbreras* científicas, no saben nada absolutamente de su naturaleza íntima ni del universal poder de la *Vida una*; y muchos de ellos ni siquiera han formado su entendimiento, crean o no en la existencia del alma, pues como no pueden verla ni sentirla objetivamente, no saben qué hacer de ella.

Pero si por “hombre” entendemos aquel principio inteligente y activo en el interior del organismo del hombre, que constituye un ser humano y por cuya acción se distingue y es superior a los brutos, tengan forma humana o forma animal, entonces diremos que sí, porque el divino poder que actúa en el interior del organismo del hombre es idéntico al que actúa en lo íntimo de la naturaleza. Es un poder interno del hombre, peculiar de la verdadera naturaleza humana; por lo que cuando el hombre conoce los poderes propios de su esencial constitución y sabe cómo emplearlos, pasa del estado pasivo al activo y utiliza por sí mismo sus poderes.

Por absurdo que parezca, es no obstante lógica consecuencia de las fundamentales verdades relativas a la constitución humana, que si un hombre dominara el universal poder de vida, operante en su interior, podría prolongar cuanto quisiera la vida de su organismo; si lo gobernara y conociera las leyes de su naturaleza, podría densificarlo o sutilizarlo, concentrarlo en un reducido espacio o dilatarlo de modo que ocupara gran extensión.

En efecto, la verdad es más rara que la ficción, como podemos comprobar con sobreponernos a los estrechos conceptos y prejuicios que hemos heredado y adquirido por educación y percepción de los sentidos.

Continuamente ocurren en la naturaleza los más raros fenómenos sin que apenas llamen la atención; pero no nos parecen raros, aunque no los comprendamos, porque estamos acostumbrados a verlos todos los días. ¿Quién sería bastante insensato para creer que de una semilla nace un árbol (pues no hay tal árbol en la semilla) si la experiencia no le hubiese enseñado que los árboles nacen de las semillas a pesar de todo argumento en contrario? ¿Quién creería que una flor nace de una planta, si no lo hubiese visto, puesto que la observación y el raciocinio demuestran que el tallo no contiene flor alguna? Sin embargo, las flores nacen de la planta sin que nadie pueda negarlo.

Por doquier se manifiesta en la naturaleza la acción de una ley espiritual, aunque no podamos descubrirla. Por doquier vemos la manifestación de la sabiduría; pero quienes en su propio cerebro busquen el origen de la sabiduría, lo buscarán en vano.

La magia es el arte de emplear los agentes invisibles, llamados espirituales, en la obtención de determinados resultados visibles. Estos agentes no son precisamente entidades invisibles que planean por el espacio dispuestas a acudir a la evocación de cualquiera que haya aprendido fórmulas y ceremonias de encantamiento, sino que principalmente consisten en el invisible y no obstante poderoso influjo de la voluntad y

la emoción, de los deseos y pasiones, del pensamiento y la imaginación, del amor y del odio, del temor y la esperanza, de la fe y la duda, etc. Son las potencias del alma que por doquier empleamos todos cada día, consciente o inconscientemente, queriendo o sin querer. Pero los que no pueden resistir o subyugar tal influjo, sino que por él están dominados, son pasivos instrumentos o *médiums* por cuyo conducto obran las potencias invisibles de las que suelen ser involuntarios esclavos, mientras que quienes las dominan y por lo tanto saben dirigir las son, en proporción a su capacidad de dominio, verdaderos magos, poderosos y activos, que pueden emplear su poder en el bien o en el mal. Por lo tanto, vemos que, excepto los irresponsables, todo el que tiene potencia de voluntad y la ejercita es mago activo; mago *blanco* si emplea su potencia en el bien, y mago *negro* si en el mal.

Hay en Oriente, y no tanto en Occidente, quienes obran prodigios de los comúnmente llamados mágicos; pero de ello no se infiere que éstos sean magos conscientes, pues tan sólo demuestra la índole mágica del poder que por su conducto actúa, y bien cabe que el supuesto mago sea mero instrumento de las inteligentes potestades que operan aquellos prodigios, sin que él sepa siquiera quienes son.

En rigor no podemos decir que *tenemos vida*, porque la vida no nos pertenece ni nos es posible regularla o monopolizarla. Lo único que sin arrogancia ni presunción podemos decir es que somos instrumentos por cuyo medio la *única Vida universal* se manifiesta en forma de ser humano. Todos somos *médiums* por cuyo conducto actúa la única vida universal. Sólo seremos nuestros propios dueños, cuando conozcamos nuestro verdadero ser y dominemos el principio vital que nos anima. Se engaña quien cree que tiene algún poder de por sí, pues todos los poderes se los presta la naturaleza, o mejor dicho, aquel eterno y espiritual poder que actúa en el centro de la naturaleza y que los hombres han llamado Dios, porque en él ven la fuente de todo bien, la única Realidad en el universo y en todos los seres del universo.

Nadie negará que, además de sus poderes físicos, está temporalmente dotado el hombre de energías mentales y aún espirituales. Amamos, respetamos u obedecemos a una persona, no por la superioridad de su fuerza corporal, sino por sus cualidades intelectuales y morales, o mientras nos hallamos bajo el hechizo de alguna supuesta o real autoridad que le atribuimos. Un rey o un obispo no tienen de por sí más fuerza física que su paje o limosnero y deben hacerse respetar antes de hacerse obedecer. El capitán puede ser el hombre más endeble de toda la compañía, y sin embargo, le obedecen los soldados. Amamos la belleza, la armonía y la sublimidad, no porque sean materialmente útiles, sino porque satisfacen a su respectivo sentido íntimo, que no pertenece al plano físico. La civilización va ganando terreno más bien por virtud de influencias morales e intelectuales que por la fuerza de las bayonetas, y mucha verdad es que en nuestra época la pluma es más poderosa que la espada.

¿Qué sería del mundo sin el mágico poder del amor, de la belleza y de la armonía? ¿Qué sería un mundo construido con arreglo al patrón trazado por la ciencia moderna? Un mundo en que no se reconociese el universal poder de la verdad, no podría ser otra cosa que un mundo de maniáticos, henchido de alucinaciones. En semejante mundo no serían posibles la poesía ni la música, la justicia degeneraría en conveniencia, la honradez equivaldría a imbecilidad, la veracidad a locura y el yo sería el único dios digno de veneración.

Puede definirse la magia como la ciencia que trata de los poderes mentales y morales del hombre y le enseña la posibilidad de regular los suyos y los ajenos. Para estudiar los poderes del hombre, es necesario saber qué es el hombre y su relación con el universo. Si debidamente lo investigamos hallaremos que los elementos componentes del hombre son en esencia los mismos que constituyen el universo, es decir, que el universo es el *Macrocosmos* y el hombre su fiel reproducción o *Microcosmos*.

Uno mismo son el hombre microcósmico y la naturaleza macrocósmica, pues ¿cómo sería posible que el Macrocosmos contuviese algo no contenido en el Microcosmos, o que el hombre tuviese en su organismo algo que no pudiera hallarse en el gran organismo de la naturaleza? Si el hombre es hijo de la naturaleza, ¿puede haber algo en su constitución que no proceda de su eterna madre? Si la organización del hombre contuviese algo extraño a la naturaleza sería un monstruo que la naturaleza rechazaría. Todo cuanto está en la naturaleza ha de estar en el organismo del hombre, ya en germen, ya desarrollado, latente o activo, y puede percibirlo quien a sí mismo se conozca.

Hemos nacido en un mundo en que nos rodean objetos físicos; pero hay en nuestro interior un mundo subjetivo capaz de recibir y retener las impresiones del mundo exterior. Cada cual es de por sí un mundo relacionado con el espacio distintamente de los demás. Cada cual tiene sus luminosos días y sus tenebrosas noches no regulados por los días y las noches de los demás; tiene cada cual sus nubes y sus borrascas y formas y contornos de él peculiares.

Las enseñanzas científicas nos incitan a descubrir la verdadera naturaleza de estos mundos y las leyes que los gobiernan; pero las ciencias físicas tratan únicamente de las formas, que cambian de continuo, y tan sólo dan una parcial solución de los problemas del mundo objetivo, dejándonos casi del todo a oscuras respecto al mundo subjetivo. La ciencia moderna clasifica fenómenos y describe hechos; pero describir el cómo, no es lo mismo que explicar el por qué de un hecho. Descubrir las causas que de por sí son efectos de la desconocida Causa primordial, equivale a la substitución de una dificultad por otra. La ciencia describe algunas propiedades de las cosas y desconoce la causa eficiente de estas propiedades y seguirá desconociéndola hasta que su poder de percepción penetre lo invisible.

Aparte de la observación científica hay otro medio de conocer el aspecto misterioso de la naturaleza. Los instructores religiosos del mundo aseguran que han sondeado las profundidades a donde los científicos no pueden llegar. Muchos suponen que estos instructores recibieron su doctrina por revelación divina o angélica procedente de un supremo, infinito, omnipotente aunque personal y por lo tanto limitado Ser, cuya existencia no se demostró jamás. Aunque haya dudas sobre la existencia de este Ser, hubo en todos los países hombres que se aterrorizaron por supuestos mandatos y estuvieron dispuestos a degollar al prójimo a una orden suya y entregaron voluntariamente hacienda, honra y vida a los pies de quienes miraban como mensajeros o confidentes de un dios. Los hombres quisieron ser miserables o infelices en esta vida con la esperanza de recibir recompensa después de la muerte. Algunos emplean su vida en la anticipación de los goces de otra que no saben si existe o no existe y otros mueren por temor de perder lo que no poseen. Miles de hombres se ocupan en enseñar a los demás lo que ni ellos mismos saben y a pesar de los numerosísimos sistemas religiosos hay relativamente muy poca religión en la tierra.

La palabra religión deriva de la latina *religare* que significa *ligar* o *relacionar*. En recto sentido la religión es la ciencia que examina el enlace existente entre el hombre y la Causa que lo creó, o sea la ciencia que trata de las relaciones entre el hombre y Dios, porque el verdadero significado de la palabra Dios es *Suprema Causa Primera*, y la *Naturaleza* es efecto de su manifestación. Por lo tanto, la verdadera religión es una ciencia muy superior a la fundada en las percepciones sensorias; pero no ha de estar en discrepancia con la verdadera ciencia, porque en último término la verdadera religión y la verdadera ciencia son uno y lo mismo, y por lo tanto, igualmente verdaderas.

La religión que se nutre de ilusiones y la ciencia ilusoria son igualmente falsas, y cuanto con mayor obstinación se aferran a sus ilusiones, tanto más perniciosos son sus efectos.

Conviene distinguir entre *religión* y *religionismo*, entre *ciencia* y *cienticismo*, entre *ciencia mística* y *misticismo*.

El aspecto *superior* de la religión es *prácticamente* la unión del hombre con la suprema Causa primera, de que originariamente emanó la esencia humana.

En su aspecto *secundario*, la religión enseña teóricamente las relaciones entre la Causa primera y el hombre, o sea entre el Macrocosmos y el Microcosmos.

En su aspecto *inferior* se llama religionismo y consiste en la adulación de formas muertas, el culto de los fetiches, el estéril empeño de obtener el favor de alguna imaginaria divinidad y persuadir a Dios para que mude de pensamiento y nos conceda gracias incompatibles con la justicia.

La *ciencia*, en su aspecto *superior*, es el conocimiento real de las leyes fundamentales de la Naturaleza, y por lo tanto, es una ciencia espiritual basada en el conocimiento del espíritu humano.

En su aspecto *inferior*, es la ciencia del conocimiento de los fenómenos exteriores y de las secundarias o superficiales causas que los producen y que el moderno cienticismo toma por la Causa final.

En su *ínfimo* aspecto de cienticismo es un sistema de observación y clasificación de las apariencias exteriores, cuyas causas ignoramos por completo.

El religionismo y el cienticismo están sujetos a continuas mudanzas, pues como engendrados por la ilusión, mueren cuando la ilusión se desvanece. La verdadera ciencia y la verdadera religión son idénticas, y cuando están realizadas prácticamente forman, con la verdad en ellas contenida, la triangular pirámide cuya base se apoya en la tierra y cuya cúspide penetra en el reino de los cielos.

La *ciencia mística* en su verdadero significado es el conocimiento espiritual, o sea el anímico conocimiento de las cosas suprasensibles y espirituales que perciben las espirituales potencias del alma latentes en todos los hombres, aunque muy pocos las hayan desarrollado lo suficiente para utilizarlas.

El *misticismo* pertenece a las sutiles especulaciones del cerebro. Es ir en pos de la ilusión, el anhelo de escudriñar los divinos misterios que la mente interior no puede

comprender; la apetencia de satisfacer la curiosidad respecto de lo que un ser animal no debe conocer. Es el reino de las quimeras, de los sueños, el paraíso de los videntes de fantasmas y de los delirios espiritistas de todo linaje.

Pero ¿qué son la verdadera religión y la verdadera ciencia? Indudablemente hay una definida relación entre el hombre y la causa eficiente de la existencia humana; y por lo tanto, la verdadera religión o la verdadera ciencia será la que enseñe los verdaderos términos de esta relación. Si echamos una ojeada a los diversos sistemas religiosos del mundo, veremos que se contradicen unos a otros; advertiremos un cúmulo de absurdos y supersticiones con tal o cual granito de verdad. Ponderamos las doctrinas éticas y morales de nuestro favorito sistema religioso y metemos sus escorias teológicas en nuestro zurrón, sin recordar que la moral de casi todas las religiones es esencialmente la misma y que las escorias que las envuelven no son la verdadera religión.

Es evidentemente absurdo creer que un sistema sea verdadero, a menos que contenga la verdad; pero también es evidente que una cosa no puede ser verdadera y falsa al mismo tiempo, porque la verdad sólo es *una* y jamás varía aunque nosotros variemos y varíe con ello nuestro aspecto de la verdad. Los diversos sistemas religiosos del mundo no pueden ser productos artificiales, sino que naturalmente resultan de la evolución espiritual del hombre en este mundo, y tan sólo difieren en cuanto difirieron las condiciones de las épocas de su respectiva aparición, mientras que sus dogmas se elaboraron artificialmente con hechos entresacados de la observación externa. Quien no esté obcecado por el prejuicio reconocerá intuitivamente que todas las religiones del mundo tienen algo de verdad; y como sólo puede haber una verdad fundamental, resulta que todas las religiones son ramas del mismo árbol aunque difieran las formas en que se manifiesta la verdad. El sol es siempre el mismo por más que su luz no sea igualmente intensa en todos los puntos de la tierra. En un lugar da crecimiento a las palmeras y en otro a los hongos; pero únicamente hay un sol en nuestro sistema. El procedimiento seguido en el mundo físico es análogo al del mundo espiritual, porque sólo hay una Naturaleza y una Ley.

Cuando alguien disputa sobre religión, da pruebas de que no posee el verdadero conocimiento, porque la verdadera religión es la práctica de la verdad. La única religión verdadera es la religión del Amor universal; y este amor es el reconocimiento de la divinidad de nuestro ser. El Amor es un elemento de la divina Sabiduría y por lo tanto no es posible la sabiduría sin el amor. Cada especie de aves cantan en el bosque con diferente tono; pero a todas les mueve a cantar el mismo impulso y ninguna se pelea con las demás porque le parezca mejor su canto. Además, las disputas religiosas, con sus consiguientes animosidades, son de lo más inútil del mundo, pues nadie puede disipar las tinieblas a garrotazos, sino que el único medio de disiparlas es encender una luz. De la propia suerte, el único medio de disipar la ignorancia espiritual es dejar que brille en todo corazón la luz del conocimiento dimanante del centro de amor.

Todas las religiones se fundan en una verdad interna y todas tienen un ropaje exterior distinto en cada sistema; y si al comparar unos sistemas con otros miramos por debajo de la superficie de sus formas exteriores, veremos que en una misma verdad se fundan todas las religiones, aunque en todas se halle velada esta verdad bajo una terminología más o menos alegórica y las impersonales e invisibles potestades se hayan personificado en imágenes escultóricas de piedra o madera y lo arrúpico y lo real se haya pintado en engañosas formas de letras, cuadros y estatuas, como medios de convertir hacia la

verdad la atención de las mentes ineducadas. Son estas representaciones en la infancia de los pueblos, lo que los libros con estampas respecto de los niños que todavía no saben leer; y tan necio sería arrebatar a los niños grandes sus imágenes antes de que pudieran leer en sus corazones, como quitar las estampas y grabados de las manos de los niños pequeños y darles a leer textos que no comprenden todavía.

Insignificantes y sin interés serían las narraciones bíblicas y las de otras Escrituras religiosas, si los acontecimientos allí relatados se refirieran a ciertos personajes que vivieron hace miles de años y cuya biografía no puede interesar hoy seriamente a nadie. ¿Qué nos importan los asuntos familiares de un hombre llamado Adán o de otro llamado Abrahán? ¿Qué necesidad tenemos de saber cuántos hijos legítimos y cuántos bastardos tuvieron los patriarcas judíos y qué fue de ellos? ¿Qué se nos da si a un hombre llamado Jonás lo arrojaron o no al mar y si se lo tragó o dejó de tragar una ballena? Lo que hoy ocurre en los países de Europa nos interesa muchísimo más que cuanto sucedió en las cortes de Nabucodonosor y Zorobabel.

Pero afortunadamente para la Biblia, y afortunadamente para nosotros si sabemos leerla, sus relatos no son biografías de personajes antiguos, sino alegorías y mitos de profundo significado apenas conocido por exegetas y expositores.

Los personajes del antiguo y nuevo testamento son mucho más que hombres y mujeres de carne y hueso, pues son personificaciones de las eternamente activas fuerzas espirituales que la ciencia profana desconoce, y las biografías se refieren a su acción y relaciones con el Macrocosmos y su contraparte el Microcosmos, para enseñarnos la historia de la evolución espiritual de la humanidad.

Si los filósofos positivistas estudiaran la Biblia y los antiguos libros religiosos de Oriente en su aspecto esotérico y espiritual, aprenderían muchas cosas que desean conocer. Sabrían qué son los verdaderos poderes todavía latentes en el “hombre interno” tan necesarios para producir a voluntad los fenómenos ocultos. Encontrarían instrucciones para transmutar el plomo o el hierro en oro puro y transformar los animales en dioses.

Pero es una verdad basada en leyes naturales que el hombre sólo puede ver lo que en su mente existe. Si un hombre cierra los ojos no ve nada, y si su mente está llena de ilusiones no quedará sitio para la verdad y los más profundos símbolos le parecerán descripciones sin significado.

Si nuestros hijos, grandes o chicos, miran tan sólo los grabados sin aprender el texto, creerán que ninguna otra cosa es posible representar y no tendrán en cuenta que las formas son ilusorias y que no es posible ver las realidades arrúpicas. Así resulta mucho más cómodo creer que pensar.

Los niños no deben detenerse en mirar las estampas hasta el punto de descuidar su educación superior. La humanidad ha transpuesto ya la infancia de su ciclo actual y demanda más intelectual alimento. Declina la época de las supersticiones y no se piden pareceres, sino conocimiento, que no se logra sin esfuerzo. Si examinamos los diversos sistemas religiosos descubriremos gran parte de verdad, pero no podremos reconocerla sin el conocimiento resultante de la experiencia. La opinión expuesta por una persona no determinará el convencimiento en otra, a menos que ésta la corrobore por la misma o

análoga experiencia, porque nadie puede verdaderamente creer sino lo que por sí mismo conoce, ni conocer sino lo que experimentó personalmente.

Crear una verdad es muy distinto de comprenderla, pues podemos creer la verdad con el corazón y rechazarla con el cerebro, esto es, que podemos sentir la verdad intuitivamente y no percibirla intelectualmente. Si los hombres de nuestra época ejercitasen la facultad de conocer la verdad por el corazón, y después examinaran lo que conocen por medio del entendimiento, más tarde tendríamos por doquier un mejor y más feliz estado social. Pero la mayor maldición de nuestra época es que las facultades intelectuales rechazan las verdades del corazón. La ciencia del cerebro suprime el conocimiento del alma e intenta abarcar lo que tan sólo alcanza el corazón.

En vez de vivir los hombres en el santuario de los templos que habitan, están siempre ausentes de allí y se acurrucan en el desván bajo el tejado para atisbar por sus ventanucos las teorías científicas y otras ilusiones de la vida. Allí pasan el día y la noche, vigilando cuidadosamente que ninguna de las pasajeras ilusiones escapen a su observación; y mientras atienden a aquellos frívolos fantasmas, entran cautelosamente los ladrones en la casa y sin que nadie los vea roban los tesoros del santuario. Después, cuando se desmorona la casa y llega la muerte, vuelve el alma al corazón y lo halla desolado y vacío, al paso que se desvanecen todas las ilusiones que ocuparon el cerebro durante la vida y queda el hombre pobre porque no descubrió la verdad en su corazón.

Por lo tanto, el genuino objeto de un sistema religioso debe ser la indicación del medio por el cual desarrolle el hombre el poder de percibir la verdad por sí mismo, independientemente de la opinión ajena. Exigir de un hombre que crea en lo que otro dice y se satisfaga con tal creencia es exigirle que permanezca en la ignorancia y que confíe en la opinión ajena más bien que en la experiencia propia. El ignorante no puede tener convicciones firmes ni por lo tanto verdadera fe, pues si acepta determinada teoría o sistema, es por efecto de las circunstancias en que nació y del ambiente que le rodea. Tiene más propensión a aceptar el sistema que sus padres y deudos profesan, y si abraza otro es casi siempre por puro sentimentalismo o por interés egoísta, con esperanza de obtener algún beneficio de la apostasía. Desde el punto de vista espiritual nada ganará en las nuevas condiciones, porque para acercarse a la verdad debe amarla por sí misma y no por el provecho personal que pueda allegarle, y desde el punto de vista intelectual muy poco o nada ganará al cambiar una superstición por otra. El único medio de alcanzar la verdad es amarla por ser verdad y desechar todo prejuicio y predisposición, para que la luz ilumine su mente.

¿Qué es el religionismo actual sino la religión del temor? Los hombres no desean evitar el vicio, sino el castigo consiguiente a caer en el vicio. La experiencia les enseña que las leyes de la naturaleza son invariables, y sin embargo persisten en obrar contra la ley universal. Alardean de creer en un Dios inmutable, y no obstante imploran su favor cuando ansían quebrantar la ley. ¿Cuándo se elevarán al genuino concepto de que el único Dios posible es el universal poder operante en la inderogable ley del espíritu en la naturaleza? Quebrantar la ley equivale a quebrantar nuestro Dios interno, y el único medio de reparar el quebranto es reponer la supremacía de la ley y erigir nuevamente a Dios en nuestro interior.

Conviene estudiar las opiniones ajenas y retenerlas en la memoria, pero sin creerlas de modo que formen nuestro conocimiento. Aún las enseñanzas de los más insignes

adeptos, por impecables que sean, servirán para instruirnos, mas no para darnos verdadero conocimiento. Nos señalarán el camino; pero nosotros hemos de dar en él los pasos.

Si tuviéramos las palabras de los adeptos como la última finalidad y las aceptáramos sin ulterior investigación interna, caeríamos de nuevo en un sistema dogmático autoritariamente establecido. El conocimiento fortalece y la duda paraliza la voluntad. Quien de antemano crea que no es capaz de dudar, no lo será en tanto que así lo crea; y quien *sepa* por experiencia que puede dominarse, se dominará a sí mismo y dominará todo cuanto le sea inferior, porque lo superior gobierna a lo inferior y nada hay superior al hombre conocedor del perfecto Yo.

El conocimiento del Yo equivale al conocimiento de uno mismo, independientemente de todo dogmatismo, sea cual sea la autoridad de que proceda. Si estudiamos las enseñanzas de una autoridad externa, sabremos a lo sumo la opinión de dicha autoridad respecto de la verdad; pero no llegaremos necesariamente por ello al íntimo conocimiento de la verdad. Si, por ejemplo, aprendemos lo que Cristo enseñó respecto de Dios, sabremos lo que Cristo sabía o creía saber respecto de Dios; pero todo ello no bastará a darnos el conocimiento de Dios mientras no lo descubramos en nuestro propio corazón. Aunque el hombre más sabio nos comunicara sus conocimientos, sólo sería para nosotros una opinión hasta tanto no la comprobáramos por experiencia propia. Mientras no podamos penetrar el alma humana, no conoceremos más allá de su forma corporal; pero ¿cómo penetraremos el alma ajena si no conocemos la propia?

Por lo tanto, el principio de todo conocimiento real es el conocimiento del Yo; el conocimiento del alma y no las divagaciones del cerebro.

¿Da la ciencia profana el verdadero conocimiento del hombre? Su potencia de observación está limitada por la perceptiva de los sentidos corporales, auxiliados por los instrumentos científicos, y así carece de medios para investigar lo que trasciende a los sentidos físicos ni puede entrar en el templo de lo invisible, sino que tan sólo conoce las formas en que mora la realidad. La ciencia sólo sabe lo que el hombre parece ser, pero no lo que *es*; nada sabe del hombre esencialmente real cuya existencia suele negar. En vano solicitamos de ella la solución del enigma que hace miles de años propuso la efigie antigua.

¿Dan las religiones confesionales el verdadero conocimiento del hombre? El concepto que la teología clásica tiene del misterioso ser llamado hombre es tan estrecho como el de la ciencia moderna. Considera la teología al hombre como un ser personal, aislado de los demás seres personales, en torno de cuya personalidad infinitamente pequeña gravita el interés de lo infinitamente grande. La teología olvida que, según enseñaron los fundadores de los principales sistemas religiosos, el hombre primario fue una potestad universal; el verdadero hombre es un todo indivisible; y la forma personal del hombre es tan sólo el temporáneo templo en que mora el espíritu.²

Los errores dimanantes del desconocimiento de la verdadera naturaleza del hombre son causa de que las vulgares opiniones religiosas, mantenidas por la generalidad de los

² San Pablo: *Corintios* – III – 16. “¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”.

teólogos en los países cristianos y paganos, estén basadas en el egoísmo y sean contrarias al espíritu de la verdadera religión. Cristianos y paganos impetran de imaginarios patronos tales o cuales beneficios presentes o futuros para la insignificante burbuja de jabón llamada “ser personal”.

Cada una de estas miopes nonadas necesita ante todo salvarse, pues la salvación de los demás es para él cosa de poca monta. Esperan obtener beneficios que no merecen, por el favor de alguna divinidad personal que en pro de ellos abogue ante Dios, para zafarse del condigno castigo de sus culpas y meter de contrabando sus imperfecciones en el reino de los cielos.

El único fin razonable de las religiones positivas es realzar al hombre desde un estado inferior a otro superior en el que forme mejor concepto de su dignidad como miembro de la familia humana. Si hay posibilidad de comunicar al hombre el conocimiento de su verdadero ser, debiera comunicársele en la iglesia, con la condición de que la verdad predomine sobre la forma y que los intereses de la religión no se confundan intercambiamente con los de la iglesia, para que vuelva la iglesia a estar fundada sobre la roca del conocimiento en vez de apetecer egoístamente beneficios personales en este mundo o en el problemático más allá.

Quien se deja llevar de egoístas consideraciones no puede ir a un cielo donde no cabe ningún interés personal. El que desdeña el cielo y se satisface donde está, ya tiene allí su cielo, mientras que el descontento clamará en vano por el cielo. Libre y feliz es quien no tiene personales deseos. El cielo no puede significar más que un estado libre y feliz. El que practica buenas obras con esperanza de recompensa, no es feliz si no la obtiene, y en cuanto la obtiene se le desvanece la felicidad. No caben descanso y felicidad permanentes mientras haya algo por hacer y cumplir, y el cumplimiento del deber lleva en sí su propia recompensa.

No es libre el hombre que obra bien con esperanza de recompensa. Es un servidor del yo que obra en beneficio del yo y no por amor a Dios. Así, no le recompensará el poder de Dios, sino que sólo le cabe esperar recompensa de sus transitorias circunstancias.

No es libre quien obra mal instigado por motivos egoístas. Tampoco es dueño de sí mismo quien apetece el mal y se contiene por temor. Sólo es libre quien reconoce en su propio corazón el supremo poder del universo. El que esclaviza la voluntad al yo inferior es esclavo de su personalidad; pero quien ha vencido al yo personal entra en la vida superior y se convierte en una potestad.

La ciencia de la vida consiste en subyugar lo inferior y realzar lo superior. La primera lección nos enseña a librarnos del amor al yo, el ángel malo, o como dice Edwin Arnold:

El pecado del yo que como un espejo ve reflejada en el universo su apasionada faz y exclama: ¡yo! Para que el mundo responda: ¡yo! Todo perecería si el yo prevaleciese.³

El yo es una falaz resultante de diversos egoísmos o entidades egoideas con sus respectivas apetencias, que tanto más crecen cuanto más nos esforzamos en

³ *Luz de Asia.*

satisfacerlas. Si permitimos que cobren bríos, las fuerzas semi-intelectuales desgarrarán el alma, y así debemos subyugarlas con el poder del verdadero dueño, del Yo superior, del Dios interno.

Estos egoísmos o entidades egoideas son los *elementales* de que tanto se habla en los tratados de ocultismo. No son quimeras, sino fuerzas vivas que puede percibir quien sea capaz de mirar en su propia alma. Cada una de estas fuerzas corresponde a un deseo animal, y si dejamos que éste se vigorice, tomará la forma del ser más adecuado a su índole. Al principio son formas tenues y vaporosas; pero según vamos cediendo al deseo que las plasma, se densifican y concretan en el alma, hasta que, nutridas por la voluntad, cobran mayor fuerza al convertirse el deseo en pasión.

Los elementales más vigorosos devoran a los más débiles, es decir, que los deseos de poca intensidad quedan desvanecidos por los más vehementes, y en último término prevalece contra todos el más poderoso o sea la pasión dominante.

Los elementales forman los temibles *moradores en el umbral*, que impiden la entrada en el paraíso del alma. Los ocultistas atribuyen a los elementales formas de culebras, tigres, cerdos y lobos; pero como suelen ser la resultante de una mezcla de elementos animales y humanos, no revisten formas exclusivamente animales, sino que aparecen como animales con cabeza humana o como hombres con miembros de animal en infinidad de formas, porque infinitas son las entremezclas y correlaciones de la lujuria, avaricia, codicia, amor sensual, ambición, cobardía, miedo, terror, odio, orgullo, vanidad, presunción, estupidez, voluptuosidad, egoísmo, celos, envidia, arrogancia, hipocresía, astucia, falacia, imbecilidad, superstición, etc.

Estos elementales viven en el reino del alma humana mientras vive el hombre, creciendo a expensas de su principio vital y nutriéndose de la substancia de los pensamientos. Puede ocurrir que los elementales tomen forma objetiva si en un paroxismo de temor o por efecto de alguna enfermedad salen de su habitual esfera. No los matan las ceremonias piadosas ni los desvanecen las exhortaciones del sacerdote, pues únicamente la *espiritual* voluntad del hombre divino puede aniquilarlos como la luz disipa las tinieblas, como un rayo de sol rasga las nubes.

Tan sólo quienes hayan despertado a la divina conciencia espiritual poseen aquella espiritual voluntad ignorada del no regenerado. Pero quienes todavía no estén tan adelantados pueden matar los elementales privándolos del alimento que los nutre, es decir, no deseando su presencia ni gozándose en ella, de modo que la voluntad no consienta su existencia. Entonces comenzarán a debilitarse y consumirse hasta que, separados del cuerpo anímico, mueran y se desintegren como miembro gangrenoso que se amputa del cuerpo cuyo sufrimiento causó.

Estas descripciones no son quiméricas ni alegóricas. Teofrasto Paracelso, Jacobo Boehme y otros ocultistas trataron de los elementales, y la debida comprensión de sus enseñanzas nos explicaría satisfactoriamente muchos sucesos mencionados en la historia y en las vidas de los santos.

Pero no tan sólo hay gérmenes animales en el reino del alma humana. Todo hombre tiene en sí la potencia embrionaria que puede convertirlo en un Shakespeare, un Washington, un Goethe, un Voltaire, un Gautama o un Jesús de Nazareth.

Tiene también los gérmenes de un Nerón, una Mesalina o un Torquemada. Cada germen puede desarrollarse, tomar forma y hallar por fin su expresión y reflejo en el cuerpo externo, en cuanto lo permita la lentitud con que se plasman los densos átomos materiales, pues cada índole tiene su forma peculiar y cada forma su índole característica.

El microcosmos humano es un jardín donde medran toda especie de plantas. Unas son ponzoñosas; otras saludables. Al hombre le corresponde resolver qué plantas ha de cultivar para convertirlas en árbol vivo.

La obra de espiritualización no necesita que el hombre sea misántropo ni que se retire a un yermo para alimentarse allí con los productos de su morbosa imaginación.

La lucha motivada por las mínimas molestias de la vida cotidiana es la mejor escuela en donde ejerciten la voluntad quienes no hayan subyugado todavía el yo inferior. “Renunciar a las vanidades del mundo” no significa el desprecio de los adelantos materiales ni desdeñar el estudio de las matemáticas y de la lógica ni no tomarse interés por el bienestar de la humanidad ni eludir los deberes de la vida ni desatender el cuidado de la familia. Semejante conducta sería enteramente inversa al propósito, pues acrecentaría el amor al yo y encerraría al alma en un foco insignificante en vez de dilatarla por el mundo. “Renunciar a sí mismo” significa trascender el sentimiento de la personalidad y libertarse del amor a las cosas que la personalidad apetece. Significa “vivir en el mundo” pero no “según el mundo”; substituir el amor personal por el universal y considerar los intereses colectivos muy superiores a los individuales. A la renunciación del yo sigue necesariamente el desarrollo espiritual. A medida que nos olvidamos de nuestra personalidad concedemos menos importancia a lo personal y nos miramos, no ya como entidades permanentes e inmutables, aisladas entre otras también aisladas entidades y separados de ellas por impenetrables corazas, sino que nos consideramos como manifestaciones del infinito poder que abarca el universo, enfocado en los cuerpos que temporáneamente habita, en los que de continuo fluye y de los que sin cesar emanan los rayos de una infinita esfera de luz cuyo centro está en todas partes y cuya superficie no está en ninguna.

En el reconocimiento y realización de esta verdad se funda la única Ley verdadera, la *Religión del universal amor de Dios en todos los seres*. Mientras el hombre sólo atiende a su yo inferior y a él convierte sus pensamientos y acciones, necesariamente ha de estrecharse su esfera mental. Todas las sectas religiosas populares se fundan en consideraciones egoístas y todos sus creyentes anhelan beneficios espirituales, cuando no materiales, para sí mismos. Todos desean que otro los salve; pero anteponen la salvación propia a la del prójimo. La verdadera religión del amor universal no conoce el yo inferior.

Aún el levantado y loable anhelo de ir al cielo o de entrar en el nirvana es al fin y al cabo un anhelo egoísta, y mientras el hombre tenga deseos egoístas, su mente sólo percibirá la personalidad; y cuando deseche su limitado y engañoso yo, será su Dios interno tan ilimitado y omnipotente como el Espíritu de sabiduría. Quien anhele conocimiento ilimitado debe trascender toda limitación.

Mirada desde esta altura, la personalidad resulta sumamente insignificante y de mínima importancia. El hombre parece entonces la centralización de una idea y pueblos e individuos son como vivientes granos de arena en la playa de un océano infinito. Fortuna, fama, amor, riquezas, son burbujas de jabón que el alma no vacila en desechar como frívolos juguetes infantiles. Ni siquiera merece tal renunciación el nombre de sacrificio, así como los niños ya crecidos no sacrifican sus juguetes, sino que los abandonan porque ya no los necesitan, y a medida que se dilata su mente ansían algo de mayor utilidad. De la propia suerte, cuando se explaya el alma humana, todo su ambiente y aún el mismo planeta en que vive le parecen pequeños, como un paisaje visto desde muy lejos o desde la cima de una altísima montaña, al paso que se agiganta su concepto del infinito. Esta expansión de nuestra existencia “nos subtrae de la patria y del hogar”⁴ para constituirnos en ciudadanos del universo, y desvanece el afecto ilusorio que sentimos por las mortales y perecederas formas de nuestros parientes y amigos, para unirnos sempiternamente con sus verdaderas individualidades, como nuestros inmortales hermanos. Esta expansión de nuestra existencia nos eleva desde las estrechas lindes de la ilusión al ilimitado reino del ideal, y libertando al hombre de su deleznable cárcel de arcilla, lo conduce a la sublime y esplendorosa libertad de la vida universal y eterna.

Toda forma de vida, sin exceptuar la humana, no es más que un foco en que se concentran las energías del universal principio de vida; y cuanto más concentradas están y más apegadas a la forma, tanto menos capaces son de manifestar su actividad, de crecer y explayarse. El hombre que emplea sus facultades en propósitos egoístas, las contrae a sí mismo, y en el grado en que las contrae pone mayores limitaciones a su mente y se hace más insignificante, de modo que, según pierde de vista el conjunto, se aparta el conjunto de él. Si, por el contrario, el hombre vive en continuo ensueño y dirige sus fuerzas a la región de lo desconocido, diseminándolas por el espacio sin haber vigorizado la mente, sus pensamientos vagarán como sombras por el reino del infinito, para perderse estérilmente. Ni el ególatra positivista ni el soñador visionario e idealista alcanzan la verdad. El desenvolvimiento armónico requiere la correspondiente acumulación de energía.

Hay quienes tienen mucha intelectualidad y poca espiritualidad. Otros mucha espiritualidad y poca intelectualidad. Los elegidos son aquellos en quienes la energía intelectual está apoyada por la fortaleza espiritual.

Para ser prácticos hemos de comprender primero por la observación y las enseñanzas recibidas lo que debemos practicar. La comprensión resulta de la asimilación y el desenvolvimiento y en modo alguno de la memoria. La verdad es el alimento del alma. Es como el despertar a un estado en que tenemos conciencia de la naturaleza de las cosas que vienen a formar parte de nuestro ser. Si un viajero llega por la noche a un país extraño, difícilmente sabrá donde se encuentra al despertar por la mañana después del sueño, pues como tal vez haya estado pensando en su hogar y en quienes en él dejó, sólo echará de ver el sitio donde se halle cuando abra los ojos y despierte a la plena conciencia de su nuevo y extraño alrededor. De la propia suerte es preciso que desaparezcan los viejos errores antes de conocer las nuevas verdades. El hombre no empieza a existir como ser espiritualmente consciente, hasta que empieza a experimentar la vida espiritual.

⁴ Bulwer-Lytton – *Zanoni*.

El logro de la espiritualidad requiere que vayan par a par la salud del cuerpo, el desenvolvimiento de la mente y la actividad del espíritu. A la intuición ha de acompañar una inteligencia inegoísta, y la mente sana ha de estar sostenida por un cuerpo sano. Para realizar esto no sirven las enseñanzas científicas que tan sólo tratan de efectos ilusorios ni las creencias religiosas basadas en quimeras, sino que únicamente puede enseñarlo la Teosofía, la secular *Religión de la Sabiduría*, fundada en la Verdad y cuya aplicación práctica es el supremo objeto de la existencia humana.

La religión de Sabiduría fue y aún es hoy la herencia de los santos, profetas, videntes e iluminados de todas las naciones, independientemente de su externa confesión religiosa. Los sacerdotes indos, egipcios y judíos enseñaron antiguamente la religión de Sabiduría en las criptas de los templos; la predicaron Gautama el Buda y Jesús de Nazareth; fue la enjundia de los misterios eleusinos y báquicos de los griegos; y en ella se funda la verdadera religión del Cristo eterno. Es la religión de la humanidad que prescinde de opiniones y fórmulas. Ahora como en la antigüedad los que se erigen en maestros de hombres tergiversan y adulteran las verdades de la religión de Sabiduría. Los fariseos y saduceos del *Nuevo Testamento* fueron los antetipos de los modernos clérigos y científicos. Ahora como entonces el espíritu ha dejado vacía la forma, ahuyentado por los que aprenden la letra y desconocen el espíritu. La religión de Sabiduría será siempre una *ciencia secreta* para los idólatras adoradores de la forma, aunque la oyeran predicar desde las azoteas y en medio de la plaza pública. Así como el codicioso de dinero, absorto en los intereses materiales, no es capaz de sentir las bellezas naturales por muchas que le rodeen, de la propia suerte el razonador especulativo andará tras un signo sin advertir los signos que de continuo le rodean. El corazón de la humanidad es el sepulcro del que ha de resucitar el Salvador. Si el Dios latente en la humanidad despierta a la plena conciencia de su divinidad, aparecerá como un sol que derrame su luz sobre mejores y más dichosas generaciones.⁵

Pocos negarán el mágico poder de la benevolencia, y si se admite la existencia de la *magia blanca* o benévola, no es en modo alguno improbable la existencia de la *magia negra* o malévola.

No es el *hombre* quien ejerce buenos o malos poderes mágicos, sino que el interno espíritu obra bien o mal mediante el organismo humano. Considerado como Causa suprema, es Dios el bien o el mal, según su actuación; porque si en Dios no se sintetizaran igualmente el bien y el mal dejaría de ser universal. Dios obra bien o mal según la modalidad de su actuación, de la propia suerte que el sol es bueno cuando en primavera descuaja las nieves y estimula el brote de yerbas y flores de la obscura tierra, y es malo cuando resuella la piel del viajero en el África tropical o nos mata de un tabardillo. Dios determina el saludable crecimiento de un miembro y el morboso crecimiento de un cáncer por el poder de su inteligente naturaleza material, que no actúa por capricho sino de conformidad con la ley.

La Sabiduría divina no se manifiesta en lo que no es divino o espiritual. La conciencia no puede revelarse en un cuerpo inconsciente. Tan sólo cuando el espíritu del hombre despierta a la conciencia y al conocimiento es capaz el hombre de dirigir sus fuerzas espirituales y aplicarlas al bien o al mal.

⁵ Véase *Bhagavad Gitâ* XI.

Quien haya educido conscientemente sus fuerzas espirituales puede emplearlas en el bien o en el mal. Sabemos que hay hombres muy inteligentes que empeñan su talento en malvados propósitos. Vemos quienes se valen de la vanidad, la codicia, el egoísmo o la ambición de los demás para subordinarlos a sus intentos. Les vemos cometer crímenes e instigar a la guerra con fines egoístas para lograr los objetos de su ambición. Pero todo esto se relaciona más o menos con la lucha por la existencia y no entra de lleno en la esfera de la magia negra, pues generalmente el móvil de dichas acciones no es el amor al mal en absoluto, sino la apetencia de beneficios personales. Los verdaderos magos negros practican el mal por el mal mismo y dañan a los demás sin que del daño inferido esperen recibir beneficio personal alguno.

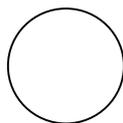
A este linaje pertenecen los habituales maldicientes, calumniadores, difamadores y seductores que se gozan en levantar enemistades en el seno de las familias, entorpecen el progreso y fomentan la ignorancia, por lo que se les ha dado el merecido nombre de *Hijos de las Tinieblas*, mientras que a quienes practican el bien por amor al bien se les ha llamado *Hijos de la Luz*.

La lucha entre la Luz y las Tinieblas es tan antigua como el mundo, pues no puede manifestarse la luz sin las tinieblas ni hay mal sin bien. El bien y el mal son la luz y la sombra del único y eterno principio de vida, y cada uno de ellos es necesario para que se manifieste el opuesto. Existe el bien absoluto; pero nosotros no podemos conocer el bien si no conocemos la presencia del mal. El mal absoluto no existe, pues está refrenado por el poder del bien. Contra un alma en que no existiese el bien prevalecería la más leve cólera, y las fuerzas constituyentes de semejante entidad se aniquilarían unas a otras. El redentor del hombre es su poder para el bien. Este poder atrae a él todo lo bueno, y cuando la suprema fuente de todo poder de la cual emanó en un principio la vida, resuma al fin en sí misma esta actividad, se desvanecerán las potestades tenebrosas, y los Hijos de la Luz quedarán identificados con su propio origen.

Tal es la ley de evolución: que lo inferior ha de transmutarse en lo superior; y esto sólo puede cumplirse en virtud de la potencia suprema latente en la forma que del exterior recibe el impulso.

El alma requiere alimento lo mismo que la forma física, y el alimento del alma desciende de lo alto como la lluvia, al paso que la baja tierra suministra las condiciones de asimilación.

Tal es la ley del espíritu en el mundo de la naturaleza: que toda forma se ha de alzar hasta el espíritu, mientras la materia ofrece las etapas de ascensión. Este desenvolvimiento y realce se efectúa en el grado en que el hombre despierta su conciencia divina y le infunde el sentimiento de su divina naturaleza que ha de conducirle al conocimiento de Dios.



CAPITULO I

EL IDEAL

DIOS ES ESPÍRITU Y QUIENES
LE ADOREN HAN DE ADORARLE
EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

S. JUAN IV-24

La perfección es el supremo deseo que un hombre puede acariciar y el mayor derecho que puede reivindicar. Conocerlo y amarlo todo, de suerte que todo le conozca y ame, poseer y dominar todo cuanto existe; tal es la condición que hasta cierto punto cabe colegir intuitivamente, pero cuya posibilidad está más allá del alcance de la inteligencia de los mortales. Un anticipo de tan felicísima condición puede experimentar quien, siquiera brevemente, goce de completa felicidad. El que no está oprimido por la tristeza ni excitado por deseos egoístas y tiene conciencia de su fuerza y albedrío, puede considerarse dueño de mundos y el rey de la creación; porque en tales momentos él es su gobernante en lo que a él se refiere, aunque los vasallos no se percaten de su existencia.

Pero cuando despierta de su sueño y mira al mundo exterior por las ventanas de sus sentidos y empieza a razonar sobre lo que le rodea, se le desvanece la ilusión y se ve hijo de la tierra, forma mortal atada con multitud de cadenas a un manchón de polvo en el universo, a una pelotilla de materia llamada planeta que flota en la infinitud del espacio. El mundo ideal que un momento antes se le representaba como gloriosa realidad, le parece ahora la inconsistente fábrica de un sueño en que nada hay real, y la existencia física con todas sus imperfecciones es para él la única e incontrovertible realidad y sus más caras ilusiones lo único digno de su atención. Se ve rodeado de formas materiales y le parece descubrir de entre estas formas las correspondientes a su ideal supremo.

El más vehemente deseo del hombre es lograr en toda su plenitud lo que considera como su más alto ideal. Un hombre sin ideal es inconcebible. Ser consciente equivale a reconocer la existencia de algún ideal, pues sin ideal perecería el mundo. El hombre sin anhelo por algún ideal sería inútil en la economía de la naturaleza, porque quien tiene satisfechos todos sus anhelos, no necesita vivir más, ya que de nada le serviría la vida. Todos estamos ligados a nuestro ideal; el que lo tiene percedero debe morir cuando su ideal perezca; el que lo tiene imperecedero debe alcanzar la inmortalidad para lograrlo.

El supremo ideal de todo hombre ha de ser su Yo superior. El yo inferior, cuya expresión es la forma física, no constituye el hombre completo. Podemos considerar al hombre como un invisible poder o rayo que desde el Sol espiritual se extiende hasta la tierra, pero del que sólo es visible el extremo inferior en donde fecunda un organismo material por cuyo medio el rayo invisible entresaca fuerza de la baja tierra. Si toda la

vida y la fuerza mental desarrolladas por el contacto con la materia se gastan en el plano material, nada ganará con ello el Yo superior, como le sucedería a una planta que sólo desarrollase su raíz. Cuando la muerte rompe la comunicación entre lo superior y lo inferior, perece el yo inferior y el rayo sigue siendo lo que era antes de fecundar a un morador del mundo material.

En dos mundos vive el hombre: en su mundo interior y en el mundo exterior. Cada uno de estos mundos tiene sus peculiares condiciones, y el mundo en que vive es para él la única realidad mientras en él vive. Cuando durante el profundo sueño o en momentos de perfecta abstracción se retrae el hombre a su mundo interior, se desvanecen las formas percibidas en el mundo exterior; pero cuando despierta en el mundo exterior olvida las impresiones recibidas en su interno estado o a lo sumo dejan éstas sus indecisas sombras en el cielo. Tan sólo puede vivir simultáneamente en ambos mundos quien logra entrefundir armónicamente en uno de sus dos mundos interior y exterior.

Lo que llamamos real corresponde rara vez a lo ideal, y a menudo ocurre que después de varios fracasos en el intento de realizar sus ideales en el mundo exterior, se retrae disgustado el hombre a su mundo interior y da de mano a todo nuevo intento; pero si logra su ideal, se siente feliz por algún tiempo y nada más existe para él, pues el mundo exterior está identificado entonces con su mundo interior, su conciencia se absorbe en el goce de ambos mundos y, sin embargo, sigue siendo hombre.

Artistas y poetas están familiarizados con esta situación. El inventor que ve aceptado su invento, el soldado que vuelve victorioso de la guerra, el amante unido con el objeto de su amor olvidan su propia personalidad y se arroban en la contemplación de su ideal.

El santo que en éxtasis ve ante él al Redentor, se anega en un océano de arrobamiento y su conciencia se enfoca en el ideal que forjó en su propia mente, pero tan real para él como una forma de carne viva. La Julieta de Shakespeare ve realizado su ideal terreno en la juvenil forma de Romeo. Unida a él pierde Julieta la noción del tiempo, no se da cuenta de que acaba la noche y confunde con el del ruiseñor el canto de la alondra que anuncia el alba. La felicidad no mide el tiempo ni conoce el peligro. Como el ideal de Julieta es terreno, perece, y perdido su ideal ha de morir Julieta; pero los inmortales ideales de ambos amantes se identifican en uno cuando por la puerta de la muerte corporal entran en el reino de la inmortalidad.

Así como el sol apuntó demasiado pronto para Julieta, así se desvanecen los fugaces ideales realizados en el mundo externo. El ideal realizado deja de ser ideal. Mueren las formas etéreas del mundo interior cuando la ruda mano de los mortales las plasma en materia. La naturaleza mortal del hombre ha de morir antes de alcanzar su imperecedero ideal.

Pueden morir los bajos ideales; pero su muerte da existencia a otros semejantes. De la sangre de un vampiro muerto brotan un enjambre de vampiros. Un egoísta deseo satisfecho cede su lugar a otros análogos; una pasión consumida es reemplazada por otra de su misma índole; un apetito sensual calmado despierta otros de parecido linaje. La felicidad terrena dura muy poco y suele acabar en desdicha; tan sólo es inmortal el amor de lo inmortal. Los bienes materiales perecen, porque toda forma es transitoria y ha de morir. Las prendas intelectuales se desvanecen, porque sujetos a mudanza están

los frutos de la imaginación, las teorías y opiniones. Varían los deseos y las pasiones y se marchitan los recuerdos.

Quien se adhiere a viejas memorias se adhiere a cosas muertas. El niño se hace hombre, el hombre se hace viejo y el viejo vuelve a ser niño. Los juegos infantiles ceden sitio a los goces intelectuales, y cuando éstos han dado su provecho se nos muestran tan inútiles como aquellos, porque únicamente las realidades espirituales son verdaderas y perdurables.

En el siempre revuelto caleidoscopio de la naturaleza mudan incesantemente de aspecto las formas ilusorias.

Lo que un siglo escarneció por supersticioso lo acepta el siguiente como fundamento científico, y lo que parece hoy sabiduría tal vez se menosprecie mañana por absurdo. Sólo es permanente la verdad.

Pero ¿en dónde hallará el hombre la verdad? Si profundiza lo suficiente en sí mismo, allí se le revelará, pues todo hombre es capaz de conocer su propio corazón. Puede dirigir un rayo de la luz de la inteligencia a las profundidades de su alma para escudriñar su fondo y ver que es tan infinitamente profundo como el cielo que se extiende sobre su cabeza. Puede hallar perlas y corales o también monstruos abismales. Si su pensamiento se mantiene firme y fijo entrará en el íntimo santuario de su templo y verá la invelada diosa. No todos pueden llegar a tales profundidades, porque con facilidad se desvía el pensamiento; pero quien vigorosa y perseverantemente indague, descorrerá velo tras velo hasta que en el intérrimo centro descubra el germen de la verdad, que conscientemente despertado crecerá en él hasta convertirse en sol que ilumine su mundo interior.

Esta meditación y realce de pensamiento en el intérrimo centro del alma es la única *plegaria* verdadera. La adulación de una forma externa viva o muerta, objetiva o subjetivamente imaginaria, no sirve más que de engaño. Muy fácil es asistir a las ceremonias del culto externo; pero la verdadera adoración al Dios vivo requiere un gran esfuerzo de voluntad y mucho vigor de pensamiento, pues consiste en el ejercicio del espiritual poder recibido de Dios. En nuestro interior se ruega Dios a sí mismo. Nuestra tarea está en guardar continuamente la puerta del sagrado recinto para que no entren en la mente siniestros pensamientos perturbadores de su tranquilidad, pues si los reflejos del pasado no enturbian sus aguas veremos centellear en el fondo la imagen de la eterna verdad. Conocer la verdad en toda su plenitud es alcanzar la vida inmortal; perder la facultad de conocer la verdad equivale a morir. En quien todavía no ha despertado a la vida espiritual, la voz de la verdad es la “callada y quieta voz” que el alma escucha resonar en el corazón, como entre sueños escuchamos el tintineo de lejanas campanillas⁶; pero en quienes ya son conscientes de la vida y han recibido el bautismo de la primera iniciación, administrado por el espíritu de Dios, no tiene ciertamente son la voz oída por el renacido ego, sino que se convierte en la poderosa *Palabra* del Maestro. La despertada verdad es consciente de sí misma y a sí misma basta, pues sabe que existe. Supera a todas las teorías y a todos los credos y aventaja en alteza a la ciencia, sin que necesite corroboración de “autoridades reconocidas” ni tenga en cuenta las opiniones ajenas ni pueda haber apelación contra sus decisiones. No conoce la duda

⁶ Véase Blavatsky: *La voz del silencio*.

ni el temor, sino que descansa en la calma de su majestad suprema. No se muda ni altera; siempre fue y es la misma, percíbala o no el hombre mortal. Puede compararse la verdad a la luz del sol que no deja de iluminar a la tierra aunque el hombre se sustraiga a sus rayos.

Podemos cerrar los ojos a la verdad sin que por ello la verdad varíe. Ilumina las mentes de quienes han despertado a la vida inmortal. Un aposento reducido necesita poca luz y un vasto aposento necesita mucha luz para su alumbrado; y sin embargo, en uno y otro brilla la luz igualmente clara. De la propia suerte, la luz de la verdad brilla en el corazón de los iluminados con la misma claridad, pero con distinta potencia según su individual capacidad.

Sería enteramente inútil el intento de describir esta iluminación interior, pues para nosotros sólo existe aquello que con nosotros se relaciona y no existe lo que no conocemos. Al ciego no es posible demostrarle la existencia de la luz ni tampoco cabe dar prueba alguna de conocimiento trascendental a los incapaces de trascender el reino de las externas apariencias.

Nada hay superior a la verdad; y por lo tanto, la adquisición de la verdad debe ser el supremo ideal del hombre. El supremo ideal en el universo debe ser un ideal universal.

La constitución humana obedece a una ley universal y el supremo ideal ha de ser el mismo para todos y asequible a todos, por lo que todos han de esforzarse unidamente en su logro. Mientras el alma humana no eche de ver el supremo ideal del universo, considerará como su más elevado ideal el mayor que sea capaz de reconocer; pero en tanto haya otro que le supere, se verá inconstantemente atraído por él, a no ser que con obstinada persistencia repugne su atracción.

Tan sólo el logro del supremo ideal en el universo puede darnos eterna y permanente felicidad, porque una vez logrado, nada nos cabrá ya desear. Mientras haya un ideal más elevado para el hombre, sentirá la aspiración de lograrlo, y una vez logrado el superior, cesa toda atracción, se identifica con él y nada más le es posible desear. Debe haber un estado de perfección que todos podemos alcanzar y más allá del cual no quepa progreso alguno hasta que el universo en conjunto progrese más allá de él. Todo hombre tiene el mismo derecho a lograr lo superior; pero no todos tenemos desarrollada la misma potencia, y así algunos lo alcanzan pronto, otros se arrastran por el camino y la mayoría tal vez caen y han de empezar de nuevo al pie mismo de la escala. Toda bellota que del roble se desprende madura tiene la inherente potencia de convertirse en roble aunque no todas hallan las mismas condiciones de medro. Algunas germinan, otras crecen hasta ser árboles; pero la mayoría se pudren y con su descomposición proporcionan materia a nuevas formas.

El hombre mortal no conoce la plenitud de la verdad suprema. Quienes alcanzaron el estado de perfecta conciencia de la verdad infinita no están presos en una forma ilimitada, sino que pertenecen a una hueste arrúpica, pues no podrían identificarse con el universal principio si estuvieran atados con las cadenas de la personalidad. Un alma explayada hasta el punto de no caber ya en la cárcel de carne, no necesitará más de esta cárcel. La carne y la sangre sólo sirven para guarecer al espíritu en la infancia de su evolución hasta que llegue a la plenitud de su poder. Los “vestidos de piel”⁷ fueron

⁷ Génesis III, 2-1.

necesarios para proteger al espíritu contra las destructoras influencias elementarias de la maligna esfera, mientras no pueda sobreponerse al mal. Una vez conocido el mal y logrado el poder de subyugarlo y habiendo por el reconocimiento de la verdad “comido del árbol de vida y alcanzado substancialidad”⁸ ya es capaz de protegerse por su propio poder y no necesita más vestiduras de carne.

El hombre imperfectamente evolucionado, a no ser que haya caído en la abyección, presiente intuitivamente la verdad, aunque no la conozca por percepción directa. Los positivistas, que tan sólo razonan movidos por las percepciones sensorias, están distanciadísimos del reconocimiento de la verdad, porque confunden con lo real las ilusiones producidas por sus sentidos y repugnan las revelaciones de su propio espíritu. El filósofo incapaz de ver la verdad, intenta alcanzarla con apoyo de la lógica y puede acercarse más o menos a ella. Pero aquel en quien la verdad es plenamente consciente conoce la verdad porque se ha identificado con ella. Tal estado es incomprendible para la mayoría de los hombres, así sean científicos y filósofos como ignorantes; y sin embargo, hubo y hay hombres que lo alcanzaron. Son los verdaderos teósofos, pues no es teósofo todo el que estudia teosofía, como no todos los cristianos son *Cristos*. Pero un verdadero teósofo y un verdadero cristiano se equivalen mutuamente, porque ambos son formas humanas en que se manifiesta la universal alma espiritual, el Cristo, a la luz de la Sabiduría divina.

Las denominaciones de *cristiano* y *teósofo*, como muchas análogas, han perdido casi del todo su verdadero significado. Hoy día se llama cristiano al que está inscrito en el registro bautismal de alguna Iglesia cristiana y practica las ceremonias prescritas por su respectiva confesión religiosa, mientras que al teósofo se le tiene por soñador y visionario.

Pero un verdadero *cristiano* es algo por completo diferente del que lo es sólo en apariencia. Los primeros cristianos formaban una sociedad secreta, una escuela de ocultistas, que adoptaron ciertos símbolos y signos para representar las verdades espirituales y comunicarse unos con otros.

Un verdadero *teósofo* no es un soñador, sino un hombre excelentemente práctico cuya pureza de vida le faculta para percibir verdades más elevadas que las percibidas por la generalidad de las gentes, y comprende cuanto ve porque tiene espiritual poder alcanzado por virtud de más de una vida de abnegación en sucesivas encarnaciones.

Como quiera que la verdad fundamental de la vida sólo es una, los hombres de todos los países en quienes la verdad ha llegado a ser consciente, tienen la misma percepción. Esto explica por qué son idénticas las revelaciones de los sabios que alcanzaron el mismo grado de poder. Las verdades reveladas por Jacobo Boehme, Eckhart o Paracelso, en Alemania, son esencialmente las mismas que las reveladas por los adeptos tibetanos, con la sola diferencia de sus términos y modos de expresión. Un verdadero santo cristiano de Inglaterra o Francia dirá lo mismo que un brahmin de la India o un sabio piel roja de América, porque los tres, en igual estado de clarividencia, verán exactamente lo mismo. La verdad está visible para todos los que sean capaces de percibirla; pero cada uno describirá lo que vea según su modo de pensar y en su propia manera de expresión. Si, como creen los ignorantes, las visiones de los santos, lamas, sanyássis y derviches fueran alucinaciones y fantasías, no habría dos de aquellos que,

⁸ Génesis III, 2-2.

sin saber nada uno de otro, tuviesen la misma visión. Un árbol siempre es un árbol para los capaces de verlo; y si tienen la vista clara, ninguna opinión preconcebida puede transmutarlo en una ostra. Una verdad se percibe como tal verdad por cuantos sean capaces de percibirla, y ningún prejuicio podrá alterarla o variarla en mentira. Conocer la verdad entera es conocer todo cuanto existe; amar la verdad sobre todas las cosas es unirse con todas las cosas; expresar la verdad en su plenitud es tener poder universal; estar unido con la verdad inmortal es ser inmortal.

La percepción de la verdad depende del sosiego del ánimo. Mientras el ánimo no despierte al reconocimiento de la verdad, sólo podrá soñar en ella como en algo existente en otro mundo. El sonido de la voz de la verdad no puede penetrar a través del ruido causado por las tormentas del corazón; su luz no puede rasgar las nubes de las falsas teorías ni el humo de las opiniones aposentadas en el cerebro. Para comprender esta voz y mirar esta luz claramente y sin mezcla extraña, el corazón y el cerebro deben estar en sosiego. Para percibir la verdad, deben hermanarse la pureza de corazón y el dominio propio, y por esto se nos enseña que los hombres han de volverse tan ingenuos como niños y tan fuertes como leones, antes de entrar en la esfera de la verdad. El corazón y el cerebro unidos son *Uno*; pero en oposición, forman el absurdo *Dos* que produce ilusiones.

El maniático emocional sólo se guía por el corazón; el indiscreto intelectual sólo escucha los dictámenes del cerebro; vive en su cabeza y desconoce el corazón. Pero ni la turbulencia de las emociones ni el fanatismo intelectual descubren la verdad; sólo en “la calma que sigue a la tormenta”⁹, cuando se restablece la armonía, queda demostrada la verdad. El que sólo sigue los dictados de las emociones, se asemeja a quien al subir a una montaña siente el vértigo y perdiendo la serenidad cae en un precipicio. Quien se guía por las percepciones de los sentidos que influyen en su intelecto, se pierde fácilmente en la vertiginosa agitación de multiformes ilusiones. Se asemeja al que en una isla del Océano, examinara una gota de agua del mar, sin reconocer la existencia del Océano, del cual la ha tomado. Pero si el corazón y el cerebro conciertan con las divinas armonías del reino invisible de la naturaleza, entonces la verdad se revelará al hombre, y verá su propia imagen reflejada en el supremo ideal.

Algunos se jactan de que les domine la inteligencia y otros de que les gobiernen las emociones; pero el hombre *libre* no se somete al dominio de una ni de otras, sino que es el gobernante de su corazón y de su mente. Por el poder del bien que en él reside, domina las operaciones intelectuales del cerebro, no menos que las emociones del corazón. El corazón y el cerebro no son el verdadero hombre. Son los instrumentos que nos ha prestado el Creador. No deben gobernarnos, sino que los debemos gobernar, usándolos según los dictados de la sabiduría. El hombre materialmente enterrado en su crisálida de barro, sólo puede sentir y no ver los espirituales rayos dimanantes de la esfera de la infinita verdad; pero si acalla sus emociones quedará en sosiego, y si regula su inteligencia no caerá en engaño y será capaz de dilatar sus sentimientos hasta el reino del espíritu. Su corazón debe servirle de piedra de toque para examinar las conclusiones del cerebro al tratar de lo invisible, y debe emplear el cerebro como balanza en que pesar las decisiones del corazón; pero cuando la luz de la divina sabiduría venga en su ayuda no habrá más discrepancia entre el cerebro y el corazón, y las percepciones del uno armonizarán con las aspiraciones del otro, porque ambos estarán unidos en la luz.

⁹ Mabel Collins: *Luz en el Sendero*.

Por lo general, el hombre se guía por la inteligencia y la mujer por las emociones; el hombre representa la inteligencia y la mujer la voluntad. Le ha sido necesario al hombre razonar sobre las apariencias externas, a consecuencia de su organización material, que como una cáscara encierra su alma; pero si el hombre interno, el verdadero espíritu latente en todo corazón despierta a la vida, irradia una luz que penetra en la materia e ilumina la mente. Si despierta el germen de divinidad oculto en el centro de nuestro ser, emite una luz espiritual que alcanza desde el hombre hasta las estrellas y hasta los más distantes límites del espacio; y con ayuda de esta divina luz escruta y esclarece la mente los más profundos misterios del Universo. Quienes reconocen la verdad por percepción directa, no necesitan estudiar libros, pues toda región visible o invisible está abierta ante ellos, como abiertas páginas de la historia del mundo. Conocen todas las manifestaciones de vida, porque se hallan en unidad con el manantial de vida de que dimanar las formas. No tienen necesidad de estudios literarios porque la *Palabra* en sí misma vive en ellos. Son los instrumentos con que la sabiduría eterna se revela a los sepultados en la materia; pero no es que el Maestro revele la verdad, sino que la verdad se revela a él. Estos son los verdaderos *iluminados, teósofos, salvadores, adeptos, rosacruces, y mahatmas*; no los presuntuosos que aparentan lo que en realidad no son.

¡Cuán lastimosa ha de parecer a los iluminados la lucha de opiniones exacerbada entre quienes la humanidad diputa por guardianes del conocimiento y de la sabiduría! ¡Cuán insignificantes parecen aquellas luces ante el sol de la verdad! Lo que al ignorante le parece luz, es para el iluminado tinieblas y humo; y la sabiduría mundana es locura¹⁰ a los ojos de la verdad. La ostra en su concha puede creerse en el pináculo de la perfección sin presentir existencia superior a la de que goza en el fondo del Océano. Así el científico orgulloso de su saber se llena de vanidad sin echar de ver cuán poco sabe. Muchos científicos modernos olvidan que los más importantes inventos no se deben a guardianes profesionales de la ciencia, sino a hombres de clara percepción a quienes miraron con desprecio. Han de recordar que muchos inventos útiles prevalecieron a pesar de la oposición de los profesionales. Acaso desagrada la evocación de recuerdos ingratos, pero no podemos olvidar que los inventores del ferrocarril, del buque de vapor y del telégrafo, fueron ridiculizados por los científicos, que se rieron de la creencia en la redondez de la tierra; que algunos de los presumidos guardianes de la *verdad*, se distinguieron con frecuencia por su equivocada interpretación de las leyes de la naturaleza y por su enemiga a la verdad cuando contrariaba sus prejuicios.

Muchos descubrimientos útiles se debieron al poder de la intuición; otros fueron llevados a cabo por razonadores no intuitivos y sus resultados son todavía una maldición para el género humano. Durante siglos, las profesiones científicas prosperaron a costa del sufrimiento humano, y muchos de sus secuaces, confundiendo lo inferior con lo superior, prostituyeron su erudición. El temor de un ilusorio diablo externo al hombre, sirvió para llenar la bolsa de brahmines y sacerdotes, mientras que iban creciendo los verdaderos diablos internos residentes en la naturaleza pasional del hombre. Durante siglos, muchos de los titulados ministros de Dios adoraron únicamente al becerro de oro de su naturaleza animal, alimentando a sus prosélitos con falsas esperanzas de inmortalidad y especulando con las egoístas inclinaciones del hombre. Aquellos de quienes la humanidad espera protección contra los males del cuerpo, y por lo tanto deberían comprender más que nadie la constitución humana, hacen, por lo

¹⁰ San Pablo I – Corintios III 19.

general, experimentos en la forma física para buscar la causa de la enfermedad, ignorando que la forma es expresión de la vida, el producto del alma, y que los efectos exteriores no pueden cambiar sin cambiar primero las causas internas. Muchos de ellos repugnan creer en el alma y buscan la causa de la enfermedad en su expresión exterior, donde no existe. Las enfermedades son resultados necesarios de la desobediencia a las leyes de la naturaleza; son consecuencia de "pecados" que no se pueden perdonar, sino que han de redimirse por virtud de nuevas acciones en armonía con las leyes naturales. En vano recurrirán los ignorantes a la asistencia de los guardianes de la salud para defraudar lo que deben a la naturaleza. Los médicos pueden restablecer la salud si restauran la supremacía de la ley; pero mientras sólo conozcan una parte infinitesimal de la ley, sólo podrán curar una parte infinitesimal de las enfermedades que afligen a la humanidad. Con frecuencia suprimen la manifestación de una enfermedad, provocando otra peor todavía. En vano buscaran los investigadores las causas de las epidemias en los lugares donde se propagan y no se originan. El alma del mundo en que residen dichas causas no puede verse con microscopio; sólo puede reconocerla el hombre capaz de percibir la verdad.

El verdadero concepto de la naturaleza humana nos llevará a comprender que, siendo el hombre microcosmos, imagen, reflejo y símbolo del macrocosmos, la naturaleza ha de tener la misma *organización* que el hombre, aunque no la misma *forma* externa. Como quiera que tiene los mismos órganos con iguales funciones regidas por las mismas leyes, el organismo de la Naturaleza está expuesto a enfermedades análogas a las del organismo humano. La Naturaleza tiene sus hinchazones hidrópicas, sus sacudidas nerviosas, sus afecciones paralíticas, por las cuales se despueblan los países civilizados, sus inflamaciones, sus contracciones reumáticas, sus períodos de calor y de frío, sus erupciones y terremotos. Si los médicos conocieran la naturaleza humana, conocerían también la organización de la Naturaleza en conjunto y sabrían más respecto al origen de las epidemias que hoy sólo conocen por sus efectos externos.

¿Qué sabe la medicina moderna de la constitución del hombre, cuya vida y salud se confían a los conocimientos médicos? Conoce la forma del cuerpo, la disposición de los músculos, huesos y órganos en general, cuyas partes constitutivas designa con nombres que inventó para distinguirlas. Como carece de percepciones superiores a los sentidos, no reconoce el alma humana, sino que cree que el cuerpo es el hombre esencial. Si no estuviera ciega, vería que este cuerpo visible no es más que la envoltura del "inmaterial", y sin embargo, substancial y verdadero hombre cuya alma-esencia irradia en el espacio y cuyo espíritu sin límites no está encerrado en el cuerpo, sino que más bien el cuerpo está en la esfera del espíritu. Reconocería que en el principio vital residen la sensación, la percepción, la conciencia y todas las causas que producen el crecimiento de la forma. Perturbados por su fatal error, se empeñan en curar lo que no está enfermo, mientras que desconocen al verdadero paciente. En estas circunstancias, no es extraño que los más insignes médicos de nuestra época opinen que nuestros actuales métodos terapéuticos son más bien maldición que bendición para la humanidad, y que las drogas y medicinas resulten perjudiciales, porque continuamente se aplican con desacierto. Así lo han declarado frecuentemente médicos ilustres.

El médico ideal del porvenir conocerá la verdadera constitución humana y no le engañarán las apariencias externas ilusorias, porque sus desarrollados poderes internos de percepción le facilitarán examinar las causas ocultas de todo efecto exterior. Las

adquisiciones de la ciencia materialista no le servirán de guías, sino de auxiliares. Su guía será su conocimiento y no una teoría, y su conocimiento le dará poder.

Si los estudiantes de medicina emplearan en fomentar el amor a la verdad parte del tiempo que desperdician en diversiones serían capaces de descubrir en el organismo ciertos procesos que en la actualidad son para ellos simples materias especulativas que no pueden descubrirse por ningún medio físico.

Pero el médico moderno supera en sus actos a sus conocimientos, pues aunque no tenga fe se sostiene por la fe; porque si las gentes no creyeran que las ha de curar no le llamarían, y si los enfermos no confiaran en que los había de aliviar, no harían lo que les prescribiese. Un médico sin intuición ni confianza en sí mismo, en quien nadie tiene fe, es enteramente inútil, aunque haya estudiado mucho en las aulas. Nada se logra sin fe, y no hay fe posible sin conocimiento espiritual. Sólo podemos hacer lo que confiamos cumplir, y sólo podemos abrigar esta confianza cuando sabemos por experiencia que tenemos el necesario poder.

¿Qué sabe la ciencia profana de la mente? Según la definición común, la mente es el “poder intelectual del hombre”, y como *hombre* significa para la ciencia una forma visible, resulta que esta definición nos dice que la mente es algo recluso en aquella forma visible. Pero si fuera verdadera esta idea, no podrían transmitirse a distancia ni la voluntad ni el pensamiento. No se puede oír sonido alguno en un espacio sin aire, y ningún pensamiento puede pasar de un individuo a otro, sin que sirva de conductor entre ambos la materia correspondiente; pero hoy día está casi universalmente admitida la posibilidad de transmitir el pensamiento, como así lo han comprobado los mismos niños en sus juegos y lo reconocen los más escépticos observadores¹¹. Además, quien dudase de la posibilidad puede convencerse sugiriendo en silencio sus pensamientos a otros; o si es de naturaleza impresionable, dejando que otros se los sugieran a él.

¡Cuán infinitamente más grandioso y razonable es el concepto expuesto por la ciencia antigua, según el cual todo cuanto existe es expresión de los pensamientos de la Mente universal, que llena el infinito espacio! Este concepto erige la *mente* en una fuerza del reino de lo infinito que opera por medio de instrumentos vivos e inteligentes y convierte al Hombre en un poder intelectual, una expresión de la Mente universal, capaz de recibir, reflejar y modificar los pensamientos de ella, como un diamante que brilla por la influencia del sol. No hay razón alguna para engañarnos creyendo que una mente inteligente exista sólo en forma visible y tangible a los sentidos externos. Puede haber, pues no lo conocemos todo, indecibles millones de seres inteligentes o semiinteligentes en el Universo, formados de otro modo que nosotros, que vivan en planos de existencia diferentes de los nuestros, y por ellos sean imperceptibles a nuestros sentidos físicos, pero que estén dotados de mente y pueda percibirlos la superior facultad de percepción que corresponde al espíritu despierto. Tampoco es la existencia de semejantes seres mera especulación, porque los han percibido quienes tienen percepción interna.

Todo lo que podemos comprender respecto a los objetos externos, son las imágenes que producen en nuestra esfera mental. Los seres astrales o espirituales no proyectan reflexión en la retina; pero su presencia es sensible cuando entran en la esfera mental del observador y pueden percibirse con los ojos del alma.

¹¹ Informe de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas – Londres 1884.

El científico ideal del porvenir que haya alcanzado la percepción espiritual, reconocerá esta verdad.

Si creemos que el objeto de la vida es simplemente dar satisfacción a nuestro yo material y mantenerle en regalo, y que de la comodidad material depende la más elevada condición de felicidad posible, confundiremos lo inferior con lo superior y la ilusión con la verdad. Nuestro modo material de vivir es consecuencia de la constitución material de nuestros cuerpos. Somos “gusanos de la tierra” porque dirigimos todas nuestras aspiraciones a la tierra. Si entráramos en un sendero de evolución que nos hiciese menos mentales y más etéreos, muy distinta sería nuestra civilización. Las cosas que ahora nos parecen indispensables y necesarias cesarían de ser útiles, y si pudiéramos transferir nuestra conciencia con la rapidez del pensamiento de una a otra parte del globo, ya no necesitamos los actuales medios de comunicación y transporte. Cuanto más profundamente nos hundamos en la materia, más materiales tendrán que ser los medios de obtener el bienestar; porque el hombre interno no es material en el ordinario sentido de esta palabra, sino independiente de las restricciones propias de la materia.

¿Cuáles son las verdaderas necesidades de la vida? La respuesta depende enteramente de lo que cada cual crea necesario. Los ferrocarriles, los buques de vapor, la luz eléctrica, etc., nos son ahora necesarios; y sin embargo, millones de gentes han vivido largo tiempos felices sin conocerlos. Para uno serán necesarios una docena de palacios, para otro un carruaje, para otro una pipa o una botella de ron. Pero todas las necesidades de esta índole son ficticias y constituyen el estado en que el hombre se encuentra satisfecho y le incitan a permanecer en él, sin desear algo superior, por lo que pueden ser estorbo más bien que impulso en su evolución. Si nos eleváramos a más alto estado, que no exigiese nada artificioso, todas las cosas facticias dejarían de ser necesarias y no las desearíamos; pero la apetencia de placeres groseros en que tiene fijo su pensamiento impide al hombre entrar en la vida superior.

Elevar al hombre precedero a la perfecta condición ideal del hombre permanente, es el gran objeto de la vida; el *arcano* que no se puede aprender en los libros; el gran secreto que un niño puede entender, pero que permanecerá incomprensible para quien viviendo enteramente en la región de las percepciones sensorias, no sea capaz de comprenderlo. La adquisición de lo más alto es el *magnum opus*, la gran obra de que dijeron los *alquimistas* que pueden necesitarse miles de años para llevarla a cabo, pero que también puede cumplirse en un momento, aún por una mujer rueca en mano. Consideraron los alquimistas la mente humana como un gran alambique en el que las fuerzas antagónicas de las emociones pueden purificarse al calor de las aspiraciones santas y por el supremo amor a la verdad. Dieron instrucciones para que el alma del hombre mortal pudiera sublimarse y purificarse de las atracciones terrenales y se vivificaran libremente sus inmortales principios para que los purificados elementos ascendieran hasta el origen supremo de la ley, y descendieran de nuevo en *derramamientos de névea blancura*, visibles a todos, porque santos y puros fueron todos los actos de su vida. Enseñaron de qué modo los metales inferiores, símbolo de las energías animales del hombre, se transforman en el oro purísimo de la verdadera espiritualidad, y cómo, al lograr la vida espiritual (representada alegóricamente por el “Elixir de la Vida”), las almas recobran su juventud e inocencia haciéndose inmortales. Estas verdades, como tantas otras, se entendieron mal, y las ridiculizaron los necios y las repudiaron los ignorantes que continuamente piden la verdad y la rechazan cuando se les presenta, porque están ciegos

y no pueden verla. La Teología y la Masonería, cada cual a su modo, han continuado las enseñanzas de los alquimistas, y dichoso puede llamarse el sacerdote o el masón que entiende lo que enseña. Porque hay pocos discípulos verdaderos. Los sistemas en que se incorporaron las antiguas verdades todavía subsisten; pero la sofistería y el materialismo han puesto sus heladas manos sobre las formas exteriores de esas verdades y el espíritu ha huido de su interior. Los doctores y los sacerdotes ven sólo la forma exterior, y son pocos los que descubren el recóndito misterio que llamó estas formas a la existencia. La clave del santuario interno la perdieron aquellos a quienes se confió su custodia, y la verdadera palabra simbólica no la han descubierto de nuevo los discípulos de Hiram Abiff. El enigma de la esfinge egipcia todavía espera solución, y no se le revelará a nadie que no tenga fuerzas suficientes para descifrarlo por sí mismo.

Pero siempre vive la verdadera *Palabra*. Todavía resplandece la luz de la verdad en las profundidades del mundo interno del hombre y extiende su divina influencia por los valles; y doquiera que estén abiertas las puertas y ventanas para recibirla, disipará las tinieblas haciendo al hombre consciente de sus atributos divinos y guiándole por el sendero de perfección, hasta que cesada la lucha y restablecido el imperio de la ley halle la perdurable felicidad en el logro del más elevado ideal del universo: el reconocimiento de su divino ser.



CAPITULO II

LO REAL Y LO IRREAL

¡ALLAH! BĀ-SMĀ-LLAH!
DIOS ES UNO.

CORÁN

En la dilatada expansión del universo vemos por doquier una casi infinita diversidad de formas pertenecientes a distintos reinos y especies que ofrecen ilimitada variación de aspectos. De lo poco que sabemos, inferimos que estas formas están substancialmente constituidas por la misma materia primordial, aunque las cualidades de los distintos cuerpos difieran entre sí; porque más razonable es suponer que la única y eterna materia primordial aparece en el curso de la evolución en diversidad de formas, que admitir originariamente cierto número de sustancias creadas de la nada o por cualquier otro procedimiento creador. No sabemos qué sea esta sustancia inmaterial o primordial esencia¹², pues tan sólo la conocemos por su manifestación en las formas objetivas. Todo lo que halla expresión en una u otra forma es para nosotros un objeto, y todo objeto o cosa puede mudar de forma sin que se altere la sustancia. El agua se solidifica en hielo o se convierte en vapor, que a su vez se descompone químicamente en oxígeno e hidrógeno; pero en las debidas condiciones, la energía que previamente formó el agua volverá a formarla de nuevo, es decir, que las formas y las propiedades cambian y los elementos permanecen siempre los mismos y vuelven a combinarse en proporciones definidas con arreglo a la ley de afinidad.

Como quiera que nuestros sentidos no pueden percibir las propiedades de este hipotético principio o sustancia primordial, no nos es posible conocer la verdadera esencia de las cosas. Aunque alteremos la forma de una cosa y la privemos de alguna cualidad, seguirá siendo la misma cosa mientras conserve su carácter; y cuando al destruir la forma se disgregue su materia constitutiva, subsistirá la idea en el mundo subjetivo, donde no podemos destruirla, sino, por el contrario, revestirla de nuevas cualidades y reproducirla en otra forma en el mundo objetivo. Una cosa existe mientras subsiste su carácter, y únicamente cuando cambia de carácter transmuta su naturaleza esencial. Las cosas materiales no son ni más ni menos que símbolos o representaciones de una idea, y aunque les demos un nombre, la idea permanece oculta tras el velo. Si en el mundo físico lográramos privar a una cosa de su carácter y darle otro distinto, transmutaríamos un cuerpo en otro, como, por ejemplo, los metales viles en oro; pero mientras no podamos mudar el carácter de una cosa, el cambio de forma sólo influirá en su aspecto.

¹² El akâsa de los brahmanes; el *iliaster* de Paracelso; el *Proteo* universal.

Pongamos por ejemplo un bastón de madera, que aunque no fuese de esta materia, sino de otra, sería también bastón. No percibimos el bastón en sí; tan sólo echamos de ver sus atributos, su tamaño, color y peso y el ruido que da al romperlo. Podemos alterar cada una o todas estas cualidades, y sin embargo seguirá siendo un bastón mientras no pierda este carácter, porque lo que constituye su carácter esencial es su aplicación y propósito, esto es, una idea independiente de toda cualidad. Si damos a esta idea distinta aplicación, transmutaremos su carácter y habremos mudado nuestro ideal bastón en lo que quisimos convertirlo.

En el mundo físico no podemos transmutar el cobre en oro ni convertir un hombre en niño; pero sí podemos ir transformando diariamente nuestros deseos, anhelos e inclinaciones, esto es, nuestro carácter, si acertamos a dar nuevo propósito a nuestra vida. Al hacerlo así convertimos al hombre en otro ser, aún en el mundo físico.

Nadie vio jamás al verdadero hombre, pues tan sólo descubrimos sus peculiares cualidades. El hombre no puede verse a sí mismo. Habla de *su* cuerpo, de *su* alma, de *su* espíritu, esto es, de los tres elementos que lo constituyen; pero el verdadero *Ego*, donde reside el carácter, es algo cuya naturaleza tan sólo conocemos cuando advertimos el propósito de su existencia. El *Ego*, como idea, y con propósito definido, desciende al mundo de la materia para asumir nueva personalidad y obtener mayor experiencia y conocimiento al pasar por las vicisitudes de la vida, y a través del valle de la muerte entrará otra vez en aquel reino donde con el transcurso del tiempo se desvanecerá su forma externa para reaparecer en otra nueva cuando suene la hora de su salida a escena. El cuerpo y la personalidad mudan de propósito; y sin embargo, el *Ego* permanece esencialmente el mismo, aunque modificado por las nuevas cualidades adquiridas durante la vida, que alteran sus características.

La recta comprensión de la esencial naturaleza del hombre demostrará que es de necesidad científica la repetida *reencarnación* de la mónada humana en sucesivas personalidades. ¿Cómo le sería posible al hombre alcanzar la perfección si el período de su desenvolvimiento espiritual se contrajese a una breve existencia en la tierra? Si le fuese posible progresar sin cuerpo físico ¿qué necesidad tendría entonces de él? Absurdo es suponer que el germen *espiritual* de un hombre comienza a existir en el momento de nacer físicamente o que los padres del niño pueden ser los progenitores de la mónada espiritual. Si la mónada espiritual existía ya antes de que naciese el cuerpo y pudo desenvolverse sin él ¿a qué encarnar en el cuerpo?

Vemos que una planta cesa de medrar cuando la desarraigamos del suelo y que vuelve a crecer en cuanto la replantamos. De la propia manera, el alma humana arraiga en el organismo humano con propósito de alcanzar plena conciencia y va formando su carácter; pero cuando la muerte la desarraiga, el alma descansa y cesa de progresar hasta que halla nuevo organismo para adquirir nuevas cualidades y continuar su desenvolvimiento.

Este Yo interno que vive después de la muerte y progresa durante la vida ¿qué puede ser sino un rayo espiritual de Vida cuya conciencia se va desenvolviendo en contacto con la materia? ¿Hay hombre alguno convencido de su propia existencia? Todas las pruebas que podamos tener de que existimos están en la conciencia de nuestro ser, en el sentimiento del *yo soy*, que nos convence de nuestra existencia. Cualquier otro estado de conciencia está sujeto a mudanza. La conciencia difiere en cada momento del momento anterior, según se alteren las circunstancias y varíen nuestras sensaciones. Ansiamos la

mudanza y la muerte porque la inmutabilidad nos sería tortura. A las viejas sensaciones suceden otras nuevas y nos complace ver que las viejas mueren y las substituyen las nuevas. Nosotros no nos forjamos nuestras sensaciones sino que las recibimos del mundo exterior. Si fuese posible que dos hombres nacieran y se educaran en idénticas condiciones, de modo que tuviesen el mismo carácter y recibieran las mismas sensaciones, su conciencia sería idéntica y les podríamos considerar como una sola entidad. El hombre que olvidara todas las sensaciones mentales hasta entonces recibidas y no recibiera otras nuevas podría existir siglos enteros en perpetua imbecilidad, sin otra conciencia que la del *yo soy*, que no se desvanecería mientras su personalidad fuese capaz de reconocerse a sí misma.

Tal sería la única condición en que pudiera existir el hombre que no hubiese alcanzado conocimiento espiritual y cesara de recibir sensaciones del mundo exterior. Semejante a este estado puede ser el hombre después de muerto el cuerpo, si durante la vida no adquirió mayor conocimiento del relativo a las cosas percederas. Como no tendría conciencia espiritual no podría tener tampoco percepciones espirituales; y por lo tanto, sólo llevaría al mundo espiritual su propia ignorancia. Sus sensaciones acaban con la muerte y se le desvanecen las imágenes mentales recibidas en vida. Se extinguirán las fuerzas intelectuales puestas en acción por sus empeños científicos, y aunque en vida haya sido intelectual insigne, quedará después de la muerte como imbécil en tinieblas, atraído irresistiblemente a la reencarnación para renacer en circunstancias que le substraigan a la inanidad y le restituyan a la existencia activa.

En cualquier forma que resida es la vida tan sólo relativa. La piedra, la planta, el animal, el hombre, Dios, tienen cada cual de por sí existencia propia y únicamente existen para los demás mientras éstos sean conscientes de su existencia. El hombre considera incompleta la existencia de los seres inferiores y éstos apenas se dan cuenta de la de él. Muy poco sabe el hombre respecto de los seres superiores, y sin embargo tal vez haya alguno que le mire tan compasivamente como él mira a un ser inferior, por ejemplo, un mono todavía inconsciente de su propia naturaleza.

Quienes tienen suposición de sabios nos dicen que en el universo no hay ser superior al hombre consciente de su divina e inmortal naturaleza; pero sí hay innumerables seres invisibles muy superiores o muy inferiores al hombre terreno. En otros términos: los seres superiores del universo son los que ya fueron hombres; pero el hombre de la presente civilización ha de progresar aún durante millones de siglos para llegar al estado de perfección de los seres superiores.

RELATIVIDAD DE LA EXISTENCIA. Hay en mí algo que me mueve a vivir y pensar. Llámeme *Yo* o *Dios* será intelectualmente incomprensible y no tendré conciencia de que existe mientras no me percate de la relación entre ese algo desconocido y mi humana naturaleza. Sin embargo, existe; porque si nada fuese, no me movería a vivir y pensar. Es la fuente de mi ser, y por tanto, es mi existencia cuya manifestación es mi naturaleza.

Al convencerme de que existo, es para mí una realidad la existencia, y el convencimiento de la divinidad de mi ser equivale al estado de perfección.

Tenemos la costumbre de disputar por real cuanto percibimos con nuestros sentidos y por irreal todo lo demás, a pesar de que la experiencia cotidiana nos enseña a no confiar en

los sentidos si deseamos distinguir lo verdadero de lo falso. Vemos salir el sol por Oriente y cruzar el firmamento durante el día para desaparecer por Occidente; pero hasta los niños saben ya que este movimiento ilusorio proviene de la rotación de la tierra. Vemos de noche sobre nuestras cabezas las estrellas que llamamos fijas y parecen insignificantes en comparación de mares y continentes; y sin embargo, sabemos que son brillantes soles en cuya comparación resulta mota de polvo nuestra madre tierra. Nada nos parece tan quieto y firme como las sólidas rocas que hollamos con nuestros pies; y no obstante, el planeta en que vivimos gira con tremenda velocidad en el espacio. Las montañas parecen eternas; pero los continentes se hunden bajo las aguas del océano y otros nuevos se alzan de su fondo. Bajo nuestros pies se mueve en flujos y reflujos la fundente entraña de nuestra en apariencia sólida madre tierra. Sobre nuestras cabezas no hay al parecer nada tangible; y sin embargo, vivimos en el fondo del océano aéreo, sin conocer lo que tal vez viva en sus corrientes o en su superficie. Un río de luz parece descender del sol a nuestro planeta; y no obstante, se dice que entre el sol y la atmósfera terrestre reinan las tinieblas por no haber materia meteórica que determine la reflexión, cuando estamos rodeados de un océano de luz de orden superior, que nos parece oscuridad porque los nervios de nuestro cuerpo no son lo suficientemente delicados para recibir la influencia de la *luz astral*. La imagen reflejada en el espejo le parece real a la mente inculta y la voz del eco puede confundirse con la voz humana. A menudo soñamos despiertos y dormimos cuando creemos estar despiertos.

RELATIVIDAD DE LA PALABRA “CONCIENCIA”. No es correcto decir que *dormimos* mientras no sabemos *quién* somos. Tan sólo podemos decir que tales o cuales funciones del organismo físico o del psíquico, que llamamos nuestras, están dormidas o inactivas mientras otras están activas y despiertas. Podemos estar completamente despiertos para una cosa y dormidos para otra. El cuerpo del sonámbulo se halla en un estado parecido a la muerte, mientras que su conciencia superior está completamente vívida y muestra mayor lucidez de percepción que si estuviese empleada en cumplir las funciones del organismo inferior.

RELATIVIDAD DE LOS TÉRMINOS “MATERIA” Y “MOVIMIENTO”. Ambos conceptos se refieren a manifestaciones de algo que no conocemos y podemos llamar “Espíritu”. No hay movimiento sin materia ni materia sin movimiento; y por lo tanto, toda fuerza es substancial. Una masa sólida de materia es energía condensada que representa cierta cantidad de fuerza latente, y toda fuerza es una substancia invisible en movimiento.

RELATIVIDAD DEL ESPACIO, EXTENSIÓN Y TIEMPO.

Las cualidades de estos conceptos varían según sea nuestro tipo de medida y nuestra modalidad de percepción. Al infusorio puede parecerle un océano la gota de agua en que vive, y para el insecto tal vez sea un mundo la hoja en que reside. Si durante el sueño se redujera el mundo visible al tamaño de una nuez o agrandara mil veces el que tiene, no advertiríamos la mudanza al despertar, pues el cambio habría afectado igualmente todas las cosas, incluso a nosotros mismos.

El niño que no concibe la relación del espacio, quiere asir la luna con la mano, y el ciego de nacimiento que cobra la vista, no aprecia debidamente las distancias. Nuestro pensamiento no tiene cuenta del espacio cuando cruza de uno a otro punto del globo. El concepto de nuestra relación con el espacio está fundado en la experiencia y recuerdos adquiridos en nuestra actual condición. Si nos moviéramos en condiciones

completamente diferentes, nuestra experiencia y por lo tanto nuestros conceptos serían también diferentes. El espacio, en cuanto a las formas que concebimos, sólo tiene tres dimensiones, porque todas las formas constan de las tres dimensiones de longitud, latitud y altura.

La conciencia en el Absoluto es inconciencia con relación a las cosas. No cabe concebir un ser consciente no relacionado con alguna cosa. Una conciencia en relación consigo misma es autoconciencia.

El Absoluto es independiente de sus manifestaciones; pero toda manifestación depende de la presencia de lo manifestado. Dios puede existir en su propia naturaleza divina sin revelar Su presencia a las criaturas; pero las criaturas no pueden existir sin Dios. Sabemos que existe el espacio; pero no lo podemos concebir sin que se nos revele por medio de una forma. Las formas son el espacio objetivado. Sin la manifestación de los cuerpos de tres dimensiones no podríamos formarnos concepto del espacio. Conocemos que Dios existe; pero no podremos concebir Su existencia a menos que Su naturaleza se revele trínicamente en nosotros.

Las dimensiones del espacio existen en nuestra mente. No concebimos dimensiones en el punto matemático, y análogamente la auto-conciencia existe en sí misma sin relación con cosa alguna. Por lo tanto, podríamos llamar a esto el espacio de una sola dimensión. Respecto al espacio de dos dimensiones, todos conocemos la diferencia que hay entre el bien y el mal, el amor y el odio, etc., y al advertir esta diferencia concebimos el espacio de dos dimensiones. El espacio de tres dimensiones es el mundo de las formas corpóreas; pero también hay una cuarta dimensión del espacio, conocida tan sólo de los iluminados que saben cuadraturar el círculo, porque *cuatro* es el número de la verdad y *tres* lo es de la forma.

Relativo como nuestro concepto del espacio es también nuestro concepto del tiempo. No tenemos conciencia del tiempo, sino de su medida, y el tiempo nada es si no está relacionado con nuestra asociación de ideas. La mente humana solo puede recibir un corto número de sensaciones por segundo; si solo recibiéramos una sensación por hora, nuestra vida parecería muy corta; y si pudiéramos recibir, por ejemplo, la de una simple onda de un rayo amarillo de luz, cuyas vibraciones suman 509 billones por segundo, un solo día de nuestra vida nos parecería una eternidad sin fin¹³. Al preso ocioso en su cárcel, el tiempo le parece muy largo, mientras que para quien está activamente ocupado, pasa muy pronto. Durmiendo, no tenemos idea del tiempo; pero una noche de insomnio y sufrimiento nos parece muy larga. Al soñar pasamos en muy pocos momentos por experiencias que necesitarían regular número de años en el ordinario curso de los sucesos, mientras que en estado de inconciencia el tiempo no existe para nosotros¹⁴.

¹³ Car du Prel. *Los habitantes de los planetas*.

¹⁴ En los libros místicos, encontramos a menudo relatos de personas que han soñado en un momento cosas que exigirían horas enteras para soñarlas. Por ejemplo: “Un viajero llega a altas horas de la noche a una estación. Está muy fatigado, y al abrir el conductor la puerta del vagón, entra, se sienta y se queda dormido. Soñaba que estaba en su hogar con su familia; que amaba a una señorita y se casó con ella: que vivía feliz hasta que se metió en política y lo prendieron acusado de traición contra el Gobierno. Lo juzgaron, lo condenaron a ser pasado por las armas y

Los que actúan plenamente en el mundo subjetivo no reciben impresiones del mundo objetivo. Quienes, como en sueños y locura, actúan sólo parcialmente en el mundo subjetivo, mezclan las sensaciones transportadas al semi-consciente cerebro con las ideas nacidas en el mundo subjetivo y producen imágenes contrahechas y caricaturescas. En tal estado, cuando las experiencias del mundo interno se entremezclan con las sensaciones de la conciencia externa, resultan las más erróneas impresiones, porque el intelecto funciona, pero la razón no actúa con vigor suficiente para discernir lo verdadero de lo falso.

¿Cuál es, pues, la diferencia entre los estados subjetivo y objetivo de existencia? Nuestro cuerpo no cesa de vivir mientras dormimos, pero en cada uno de aquellos estados tenemos diferente percepción. La idea vulgar es que las sensorias percepciones objetivas son las verdaderas, y que las subjetivas resultan de la imaginación; pero reflexionando un poco, comprenderemos que toda percepción, tanto objetiva como subjetiva, resulta de la “imaginación”. Al mirar un árbol no se nos entra en los ojos, sino que se retrata en la mente; al mirar una forma, percibimos la impresión causada en la mente por la imagen de un objeto existente más allá de los límites del cuerpo; al mirar una imagen subjetiva forjada por nosotros mismos, percibimos su impresión en la mente. En cualquiera de ambos casos las imágenes existen en la mente y percibimos sus impresiones.

Todo aparece objetivo o subjetivo, según el estado de conciencia del que percibe; y lo que en un estado le parece enteramente subjetivo, en otro puede parecerle objetivo. Las supremas verdades ideales tienen para quien las comprende una existencia objetiva, mientras que las más groseras formas materiales no existen para quien no las percibe.

Aquí se origina una importante cuestión: ¿Quién o qué es este desconocido ser que percibe las imágenes existentes en su propia mente y las sensaciones transmitidas a su conciencia? ¿Qué esto que llamamos nuestro Yo, que conoce cuanto nosotros conocemos y también conoce nuestra ignorancia? ¿Qué es este ser que no es cuerpo ni mente, sino que de ambos se vale como de instrumentos? Quien conociese este invisible ser, podría soltar desde luego este libro, que nada le diría de nuevo, porque conocería a Dios y sería el más sabio de los hombres.

Toda manifestación de poder mágico tiene por base el conocimiento de las relaciones entre los estados objetivo y subjetivo de conciencia y la fuente de que dimanen. Si concebimos mentalmente una cosa ya vista, aparecerá en nuestra mente su forma objetiva compuesta de substancia de nuestra propia mente. Si por continuada práctica adquirimos poder bastante para mantener esta imagen e impedir que la ahuyenten o disipen otros pensamientos, llegará a ser relativamente densa y se proyectará sobre la esfera mental de los demás, hasta el extremo de creer que ven objetivamente lo que sólo existe como imagen en nuestra mente; pero el incapaz de mantener un pensamiento y dominarlo a voluntad, no puede reflejarlo en la mente ajena, y así fracasan estos experimentos, no por imposibles, sino por debilidad de los experimentadores, que no pueden dominar sus pensamientos y plasmarlos lo suficiente para transmitirlos.

lo llevaron al lugar de la ejecución. Llegado allí dieron la voz de fuego y los soldados dispararon, despertándose él al cerrar el conductor la puerta del vagón”.

Todo es real o ilusorio según lo consideremos. Las palabras real e irreal son términos relativos; y lo que parece real en un estado de existencia, parece ilusorio en otro. El dinero, el amor, el poderío, etc., les parecen muy reales a quienes los necesitan; pero son ilusorios para quien ha trascendido su necesidad. Lo que comprendemos es para nosotros verdadero, aún cuando aparezca ilusorio a los demás. Si mi imaginación es bastante poderosa para representarme la presencia de un ángel, el ángel estará allí viviente y verdadero, porque es mi propia creación, aunque sea invisible e ilusoria para otro. Si vuestra mente es capaz de crear un paraíso en un desierto, este paraíso existirá objetivamente para vosotros.

Todo cuanto existe tiene existencia en la mente universal; y si la mente individual tiene conciencia de su relación con una cosa, comienza a percibirla. Nadie puede tener idea de una cosa extraña a su experiencia ni puede conocer aquello con lo que no esté relacionado. Para percibir son necesarios tres elementos: la percepción, el perceptor y el objeto de percepción. Si estos elementos están en distintos planos sin relación mutua, no será posible la percepción. Si quiero verme la cara y no puedo salir de mí, he de valerme de un espejo para establecer una relación entre mí mismo y el objeto de mi percepción. El espejo no siente y no puedo verme en él sino en mi mente. La reflexión en el espejo produce para mi mente individual otra objetiva que yo percibo.

La consideración de estos hechos nos dan la clave para comprender la naturaleza original del hombre y la necesidad de que “cayera de su estado de gracia”. No podemos ver objetivamente la luz o la verdad, mientras estemos en el cuerpo de una o de otra. Sólo cuando nos alejamos de la esfera de la luz vemos su fulgencia y cuando caemos en error aprendemos a estimar la verdad. Mientras el hombre primitivo estuvo unido al poder universal del cual emanó en un principio, como rayo o entidad espiritual, no podía reconocer la divina fuente de que dimana. La voluntad y la imaginación de la Mente universal eran su propia voluntad e imaginación. Sólo al “salir de su divino ser” existió como ser individual, y al obrar contra la ley advirtió su vigencia. Ilusoria es la existencia del hombre independientemente de la existencia de Dios; pero es necesario que el hombre se convenza experimentalmente de esta ilusión y se capacite para trascenderla y reconocer su unidad con Dios. Un Dios inconsciente de su divina naturaleza no sería capaz de gozarla. Cuando el hombre, como entidad espiritual, logra la perfección y vuelve a su origen, pierde todo sentimiento de separación y adquiere conocimiento. Para ver una cosa es necesario que sea objetiva. Para saber qué es amor necesitamos apartarnos del ser amado. Cuando comprendemos acabadamente una cosa, nos unimos a ella y la conocemos por conocernos a nosotros mismos.

Un ejemplo explicará la ley fundamental de la creación. La gran Causa primera viene a ser su propio espejo y al desdoblarse se relaciona consigo misma. “Dios” ve su rostro reflejado en la Naturaleza; la Mente universal se ve reflejada en la mente individual del hombre. Dios se relaciona conscientemente con su propia naturaleza; pero cuando de nuevo se retraiga en Sí mismo, cesará la relación y volverá a ser uno consigo mismo sin relatividad de conciencia. “Brahma dormirá” hasta que amanezca el nuevo día de la creación. Pero así como el hombre sabe que continúa existiendo aún después de cesar de relacionarse con el mundo exterior y no necesita mirarse continuamente a un espejo para recordar este hecho, así también la absoluta conciencia del supremo *Yo soy* es independiente de la objetiva existencia de la Naturaleza, pues como dice el Apocalipsis:

Y vi un gran trono blanco y uno que estaba sentado sobre él, de cuya vista huyeron la tierra y el cielo¹⁵.

Las superiores facultades de la percepción interna, las posee el *hombre interno* y se desarrollan luego que éste despierta a la conciencia de sí mismo. Corresponden dichas facultades a los sentidos del hombre externo: vista, oído, tacto, gusto y olfato. Las percepciones sensorias son necesarias para percibir las cosas objetivas; las percepciones internas son necesarias para percibir las cosas internas. La materia física es tan invisible para la visión espiritual, como los cuerpos astrales para la física; pero como todo objeto físico tiene su duplicado astral en la forma física, es posible ver, oír, tocar, gustar y oler con los sentidos astrales, y conocer así los atributos de los objetos físicos tan bien o mejor que el hombre físico con los sentidos corporales; pero ni éstos ni los astrales pueden percibir cosa alguna si no están animados por la energía del espíritu.

En general consideramos una cosa verdadera, cuando varias personas la ven del mismo modo, mientras que si sólo la ve uno y no los demás, la consideramos ilusoria; pero como toda impresión produce cierto estado mental, quien la reciba ha de hallarse en condición de relacionarse con el estado mental producido por la impresión. Todos los que se hallen en el mismo estado mental y reciban igual impresión percibirán lo mismo; pero si sus estados mentales son diferentes, también lo serán sus percepciones, aunque la impresión sea la misma. Cuantos tengan los sentidos normalmente desarrollados verán de la misma manera un caballo o un león si se hallan todos en el mismo estado mental; pero si uno de ellos está excitado por el terror, su percepción diferirá de la de los demás, porque su estado mental altera la impresión recibida. Un beodo en estado de *delirium tremens* puede creer que está viendo gusanos y serpientes sobre su cuerpo; y aunque la experiencia le dé a entender que no existen externamente, son para él horribles realidades como productos de su estado mental, pero no existen para quienes no se hallan en el mismo estado, por más que quienes estuvieran en análoga condición verían los mismos gusanos y serpientes.

Por lo tanto, nuestras percepciones difieren, no sólo según difieren las impresiones provenientes de los objetos de percepción, sino también según nuestra capacidad de recibir las impresiones, o según nuestro estado mental. Si pudiéramos desarrollar un nuevo sentido de percepción, nos crearíamos en un mundo nuevo, y si nuestra capacidad para recibir impresiones se limitase a un solo sentido, sólo podríamos concebir aquello que se nos pudiera manifestar por medio de tal sentido. Supongamos un ser capaz tan sólo de determinado estado de conciencia, por ejemplo el del odio. Como tendría concentrada su conciencia en dicha pasión dominante, nada conocería sino el odio y fuera cual un “dios del odio”, incapaz de mudar de estado mental ni de percibir más que lo relacionado con él. A semejante ser el mundo entero le parecería obscuro y vacío, y los mares y montañas, bosques y ríos no tendrían para él existencia; pero cuando un hombre o un animal se enfurecieran, acaso percibiría en las tinieblas un lóbrego resplandor que llamándole la atención y atrayéndolo, al acercarse a él podría estallar en llamas que consumieran al enfurecido. Cualquier otro estado mental o pasión de ánimo puede servir de ejemplo. El odio atrae aborrecimiento y el amor atrae amor; y una persona llena de odio es tan incapaz de amar como otra llena de amor es incapaz de odiar.

¹⁵ Apocalipsis XX - 11

Dice el Bhaqavad Gita:

Los hombres de naturaleza demoníaca ignoran la acción y la omisión. Ni pureza ni honradez ni verdad hay en ellos. Así dicen: “En el universo nada hay que sea verdad ni tampoco hay Dios alguno que lo rija. Todos los seres proceden de la sexual unión sin más causalidad que la lujuria”.¹⁶

Quienes suponen que todo existe a consecuencia de la inconsciente atracción de dos principios, olvidan que no podría haber atracción sin causa que la produjese, y que dejaría de existir tan pronto como ésta cesara. Son los engañados discípulos de una doctrina en que no pueden creer seriamente. Están de acuerdo en que nada puede salir de la nada; y sin embargo, creen que la atracción inconsciente puede engendrar conciencia. Son los discípulos del absurdo *Dos*, que no tiene existencia real, porque el eterno Uno dividido en dos partes, no serían dos *Unos*, sino dos mitades del Uno dividido.

Uno es el número de unidad, y *Dos* es división; el Uno dividido en dos cesa de existir como Uno, y por lo tanto nada nuevo produce. Si el plan de la construcción del mundo obedeciese a las ideas de los partidarios del dualismo, nada podría haber venido a la existencia, porque la acción y la reacción hubieran sido iguales, aniquilándose una a otra, sin que hubiera podido realizarse el actual progreso.

Pero tras las manifestaciones del poder está el eterno poder en sí mismo, la fuente de toda perfección manifestable. Es la real Unidad en que no existe división y de la que todo procede y a la que todo ha de volver. Se le llama “Bien” considerado como la fuente de perfección a que todas las cosas propenden y anhelan alcanzar.

Sea lo que fuere este poder del bien, no es capaz el hombre de describirlo ni de darle nombre apropiado, porque está más allá de nuestra comprensión. Dar nombre a lo que todo lo incluye es limitar el todo a una de sus partes. Se le ha llamado “*Dios*”, y en este concepto tiene “muchas fases”, porque su aspecto varía según el punto de donde lo miramos. Es la *Causa suprema* de cuanto existe y por lo tanto ha de ser *conciencia absoluta, sabiduría, poder, amor, inteligencia y vida*, porque estos atributos existen en sus manifestaciones y no podrían existir sin El.

Es necesariamente uno e ilimitado, y por lo tanto no puede conocerlo la limitada inteligencia del hombre. Solo puede ser conocido por Si mismo; pero si se revela en nuestra alma, participará ésta de su conocimiento. Así dijo Angel Silesio:

Dios mora en una luz lejanísima de la humana percepción. Sé tú esta luz y podrás verlo.

Cuando le rogaron a Gautama el Buddha que describiese el origen supremo de todos los seres, quedó silencioso, porque los que han logrado la condición que les facilita conocer la realidad no tienen palabras para describirla¹⁷, y los que no la han logrado no podrían comprender la descripción. Para describir lo Absoluto, tendríamos que revestirlo de atributos comprensibles, y entonces sería *relativo*. Así toda discusión teológica respecto a la naturaleza de “Dios” es inútil, porque “Dios” es el Todo y no difiere de cosa alguna,

¹⁶ XVI - 7

¹⁷ 2 Corintios XII. 4.

aunque no todas las cosas son Dios, pues no todas las cosas son conscientes de su divina naturaleza o sea el reconocimiento de la presencia de Dios. Negar la existencia de Dios es un absurdo equivalente a la negación de nuestra existencia, porque toda existencia es prueba de Dios, que sólo puede ser conocido espiritualmente y no descrito científicamente, por lo que la lucha entre deístas y ateos es una disputa sobre palabras sin definido significado.

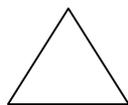
Todo hombre es una manifestación de Dios; y así como el carácter de cada cual difiere del de los otros, así la idea de cada uno respecto a Dios es diferente, pues cada uno tiene su Dios (su ideal) propio. Cuando todos nos unamos en el supremo ideal, tendremos todos el mismo Dios.

El poder de Dios no existe para quien no lo posee; pero Dios existe para quien percibe su presencia y nada podría arrancarle su convencimiento. No puede el ignorante darse cuenta de la existencia del conocimiento hasta que por sí mismo conozca; mientras que a quienes conocen nada podrá quebrantarles el conocimiento. Las caricaturas de dioses, establecidas por varias iglesias como representaciones del solo y verdadero Dios, son conatos para describir lo indescriptible. Así como todo hombre tiene un ideal superior (su Dios) símbolo de sus aspiraciones, así toda iglesia tiene su dios especial; resultante de sus necesidades ideales.

Para ellos son verdaderos dioses, porque les sirven en lo que necesitan, y conforme se cambian las necesidades de la iglesia, así cambian también sus dioses, desechando los viejos y reemplazándolos con nuevos.

El Dios de los cristianos difiere del de los hebreos, y el Dios cristiano del siglo XIX es muy distinto del que en tiempo de Torquemada y Pedro Arbues se complacía en los tormentos y autos de fe. Mientras los hombres sean imperfectos, también lo serán sus dioses; al perfeccionarse los hombres, los dioses irán tomando mayor perfección; y cuando todos los hombres sean igualmente perfectos, todos tendrán el mismo perfecto Dios, el mismo supremo ideal espiritual y la misma realidad universal reconocida por la ciencia y por la religión; porque no puede haber mas que un Ideal supremo, una Verdad absoluta, cuya realización es la Sabiduría, cuya manifestación es el poder expresado en la Naturaleza y cuyo perfectísimo resultado es el hombre ideal.

Siete peldaños tiene la escala que representa el desarrollo religioso de la humanidad. En el primer peldaño, el hombre parece un animal, consciente sólo de sus instintos y deseos corporales, sin concepto alguno del elemento divino. En el segundo, empieza a presentir la existencia de algo superior. En el tercero, busca este superior elemento, pero los inferiores todavía preponderan sobre sus aspiraciones superiores. En el cuarto, los deseos superiores e inferiores se equilibran; a veces busca los superiores; a veces le atraen los inferiores. En el quinto, busca con anhelo lo divino; pero como lo busca en el exterior, no lo encuentra, y entonces lo busca en sí mismo. En el sexto, encuentra el elemento divino en sí mismo, y se desenvuelve la conciencia espiritual del Yo, que en el séptimo es conocimiento de sí mismo. Al llegar al sexto, se avivan activamente sus sentidos espirituales, de modo que puede reconocer la presencia de otras entidades espirituales existentes en el mismo plano. Entonces, su *voluntad* se liberta de todo deseo *egoísta*, su *pensamiento* se somete a la voluntad y su *palabra* se convierte en acción. Este ser espiritual puede vivir con cuerpo humano en la tierra sin manifestar declarada superioridad respecto de los demás hombres, porque su personalidad no es Dios. Vive y sin embargo no vive, pues vive en él Dios, el divino Yo, la eterna Realidad.



CAPITULO III

FORMA

“EL UNIVERSO ES UN
PENSAMIENTO DE DIOS”.

PARACELSO

Según Platón, la esencia primordial es una emanación de la *Mente demiúrgico*, que desde la eternidad contiene en sí la idea del mundo natural y la manifiesta objetivamente por el poder de Su voluntad. Esta doctrina parece ser casi tan antigua como la razón humana, pues expresa esencialmente la misma verdad enseñada por los *rishis* y expuesta (aunque tal vez en otros términos) por los más profundos pensadores de todas las épocas, desde el primer *espíritu planetario* que apareció en la tierra, hasta los filósofos modernos para quienes el mundo es efecto de ideación y voluntad.¹⁸

El gran místico cristiano Jacobo Boehme dice que la gran Causa primordial es una trinidad compuesta de voluntad, pensamiento y acción. Esta doctrina es análoga a la enseñada en Oriente respecto a las tres emanaciones de Brama, aunque Boehme ignoraba esta circunstancia y necesariamente había de ignorarla en aquella época, y concebirla tan sólo por ser *iluminado*. Dice en su obra: *Los Tres Principios*, que por la actividad de la *Voluntad-Fuego* en el *Centro*, la Conciencia eterna se reflejó en el espacio como en un espejo, y de esta actividad nacieron *Luz* y *Vida*. Después declara cómo la acción que irradia del incomprensible Centro hacia el elemento de la Materia, y la subsiguiente reacción de la periferia al Centro, determinaron la rotación, y cómo tomó existencia en el *Éter* el mundo de las formas y fue creciendo en densidad material. Así por la acción del Padre en el Hijo se manifestó el Espíritu Santo, y su manifestación es la unidad del Universo tanto visible como invisible, con todos sus soles, estrellas, planetas, formas, habitantes, Ángeles, demonios, devas, elementales, hombres y animales, es decir, con todas las energías y potencias y formas de los aspectos visible e invisible de la Naturaleza.

Esta trinidad se manifiesta en tres distintos *planos* o *modos de acción* a saber: *Materia*, *Alma* y *Espíritu*; o según el simbolismo de la antigua ciencia oculta: *Tierra*, *Agua* y *Fuego*. El *Uno* se manifiesta en los *Tres*; pero los *Tres* son un todo que no consta de tres partes sucesivas, sino que brotan simultáneamente a la existencia. La *reacción* no puede existir sin la acción, y ambas derivan de una *Causa* o *Potencia* co-existente.

¹⁸ Schopenhauer: *Die Welt als Wille und Vorstellung*. (El mundo como voluntad y manifestación).

El *Espíritu* o Fuego es inmaterial, sin forma y universal, que manifiesta su poder en formas. Es el Creador, el gran Arquitecto del universo, e Padre de Cristo, cuya madre es *Maya*, la siempre virgen Naturaleza.

El *Alma* o Agua es un elemento semimaterial y sin forma en su original estado. Es el elemento organizador de las formas corpóreas. Penetra y rodea los planetas del mismo modo que rodea y penetra los cuerpos de los hombres y de los animales y todos los demás cuerpos y formas que perecen en cuanto el alma cesa de actuar en ellas.

Materia o Tierra (llamada *akâsa* en su primordial estado) es un invisible elemento material que penetra todo el espacio. Condensada por el poder organizador del alma, plasma las formas de ésta última y las hace visibles en el plano físico.

De la interacción de los tres elementos primordiales: Espíritu, Alma y Materia, derivan cuatro principios intermedios que, añadidos a los tres primordiales, constituyen siete principios que no existen separadamente, sino que son los siete aspectos de un mismo elemento, de la propia suerte que las siete notas de una octava son siete modificaciones de una misma vibración acústica. El hombre es una unidad; pero también es una trina expresión capaz de cuatro distintos estados de conciencia y existencia, un compuesto de cuatro elementos unidos al quinto o elemento *uno* para constituir un armonioso acorde de cinco notas. También puede considerarse como la manifestación de tres potencias superiores y otras tres inferiores en las que se ha de manifestar la inmanifestada séptima potencia. Todas estas divisiones son legítimas y no arbitrarias, porque se fundan en la acción de ciertas leyes naturales.

1. A. Elemento de *Materia* (*Akâsa*), representado por *Tierra*.
2. A B. Combinación de *Materia* y *Alma*, llamada *cuerpo astral*; mezcla de “Tierra y Agua”.
3. B. *Alma* o principio animal del hombre, representado por “Agua”.
4. A B C. La *Esencia de Vida*; combinación de *Materia*, *Alma* y *Espíritu*; “Tierra, Agua y Fuego”.
5. A C. *Mente*; combinación de *Materia* y *Espíritu*, o “Tierra y Fuego”, (principio de intelectualidad).
6. B C. *Alma Espiritual*, combinación de *Alma* y puro *Espíritu*, o “Agua y Fuego”, (principio de inteligencia espiritual).
7. C. *Espíritu* puro o “Fuego”¹⁹.

La división adoptada por Paracelso y la del “Buddhismo Esotérico” es casi idéntica a la precedente, de este modo: 1. El cuerpo físico. 2. Vitalidad (Mumia). 3. Cuerpo astral (Cuerpo sidéreo). 4. Alma animal. 5. Alma intelectual. 6. Alma espiritual. 7. Espíritu.

Se dice que los antiguos hebreos conocieron esta división y que con arreglo a ella compusieron su alfabeto de veintidós letras; porque el *tres* en *siete* estados produce *doce* símbolos, y $3+7+12=22$. Esta séptuple división de principios, que representa la constitución del hombre, así como la del universo en conjunto, fue también conocida de los egipcios, quienes la describieron como sigue:

¹⁹ Los términos sánscritos, de los siete principios, son: 1. Prakriti. 2. Lingasarira. 3. Kamarupa. 4. Jiva. 5. Manas. 6. Buddhi. 7. Atma. (Véase: *Cinco años de Teosofía*).

- I. *chat* Cuerpo físico.
- II.

{	<i>bas</i> (corazón)	}	Vida física.
	y		
	<i>nif</i> (aliento)		
- III. *ka* Cuerpo astral (Personalidad).
- IV. *ab* Deseo (Kama) Centro.
- V. *ha* Alma (Manas).
- VI. *chaib*. Sombra del Espíritu (Buddhi).
- VII. *chu*. Espíritu (Atma).

Los alquimistas representaban las mismas ideas que los símbolos de los siete planetas.

Saturno. Elemento material.

Júpiter. Poder de Vida.

Marte. Voluntad; Fuerza.

Sol. El centro; la fuente de todos los planetas.

Venus. Amor. En su inferior modalidad de deseo.

Mercurio. Mente; inteligencia.

Luna. Espiritualidad.

Las cualidades de estas potencias difieren en su combinación según el preponderante influjo de una sobre otra, y de aquí proviene que sean buenos o malos sus aspectos. Son malos en las condiciones siguientes:

Si la espiritualidad está avasallada por la materialidad.

Si la mente está dominada por la obcecación.

Si el amor está supeditado a la pasión.

En condiciones contrarias los aspectos serán buenos.

El sol ocupa el centro de estos planetas, puesto que es su padre y ninguno de ellos puede dominarlo.

Juana Leade adopta una séptuple división de principios en orden inverso, conviene a saber:

1. *Espíritu*. La palabra. El Creador.

2. *Viento*. Aliento de vida.

3. *Agua*. Viento condensado (alma).

4. *Luz*. Inteligencia.

5. *Cielo*. Mundo astral.

6. *Aire*. Vida física.

7. *Tierra*. Matriz o centro.

A estos siete principios corresponden cuatro planos de existencia o estados de conciencia, que son:

I. Mundo físico.

II. Mundo astral.

III. Mundo espiritual.

IV. Plano divino de existencia.

Cada uno de estos mundos tiene su peculiar modalidad de ser y toda forma existente en cualquiera de ellos contiene los referidos siete principios fundamentales inseparablemente unidos, con la sola diferencia de que, según el plano donde exista la forma, están unos activos y otros latentes.

Así, en una piedra o en un Arbol, los principios superiores están del todo latentes y como si no existieran, mientras que en una forma del plano superior sólo están manifiestos los principios superiores y ha cesado ya la actividad de los inferiores.

El cuadro siguiente da una idea aproximada de esta teoría. El principio activo en cada mundo está impreso en mayúsculas; los menos activos en cursiva y los latentes o los que han cesado en su actividad en redondo.

Mundo físico	Mundo emocional	Mundo mental
MATERIA FISICA	Materia Fisica	Materia Fisica
VIDA FISICA	Vida Fisica	Vida fisica
<i>Vida astral</i>	VIDA ASTRAL	Vida astral
<i>Vida kámica</i>	VIDA KAMICA	Vida kamica
<i>Manas inferior</i>	<i>Manas inferior</i>	Manas inferior
Manas superior	Manas superior	MANAS SUPERIOR
Buddhi	Buddhi	<i>Buddhi</i>
Atma	Atma	<i>Atma</i>

Por supuesto, que el grado de actividad difiere según los individuos y hay muchas variaciones.

En la tierra pueden manifestarse los siete principios en el hombre capaz de vivir alternativa o sucesivamente en uno u otro de estos cuatro estados de conciencia. Su espíritu pertenece a Dios; su mente al cielo; sus deseos al alma del mundo y su cuerpo a la tierra. Después de la muerte cesa la actividad de los principios inferiores y el hombre asciende en la escala del ser, según como se haya armonizado con ella durante su vida.

No conocemos ni queremos especular sobre las condiciones del divino estado de existencia. Nuestro propósito debe ser más bien alcanzarlo que conturbar nuestro cerebro con el intento de satisfacer una curiosidad científica en este punto. Cabe suponer que en el plano divino sólo están en actividad Atma, Buddhi y Manas superior; pero Jacobo Boehme nos dice que los “siete Espíritus de Dios han nacido uno de otro sin que haya primero ni último, pues los siete son igualmente eternos”²⁰, También dice que el tercer principio reaparece en el séptimo y que en esto consiste la “resurrección de la carne”, por lo cual un ser *divino* no es un espíritu insubstancial, sino que posee el “cuerpo de Dios”, “En la séptima forma manifiestan su actividad todas las demás formas de la naturaleza”. Por lo tanto, el elemento terreno se vuelve a manifestar en la octava superior; y esto nos descubre el verdadero significado de las palabras de San Pablo al hablar de “un cuerpo sembrado en corrupción y levantado en gloria”²¹ que seguramente no es la forma astral de un fantasma.

²⁰ Vida y doctrina de Jacobo Boehme.

²¹ I-Corintios-I-5.

Todas las formas son expresión de uno o más de estos principios elementales y existen mientras sus respectivas potencias obran en ellas. No es necesario que sean visibles, porque su visibilidad depende de su capacidad de reflejar la luz. Los gases invisibles pueden solidificarse visible y tangiblemente por la presión y el frío, y las sustancias sólidas pueden hacerse invisibles e intangibles por la acción del calor. Los productos del pensamiento cósmico no son todos visibles al ojo físico, y no vemos más que los que están en nuestro plano de existencia.

Todos los cuerpos tienen sus esferas invisibles. Las visibles están limitadas por la periferia de sus formas visibles; las invisibles se extienden más allá en el espacio. Aunque no siempre las descubren los instrumentos físicos, existen, sin embargo, y bajo ciertas condiciones pueden percibirse los sentidos. La esfera de un cuerpo odorífero puede percibirse por el órgano del olfato; la de un imán por la aproximación del hierro; la de un hombre o de un animal por el delicadísimo instrumento del alma sensitiva.

Estas esferas son las auras magnéticas, caloríficas, odorantes, lumínicas, y demás emanaciones correspondientes a los objetos del espacio que se ven a veces como la *aurora boreal* en las regiones polares de nuestro planeta o como la fotosfera del sol durante un eclipse. El nimbo que rodea la cabeza de los santos no es meramente una ficción poética, como no lo es la esfera de luz que irradia de una piedra preciosa. Así como todo sol tiene sus planetas que giran alrededor de él, así todo cuerpo está circundado de menores centros de energía que salen del centro común y participan de sus atributos. Por ejemplo, el cobre, carbón y arsénico tienen auras rojas: el plomo y azufre, azules; el oro, plata y antimonio, verdes; y el hierro, de todos los colores del iris. Las plantas, animales y hombres emiten los colores correspondientes a sus caracteres; las personas de carácter elevado y espiritual tienen hermosa aura de variados matices, blanco, azul, oro y verde, mientras que los caracteres viles emiten principalmente emanaciones rojo-oscuros, que en las personas brutales, groseras o abyectas son casi negras. Las auras colectivas de grupos de hombres, plantas, animales, ciudades y países corresponden a sus caracteres más sobresalientes; y quien tenga la percepción bastante desarrollada colegirá la condición intelectual y moral de un lugar o país, de la esfera de sus emanaciones.

Estas esferas se extienden del centro, y su periferia crece en proporción a la intensidad de la energía que obra en el centro. Conocemos la esfera de una rosa por la fragancia que despide si tenemos el sentido del olfato, y conocemos el carácter mental de un individuo si penetramos en la esfera de sus pensamientos.

La calidad de las emanaciones psíquicas depende del estado de actividad del centro que las origina. Son símbolos de los estados del alma de cada forma e indican el estado de las emociones. A cada emoción corresponde determinado color: al amor corresponde el azul; al deseo el rojo; a la benevolencia el verde; y estos colores pueden despertar las correspondientes emociones en otras almas. El azul tiene efecto calmante y puede tranquilizar a un demente o aliviar una fiebre; el rojo excita la pasión; un toro se enfurece al ver un paño colorado, y el populacho se irrita al ver sangre. Esta química del alma no es más maravillosa que los fenómenos de la química física, pues estos procesos obedecen a la misma ley por la cual el cloruro argéntico expuesto a la luz se vuelve negro.

Los pensamientos de la Mente universal expresados en materia del plano físico abarcan todas las formas de los reinos mineral, vegetal y animal de la tierra, descritos por las ciencias naturales. Toda forma material contiene en sí su duplicado etéreo, que bajo ciertas condiciones puede separarse de la parte densa o ser extraído por un Adepto. Estas partes astrales pueden replasmarse visiblemente en akâsa condensado y de este modo puede duplicar un objeto quien sepa manejar las fuerzas invisibles²².

Las formas astrales persisten después de muertas sus formas densas. El clarividente ve las formas astrales de los muertos, flotantes sobre las tumbas, con apariencia de vivos.

A estas formas se les puede infundir artificialmente vida y conciencia por medio de prácticas necrománticas, así como también se las puede evocar en las reuniones espiritistas en simulación del espíritu de los muertos.

Hay personas en quienes el cuerpo astral, a consecuencias de ciertas peculiaridades de constitución, o por alguna enfermedad, no está bien ligado al cuerpo físico y puede separarse de él durante corto período²³. Estas personas tienen aptitud mediumnímica en las llamadas materializaciones espiritistas, y sus contrapartes etéreas pueden aparecer separadas de sus cuerpos y tomar la semejanza de la forma visible de otra persona viva o muerta. Reciben una máscara por medio de los pensamientos inconscientes o conscientes de las personas que asisten a la reunión y por el reflejo de sus recuerdos y pensamientos, así como pueden representar otros personajes por medio de influencias invisibles para el ojo físico.

Como el cerebro es el órgano central de la circulación del fluido nervioso, de la propia suerte que el corazón lo es de la circulación de la sangre, así también el bazo es el órgano del que toman su vitalidad los elementos astrales; y en ciertas enfermedades, cuando la función del bazo está impedida, el astral de una persona puede involuntariamente separarse del cuerpo. No es raro que un enfermo se sienta “como si no fuera él mismo”, o como si otro estuviera acostado con él, y el mismo fuera aquél otro. Estos casos de fantasmas, apariciones, espectros, etc., causados por la separación del cuerpo astral, se encuentran en muchas obras que tratan de los fenómenos místicos de la naturaleza²⁴.

Por lo general, estas formas astrales son inconscientes y sin vida propia; pero se les puede dar vida y conciencia, quitando la vida del cuerpo físico y concentrándola en el astral. Quien logra esto puede salir de su cuerpo físico y vivir independiente de él. Un adepto puede hallarse enteramente fuera de su cuerpo físico y seguir viviendo en su etéreo e invisible cuerpo²⁵.

²² Sinett: *El Mundo oculto*.

²³ La íntima relation entre los cuerpos astral y físico se demuestra frecuentemente en las llamadas comunicaciones de los mediums espiritistas. Si una forma materializada se mancha de tinta o de hollín, la materia colorante se encuentra después en la parte correspondiente del cuerpo del *médium*, porque al volver el astral al cuerpo físico deja la mancha en las correspondientes partes del último.

²⁴ Adolfo D'Assier: *La humanidad póstuma*.

²⁵ Aquí pudieran servir de ejemplo los relatos de faquires enterrados vivos durante meses y después resucitados. Son tan conocidos estos casos que no hay necesidad de repetirlos. Además, los fenómenos, por bien atestiguados que estén, jamás suplantán el conocimiento ni explican las misteriosas leyes de la naturaleza. Su realización no prueba más sino que ocurren. El verdadero

Pero también hay formas, cuya natural morada es el plano astral, que las ciencias físicas desconocen porque sólo pueden verse mediante la percepción astral que hoy día únicamente poseen escaso número de gentes. El plano astral tiene, como el físico, sus reinos mineral, vegetal, animal y sus cuatro elementos; y así como en nuestro mundo están poblados la tierra, el aire y el mar, así también en el mundo astral hay habitantes, los espíritus de la naturaleza, que residen en los elementos tierra, aire, agua y fuego. Son producto de arrápicas ideas de la Mente universal, plasmadas en formas organizadas por el poder creador de la Naturaleza y se ven objetivamente unas a otras mientras existen en el mismo plano.

Las formas individuales del plano astral pueden a menudo hacerse visibles a los hombres y a los animales pero son invisibles en circunstancias ordinarias, por más que las vean los clarividentes y en ciertas condiciones sean además tangibles. Sus cuerpos están constituidos por una substancia elástica y semimaterial, lo bastante etérea para que la vista física no pueda descubrirlos, y cambian de forma según ciertas leyes.

Dice Bulwer Lytton:

“La vida es un principio omnipenetrante, y lo que parece morir y descomponerse engendra vida nueva y toma nuevas formas de materia. Razonando por analogía, si no hay hoja ni gota de agua que no sea, como la más lejana estrella, un mundo habitable, el sentido común bastaría para enseñarnos que el Infinito que nos circunda, el impalpable e ilimitado espacio que separa a la tierra de la luna y de las estrellas, estará lleno también de correspondiente y apropiada vida... “.

“En la gota de agua vemos diversidad de animálculos, algunos de ellos monstruosos y terribles en comparación con otros. Así sucede con los habitantes de la atmósfera. Unos son de sobresaliente sabiduría, otros de malevolencia horrorosa; los hay hostiles para el hombre como demonios y otros benignos como mensajeros entre tierra y cielo”²⁶.

Nuestra escéptica época admira en estas descripciones la “fantasía” del autor, sin advertir que su intención fue declarar una verdad; pero muchos atestiguarían, si necesario fuese, la existencia de estos seres invisibles, aunque substanciales y de variadas formas, que la educada voluntad humana puede hacer conscientes, inteligentes, visibles y útiles al hombre.

Esta afirmación está apoyada en el testimonio de los rosacruces, cabalistas, alquimistas y adeptos, así como los antiguos libros de la sabiduría oriental y la Biblia cristiana.

Sin embargo, tales entidades no son necesariamente seres personales, pues pueden ser fuerzas impersonales que adquieren vida, forma y conciencia por su contacto con la humanidad. Los gnomos, sílfides, ondinas y salamandras no pertenecen del todo al reino de la ficción, aunque son algo muy distinto de lo que creen los ignorantes. ¡Cuán insignificante y pequeño aparece el hombre en la infinidad del universo!; y sin embargo, los sentidos no le revelan más que una parte comparativamente mínima del universo. Si le fuera posible ver los mundos dentro de otros mundos, arriba, abajo, por todas partes, hormigueantes de seres cuya existencia ni siquiera sospecha, mientras ellos tal vez

conocimiento, jamás se adquirió por la observación de los fenómenos externos, sino por el conocimiento de la ley.

²⁶ Bulwer Lytton: *Zanoni*.

ignoran que él existe, se desmayaría de temor e impetraría la protección divina. Con todo, ninguno de aquellos seres aventaja en potencia o elevación al hombre espiritual consciente de sus poderes²⁷.

Los seres del plano *espiritual* fueron antes hombres; pero su constitución no pueden comprenderla los que les son inferiores, y sus formas etéreas son de inconcebible perfección. Otros seres todavía más elevados han trascendido la necesidad de manifestarse en forma y pasan al estado arrúpico. Podemos considerar al ser humano como una nota de la Bran sinfonía universal, y aún *Dhyan Chohan*²⁸, como una cuerda entera o como una agrupación de notas en la sinfonía de los dioses. Así como en música hay notas disonantes y las tinieblas son contrarias a la luz, así también hay entidades malévolas.

El reino del alma es el reino de las emociones, que no provienen tan sólo de procesos fisiológicos cuyas causas derivan del plano Físico, sino que pertenecen a una forma de vida en el plano astral, y a menudo surgen y decaen sin causa aparente. Las condiciones atmosféricas o circunstancias sobre las cuales no tenemos dominio pueden causar ciertas emociones. Una persona que entra en una habitación donde otras se han echado a reír, es susceptible de participar de la alegría común sin conocer la causa; todo un concurso se conmueve por la intensa emoción de un orador, aunque no se entienda bien lo que dice; una sola mujer histérica, en una sala de hospital, puede provocar una epidemia de histerismo entre las demás enfermas; y todo un auditorio puede conmoverse por la arenga de un predicador vehemente, aunque diga necedades. La repentina acumulación de energía emotiva en el plano astral puede matar tan prontamente coma una explosión de pólvora. Cuando, como suele decirse, queda alguien “mudo de terror”, o “paralizado por el miedo”, adquiere la conciencia astral una actividad anormal a expensas de la física y puede cesar la actividad de la vida en este plano determinando el desvanecimiento y aún la muerte.

Todas las formas surgen a la existencia con arreglo a ciertas leyes. El microscopio muestra que en una solución salina se forma un centro de materia que atrae y cristaliza a su alrededor las partículas análogas. Cada sal cristaliza siempre en determinado sistema geométrico peculiar a su índole. En el reino vegetal sabemos que la semilla de una planta atrae las fuerzas necesarias para producir otra planta de la misma especie; la semilla del manzano no produce otro árbol sino el manzano, y de la bellota solo nace el roble. Los caracteres principales de un animal serán los de sus padres, y el aspecto exterior de un hombre corresponde más o menos al de su raza y familia.

Así como todo punto matemático del espacio puede desarrollarse en un ser vivo, consciente y visible, luego de formado cierto centro de energía, así en el reino invisible del alma, las formas astrales pueden surgir a la existencia doquiera encuentren las condiciones necesarias para su crecimiento. De la misma manera que un germen viviente en el plano físico atrae materia para su desenvolvimiento, así un germen psíquico atrae en su torno en el plano astral la invisible pero substancial entidad del pensamiento. Y de la propia suerte que las formas del plano físico corresponden a los caracteres de sus gérmenes, así las formas del plano astral expresan los caracteres de las

²⁷ Paracelso, Cap. V.

²⁸ Hijo de Sabiduría. Espíritu planetario.

emociones prevalecientes en este plano y se manifiestan en formas hermosas o repulsivas, porque toda forma es símbolo o expresión del carácter que representa.

Las formas animales expresan las fuerzas que actúan en el plano animal. Algunas tienen peculiar conciencia y se percatan de su existencia, pero en las circunstancias ordinarias no son más inteligentes que los animales ni pueden obrar con inteligencia. Obedecen a una atracción ciega, como hierro atraído por el imán, doquiera encuentran condiciones apropiadas para su crecimiento. Así vemos que si no se domina una emoción en cuanto apunta, crece hasta ser ingobernable. Unas personas han muerto de pesar y otras de alegría.

Pero si en estas ininteligentes formas se infunde la inteligencia humana, llegan a ser inteligentes y obran conforme a los dictámenes del maestro de quien reciben su voluntad e inteligencia y puede emplearlas indistintamente en el bien o el mal. Toda emoción nacida en el individuo puede combinarse con las fuerzas astrales de la naturaleza y crear un ser perceptible como entidad activa y viviente por quienes tengan facultades supernormales de percepción. Todo sentimiento expresado en palabra o acción puede engendrar una entidad viva en el plano astral. Algunas de estas formas pueden ser muy duraderas, según la intensidad y permanencia del pensamiento que las creó, mientras que otras son creaciones momentáneas que perecen al instante.

Varios casos dan a conocer como el que ha cometido algún crimen de ve perseguido durante años por un demonio vengativo, que se le aparece de cuando en cuando objetivamente. Aunque estos demonios estén involuntariamente engendrados por la imaginación de sus víctimas, siempre son verdaderos para ellas²⁹. Se les puede engendrar por medio de la memoria y del remordimiento; y como sus imágenes existen en la mente, pueden hacerse objetivas por el temor, porque el temor es una emoción repulsiva que instintivamente rechaza el objeto de terror, y la imagen se plasma al repelerla del centro a la periferia mental.

Algunos se han suicidado para evadir la persecución de estos demonios, que a veces toman forma tangible; séanlo o no, la substancia que los forma es solamente una proyección de la substancia de la persona a quien se aparecen. Son, por decirlo así, la misma persona³⁰.

²⁹ Un vecino de París se volvió loco y fue encerrado en un manicomio de Italia, donde por haberle sobrevenido un acceso de furor le confinaron a una celda de castigo. Al cabo de algún tiempo recobró la razón repentinamente y se le permitió restituirse a París. Meses después supo que la celda que había ocupado en el manicomio estaba frecuentada por su propio espectro, visto por varias personas, que no cesaba de delirar y mover estrépito. Curioso de ver su propio espectro volvióse nuestro hombre al manicomio y quedó tan obsesionado por él que de nuevo le acometió la locura y murió orate.

³⁰ En La Vida de los Santos y en la historia de la hechicería se encuentran ejemplos de apariciones astrales en formas visibles y a veces tangibles. Esto les puede ocurrir a los médiums, si por emociones contrarias la voluntad se divide en dos direcciones y proyecta dos formas; porque la voluntad espiritual del hombre, consciente e inconscientemente, crea formas subjetivas que bajo ciertas condiciones pueden hacerse objetivas y visibles. Como ejemplo de esta ley entresacaremos del Acta Sanctorum un episodio de la vida de Santo Domingo. Una vez fue llamado a la cabecera de un enfermo quien le participó que Cristo se le había aparecido. El santo respondió que eso era imposible, y que la aparición era obra del diablo, porque sólo los santos podían ver la aparición de Cristo. Al decir esto le asaltó una duda acerca de si la aparición sería o no verdadera, y en seguida se produjo una división de conciencia que ocasionó

Un adepto dice en carta dirigida a Sinnett:

“Todo pensamiento emanado de un individuo pasa a otro mundo y se convierte en entidad activa al asociarse o mejor dicho unirse con un elemental, o lo que es lo mismo, con una de las fuerzas semiinteligentes de los reinos. Sobrevive como inteligencia activa, coma criatura engendrada por la mente durante un período más o menos largo en proporción a la intensidad originaria de la acción cerebral que la engendró. Así es que un buen pensamiento se perpetúa como una activa y benéfica potencia y un mal pensamiento como una entidad maléfica. De este modo el individuo está siempre poblando una corriente en el espacio, de cuanto propagan sus fantasías, deseos, impulsos y pasiones; una corriente que, en proporción a su intensidad dinámica, reacciona sobre toda organización sensitiva con que se pone en contacto. El Adepto emana estas formas conscientemente; los demás hombres inconscientemente³¹.

Este testimonio está corroborado por otro de distinta procedencia, en prueba de que para crear formas subjetivas no es necesario proporcionar a nuestros pensamientos forma distinta por medio de la imaginación, sino que todo sentimiento o pensamiento puede tomar forma subjetiva, estemos o no conscientes de su existencia. La forma es condición mental, y también lo es el sentimiento; de modo que todo sentimiento estará expresado por la forma correspondiente³².

que el doble de Domingo apareciese al otro lado de la cama del enfermo. Los dos Domingos fueron vistos por el enfermo que los oyó disputar uno con otro, y mientras uno declaraba que la aparición era causada por el diablo, el otro sostenía que era el verdadero Cristo. Los dos Domingos eran tan idénticos, que el enfermo no sabía distinguir al verdadero santo de su imagen, y no podía determinarse a creer ni una ni otra cosa, hasta que por fin el santo rogó que Dios le ayudase, es decir, concentró de nuevo la potencia de su voluntad en sí mismo, y en consecuencia, recobró la unidad, desapareciendo el astral.

Por absurdos que parezcan tales relatos en “nuestra ilustrada época”, dejan de serlo cuando se comprenden las leyes ocultas de la naturaleza y los hechos que evidencian el desdoblamiento de la conciencia.

³¹ A. P. Sinnett: *El Mundo Oculto*.

³² El clarividente Whitworth relata que en su juventud, al estar un profesor alemán tocando el órgano, vio un ejército de apariciones que se movían sobre el teclado, verdaderos duendes liliputienses, hadas y gnomos asombrosamente pequeños, aunque tan perfectos de forma y rostro como las personas que se hallaban en la habitación. Los vio de ambos sexos y vestidos de una manera fantástica; pero su forma, aspecto y movimientos correspondían perfectamente al tema.

En los tiempos apresurados bailaron como locos agitando sus sombreros y abanicos, y pasando de uno a otro lado con rapidez inconcebible, llevando con los pies el compás en acordes movimientos, de sonido análogo al de la caída de la lluvia. Con la rapidez del relámpago al cambiarse el tono en marcha fúnebre, los seres etéreos desaparecieron y en su lugar acudieron gnomos vestidos con mantos negros como monjes de cogulla parecidos a puritanos de rostro agrio, o enlutados de entierro. Lo más asombroso fue que sus caritas expresaban el sentimiento de la música; así es que entendí en el acto la idea del tema musical. En una atronadora prorrupción de dolor, se arrojaron una porción de madres llorosas, con los cabellos en desorden, golpeándose los pechos y sollozando con piadosas lamentaciones por sus queridos muertos. Siguiéron caballeros de sombrero emplumado, con escudos y lanzas y un ejército de tropas indómitas, montadas o a pie, con las manos teñidas en sangrienta batalla, al sonar la ruidosa música marcial en el teclado; y siempre, al cambiarse el tema, nueva clase de duendes acudían, desapareciendo los otros en el aire con la misma rapidez con que aparecían. Al resonar alguna discordancia se presentaba un duende enano y giboso, de miembros torcidos, vestido con desaliño, de voz gutural y cascajosa y movimientos rudos y desagradables.

Después cuenta que habiendo llegado a la edad madura, vio duendes que salían de entre los labios de personas que hablaban, los cuales denotaban en todas sus acciones el mismo

Pero aunque las formas son manifestaciones de vida, no tienen vida por sí mismas, porque la vida es una fuerza universal, sino que son creaciones del pensamiento humano al actuar sobre el akâsa. Las creaciones del hombre se mantienen vivas por medio de la fuerza que irradia del centro vital humano. Son como sombras que se desvanecen cuando se agota la fuente de luz de que se alimentan. Cuando cesa la acción psíquica del hombre que les proporcionó la vida, o cuando la acción obra de otra manera, se desvanecen más o menos pronto, como se desvanece también la forma humana en cuanto le falta la vida procedente de Dios. Pero así como un cadáver no se descompone luego que pierde el principio vital, sino que se destruye más o menos rápidamente según su densidad y cohesión molecular, del mismo modo las formas astrales creadas por los deseos humanos requieren tiempo para disgregarse y siguen existiendo mientras el hombre les infunde vida y conciencia con su pensamiento y voluntad, y una vez adquirida fuerza, pueden unirse al hombre aunque éste no desee su compañía.

Del hombre depende la vida de estas formas cuya lucha por la existencia las obliga a permanecer en el manantial de su vitalidad. Si se separaran de él, morirían, por lo que les es necesario quedarse, y como fantasma franconiano, persiguen a sus creadores con su importuna presencia. Para evadir semejante compañía, el perseguido debe dirigir la fuerza de sus aspiraciones y pensamientos por más elevado rumbo, y matar los otros por falta de alimento. De este modo el principio espiritual de todo hombre le sirve de *Redentor* y por medio de la transformación del carácter le libra de las consecuencias de sus culpas y con su pura luz desvanece las ilusiones creadas por las atracciones inferiores, como se desvanece la nieve bajo la influencia del sol.

Puesto que las formas elementales son siervas de su creador y su propio ser, puede utilizarlas para buenos o malos fines. El amor o el odio pueden crear formas subjetivas hermosas o feas, e infundiéndoles conciencia, darles vida y emplearlas en el bien o el mal. Por su medio puede el mago mezclar su propia vida y conciencia con la persona a quien quiere afectar. Una trenza de cabello, un pedacito de ropa o algún objeto que haya sido llevado por la persona en quien desee influir, puede servir de lazo. Lo mismo puede conseguirse si aquella persona posee algo perteneciente al mago, porque donde quiera que exista algo que haya estado en contacto con el mago, existirá parte de sus propios elementos como eslabón magnético entre él y la persona que posea la prenda. Si tiene desarrollados los sentidos astrales, no le impedirá la distancia observar a la persona con

sentimiento expresado por las frases pronunciadas. Si las palabras estaban inspiradas en buenos sentimientos, los duendes aparecían soberanamente hermosos; si por malos sentimientos, nacían criaturas horrorosas. Vio expresado el odio por serpientes que silbaban y demonios negros y feroces; las palabras de engaño producían figuras hermosas de frente y de detestable fealdad por detrás; el cariño produjo formas blancas, argentinas y llenas de belleza y armonía.

En una ocasión inolvidable presenciaba yo afligido una escena de viva fidelidad por una parte y de doblez por otra. Una linda joven se acercó a su amante para despedirse antes de partir él a un largo viaje. Las palabras de la joven engendraron duendes hermosos y resplandecientes; pero las del joven, si bien eran por el frente de igual belleza y sonreían con la radiante apariencia de cariño eterno, por detrás aparecían negras y diabólicas, con ígneas serpientes y lenguas ahorquilladas de color rojo, que salían de sus crueles labios, y sus ojos brillaban medio cerrados de soslayo con resplandores de malévolos astucia. El tenebroso reverso de los duendes era de horrible aspecto y se encorbaban como si quisieran esconderse para sostener al exterior lo brillante y sincero hacia la joven confiada y mantener oculto el negro engaño. Y era de notar que mientras rodeaba un resplandor a las apariencias del anverso, un manto de vapor denso caía como pabellón de impenetrable obscuridad sobre el reverso.

quien está ligado; si sabe proyectar su forma astral a distancia, puede estar presente ante la persona a que afecta, aunque ésta no pueda verle³³.

La imagen astral de una persona puede proyectarse consciente o inconscientemente a lo lejos. Si se fija intensamente en cierto lugar, su pensamiento estará allí, y en consecuencia, él mismo, porque el pensamiento de un hombre es su parte principal. Dondequiera que esté la conciencia de un hombre, allí estará el hombre mismo, esté allí o no su cuerpo físico.

La historia del espiritismo y del sonambulismo proporciona vehementes indicios de que una persona puede estar conscientemente en un lugar mientras su cuerpo físico está dormido en otra parte. Así Francisco Javier, Apolonio de Tiana y otros que se mencionan en la historia antigua y moderna fueron vistos a un mismo tiempo en dos lugares distintos.

El elemental enviado por un mago es parte esencial del mismo mago, y si la persona afectada por el es vulnerable por estar dotada de mediumnidad, o por no tener bien ligados sus propios principios con su razón y voluntad, puede recibir daño de aquél. Pero también una fuerza física puede dañar la forma astral del mago en cuyo cuerpo físico repercutirán los daños recibidos por la forma astral.

El mago que por la potencia de su voluntad logra dominar las fuerzas semiinteligentes de la Naturaleza, puede emplearlas en el bien o en el mal. El inconsciente médium en quien se manifiesta el poder oculto, no puede provocar ni regular estas manifestaciones ni tampoco dominar a los elementales, sino que está dominado por ellos. Los elementos de su cuerpo sirven de instrumento a la actuación de las entidades astrales, puesto que el médium rinde su voluntad y entrega el supremo albedrío de su alma. Se somete a una condición pasiva y espera lo que quieran hacer los elementales a quienes inconscientemente provee de vida y de facultad de pensar, por lo que sus pensamientos y los de los circunstantes pueden reflejarse en las formas astrales, capacitándolas para aparentar inteligencia.

Un medium espiritista es tan solo instrumento de fuerzas invisibles que no domina.

A los mejores médiums se les ha inculcado injustamente de “fraude” voluntario, porque sería tan imposible un médium sin “fraude”, como un espejo que no reflejara los objetos. El médium recibe y refleja los pensamientos en las personas que le rodean con el propósito de descubrir sus “fraudes”, y así no es el médium quien engaña, sino que los concurrentes se engañan por medio de él. Un espejo que no reflejara *todos* los objetos que se pusieran delante de él, sería engañoso; un *médium* que reflejara sólo aquellos pensamientos que le fueran agradables, sería un impostor como tal médium, porque siendo capaz de ejercitar su voluntad no estaría en la pasiva condición peculiar de la mediumnidad.

El mago adepto no es esclavo de las fuerzas ocultas, sino gobernador de ellas por la potencia de su voluntad. Conscientemente puede infundirles vida, conciencia e inteligencia y las hace obrar como quiere; le obedecen, porque forman parte de él mismo. El médium actúa inconscientemente, y en las reuniones espiritistas acostumbran

³³ Lytton: *Zanoni y Una historia extraña*.

los circunstantes a cantar en coro, creídos de que cuanto más armoniosas sean las condiciones establecidas, más perfectas serán las manifestaciones; pero la verdadera razón de esto es que cuanto más abstraído esté el pensamiento de los asistentes y menos dominio mental haya en ellos, más fácil les será a los elementales obsesionarlos.

Los elementos astrales de que se valen los elementales en las reuniones espiritistas para producir fenómenos físicos, no son extraídos sólo del *médium*, sino de los circunstantes de constitución endeble y por lo tanto fáciles de vampirizar. En las sesiones de *materialización*, se extraen también elementos astrales de la ropa de los concurrentes, que así prestan materia adecuada para el ropaje de los “espíritus”, siendo de notar que dicha ropa se desgasta más pronto que de ordinario.

La sangre recién vertida intensifica en alto grado las “materializaciones”; y de aquí las horribles prácticas de magia negra todavía usuales en varias partes del mundo, aunque el público lo ignore, y los sacrificios de animales en las ceremonias religiosas. Un verdugo que desgraciadamente tenía clarividencia, después de ejecutar al reo veía a los “espíritus” de los muertos, a veces los que fueron amigos y parientes, echarse sobre la sangre fresca del ejecutado y alimentarse de su aura y emanaciones. También es cierto que cuando en Europa, por ignorancia de los médicos, cundió la manía de beber sangre, muchos enloquecieron y otros se desmoralizaron³⁴.

El residuo astral del hombre no tiene juicio ni razón y va por donde sus instintos lo atraen o por donde lo llevan deseos no satisfechos.

Si deseáis que el “espectro” de un difunto acuda, atraedlo por la potencia del amor o del odio que tal o cual persona le inspiraba en vida. Dejad incumplida alguna promesa hecha al difunto, e instintivamente la forma astral del muerto vendrá en busca del cumplimiento, atraída por su deseo no satisfecho.

Si no advertimos la presencia de las formas astrales ni oímos su voz, es porque nuestros sentidos astrales están dormidos e inconscientes; pero su presencia puede causarnos inquietud mental y tal vez nos hablan en idioma que no entendemos. En los residuos elementarios permanece lo que constituía la naturaleza inferior del hombre, y si se les infunde temporalmente vida, manifestarán los caracteres inferiores del muerto, que no se hayan depurado lo bastante para unirse a su naturaleza superior. Si se dispone una caja de música para que toque determinada melodía, no tocará ninguna otra, aunque no tenga conciencia propia. Los residuos de las potencias emotivas y mentales que se hallan en los cascarones astrales se manifestarán en el lenguaje peculiar del hombre en vida.

El cadáver de una persona asesinada de repente, puede tomar apariencias de vida por medio de una batería galvánica. Del mismo modo, el cadáver astral de una persona puede vivificarse artificialmente por la infusión de parte del principio vital del médium. Si el cadáver es de una persona muy inteligente, puede hablar con discreción; y si es de un mentecato, dirá necedades. La acción intelectual se asemeja a la acción mecánica en que si una vez empieza a actuar, seguirá sin que la impulse continuamente la voluntad,

³⁴ Uno de los medios más a propósito para la materialización de cascarones astrales es el *aura seminalis* que intensifica en forma material los fantasmas, elementales y vampiros. En las sesiones de materialización se emplean muy extraños procedimientos que nos está vedado describir. Véase: *Vida y doctrina de Teofrasto Paracelso*.

hasta que se agote o se pare. Esto lo vemos todos los días. Hay quien tiene la costumbre de repetir algún cuento favorito que ha contado muchas veces y que recita a la menor oportunidad. Es de notar de cuando empieza a relatar el cuento, de nada vale advertirle que ya se conoce. Tiene que concluirlo a pesar de sí mismo.

Un orador o un predicador no ha de pensar ni razonar para dar expresión a cada palabra que pronuncia. Una vez que fluya la corriente de ideas, saldrán sin esfuerzo de voluntad. Si la fuerza vital de un médium anima el cerebro astral de un muerto, despertará en él las mismas ideas a que estaba acostumbrado en vida.

También razonamos soñando y hacemos conclusiones lógicas mientras dormimos; pero la razón está ausente, y aunque nuestros razonamientos parecen lógicos, al despertar, luego que la razón vuelve a la actividad, reconocemos su incongruencia.

El organismo mental del hombre se parece a la maquinaria de un reloj, que en cuanto empieza a funcionar continua hasta que se le acaba la cuerda; pero no hay maquinaria de reloj que tenga cuerda por sí misma, ni hay organismo mental capaz de pensar sin una fuerza que inicie el proceso intelectual.

Debemos llamar la atención hacia uno de los muchos peligros de las prácticas espiritistas.

El alma desencarnada sigue las atracciones del mal y del bien hasta que se separa finalmente la parte inferior de la superior. Puede obedecer a la atracción de los principios superiores de la naturaleza y convertirse hacia lo espiritual, o por mediumnidad caer de nuevo en contacto con la materia, tomando parte otra vez en el tumulto de la vida, aunque sea con órganos supletorios y seguir nuevamente la seducción de los sentidos hasta perder de vista el ego inmortal.

Así no sólo es peligroso evocar los “espíritus” de los muertos, sino que es para ellos muy perjudicial mientras no se hayan separado los principios superiores de los inferiores. La *necromancia* es un arte vil y abominable. Puede interrumpir los dichosos sueños del alma que aspira a una condición más elevada de existencia, y es como violento ataque que recibiera un santo en horas de meditación, obligándole a interesarse en los asuntos de la vida inferior, que no pueden servirle en sus esfuerzos para elevarse a una condición superior. Es un paso hacia la degradación; y como todo impulso tiende a repetirse, pueden surgir funestísimas consecuencias de lo que a primera vista parece diversión inocente.

Los cascarones astrales pueden ser utilizados por el mago negro y por las fuerzas elementales de la naturaleza, con el fin de hacer mal. Si son inconscientes, sirven de instrumento a los elementales; si conscientes, pueden cooperar en alianza con ellos.

El que entra en semejante trato *inespiritual*, puede aliarse consciente o inconscientemente con una persona mal dispuesta y algún habitante muy malévolo del plano astral cuya conciencia se haya concentrado en sus principios inferiores. Sabemos que muchos que poseen aptitudes de *magos negros* hacen el mal inconscientemente; es decir, si odian, no saben los efectos que produce su odio ni del modo con que tales fuerzas obran. La energía psíquica engendrada por su odio puede influir en el organismo de la persona odiada y causar enfermedades físicas, sin que la persona de quien sale este maligno poder sepa que su odio causó la enfermedad.

Los *magos negros* suministran inconscientemente elementos por cuyo medio obra su maligno espíritu. Si la voluntad del mago negro no es bastante poderosa para realizar su mala intención, la fuerza empleada reaccionará mortalmente contra él. Indudablemente se infiere de esto que el suicidio por un arrebató de cólera o celos tiene por determinante la reacción producida por un anterior estado mental. La más segura protección contra la magia negra, consciente o inconsciente, es la firmeza de carácter, esto es, la fe en el divino poder del alma.

Al ennoblecerse el hombre elimina los elementos inferiores de su constitución, siendo reemplazados por los superiores, y de la misma manera se opera la transmutación opuesta si le degradan sus bajos pensamientos y acciones. El hombre sensual atrae del akâsa los elementos que necesita su sensualidad, porque los goces groseros sólo puede sentirlos la materia grosera. Un hombre de crecientes instintos brutales puede degradarse hasta llegar a ser un bruto en el carácter, si no en la forma; pero como la forma no es más que la expresión del carácter, puede tomar semejanza animal. Prueba de ello nos dan todos los días los hombres cuyos animales instintos delatan su aspecto. Nos encontramos con hombres cuyos rasgos fisonómicos son de cerdos, lobos y serpientes, y otros que llevan el sello del alcohol, no siendo necesarias las instrucciones que proporcionan los libros que tratan de la fisonomía para que sea fácil leer más o menos correctamente en su aspecto exterior el carácter de ciertas personas.

En el plano físico la inercia de la materia es mayor que en el astral, y por consiguiente sus cambios son lentos. La materia astral es más activa y puede cambiar de forma con más rapidez. El cuerpo astral de un hombre de carácter brutal, puede aparecerse al mago con aspecto de animal³⁵. La forma astral de un malvado puede tomar figura de bruto, si sus instintos se identifican en su imaginación con el animal que exprese tales instintos. También puede infundirse en un animal para obsesionarlo, o bien para protegerse contra la descomposición y la muerte.

Sería inútil relatar anécdotas ejemplares de estos casos. El lector ha de conocer la constitución esencial del hombre y la ley que actúa en todas las formas. Una vez comprendida la manera de actuar de la ley, poco le importará saber en qué casos especiales se manifiesta su acción. La descripción de fenómenos nunca equivaldría al conocimiento de la ley³⁶.

³⁵ E. Swedenborg: *El Cielo y el Infierno*.

³⁶ Se citan casos de esta índole en las obras siguientes:

Goerres: *Misticismo cristiano*.

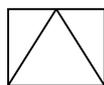
D'Assier: *La humanidad póstuma*.

Crowe: *El aspecto tenebroso de la naturaleza*.

Britten: *Historia del espiritismo*.

Blavatsky: *Isis sin velo*.

Perry: *Fenómenos místicos de la naturaleza*.



CAPITULO IV

LA VIDA

“SIEMPRE *he existido*, Y NO
DEJARÉ *de ser*”

BHAGAVAD GÎTÂ

El universo de formas puede compararse a un caleidoscopio en que las modalidades de la energía primaria aparecen, desaparecen y reaparecen en ilimitada variedad. Así como en el caleidoscopio los pedazos de vidrio coloreado no cambian de substancia, sino sólo de posición, y por medio de las ilusorias reflexiones de los espejos, a cada vuelta del instrumento prestan nuevas constelaciones y figuras, así la *Vida una* se manifiesta en infinito número de formas consciente o inconscientemente, sin inteligencia o con inteligencia, con voluntad o sin ella, desde el átomo cuyas auras y éteres se precipitan por un vórtice común³⁷, hasta los ardientes soles cuyas fotosferas se extienden a millones de kilómetros, y desde el microscópico ameba hasta el hombre perfecto, cuya inteligencia vence a los dioses.

Las formas son pensamientos materializados. Quien domina el pensamiento domina la vida y puede crear una forma; pero pocos son capaces de sostener un pensamiento ni siquiera durante un minuto, porque sus mentes son vacilantes y su voluntad anda dispersa. Una forma surge a la existencia en el plano físico y se desarrolla porque algo que ya existía en pensamiento se hace visible y material. Este algo es el carácter de la forma, y como cada carácter es una individualidad, su conjunto quedará expresado en todas las partes de la forma. Por ejemplo, un ser humano no tendrá cuerpo de hombre y cabeza de animal; pero su carácter humano se expresará en todas sus partes; y así como el carácter que constituye la humanidad está expresado en todo individuo humano, del mismo modo el carácter de un individuo está expresado en todas las partes de él. En esta verdad se basan la astrología, frenología, quiromancia, fisiognomía, etc., que cuando se comprenden bien resultan *necesariamente* verdaderas porque la Naturaleza es *Unidad*.

Un animal, una planta, un hombre son una unidad y están expresados en todas las partes de sus respectivas formas. Cabe demostrar científicamente que cada parte de un organismo es un microcosmos en que están representados sus principios componentes. Al examinar parte de una hoja, comprendemos que proviene de una planta; al observar alguna substancia animal, vemos que procede de un animal; y al poner en toque la más mínima parte de un mineral, sabemos que pertenece al reino mineral. De la misma manera podremos descubrir el carácter del hombre por medio del examen de sus manos, rostro, pies o cualquier otra parte del cuerpo, si sabemos examinarlo debidamente.

³⁷ Babbit: *Principios de luz y color*.

En esta ley se basa la *psicometría*³⁸ que nos revela la verídica historia de acontecimientos pasados. El examen psicométrico de una piedra arrancada de una casa nos da exactos informes de sus habitantes anteriores o actuales; y un fósil suministra acabada descripción de acontecimientos antediluvianos y el modo de vivir de los hombres y animales prehistóricos.

Por la investigación psicométrica de una carta podemos obtener informes de la persona que la escribió y de la localidad en que fue escrita³⁹. Si este arte fuera reconocido y practicado universalmente, podría descubrirse a los criminales por el examen psicométrico de una parte de la pared, del piso o de los muebles del aposento donde se hubiera cometido el crimen. También serviría para evidenciar la inocencia de los injustamente inculcados e impedir la impunidad por falta de pruebas; porque las superiores facultades del investigador psicómetra le permitirán ver la escena del crimen con tanta claridad como si la hubiese presenciado.

Toda forma es expresión externa del carácter que representa, y así tiene ciertos atributos peculiares que la distinguen de otras formas. Al cambio de carácter sigue un cambio lento de forma. El individuo que se degrada moralmente delata con el tiempo su degradación en su aspecto, así como lo sujetos de aspecto y carácter distinto pueden parecerse con el tiempo según vayan armonizándose sus caracteres. Las formas de vida pertenecientes a la misma clase y especie se parecen unas a otras, y los individuos de la misma nacionalidad tienen comunes ciertos rasgos característicos. Un irlandés no se confunde fácilmente con un español, aunque ambos se vistan del mismo modo; pero si los dos emigran a América, sus hijos o nietos perderán poco a poco los rasgos étnicos de sus antepasados. El cambio de carácter cambia la forma; pero el cambio de forma no cambia necesariamente el carácter. Un hombre puede perder una pierna sin que cambie su carácter; un niño puede hacerse hombre y, sin embargo, quedar con carácter de niño, si no lo ha modificado la educación.

Esto demuestra irrefutablemente que el carácter es más esencial que la forma exterior. Si el carácter de un individuo dependiese de la forma heredada, los hijos de los mismos padres, educados en las mismas circunstancias, manifestarían las mismas características morales; pero sabido es que los hermanos difieren frecuentemente de carácter con ciertos rasgos que no poseen los padres.

Si, como a menudo sucede, los hijos tienen el mismo talento y capacidad intelectual que el padre, no prueba que los padres del cuerpo físico del niño sean también padres de su germen intelectual; pero se puede aceptar como prueba adicional de la *reencarnación*, porque la mónada espiritual del niño, al esforzarse en reencarnar, queda atraída naturalmente a los padres cuya constitución mental corresponda mejor a los talentos y aptitudes desarrollados durante una vida anterior.

“Carácter” equivale a “individualidad” y es lo que distingue a un individuo de otro. El verdadero carácter es el ser individual y no la forma corpórea, pues la individualidad persiste aún después de disgregado el cuerpo cuya expresión material fue. Esta individualidad, llamada alma, no es perceptible por la vista física ni durante la vida ni

³⁸ Denton: *El alma de las cosas*. Buchanan: *Manual de psicometría*.

³⁹ Por medio de una carta que, sin saber cómo, recibí de un Maestro del Tíbet y examiné psicométricamente una labriega alemana, tuve la exacta descripción de un templo tibetano y de ciertas personas con las que posteriormente trabé conocimiento.

después de la muerte de la forma. Cesa la vida del cuerpo; pero la vida de la individualidad es independiente de la vida de la forma o personalidad.

La individualidad puede pertenecer a una clase colectiva o a entidades separadas. En los reinos inferiores no hay diferenciación de carácter o alma, sino tan sólo de forma. Los seres de estos reinos tienen un alma colectiva; pero en los seres inteligentes corresponde distinta individualidad a cada forma, y todo ser consciente tiene su propia alma individual, en cuanto adquiere carácter individual, y su individualidad queda independiente de la existencia de la personalidad. Las formas perecen; pero la individualidad persiste inalterable después de muerta la forma.

Desde este punto de vista, la “muerte” es vida, porque durante el período de la muerte no cambia lo esencial; la vida es muerte, porque sólo durante la vida de la forma se cambia el carácter, y las viejas inclinaciones mueren y las reemplazan otras. Nuestras pasiones y vicios pueden morir mientras vivimos; si nos sobreviven, nacerán de nuevo. El carácter del roble existe antes de que germine la bellota; pero el creciente germen atrae de la tierra y del aire los elementos necesarios para producir el roble. El alma del niño existe antes de que su forma física nazca al mundo, y atrae de la atmósfera espiritual los elementos adecuados a sus aspiraciones y tendencias. La semilla crece mejor en el terreno más a propósito para su constitución. Al encarnar toda mónada humana en estado subjetivo, quedará atraída hacia los padres y familias cuyas condiciones proporcionen el terreno mejor adaptable a sus inclinaciones, y cuyos atributos morales y mentales se correspondan más armónicamente con los suyos. Los padres físicos no pueden ser los progenitores del germen espiritual del niño, porque este germen es producto de una evolución espiritual anterior, por la cual ha pasado en conexión con otras vidas objetivas. En la presente existencia de un ser, se prepara el carácter del que ha de sucederle.

Por lo tanto, bien puede decirse que todo hombre es su propio padre; porque es la encarnada consecuencia de la personalidad que formó en su última vida terrestre, y durante la vida actual está formando la personalidad con que aparecerá en su próximo paso por este globo.

El desarrollo de una planta culmina en el de la semilla; el desarrollo del cuerpo animal culmina en la capacidad de reproducir su forma; pero el desarrollo intelectual y espiritual de un hombre puede continuar después de adquirido el poder de reproducción, y quizá no haya alcanzado su punto culminante cuando el cuerpo físico decaiga y muera. La condición del cuerpo físico facilita indudablemente el desarrollo del carácter, como el buen terreno facilita el crecimiento del árbol; pero el mejor terreno no puede convertir el cardo en rosal, y vil o necio puede ser el hijo de un hombre honrado e inteligente.

Al manifestarse en formas la esencia primaria, desciende sucesivamente de su universal condición a estados generales, especiales e individuales. Al ascender de nuevo a lo arrúpico, se invierte la escala, y las unidades individuales se explayan para unirse nuevamente al todo. La vida en los mundos inferiores se manifiesta en condición indiferenciada. El aire no tiene forma estrictamente definida; una gota de agua en el océano participa de la existencia común a las demás gotas; un pedazo de arcilla es esencialmente lo mismo que cualquier otro. En los reinos vegetal y animal, el universal principio de vida se manifiesta en formas individuales; sin embargo, poca diferencia hay

entre vegetales, animales y hombres de una misma especie, individualmente considerados, pues cuando la forma desaparece cesar de existir los atributos que distinguen unas formas individuales de otras. Lo que distingue esencialmente a un individuo de otro es independiente de la forma. Las distinciones entre las formas son perecederas; las de los caracteres son permanentes. Los atributos que elevan eminentemente a quienes los poseen sobre el nivel común, despuntan cuando ya no prevalecen las apariencias. Sócrates era contrahecho, y sin embargo, sobresalió por su poderoso genio. La estatura de Napoleón no correspondía a la alteza de su mente. La espiritualidad se cierne sobre la tumba de la forma, y la influencia de las mentes poderosas suele ser más decisiva al convertirse en polvo los cuerpos en que alentaron. La potencia de los entendimientos vigorosos trasciende la forma física durante la vida. No mueren al desaparecer la forma.

Todos los caracteres pueden reencarnar después de abandonar la forma; pero si un individuo no tiene carácter específico peculiar, sólo se infundirá en el nuevo cuerpo el carácter común a la especie o clase a que pertenezca. Si un individuo ha desarrollado carácter propio, que le distinga de sus semejantes, sobrevivirá individualmente a la disolución de su forma, porque la ley que rige en el todo o la clase, rige también en la parte. Una gota en una masa de agua se confunde en el conjunto del líquido, y aunque se evapore y de nuevo se condense ya no será la misma gota; mas si una gota de aceite volátil se mezcla con el agua y se evapora la masa en una retorta, al condensarse el vapor quedará la misma gota de aceite en el agua. Un carácter puede perder su individualidad durante la vida y confundirse en el nivel común; pero si se ha distinguido de los otros, su individualidad sobrevivirá a la muerte de la forma.

Para formar un carácter es necesaria una forma individual, y para crear una forma individual se requiere un carácter. Si queremos producir una forma, hemos de determinar primero su carácter. Un escultor que labrara una piedra sin haber pensado antes en la forma que ha de darle, no lograría resultado notable. La forma es para el carácter una escuela donde aprende las lecciones de la experiencia en la lucha por la vida. Cuanto más empeñada sea la lucha, más pronto se formará el carácter del individuo, pues una vida sin dificultades podría vigorizar la forma, pero debilitaría el carácter, al paso que la lucha penosa debilita la forma y vigoriza el espíritu. Si deseamos plasmar en arcilla una nueva forma, hemos de determinar antes su carácter, porque como la arcilla es pasiva, lo mismo podremos modelar en ella una forma hermosa que otra fea. De la propia suerte, si deseamos mejorar nuestro carácter durante la vida, debemos ante todo establecer un levantado propósito, un ideal de vida, y realizarlo en nuestro verdadero ser. Una vez fijada esta determinación, hemos de apartar de nosotros cuanto se oponga a la realización del ideal, pues bastará que protejamos la actuación de nuestro ser para que cumpla su obra sin nuestra activa cooperación. No necesitamos perseguir ni prender ni inventar ni elaborar nuestro ideal, sino dejar que el ya existente se realice en nosotros. No podemos determinar el crecimiento de un vegetal, sino tan sólo disponer las condiciones en que ha de crecer. Así tampoco podemos desenvolver un ideal, sino que por sí mismo irá desenvolviéndose con tal que le suministremos terreno adecuado; y este terreno es nuestra conducta.

Si nuestra alma ha de dilatar su conciencia más allá de los estrechos límites de este mundo y descubrir la gloria de la existencia universal, hemos de realizar en nosotros una elevada y universal idea. De nada vale pensar y hablar de un ideal si no lo alimentamos con nuestra conducta. La sabiduría, el poder, el amor, la verdad y la

justicia no son ni pueden ser objetos de especulación ni de investigación científica, sino que deben animar nuestra conducta y nutrirnos por la conformidad de nuestra vida con estos capitales principios, pues de lo contrario no podremos sobreponernos a las limitaciones de la forma que motivan la ilusión de la separada personalidad. De la ilusión de separatividad, derivada del predominio de la forma, surge la ilusión de la personalidad, y de ésta dimanan otras muchas ilusiones, porque el sentimiento del yo despierta el egoísmo, la apetencia de vida material, la codicia, envidia, celos, avaricia, temor, duda, tristeza, sufrimiento y muerte, con toda la cohorte de penas que amargan la vida y no consienten dicha duradera. Para el infeliz que no sabe hallar la dicha en sí mismo, el más seguro y fácil camino de encontrarla es el olvido de la personalidad. El que vive con el corazón continuamente aislado, sólo cuida de sí mismo y pasa la vida suspirando por lo que no posee, y pierde con ello su energía espiritual, convirtiendo su existencia en vaporoso sueño.

De la propia suerte que el aislamiento extenua en el plano físico, así también se extenua el alma no nutrida con el espíritu de universal amor. Los organismos inferiores, los minerales por ejemplo, soportan el aislamiento. El pino silvestre medra en parajes desnudos de toda otra vegetación. Un idiota puede vivir aislado en una cueva sin experimentar angustia, porque carece de aspiraciones espirituales necesitadas de nutrición; pero quien anhele vida y energía espirituales ha de nutrirse del espíritu de universal amor.

También el aislamiento extenua en el plano astral. Un deseo encerrado en lo íntimo del corazón se alimenta a expensas de la vida de quien lo alberga. La cólera reconcentrada busca un objeto sobre qué descargar. Las pasiones no quedan nunca satisfechas y tanto más exigen cuanto más se les conceden. Las fuerzas del plano astral son conscientes, aunque no inteligentes, y se resisten a morir, pues claman siempre por vida y siguen las corrientes de las atracciones vitales. Así los elementos astrales de un borracho quedarán atraídos por otros borrachos; los del lascivo buscarán en los burdeles el goce sensual por medio de cuerpo ajeno; los de un avaro planearán sobre su escondido tesoro, hasta que se agote la fuerza de su pasión. Hay diversidad de *espectros, fantasmas, vampiros, incubos, súcubos y elementarios* sedientos de vida.

Un deseo aislado no muere, sino que se transmuta en pasión; y las pasiones se intensifican a expensas de su víctima cuando se las refrena, porque no es posible aniquilar la energía acumulada, y se han de transferir a otras formas o transmutarlas en otras modalidades de actuación, pues no pueden permanecer inactivas. Es inútil resistir una pasión que no podemos dominar. Si su acumulada energía no fluye por otros conductos, crecerá hasta prevalecer contra la voluntad y la razón. Para dominarla es preciso darle más elevadas aplicaciones.

Así, el amor a lo inferior puede transmutarse en amor a lo superior y el vicio en virtud con sólo mudar el punto de aplicación. La pasión es ciega y como va por donde se la conduce necesita la razón por guía. El amor a la forma se desvanece a la muerte de la forma; el amor a la individualidad persiste aunque desaparezca la personalidad.

Dijeron los antiguos que *la Naturaleza tiene horror al vacío*. No podemos aniquilar una pasión, pues si la reprimimos cambiará de aspecto; y así hemos de substituir lo inferior por lo superior, el vicio por la virtud y la superstición por el conocimiento.

Hay quien vive completamente aislado en el plano mental. Son los que se absorben en trabajos intelectuales, sin tiempo ni inclinación para atender a las necesidades de la individualidad. Vigorizan el cerebro y atrofian el corazón. Viven entre sueños e ilusiones científicas, en el humo de las especulaciones surgidas de sus vaporosos cerebros. Son como avaros que acumulan en la mente teorías, dogmas, hipótesis, suposiciones, inferencias, sofismas que diputan por imperecederos tesoros, sin dejar sitio al desenvolvimiento espiritual dimanante de la conciencia de su verdadero ser. Pues la mayor parte son materialistas, escépticos, racionalistas y eruditos que robustecen su cerebro a expensas del corazón. Discuten o niegan la inmortalidad en vez de esforzarse en lograrla, y no reparan en el crimen con tal de satisfacer su curiosidad científica. Sus restos astrales seguirán existiendo algún tiempo después de la muerte del cuerpo físico, hasta que se extinga su fuerza vital; pero como en la vida terrena no tuvieron aspiraciones espirituales, en cuanto se desvanezcan sus científicos tesoros quedarán en estado de idiotismo espiritual.

No puede haber aislamiento en el plano espiritual ni se concibe la soledad en Dios; porque si Dios existe por Sí mismo y a Sí mismo se basta en omnipotencia y sabiduría, Su vida y conocimiento han de contener necesariamente el todo con todas sus criaturas. Bien puede vivir satisfecho en una tumba quien ha logrado el conocimiento de su divino Yo; porque ¿qué otra compañía ha de apetecer quien goza de la presencia de Dios? ¿Qué consuelo necesita quien reposa en la divina paz? ¿Qué se le puede ofrecer a quien posee a Dios?

La vida es imperecedera; tan sólo perecen las formas cuando la vida cesa de manifestarse en ella.

La vida está universalmente presente en la Naturaleza y la contiene toda partícula de materia. Sólo cuando desaparece enteramente de ella la vida, muere la forma. Parece que en una piedra no hay vida; y no obstante, sin vida no habría cohesión de átomos. Si de un mineral elimináramos la vida, se disgregaría su forma. Una semilla sacada de la tumba de una momia egipcia germinó después de sembrada, por haber conservado el principio vital durante su sueño secular. Si de la misma manera se pudiera detener la actividad de la vida animal, un hombre o un animal podrían prolongar indefinidamente su existencia. Las piedras pueden vivir desde el principio al fin de un *manvântara* y algunas formas alcanzan una edad muy avanzada; pero una vez dado el impulso vital, es muy difícil, si no imposible, detenerlo sin destruir la forma⁴⁰.

La vida puede transferirse de una forma a otra por la potencia del amor; porque el amor, la voluntad y la vida son esencialmente aspectos del mismo poder, como el calor y la luz son modalidades del movimiento. El odio mata y el amor reaviva. El amor espiritual es más poderoso vitalizador que las drogas medicinales. Quien verdaderamente ama, sacrifica su vida por salvar la del ser amado. El poder del amor devuelve la salud a los enfermos.

De la fuente de este universal amor dimana también la vida de todas las cosas. Es la divina conciencia por cuya virtud se reconoce Dios en todas las cosas. Es la divina

⁴⁰ Si la vida del hombre pudiera suspenderse por medio de la detención de las actividades fisiológicas, no sería difícil conservar durante siglos a los políticos y estadistas para despertarlos únicamente cuando fuera necesario su consejo.

sabiduría, la Luz⁴¹ por doquiera presente y manifestada en todas las formas capaces de corresponder a sus vívidas vibraciones.

No la descubren la vivisección ni el análisis químico ni tampoco la ciencia moderna sabe nada de ella. Sin embargo, es un elemento por el cual y en el cual vivimos y tenemos nuestro ser, de modo que si nos privaran de él por un solo instante, quedaríamos aniquilados en el acto.

Cerrar los ojos a la universal presencia de esta Luz equivale a negar la evidente realidad de que las plantas, animales y hombres viven y crecen y que toda forma se esfuerza por alcanzar mayor grado con arreglo a la ley de evolución.

Sin cesar prosigue la construcción del *Templo de Salomón*. Los elementos de la naturaleza y los arquitectos del universo trabajan invisiblemente, sin que se oiga el martilleo. La Vida habita en una forma, y cuando ésta envejece, reúne aquella los elementos para edificarse otra nueva. Una roca expuesta a las erosiones del aire y del agua se disgrega en su superficie; pero los elementos se reúnen de nuevo y aparecen en nueva forma. Plantas y musgos minúsculos crecen en su superficie, viven, mueren y renacen, hasta que acumulándose el mantillo, brotan formas superiores. Pueden transcurrir siglos antes de que se complete esta labor; pero al fin aparecerá la hierba, y la vida adormecida en la roca se manifestará en formas capaces de ascender al reino animal. Un gusano puede nutrirse de una planta cuya vida llega a ser activa y consciente en el gusano. Un pájaro puede comerse el gusano cuya vida, encadenada hasta entonces a una forma que se arrastraba en la obscuridad y el fango, participa de los goces de un habitante del aire. En cada peldaño de la escala del progreso, la vida adquiere nuevos medios de manifestar su actividad, y la muerte de su primera forma le facilita entrar en otra superior. Pero llega una etapa de evolución en que la actividad de la vida es tan intensa y su esfera de acción tan dilatada, que ya no halla expresión adecuada de sus atributos en ningún organismo físico ni en forma alguna de las que podemos concebir. Entonces el marco mortal es demasiado insignificante para el genio inmortal, y la libre águila se cierne sobre la forma.

Las formas no son más que símbolos de vida, y cuánto más elevada sea la expresión de vida, tanto más elevada será la forma. Una bellota es muy insignificante comparada con el roble; pero tiene su carácter, y por la acción mágica de la vida puede convertirse en roble. El germen de su vida individual está encarnado en la bellota y forma el punto de atracción del universal principio de vida. Ya está formado su carácter, y al crecer sólo puede convertirse en roble. Sepultada en tierra, crece y pasa del estado inferior al superior por medio de la influencia suprema, porque el principio de vida está en él; pero por grande que sea su actitud de crecer, no germina sin la influencia de la fuente universal de vida, alcanzada por el sol, que no podría desarrollarla si el germen no contuviera el principio vital.

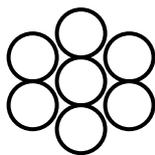
Los rayos del sol llegan a la tierra desde las etéreas regiones. Su luz no puede penetrar en el macizo suelo que protege a la tierna semilla vegetal de los ardientes rayos cuya actividad destruiría su inherente vitalidad.

⁴¹ En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. San Juan I-4.

Pero al recibir la semilla el calor que irradia de la tierra, manifiesta una especial modalidad de vida. Germina la semilla y el brote lucha en dirección al origen de la influencia que le da vida esforzándose en salir a la luz. Las raíces no desean luz, pues sólo buscan el alimento que encuentran en los oscuros senos de la materia. Penetran hondamente en la tierra, y aún pueden absorber la actividad de las partes superiores de la planta; pero si estas partes pertenecen a especies cuyo carácter es crecer hacia la luz, sus más nobles porciones entrarán en su esfera y al fin producirán flores y frutos.

El alma del hombre, sepultada en la materia, recibe la vitalizadora influencia del supremo sol espiritual, y al mismo tiempo se ve atraída por la materia. Si toda la atención del hombre se convierte a las exigencias del cuerpo y todos sus deseos y aspiraciones a la satisfacción de su naturaleza inferior, quedará ligado a la tierra, incapaz de conocer la existencia de la Luz; mas si busca la Luz y abre su alma al flujo divino, entrará en su esfera y llegará a tener conciencia de su existencia.

El verdadero *Elixir de Vida* sólo se halla en la eterna fuente de vida. Surge del séptimo principio, se manifiesta como potencia espiritual en el sexto y derrama su luz en el quinto para iluminar la mente. En el quinto se manifiesta como potencia mental del hombre e irradia hacia abajo sobre el cuarto, en el que suscita los deseos por la incitación de los instintos de la tríada inferior, a fin de que las formas puedan extraer del gran almacén de la Naturaleza los elementos necesarios. Eternamente llama a los hombres a la existencia con la voz de la verdad, cuyo eco es la intuición que clama en el desierto de nuestros corazones, bautizando a las almas con el agua de la verdad y señalándoles el verdadero camino de su inmortalidad.



CAPITULO V

ARMONÍA

“NO ENTRE AQUÍ NADIE QUE NO
ESTÉ MUY VERSADO EN
MATEMÁTICAS Y MÚSICA”

PITÁGORAS

“La música de las esferas” es una frase poética que expresa una gran verdad, porque el Universo rebosa armonía, y toda alma acorde con el alma del Universo puede escuchar y comprender la música de las esferas. El mundo y el hombre son como instrumentos musicales cuyas cuerdas deben estar en perfecto temple a fin de que no haya discordancia alguna. Podemos considerar la materia física en la vibración más lenta y el espíritu en la más rápida vibración de la vida. Entre estos dos polos están los principios intermediarios que completan la gran octava llamada hombre.

Dícese que Platón mandó inscribir sobre la puerta de su academia este letrero: “No entre aquí nadie que no esté muy versado en matemáticas”. A este letrero añadió más tarde Pitágoras: “y en música”, significando con ello la necesidad de que el alumno fuese capaz de mantener su alma en armonía con la divina ley de existencia y de sentir la belleza de la verdad; porque sin esta elevación de alma, sin espiritualidad, todo anhelo de conocer cuanto trasciende los dominios de la sensación será vano y como insana apetencia de satisfacer la curiosidad con resultado contrario al fin propuesto, pues tanto más se alejará el hombre del Uno que contiene al Todo, cuanto más se empeñe en investigarlo objetivamente, y más tardará en comprender la única, eterna, omnipotente e infinita verdad. La personalidad no puede abarcar lo impersonal. Si el hombre quiere conocer a Dios ha de abstraerse a su naturaleza inferior y compenetrarse con la de Dios, lo cual equivale a suprimir las discordancias procedentes de la ilusión de separatividad, echando de ver la unidad del todo.

En la unidad está basado el universo. Dios es uno. Es la Ley que no necesita legislador, pues está siempre por doquiera presente en la naturaleza, por Sí mismo existente; suficiente y absoluto. En todas partes rige la Ley y todas las cosas existen en la Ley, pues nada hay que no esté sujeto a la ley de existencia.

Pero como por el acto de la creación y la consiguiente evolución surgen a la existencia variedad de formas con innumerables seres capaces de querer, pensar y obrar contrariamente a la divina sabiduría, de aquí las muchas discordancias en el que debiera ser armonioso conjunto. Así tenemos que aún cuando la ley siempre es la misma, se le puede dar torcida aplicación y perverso uso. A la ley está sujeto todo ser individual y cuanto más pronto reconozca el individuo la suprema y fundamental ley de su verdadera naturaleza, tanto más rápidamente se restablecerá la primitiva armonía.

El hombre es por sí mismo un resultado de la acción de la ley y la ley está en él como centro y manantial de su verdadero ser y él es expresión de la ley. El mismo es la ley y así lo reconocerá cuando conozca su verdadero ser. Todos los elementos del hombre que no reconozcan esta ley universal ni actúen de conformidad con ella no pertenecen a su naturaleza divina ni constituyen su verdadero ser, sino que producen la discordancia existente en el mundo. Tan sólo cuando todos los habitantes de su reino individual acaten la superioridad de la ley reinará en él perfecta armonía.

En todos los dominios de la Naturaleza todo efecto tiene su causa y cada causa produce efecto adecuado a sus condiciones de manifestación. Si conociéramos bien las causas, nos sería fácil calcular sus efectos. Cada pensamiento, palabra y obra crea una causa que actúa directamente en el plano a que pertenece, promoviendo en este plano nuevas causas que reaccionan sobre los otros planos.

Un motivo o pensamiento no expresado en acción, no tendrá resultado directo en el plano físico; pero puede causar gran emoción en el mental, y desde éste reaccionar en aquél. Las mejores intenciones no producirán efecto visible si no se convierten en acto; pero determinan ciertos estados mentales de que pueden derivar acciones futuras. Una acción producirá efecto, sea premeditada o no; pero una acción sin motivo no obrará directamente en el plano mental, pues resulta de la locura y entraña responsabilidad moral para su autor, aunque en el plano físico producirá efectos que pueden reaccionar en el mental.

De las causas creadas en los planos físico, astral y mental, dimanar innumerables combinaciones de efectos que crean nuevas causas también seguidas de efectos; y toda fuerza operante en un plano, continúa obrando hasta transmutarse en otra modalidad de acción, al mudar el tono de sus vibraciones y cesar los antecedentes efectos.

La trina acción de esta ley en sus aspectos de *pensamiento, voluntad y acción*, en los planos físico, emocional, mental y espiritual, determina numerosísimas condiciones que a su vez engendran un sin fin de variedades y modificaciones que de nuevo producen innumerables causas secundarias con sus correspondientes resultados, hasta que por último llega a ser tan intrincada la acción de la ley kármica que no es posible desmenuzar todos sus pormenores.

La kármica es ley de justicia y tiene por objeto el restablecimiento de la armonía, pues entraña compensación en forma de *premio y castigo*, sin que para nada intervenga la venganza ni reconozca influencias personales. Opera por sí misma según su propia naturaleza y no con arreglo a tales o cuales consideraciones. Por virtud de la ley kármica la suma de causas engendradas por el individuo en una encarnación producirán determinados efectos en la próxima, ocasionándole gozo o pena lo que consciente o inconscientemente creó el mismo. Todo ser de la naturaleza que haya alcanzado la individualidad tiene karma individual que determinará el curso de su futura evolución. Cada uno de los elementos individuales que constituyen el hombre tiene su propio karma y cuando el hombre se identifica con su naturaleza inferior participa del karma de los principios que la constituyen; pero así como Dios es superior a la naturaleza y por lo tanto no está sujeto a ella, así también el hombre que subyuga su naturaleza inferior y se sobrepone a ella, identificándose con la ley, quedará libre del karma propio de su naturaleza inferior. Eliminando su naturaleza inferior y sacrificándose enteramente a la ley del divino ser se le *perdonan* los pecados.

Las discordancias causadas en la naturaleza por la acción del ilusorio yo y de los pervertidos deseos de la personalidad no pueden cesar de otro modo que por el restablecimiento de la unión de la voluntad individual con la voluntad de la ley básica del todo. Esta unión existe, y el hombre no ha de crearla sino tan sólo reconocerla y si prácticamente la reconoce la realizará en sí mismo. El hombre personal no puede reconocerse en esta unión porque está dividido contra sí mismo y su yo es una ilusión y la ilusión impide el reconocimiento de la verdad. Una vez reconocida la verdad, cesa la ilusión.

Todos los números proceden de la unidad. En todos los números está contenido el uno y sin el uno por fundamento no podría existir ningún número. El uno permanece inalterable y no varía aunque se le divida o multiplique por sí mismo.

Todas las matemáticas se basan en la inmutabilidad del número uno. Sin embargo, no tenemos ninguna prueba positiva de su inmutabilidad, sino tan sólo la negativa prueba consistente en que nunca lo hemos visto variar. De la propia suerte es negativo nuestro conocimiento intelectual de Dios cuya eterna inmutabilidad no podemos demostrar con argumentos científicos. Creemos en Dios sin más prueba que la inmutabilidad de nuestra íntima conciencia una vez adquirida. Esta prueba es suficiente para el sabio, aunque de nada le vale al necio.

La *unidad* es el fundamento de la naturaleza, pero el número de sus manifestaciones es infinito. Sin embargo, todo en la naturaleza esta recíprocamente relacionado por virtud de la *unidad* en que radica su existencia.

Todo está sujeto a peso, número y medida y nada hay en la Naturaleza que no esté regido por leyes matemáticas. Soles y plantas tienen sus revoluciones periódicas. Las moléculas de los cuerpos se combinan en proporciones definidas por la química, y en todos los sucesos, tanto en el plano físico como en el reino de las emociones, se ha observado cierta regularidad periódica. El día y la noche tienen determinadas horas; en intervalos fijos se suceden la primavera, el verano, el otoño y el invierno; el flujo y reflujos del mar y las mareas del alma.

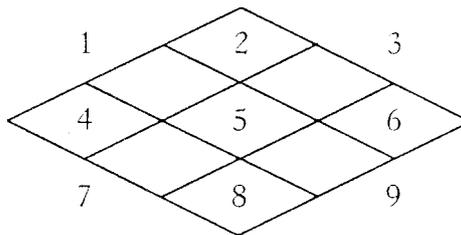
En períodos regulares ocurren los cambios fisiológicos y anatómicos de las formas animales, y aún los sucesos de la vida obedecen también a ciertas leyes ocultas; porque aunque parece ser libre la voluntad del hombre, sus acciones están condicionadas por ciertas circunstancias y aún el relativo albedrío de su voluntad es el resultado de la acción de su ley evolutiva.

Los discípulos de Pitágoras supusieron que toda operación de la Naturaleza está regulada por los números siguientes:

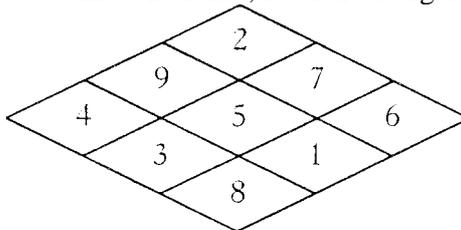
3	9	15	45
4	16	34	136
5	25	65	325
6	36	111	666
7	49	175	1225
8	64	260	2080
9	81	369	3321

Los números de esta tabla resultan de la construcción de los tetragramas o *cuadrados mágicos*, y creyeron los pitagóricos que por el uso de estos números podría calcularse cualquier efecto, conocido el número original correspondiente a la causa. Si todas las cosas tienen cierto número de vibraciones que aumentan o disminuyen con cierta proporción en períodos regulares, el conocimiento de estos números nos permitiría predecir un suceso⁴²

⁴² Los cuadrados mágicos de números impares se forman, según indican las figuras, escribiendo sucesivamente sus segundas potencias, separando su “corazón” y transponiendo a los lugares opuestos los números que se han dejado fuera. El siguiente cuadrado mágico es el del número 3 cuya segunda potencia es 9.



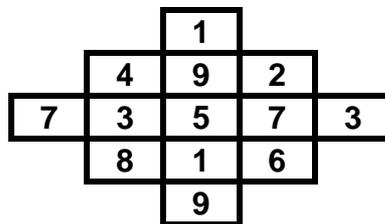
Vemos aquí los números 1, 3, 7, 9, dejados en la parte exterior del cuadrado. Si se colocan ordenadamente en las opuestas casillas en blanco, resultará la siguiente figura:



Sumados estos números en columnas inclinadas de tres dan 15 por suma constante, a saber:

$$\begin{aligned} 2 + 7 + 6 &= 15 \\ 9 + 5 + 1 &= 15 \\ 4 + 3 + 8 &= 15 \end{aligned}$$

La siguiente figura, que es la misma anterior; colocada en posición horizontal, dará más clara idea de como se han de inscribir los números en las casillas.



De conformidad con esta regla se forma el cuadrado mágico de cualquier otro número impar. He aquí ahora el tetragrama del número siete:

22	47	16	41	10	35	4
5	23	48	17	42	11	29
30	6	24	49	18	36	12
13	31	7	25	43	19	37
38	14	32	1	26	44	20

La periodicidad es una manifestación de la ley universal, y su estudio puede llevarnos a descubrimientos importantes. Hace tiempo que se conoció su acción en las vibraciones luminosas y acústicas, y posteriormente se ha reconocido en la química por experimentos comprobatorios de que los llamados elementos simples son variadas vibraciones de un elemento primordial que se manifiesta en siete modalidades de acción, cada una de las cuales puede subdividirse en otras siete. La diferencia entre las llamadas sustancias simples no es por lo tanto de sustancia o materia, sino sólo de función de materia, según su vibración atómica.

La periodicidad se advierte asimismo en el Macrocosmos. El flujo de la civilización crece y decrece con arreglo a ciertas leyes, por lo que a épocas de ignorancia espiritual

21	39	8	33	2	27	45
46	15	40	9	34	3	28

Sumando las columnas en sentido vertical u horizontal dan invariablemente 175.

Tetragrama del número nueve:

37		29		21		13		5
	38		30		22		14	
47		39		31		23		15
	48		40		32		24	
57		49		41		33		25
	58		50		42		34	
67		59		51		43		35
	68		60		52		44	
77		69		61		53		45

El estudiante podrá llenar debidamente las casillas vacías.

La construcción de tetragramas de números pares resulta más complicada: pero los siguientes ejemplos darán a entender los principios en que se funda.

Del número 6:

6	(32)	(3)	(34)	(35)	1
(7)	11	(27)	(28)	8	(30)
(24)	(14)	16	15	(23)	(19)
(13)	(20)	22	21	(17)	(18)
(25)	29	(10)	(9)	26	(12)
36	(5)	(33)	(4)	(2)	31

Suma 111.

Del número 8:

8	(58)	(62)	(4)	(5)	(59)	(63)	1
(9)	15	(51)	(53)	(52)	(54)	10	(16)
(48)	(18)	22	(44)	(45)	19	(23)	(41)
(25)	(39)	(35)	29	28	(38)	(34)	(32)
(33)	(31)	(27)	37	36	(30)	(26)	(40)
(24)	(42)	46	(20)	(21)	43	(47)	(17)
(49)	55	(11)	(13)	(12)	(14)	50	(56)
64	(2)	(6)	(60)	(61)	(3)	(7)	57

Suma 260.

sucedan otras de espiritual iluminación. Al yuga *Kali* seguirá el yuga *Satyo* edad de sabiduría con tanta seguridad como a la noche sigue el día⁴³.

El número 7 representa la *Escala de Naturaleza*, pues está representado en toda ella, desde el radiante sol, cuya luz blanca se quiebra a través de una gota de rocío en los siete colores del iris, hasta el copo de nieve que cristaliza en estrellas de seis puntas alrededor del centro invisible. La ley septenaria opera en el desarrollo y crecimiento de los organismos vegetales y animales, en la constitución del universo y en la constitución del hombre. Siete es la regla a que se ajusta la totalidad de la existencia, pero Cinco es el número de la Armonía. Si la quinta nota de la escala musical consuena con la primera y la tercera, el resultado será un acorde perfecto. Hay otros acordes armónicos, pero el más perfecto está formado por la armonía de la primera, tercera y quinta notas. Dos sonidos pueden ser armoniosos, pero el acorde perfecto requiere la tercera nota. La misma ley rige la constitución del hombre. Si su cuerpo (el primer principio) está de acuerdo con sus instintos (tercero), puede experimentar sensaciones agradables; pero la completa armonía y felicidad sólo puede lograrla cuando el quinto principio (sabiduría) concuerda plenamente con los primero y tercero. Se pueden tomar otras analogías entre la escala musical y la escala de los principios humanos, para ver que ambas tienen sus respectivos acordes en gradación ascendente y descendente. La vida de cada hombre es una sinfonía, en la que prevalecen tonos armónicos o disonantes.

El amor es la fuerza productora de armonía. El amor produce unión y armonía; el odio, separación y discordancia. El amor es la potencia del mutuo reconocimiento; el reconocimiento es una manifestación de la conciencia; la conciencia es una manifestación de la vida. Vida, Amor, Conciencia y Armonía son esencialmente unas. Amor es el poder por el cual un ser existente en una forma se reconoce en la forma de otro ser. ¿Por qué unas notas que vibran a la vez producen armonía, si no porque sus elementos tienen una similitud de que es consciente nuestra mente? El mutuo reconocimiento de los amigos causa gozo y gozo significa armonía, felicidad y contento.

Si dos o más notas iguales suenan al mismo tiempo, no producirán armonía ni discordancia; sólo aumentarán su intensidad. Son ya unas en forma y espíritu; pero si suenan otras notas que cada una contenga un elemento de las otras, cada cual reconocerá su duplicado en el espejo de las otras, y este reconocimiento es gozo. Si escuchamos una hermosa música, nos parecerá que el aire está lleno de vida. Si el principio de la armonía existe en nosotros, lo reconoceremos en la música y se avivará en nuestra alma. Un ser discordante puede escuchar la música más sublime sin sentir goce alguno por falta de armonía en su alma.

Cada persona tiene cierto número que denota su carácter, y si conocemos este número podremos calcular, con auxilio del correspondiente cuadrado mágico, las variaciones periódicas de sus estados mental y emocional, que determinan análoga variación en sus condiciones externas. De este modo es posible calcular las más importantes fases de su vida.

⁴³ La periodicidad macrocósmica se establece como sigue:

Satya Yuga	4.800 años divinos		
Treta Yuga	3.600	“	“
Dwapara Yuga	2.400	“	“
Kali Yuga	1.200	“	“

El año divino equivale a 360 años ordinarios. (Véase: *Blavatsky, Glosario Teosófico*).

Si un principio llega a ser consciente de su propia existencia en otra forma y en ella reconoce su hermosura con toda su pureza, sin adulteración ni mezcla, el resultado será la armonía perfecta. Si dos o más cosas contienen el mismo elemento, se adaptarán recíprocamente y procurarán unirse, porque siendo de igual constitución vibran como si fuesen uno. Esta tendencia a la unidad es la *atracción* que se manifiesta en todos los planos de existencia. Los planetas están atraídos por el sol y también se atraen entre sí, porque todos contienen iguales elementos que procuran reunirse, y la fuerza de la *gravitación* no es más que la fuerza del amor. El hombre está atraído por la mujer y la mujer por el hombre, porque si los dos descubren uno en el otro los elementos de su más elevado ideal, se amarán y serán dichosos. Sólo pueden quererse verdaderamente el hombre y la mujer, cuando a los dos atrae consciente o inconscientemente el mismo ideal. Este ideal puede ser elevado o vulgar; pero cuanto más elevado sea tanto más durará y mayor será su mutua felicidad.

El hombre fue originariamente una unidad, un ser etéreo en quien se identificaban el pensamiento y la voluntad; pero extraviado por los halagos de la existencia sensual, empezó a soñar con olvido de su divina naturaleza, hasta convertirse en gusano de la tierra. Al abrir los ojos vio ante sí a la mujer. La originaria unidad se había dividido en dos, lo cual significa que la voluntad se había separado de la razón, discordantes una de otra, y ambas en inarmonía con la ley. El hombre representa la imaginación; la mujer la voluntad. Si se hubiesen separado de la ley, como se separaron uno de otro, la mujer no tendría entendimiento ni el hombre voluntad; pero afortunadamente, algo quedó en ellos de la prístina naturaleza constitutiva del hombre originario. Todavía son ambos, hasta cierto punto, encarnaciones de la ley, y para armonizarse de nuevo con la ley se han de unir la voluntad y el entendimiento en la sabiduría, la cabeza ha de unirse con el corazón y el verdadero hombre y la verdadera mujer han de constituir una sola entidad. Este es el celestial matrimonio del alma con el espíritu, de la belleza con la fuerza, de que los matrimonios externos no son más que símbolos y generalmente caricaturas.

La *humanidad* sólo es una, aunque ofrezca millones de variadas máscaras. Esta máscara es la *personalidad* de cada hombre, el instrumento por el cual actúa su humanidad llena de imperfecciones. Pero quien ha dado conciencia a su humanidad, ve en todo hombre no solamente un hermano, sino su propio Yo. El que daña a otro se daña a sí mismo, porque cada hombre es una fuerza actuante en la humanidad, y el bien o el mal que practica recae sobre él, porque todo cuanto ocurre en la humanidad ocurre en su propia naturaleza, ya que su verdadera naturaleza es la de la humanidad a cuyo cuerpo pertenece.

Amor es reconocimiento. Nadie puede amar una cosa ni reconocerse en ella, a menos que esté relacionado con ella. No podrá amar a la humanidad quien no tenga vivo en sí el principio de humanidad. No seremos capaces de amar a Dios si continuamos siendo el Fulano o Mengano de la vida mundana, pues sólo Dios puede amar a Dios, y así para amar a Dios debemos progresar hasta llegar a ser verdaderamente divinos. Quien se jacta de amar a Dios sin tener espiritual conocimiento de El es hipócrita o mentecato.

Amor es el conocimiento de la interna divinidad. Es un principio espiritual existente y suficiente por sí mismo, que para existir le basta su propio ser, aunque para manifestarse necesita un objeto de cuya calidad depende la calidad de su manifestación. Quien se ama a sí mismo no ama. El amor actúa elevadamente en lo alto, bajamente en lo abyecto. Cuanto más universal sea el objeto, mayor será la expansión que el amor dé a

la mente; mas para que la mente se dilate de este modo ha de ser robusta, porque una mente débil no tiene poder alguno.

El amor vivo ha de ser puro, inteligente y sin miramientos egoístas. Si amamos algo porque nos es útil, en verdad no lo amamos, sino a nosotros mismos. El amor puro sólo atiende al bien del objeto amado, no calcula el provecho ni teme los perjuicios. La inteligencia calcula, pero el amor es ley de sí mismo.

El amor impuro es débil y no penetra en su objeto. Acaso rozará el alma de otra persona, pero no llegará al centro. El amor puro sí llega y es irresistible. El más eficaz filtro de amor que uno puede dar a otro es amarle inegoístamente.

Si queréis progresar en el camino de perfección, aprended a amar. Aprended a amar lo superior y os atraerá. Amad en el hombre su humanidad, no su persona. Si murmuráis de otro, recaerá en vosotros la maledicencia, porque quien claramente advierte las faltas ajenas, ha de tener en sí mismo los elementos de estas faltas. La vanidad de uno vitupera la vanidad de otro; el embustero pretende que todos digan la verdad; el ladrón no tolera que le roben.

Cada hombre es un espejo en el que los demás pueden ver reflejada su imagen tal como es o como será, porque toda alma humana tiene los mismos elementos en varios grados de evolución, con frecuencia dependientes de condiciones exteriores que el hombre no acierta a gobernar.

El amor es el elemento más necesario para la continuación de la vida. No hay vida sin amor, y si el hombre cesara de amar, la vida cesaría de vivir. El amor a más alta vida pondrá al hombre en condiciones superiores; el amor a lo inferior le llevará a la vulgaridad. A menudo sucede que si el amor de una persona por un ideal no halla el objeto de su anhelo, lo convierte a un objeto inferior. Las viejas sin hijos ponen frecuentemente su amor en un gato o perro favorito, y hombres hay que compran apariencias del amor cuando no logran el amor genuino.

Siempre que una vibración inferior no esté del todo discorde con otra superior, ésta puede acelerar la acción de la inferior y atraerla a su nivel, de la propia manera que en una varilla de hierro, rodeada de un alambre eléctrico aislado, se puede inducir la electricidad. Por medio de la poderosa y duradera acción de las vibraciones superiores sobre las inferiores pueden sujetarse a la voluntad del individuo los movimientos orgánicos, aunque sean reflejos, como los latidos del corazón. Dos cuerdas musicales, no enteramente destempladas, pueden vibrar armónicamente después de tañerlas juntas durante algún tiempo. Así también el que vive en una sociedad algo superior a él intelectual y moralmente, afinará más sus cualidades. Los criados imitan a los amos; los animales toman algo de las características inferiores de quien los cuida; y los amigos o los esposos, por su continuo trato, llegan a parecerse hasta cierto punto.

Si los respectivos grados de vibración de dos substancias son enteramente discordantes, pueden rechazarse, ocasionando una actividad o agitación anormal. Por ejemplo, el cuerpo animal puede estar expuesto, sin peligro, a un calor relativamente alto, si la temperatura se eleva gradualmente; mientras que un grado inferior puede perjudicarle si se le somete de repente a él. No sin razón se abstiene el ocultista de alcohol y de alimentos animales.

“Lo que alimenta a un hombre envenena a otro”, tanto en el orden físico como en el emotivo. Las complexiones robustas soportan alimentos fuertes; las mentes débiles se asustan de verdades que no comprenden. Nadie ha llegado a ser adepto tan solo por vivir de legumbres; pero el régimen vegetariano es preferible de mucho al carnívoro, por varias razones, pues además de ser contrario a la teosofía y opuesto también a la divina ley de justicia, quien aspire a más alta vida no debe destruir la vida animal ni tolerar que los otros la destruyan para satisfacer su apetito.

Quienes anhelan espiritualizarse y refinarse, no deben nutrir sus cuerpos con groserías; y los que traten de dominar sus pasiones no deben alimentarse de substancias que contengan elementos pasionales.

Una gran variedad de manjares ensucia la sangre y provoca un entrechoque de diversas auras de que resultan agitación, fiebre y enfermedades. Esta misma ley explica el origen de las enfermedades venéreas y cutáneas; y múltiples emociones despertadas en el plano astral en poco tiempo, pueden ocasionar la locura.

Se sabe que muchos casos de enfermedades crónicas graves se han curado por ayunos voluntarios u obligados. El hombre, realmente, necesita de poco alimento. La glotonería es una costumbre, no una necesidad.

Si se encuentran dos fuerzas de distinta índole producirán discordancia; y como cada cual tiene sus emanaciones y auras que transmite a los demás, todos recibimos las auras magnéticas de otros o del lugar en que se hallen, y como estas emanaciones pueden ser sanas o pestíferas, cada uno puede curar o envenenarse con sus emanaciones, y por lo tanto conviene seguir el consejo que Gautama dio a sus discípulos de comer y dormir solos.

Muchos cuidan escrupulosamente de tener comida bien preparada para no ingerir alimentos perniciosos, mientras que no reparan en la índole de los pensamientos invaden su mente, sin advertir que la pureza de pensamientos y emociones es muchísimo más importante que la de los alimentos.

No sólo el cuerpo sino también la mente y la voluntad del hombre pueden envenenarse. El alimento que requiere la mente llega de los planos superiores del pensamiento; el alimento del alma viene de la luz de la sabiduría divina. Únicamente lo que desciende del cielo puede ascender al cielo.

No hay “pecado” en el sentido vulgar de esta palabra ni tampoco hay castigo por él, pues nuestros yerros son nuestros maestros, nuestros vicios suelen ser la base de nuestras virtudes y nuestras pasiones los peldaños con que disponemos la escala para subir al cielo. El vicio y la virtud son manifestaciones de una energía que podemos emplear según nuestro grado de saber; pero quien no tenga poder para el mal tampoco lo tendrá para el bien. Podemos gastar en altos o bajos objetos el tesoro que nos confió la naturaleza, pues cosa es de nuestra incumbencia; pero no podremos gastarlo dos veces. La vida puramente animal dará contento al que con ella se satisfaga. Quien no tenga mira más elevada que comer, beber, dormir y propagar la especie, podrá ser por ello feliz, pues nada de malo entraña, pero el que aspira a la inmortalidad no ha de malgastar su energía.

Sólo lo puro puede ser armónico.

La sencillez de propósito purifica el motivo; pero la doblez engendra impureza. Si alguien se dedica a cierto género de vida porque todos sus deseos propenden a este fin, su motivo será puro; pero si lleva segundas intenciones, su motivo será impuro y puede desbaratar su propósito.

Continuamente se tergiversa el sentido de la palabra “ascetismo”. El hombre que vive en un convento o eremíticamente en el desierto, no es “asceta” si no apetece la vida mundana, porque no es abnegación evitar lo que no se desea. Ascetismo equivale a disciplina, y el disgusto del mundo se disciplina mucho más si, en lugar de huir de él, vive en su ambiente, alejándose de donde puede gozar de paz. El verdadero “asceta” es, por lo tanto, quien vive en medio de la sociedad cuyas costumbres le enojan y cuyos gustos son contrarios a los suyos, manteniendo siempre su integridad de carácter a despecho de cuantas tentaciones le rodean.

La fuerza sólo aumenta por medio de la resistencia. Nuestros enemigos son nuestros amigos si sabemos utilizarlos. Un ermitaño que vive en el bosque, libre de tentaciones, no adquiere fuerzas. El aislamiento sólo es conveniente para el adepto; el neófito ha de pasar por las pruebas de la vida.

El tigre no peca cuando devora a un hombre; tan solo obedece a la ley de su naturaleza. Quien sigue los dictados de su naturaleza no delinque; pero lo que es virtud en el animal puede ser vicio en el hombre, porque tiene dos naturalezas: animal y espiritual. Si conoce su naturaleza superior la obedecerá y para conocerla ha de pecar y sufrir las consecuencias. El verdadero pecado es la obstinada repugnancia de la manifestación de la verdad divina.

Dice el santo *Eckhart*:

Dios hizo grandes pecadores de quienes habían de cumplir grandes obras, de modo que pudieron alcanzar superior sabiduría por medio de su amor. Si Dios creyera necesario que yo hubiese de pecar y sufrir con objeto de adquirir experiencia, no rehuiría yo pecar ni me pesaría de haber pecado, porque Su voluntad se ha de cumplir así en la tierra como en el cielo. Un hombre verdaderamente honrado tampoco hubiera querido eludir el pecado porque sin pecar no lo venciera. No hay victoria sin batalla ni verdadero conocimiento del bien sin experiencia del mal.

El sufrimiento es absolutamente necesario para el hombre mientras no alcance la perfección; tan necesario para su naturaleza material como para la espiritual es convencerse de la presencia de Dios. No hay otro Redentor del género humano que el interno conocimiento adquirido por la experiencia. Si de pronto se aboliese artificialmente la pobreza en el mundo entero, perecerían los hombres en la indolencia. No puede verdaderamente disfrutarse lo que no ha costado el propio esfuerzo. Si hubiese un maestro a quien supusiéramos infalible cuyas decisiones obligaran a todo el mundo, nadie sentiría estímulos de buscar la verdad por sí mismo, pues todos aceptarían satisfechos las enseñanzas del infalible maestro. Es como si mantuviéramos a un mendigo haragán en la ociosidad robándole las ocasiones de ganar por experiencia el conocimiento que tiene derecho a reclamar.

El fuego purifica los metales, y el sufrimiento acrecienta los conocimientos del corazón. Los deseos inferiores han de perecer inanes para nutrir los superiores y las pasiones animales han de morir crucificadas; pero el Angel de Amor removerá la piedra del

sepulcro y libertará las energías superiores, separándolas de la esfera de egoísmo y tinieblas, y entonces las resucitadas virtudes vivirán activamente en un nuevo mundo de luz y de armonía.

Para mejor comprender el proceso de purificación espiritual, hemos de tener en cuenta que cada uno de nosotros es un mundo creado por un sueño, lleno con el producto de la imaginación de la naturaleza y desordenado por ausencia de la luz de sabiduría divina, o sea el reconocimiento de la divina ley, la verdadera conciencia íntima que no poseemos. Somos comparables a una vacía nonada, a una desvaneciente pompa de jabón sobre cuya lustrosa superficie juegan diversos colores, pero en la que no hay verdadera vida ni substancia hasta que la verdad llega a ser una fuerza viva en nosotros. En este mundo se refleja perpetuamente como en un espejo, la invisible imagen del divino *Adonai* cuyo poder late en nosotros. Si por virtud de la obediencia y el conocimiento ya recibido podemos subyugar los turbulentos elementos de nuestro mundo y restaurar el orden en el caos, cesando de vivir entre deseos e ilusiones, entonces aparecerá visible en nosotros la imagen del Señor de todas las cosas que está en todas partes, y su poder despertará en nuestro interior.

En este principio, la voluntad, el pensamiento y la ley son uno sin división. Si conocemos la ley nos conducirá a la unidad y al restablecimiento de la armonía; el divino ideal quedará realizado en nuestro interior y entonces reconoceremos que es nuestro Yo inmortal.

Huesos, músculos, nervios, etc., son los elementos de la constitución física del hombre; ilusiones, errores, sueños, teorías, opiniones y dogmas son los habitantes de su mente; verdad, amor, justicia, pureza, conocimiento íntimo, libertad, armonía y felicidad son los elementos y atributos de su organismo espiritual; y cuanto mayor universalidad manifiesten estos principios en él, tanto más se aproximará al estado divino.

Al reconocer la divinidad en la humanidad nos divinizamos. Contemplar la realización del supremo ideal en nuestra alma es adoración divina.

No desear la posesión de criatura alguna, sino adorar al Creador en todas ellas, incluyendo uno mismo, es culto. Reconocer y gozar las armonías del universo manifestado en la naturaleza es divina alabanza. Restaurar en nuestra alma la unidad de voluntad, pensamiento y ley es verdadera meditación. Alzarnos sobre la ilusión del yo y sacrificarse al Dios de todas las cosas es verdadera oración. Reconocer la verdad en nuestro propio corazón es disipar las tinieblas del error. Anonadarse uno mismo es entrar en la conciencia superior que constituye el divino estado del hombre.

No hay en la historia ni un solo ejemplo contrario a la eficacia de la verdadera oración. Si alguien no recibió lo pedido, prueba de que no supo orar. La verdadera oración no consiste en palabras, sino en acciones, y los dioses ayudan a quien se ayuda a sí mismo; pero el que espera que los dioses cumplan lo que él debe cumplir, no sabe como orar y se desalienta. La oración significa elevar el pensamiento y la aspiración hacia el supremo ideal, y si así no lo hacemos, no oramos. Esperar a que nuestro supremo ideal descienda a nosotros, es un absurdo imposible.

Para alcanzar lo supremo, el espíritu ha de ser dueño y las pasiones siervas.

Un lisiado desvalido es esclavo de su criado; el que pone en manos de sirvientes ignorantes las tareas que él mismo puede llevar a cabo, ha de sufrir sus caprichos y torpezas, y aunque cambie de criados, no mudará de situación. Quien tenga deseos y gustos vulgares será esclavo de ellos, y tiene que esforzarse en satisfacer sus exigencias; pero libre es quien no tiene innobles deseos a que servir. Ha triunfado del mundo que él mismo creó y que le pertenece, y por lo tanto cesa de luchar con los elementos astrales. Para él ya no hay discordia, y descansando con su corazón en el centro, es el sol que ilumina su mundo y goza de las armonías que creó en su divina naturaleza.



CAPITULO VI

ILUSIONES

LA RAZÓN DESVANECE LAS ILUSIONES
E INTERPRETACIONES VISIONARIAS
DE LAS COSAS EN QUE
SE ATROPELLA LA FANTASÍA.

DR. CAIRD.

La primera potencia que encontramos en el umbral de los dominios del alma es la imaginación, la potencia plástica y creadora de la mente. El hombre tiene conciencia de su capacidad para recibir ideas y revestirlas de forma. No vive enteramente en el mundo objetivo, sino que es dueño de un mundo interior. En su mano está ser el autócrata de ese mundo, el director de todas sus creaciones y el señor de todo cuanto contiene. Puede gobernar allí por el poder supremo de su voluntad, y si penetran ideas sin legítimo derecho de existir en él, libre es de expulsarlas o consentir que permanezcan y medren. Su razón es el gobernador supremo de ese mundo, y sus ministros son las emociones. Si la razón del hombre, extraviada por los arteros consejos de las emociones, consiente que medren malos pensamientos, llegarán a ser lo bastante poderosos para destronarla.

Este mundo interior, semejante al exterior, es un mundo propio del hombre. A veces está oscuro y a veces iluminado. Su espacio y las cosas en él contenidas son tan reales para sus habitantes como lo es el mundo físico para los sentidos corporales. Su horizonte puede ser amplio o estrecho, limitado en unos y sin límites en otros. Tiene hermosos escenarios y lugares tristes; luz solar y tormentas; formas bellas y figuras horribles. El hombre tiene el privilegio de retirarse a este mundo siempre que quiera, pues los enemigos físicos no le perseguirán allí, donde no puede entrar el dolor del cuerpo. Las molestias de la vida material quedan fuera: sólo entra en él lo que mueve su alma.

En este reino interior está el *Templo del Hombre*; puede cerrar las puertas a las emociones sensuales. En la entrada de este templo están los *Moradores del Umbral*, formados por los deseos y pasiones que hemos creado y nos es preciso vencer antes de entrar. Dentro de este templo hay un mundo tan vasto y espacioso como el universo sin límites.

En este reino interior está el Dios cuyo espíritu flota sobre las aguas del abismo y cuyo *fiat* da la existencia a las criaturas que pueblan el reino de la mente.

En el ambiente que rodea el centro de ese mundo interior está el campo de batalla de los dioses. Allí los dioses del amor y del odio, los demonios de la lujuria, soberbia e ira, los

diablos de la malicia, crueldad, venganza, vanidad, envidia y celos celebran su mascarada, revuelven las emociones, y si no los subyuga la razón, pueden fortalecerse lo bastante para destronarla. La razón se apoya en el reconocimiento de la verdad. Cuando se desdeña la verdad aparecen las ilusiones. Si perdemos de vista lo supremo aparece lo inferior y nace una ilusión. *Uno* es el número de la verdad y *Seis* el de la ilusión; pues el seis no puede existir sin el siete, y por esto el seis son los productos visibles del Uno que se manifiesta como seis alrededor de un centro visible. Doquiera haya seis, ha de haber el siete. El seis no puede conocer al siete si el siete no se manifiesta. Dios se conoce a Sí mismo; pero nosotros no podemos conocer Su presencia, a menos que esta presencia se manifieste en nosotros. Uno es el número de vida, y seis el de las sombras sin vida propia.

Las formas sin vida son ilusiones y aquel que toma la forma por la vida o principio que aquella expresa, es víctima de una ilusión. Las formas perecen, pero el principio que origina su existencia, perdura. El objeto de las formas es representar los principios, y mientras una forma sea fiel representación de un principio, la vivificará; pero si a una forma se la fuerza a servir a otro principio distinto de aquel que le dio existencia, quedará degradada.

Las formas irracionales producidas por la naturaleza son perfectas expresiones de los principios que representan; únicamente los seres racionales son hipócritas. Todo animal es fiel expresión del carácter representado por su forma; pero en cuanto apunta la intelectualidad empieza el engaño.

Cada forma animal es un símbolo del estado mental que caracteriza su alma, porque no es de por sí el arbitrario originador de su forma; pero como el hombre racional tiene poder creador, si prostituye un principio en una forma por otra, gradualmente adoptará ésta la configuración característica del principio prostituido para llegar a ser con el tiempo su fiel expresión.

Así vemos que si un hombre de noble apariencia se vuelve avaro, gradualmente toma el vil aspecto y el andar furtivo de un animal de rapiña; el lascivo puede adquirir las costumbres y tal vez la apariencia de un mono o de un chivo; el marrullero toma aires de zorro y el presumido de asno.

Si nuestros cuerpos estuvieran formados de materia más etérea y plástica que la de los músculos y huesos, cada cambio de nuestro carácter produciría enseguida un cambio correspondiente en nuestra forma; pero la materia densa es perezosa y obedece muy lentamente las impresiones recibidas del alma. La materia de las formas astrales es más plástica, y el alma de una persona malévolas puede compararse a un estanque lleno de víboras y escorpiones, símbolo de las características morales reflejadas en su mente. Una generación de santos produciría con el tiempo una nación de Apolos y Dianas; una generación de gentes ruines produciría monstruos y enanos. Para conservar la hermosura original de la forma, debe mantenerse el principio puro y sin alteración.

Un color fundamental del espectro solar es de por sí tan puro como otro cualquiera; un elemento es puro si no está mezclado con otro. el cobre de por sí es tan puro como el oro sin liga; las emociones son puras si están libres de extraños elementos. Las formas son puras cuando representan sus principios en toda su pureza. Un malvado que se muestra como tal, es puro y fiel a su índole; un santo que finge es impuro y falso. Las

modas expresan los estados mentales de un país, y si degenera el carácter de las gentes, las modas serán extravagantes.

Causa de sufrimiento es no poder discernir entre lo verdadero y lo ilusorio, entre la forma y el principio, con el subsiguiente error de tomar lo bajo por lo elevado. Generalmente se consideran los intereses materiales del hombre como de suprema importancia, y se olvidan los intereses de los superiores elementos de su constitución. Las fuerzas que debieran emplearse en alimentar lo alto se consumen en lo bajo. En vez de servir lo inferior a lo superior, lo superior sirve a lo inferior, y en vez de utilizar la forma como instrumento de acción de un principio elevado, se substituye el superior por el inferior, al objeto de servir a la forma.

La prostitución del principio en favor de la forma se encuentra en todas las esferas de la vida social, en ricos y pobres, letrados e ignorantes, en los tribunales, en la prensa, en el púlpito, no menos que en las lonjas de los comerciantes y en el trato de la vida diaria. La prostitución del principio es peor que la del cuerpo, y así el que emplea sus facultades inteligentes en intentos egoístas con miras viles, merece más compasión que la mujer que para mantenerse vende su cuerpo.

La prostitución de los derechos universales de la humanidad en beneficio de unos cuántos individuos es la forma más peligrosa de prostitución⁴⁴.

Aplicar las facultades intelectuales a fines egoístas es el comienzo de la prostitución intelectual. Benditos los capaces de ganarse la vida con honradas manos, porque una ocupación que demande poco esfuerzo intelectual le permitirá emplear sus potencias en el desarrollo espiritual; mientras que quienes consumen toda su energía mental en los planos inferiores venden su inmortal primogenitura por un plato de lentejas que nutre su mente inferior mientras que desfallece el alma.

No menos que el cuerpo necesita alimento el alma. El corazón se extenua cuando el cerebro se harta. El alimento del alma proviene de la acción del espíritu en el cuerpo y tan “material” necesario le es este alimento como los manjares al cuerpo. Las emociones no alimentan al alma porque pertenecen al cuerpo astral. El alimento del alma proviene del cuerpo material por el poder de la divina luz del espíritu que arde en el corazón.

La mayor ilusión es la del “yo”. El hombre material se considera independiente de toda otra existencia. Su forma le forja la ilusión de ser una parte separada del todo. Sin embargo, no hay un solo elemento en su cuerpo, en la constitución de su alma, o en el mecanismo de su inteligencia, que no se elimine y sea reemplazado por otros. Lo que hoy le pertenece perteneció ayer a otro hombre y pertenecerá mañana a otro. su forma física está cambiando continuamente. En el cuerpo de los seres organizados, los tejidos desaparecen pronta o lentamente, según la naturaleza de sus afinidades, y otros le suceden para ser a su vez reemplazados. El cuerpo cambia de tamaño, configuración y densidad al avanzar la edad, presentándose sucesivamente las características de pujante

⁴⁴ La grosera prostitución del cuerpo y la refinada prostitución de las facultades intelectuales con fines egoístas, se diferencian solamente en que la primera abusa de las más groseras partes del organismo humano, mientras que la segunda abusa de los más nobles y superiores elementos. Pocas mujeres se prostituyen por natural inclinación, pues en la mayoría de los casos son víctimas de circunstancias a que no pudieron sobreponerse; pero los prostitutas intelectuales pertenecen por lo general a las clases altas de la sociedad que desconocen la miseria y la pobreza.

salud en la mocedad, la vigorosa constitución de la edad viril o la gracia y la hermosura femenina, hasta que los atributos de la vejez predicen el decaimiento y paralización de la actividad en aquella forma individual. No menor es el cambio de la mente. Los deseos y sensaciones cambian, la conciencia se altera, la memoria se debilita. Nadie conserva las opiniones de su niñez; el conocimiento aumenta, la inteligencia se debilita, y tanto en el plano mental como en el físico, cesa la actividad especial cuando la energía acumulada se agota por haberse transformado en otras modalidades de acción o haberse transferido a otras formas.

Los inferiores elementos materiales de la constitución del hombre cambian rápidamente y los superiores lentamente. Sólo perduran los supremos. Se puede decir que nada pertenece esencialmente al hombre más que su carácter. Quien mucho atiende a sus elementos inferiores, atiende a lo que no es suyo, pues se lo prestó la naturaleza. Mientras se goza en ellos, se forja la ilusión de que son parte esencial de sí mismo; y sin embargo, no son más suyos que la ropa que lleva. Su verdadero Yo es su carácter, y el que pierde la pureza y vigor de su carácter, pierde cuanto posee.

Uno de los reyes de la ilusión es el *dinero*, soberano del mundo. El dinero representa el principio de equidad y debe servir para que cada cual reciba la justa equivalencia de su trabajo. Si deseamos más dinero del que nos corresponde, deseamos lo que pertenece a otro, y si nos aprovechamos de un trabajo no retribuido equivalentemente, cometemos una injusticia y agraviamos a la verdad con mayor pérdida para nosotros que el dinero defraudado.

El dinero de por sí es un símbolo del principio que representa. Tan sólo este principio tiene existencia real, y sin embargo, vemos al mundo postrado a los pies de la ilusión. Los pobres lo codician, los ricos lo acumulan, y en general, todos apetecen la mayor retribución con el menor equivalente posible. Hay sacerdotes que salvan almas y médicos que curan cuerpos, por dinero; la ley se vende a quien la paga; por dinero se obtienen fama, reputación y remedos de amor; y la valía de un hombre se estima por la suma de monedas que llama tuyas. El hambre amenaza a los pobres, y las consecuencias de la superabundancia a los ricos que se aprovechan de la miseria de los pobres para acrecentar su riqueza. La ciencia se esfuerza en aumentar las comodidades materiales del hombre, vence los obstáculos opuestos por el tiempo y el espacio, y convierte la noche en día. Se inventan nuevas máquinas y el trabajo que en otra época necesitaba mil brazos lo lleva a cabo ahora un niño, ahorrando así muchísima fatiga y trabajo personal; pero al aumentar los medios de satisfacer el ansia de bienestar, se despiertan nuevas ansias, y lo que antes se consideraba superfluo es ahora necesario. Las ilusiones engendran ilusiones, y de unos deseos nacen otros. Se olvida el principio, y se pone en su lugar el becerro de oro. Sobreabunda la producción, la oferta excede a la demanda, los jornales descienden a tipos ínfimos y del podrido suelo brotan los hongos del monopolio. Cuanto mayores facilidades hay de sostenerla, más empeñada es la batalla de la vida. La inteligencia, cuyo destino es servir de sólida base al supremo conocimiento espiritual del hombre, se ve forzada a emplearse en la satisfacción de los instintos animales. El cuerpo prospera mientras el espíritu desmaya como mendigo en el reino de la verdad.

Del amor propio nace el deseo de posesión, la monstruosa hidra de ansias nunca satisfecha, junto a la ilusión del yo está la ilusión del llamado amor que cuando verdadero no es ilusión, sino la fuerza que une los mundos y un atributo del espíritu

cuya sombra es la ilusión del amor. El verdadero amor anhela la felicidad del objeto amado; pero el amor animal se complace en sí mismo y sólo apetece goces. El verdadero amor sobrevive a la forma amada; el amor ilusorio muere al morir la forma amada.

La mujer ideal es corona de la creación y tiene derecho a que el hombre la ame. El hombre que no ama la belleza no tiene en sí el elemento de belleza.

El hombre ama la belleza y la mujer la fuerza. El esclavo de sus deseos es débil y no puede obtener el respeto de la mujer, que si le ve agitado por instintos animales le mirará como un animal y no como su protector y dios.

El amor conyugal es ley de la naturaleza y una necesidad para la propagación de la especie; pero por muy delicadas que sean las relaciones entre los cónyuges, el comercio sexual pertenece a la inferior y no a la superior naturaleza del hombre. La mutua atracción de los animales no es menos hermosa y a menudo más pura que la de entre la especie humana, pues las aves del aire no se aparejan con la mira puesta en el dote y algunas veces sucumbe uno de ellos de pena por la muerte de su compañero. Quien no haya trascendido todavía su naturaleza terrena suspirará por amor mundano. El celibato forzoso es un crimen de esa naturaleza y el motivado por las circunstancias un infortunio: mas como para el alma espiritualmente desarrollada hay otro atractivo mayor, el verdadero sacerdote no necesita que la disciplina le someta al celibato, pues ya es de por sí un célibe natural, un habitante del reino celeste donde no existe el matrimonio mundano.

Otra ilusión es el deseo de vida física, y está bien que la desee quien carece de carácter propio, por haberlo perdido, y al perder la vida pierde cuanto tiene. Los individuos se apegan a la ilusión de la vida porque no saben qué es. Prefieren la infamia, la deshonra y el sufrimiento a la muerte. La vida es un medio que conduce a un fin y por esto tiene valor; pero ¿por qué ha de ser la vida tan deseable, que se prefiera sacrificar el carácter a perderla? La vida es condición temporal entre miles de otras semejantes por las cuales pasa la individualidad humana en sus viajes por el sendero de perfección, y el permanecer más o menos tiempo en una estación no debiera importarle gran cosa.

El hombre no puede hacer mejor uso de su vida que sacrificarla, si es necesario, en bien del prójimo, porque esta acción vigoriza su individualidad dándole la energía necesaria para renacer en nueva forma.

Por otra parte, quien deserta por egoísmo o por temor de las batallas de la vida, no escapará a la lucha. Puede destruir su cuerpo, pero no engañar a la ley. La vida permanecerá en él hasta el término natural de sus días. No puede destruirla; sólo puede privarse del instrumento de actuación. Se parece al hombre que ha de hacer cierto trabajo y echa a perder el instrumento que le hubiera facilitado hacerlo. Su arrepentimiento será vano.

Otra ilusión es buena parte de la llamada “ciencia”. El verdadero conocimiento liberta al hombre; pero la falsa ciencia le esclaviza a las opiniones ajenas. Muchos hombres malgastan la vida en aprender fruslerías y desdeñan lo verdadero tomando lo ilusorio y perecedero por lo eterno. Generalmente el estudio no es fin sino medio de que el estudiante se vale para lograr riquezas, posición y nombradía o satisfacer su ambiciosa

curiosidad. La verdadera riqueza de un hombre o de una nación no consiste en opiniones discutibles, sino en permanentes prendas espirituales.

Nada más ocasionado al refinamiento del egoísmo, que la muy potente intelectualidad sin la correspondiente espiritualidad. Un alto grado de intelectualidad capacita para oprimir a los lerdos, por lo que se necesita mucha fuerza moral contra la tentación. Los más célebres criminales y bellacos fueron gentes de talento. Los colegios no enseñan lo que verdaderamente necesita saber el hombre y sin lo que no conocerá su real e imperecedera naturaleza. El estudiante más afortunado es aquel a quien Dios enseña.

“Bienaventurado aquel a quien le enseña la sabiduría, no por símbolos y palabras perecederas, sino por su inherente poder; no por lo que parece ser, sino por lo que es”⁴⁵.

Ilusión es también el deseo de fama y poderío. El verdadero poder es atributo del espíritu. Si me obedecen porque soy rico, no soy yo el que obtengo obediencia, sino mis riquezas. Si me llaman poderoso porque ejerzo autoridad, no soy yo el poderoso, sino la autoridad de que estoy investido. Las riqueza y la autoridad son ilusiones que rodean a los hombres y que a menudo desaparecen apenas forjadas. A veces cobra fama quien no la merece. El hombre más honrado es el que tiene motivo para respetarse a sí mismo.

El lugar de nacimiento y las condiciones de vida no son, por lo general, de nuestra elección, y nadie tiene derecho a menospreciar a otro por su nacionalidad, religión, raza o posición que ocupe en el mundo. Cuando un actor desempeña el papel de rey o de criado, no se le debe menospreciar con tal que lo desempeñe bien.

Como dice Pope:

“El honor y la deshonra no dependen de las condiciones en que nos veamos. La honra está en cumplir debidamente nuestro oficio.

Una de las mayores ilusiones es mucho de lo que se conoce con el nombre de religión; no la religión en sí misma sino su máscara en las diversas figuras de clericalismo, superstición y ortodoxia. Cada sistema religioso es una expresión de la verdad; mas para descubrir en él la verdad es necesario poseerla. Así como el espíritu del hombre sólo puede existir y manifestarse en este mundo por medio del cuerpo, así toda iglesia, por espiritual que sea su alma, tiene un organismo externo, físico, animal y mental, compuesto por la comunidad religiosa y sus doctrinas, credos, teorías y especulaciones, sin que pueda separarse el organismo espiritual de los principios inferiores, pues tal separación causaría la muerte de la iglesia visible. Por lo tanto, el yo inferior de la iglesia lucha por la vida y se basa en el egoísmo, mientras que su cúspide penetra en los cielos. A lo sumo cabe esperar que la espiritualidad de la cima llegue a la base y que todo fiel halle la verdad contenida en su sistema religioso por su propia luz y no por la prestada de absurdas creencias y desvariadas especulaciones, porque la verdad no necesita otra luz que ella misma.

Hay otras ilusiones que sobrevienen espontáneamente y persisten aún cuando nos moleste su presencia. Son los enojosos visitantes llamados temor, duda y remordimiento, hijos del egoísmo y de la cobardía, nacidos en el reino de tinieblas. Su materia substancial es la ignorancia que sólo puede disipar la magia del verdadero

⁴⁵ Tomás de Kempis.

conocimiento y así viven los hombres temerosos de una ilusoria potestad vengativa y mueren por temor a males imaginarios. Temen los efectos de causas que no obstante siguen creando, y sin valor para arrostrar sus naturales consecuencias tratan de eludirlas. Toda acción crea una causa seguida de un efecto que recae en el creador de la causa, ya en esta vida ya en otra. Para neutralizar el efecto de la causa creada, debe transformarse en otro hombre. Si sus principios inferiores le indujeron a error, sufrirá por ellos; pero si logra vivir en su naturaleza superior se transmutará en otro ser superior. Tan sólo en este sentido es Cristo en todo hombre el “Cordero” que toma sobre sí los pecados del mundo. El cordero es símbolo de la obediencia a la divina ley; la obediencia es sabiduría; la sabiduría es conocimiento de sí mismo que a su vez es divinidad, y quien alcanza la divinidad se identifica con la ley y no peca más. Esta es la única filosofía racional del “perdón de los pecados”, y los sacerdotes podrían perdonar los pecados si fueran capaces de convertir al pecador en santo. Sin embargo, esto sólo puede lograrse por los esfuerzos individuales del “pecador” aleccionado por un sabio. Para ser lo suficientemente sabio y enseñar a otro lo referente a las leyes de su naturaleza, es de suma importancia que el instructor conozca estas leyes y la verdadera constitución del hombre.

La verdad es el salvador del hombre; la ignorancia es su perdición. La razón es la facultad mental que reconoce la verdad, cuya luz disipa las sombras de la duda, temor y remordimiento.

El verdadero conocimiento desvanece las ilusiones. Cuando la voluntad está suspensa, la imaginación es pasiva y la mente refleja sin discernimiento las imágenes almacenadas en la luz astral. Cuando la razón no guía a la imaginación, la mente forja desordenadas fantasías y alucinaciones. El vidente pasivo sueña despierto y toma por realidades los sueños producidos por extrañas ideas que invaden las mentes débiles y según su origen pueden ser verdaderas o falsas. Se han empleado varios medios para suspender la facultad discerniente de la razón, de suerte que la imaginación se vuelva anormalmente pasiva; mas todas estas prácticas son tanto más dañosas cuanto más eficaces. Las antiguas pitonisas procuraban acrecentar su ya anormal capacidad receptiva por la aspiración de vapores nocivos y algunas danzaban hasta que las funciones de la razón se suspendían temporalmente; otros usaban opio, cáñamo indio y demás narcóticos que anublan la mente y forjan morbosas quimeras e ilusiones⁴⁶.

⁴⁶ Las fumigaciones empleadas en la antigüedad con propósito de paralizar la razón, de modo que los frutos de la pasiva imaginación tomaran estado objetivo, se confeccionaban generalmente con narcóticos. La sangre se usaba sólo para nutrir a los elementales y elementarios y volver sus cuerpos más densos y visibles.

Cornelio Agrippa da la siguiente receta: Hágase un polvo de esperma de ballena, madera de áloe, almizcle, azafrán y tomillo, rociándola con la sangre de una abubilla. Si este polvo se quema sobre una tumba, la forma etérea del muerto quedará atraída hasta el punto de hacerse visible.

Eckartshausen experimentó con buen resultado esta otra receta: Mézclese incienso en polvo y harina con un huevo; se añade leche, miel y agua rosada, se hace una pasta y se echa una parte de ella en las brasas.

Otra receta dada por el mismo autor, consiste en cicuta, azafrán, áloe, opio, mandrágora, beleño, amapolas y algunas otras plantas venenosas. Después de ciertas preparaciones que describe, hizo el experimento y vio el espectro de la persona que deseaba ver; pero poco le faltó para envenenarse. El *Dr. Horst* repitió el experimento con el mismo resultado favorable, y durante muchos años después, siempre que miraba hacia algún objeto obscuro, veía de nuevo la aparición.

Los adivinos y clarividentes emplean varios medios para fijar la atención, suspender el pensamiento y hacer pasivas sus mentes; otros se miran al espejo, en un cristal, agua o tinta⁴⁷; pero el iluminado hace su imaginación pasiva por medio de una completa tranquilidad mental en toda circunstancia. La superficie de un lago turbulento refleja quebradas las imágenes que recibe, y si los elementos del mundo interior están confusos, si las emociones luchan entre sí y la agitación de las pasiones molesta a la mente, si el cielo del alma está nublado con ideas preconcebidas, oscurecido por la ignorancia, alucinado por locos deseos, se verán torcidas las verdaderas representaciones de las cosas. El principio divino en el hombre permanece inalterable como la imagen de una estrella reflejada en el agua; pero si su morada no es clara y transparente, no podrá emitir sus rayos a través de los muros circundantes. Cuanto más braman las emociones, más se perturba la mente, y el espíritu se encierra en su cárcel interior; o si pierde del todo su influencia sobre la mente, pueden ahuyentarlo las mismas fuerzas que no alcanza a gobernar, y rompiendo la puerta de su cárcel vuelve a su origen⁴⁸.

Pero mientras el Cristo sea uno de los pasajeros del bote zarandeado por las olas de la vida interior, estará siempre dispuesto a salir, extender su mano (manifestar su poder) y sosegar las aguas. entonces cesará de rugir la tormenta y recobrará el alma su tranquilidad.

Quien deja que la razón pierda el dominio sobre la imaginación, abusa de una de sus mayores prerrogativas. La verdadera meditación no consiste en hacer la mente pasiva a influjo del plano astral, ni tampoco en los sueños. Es un estado en que la mente no vaga por los reinos de la imaginación, sino que el alma la mantiene tranquila para recibir la luz del espíritu.

Dice el *Patanjali*:

Yoga es el ejercicio de la facultad de mantener suspensas las transformaciones del principio pensante.

Y añade el *Bhagavad Gîtâ*:

La química ha adelantado desde aquella época, y quienes deseen hacer estos experimentos con riesgo de su salud, disponen ahora de la inhalación de algunos de los gases narcóticos conocidos de la química.

⁴⁷ Hay varias recetas para la preparación de espejos mágicos; pero el mejor de nada le servirá a quien no sea clarividente y pueda poner en acción esta facultad concentrando su mente en determinado punto: un vaso de agua, tinta, cristal o cualquier otra cosa; porque estas cosas no se ven en el espejo sino en la mente. El espejo sólo sirve para favorecer la clarividencia. El mejor espejo mágico es el alma humana, que debe mantenerse siempre pura, protegiéndola contra el polvo, la humedad y el moho, para que no se manche y permanezca perfectamente limpia, capaz de reflejar la luz del espíritu divino en su original pureza.

⁴⁸ Véase Blavatsky: *Isis sin velo*. Dice la autora: “Semejante catástrofe puede ocurrir mucho antes de la final separación del cuerpo del principio vital. Cuando llega la muerte, su férrea y a la par viscosa garra hace presa en la vida como de ordinario; pero ya no hay allí alma que liberar, pues toda su esencia ha quedado absorbida por el sistema vital del hombre físico. La muerte sólo libera un cadáver espiritual; a lo mejor un idiota. Incapaz de remontarse a las alturas ni despertar del letargo, más tarde se disuelve en los elementos de la atmósfera terrestre”.

Cuando a menudo la mudable y veleidosa mente se desvíe, refrénala y sojúzcala bajo el dominio del Yo⁴⁹.

El que sueña no gobierna las acciones que ejecuta en sueños, aunque sueñe que ejercita su voluntad. Las cosas que ve en sueños son para él realidades, y no duda de su substancialidad, mientras que los objetos físicos exteriores no existen para él, y ni aún tiene conciencia de la posibilidad de su existencia.

Puede ver delante de sí un foso y soñar que quiere saltar al otro lado, pero no ejercita su voluntad y sólo sueña que la ejerce. El que está en trance magnético no tiene voluntad propia y está sujeto a la del hipnotizador. Lo que ve es real para él, y si el hipnotizador forja un precipicio en su imaginación, el sujeto experimentará y manifestará el mismo terror que si en estado normal lo encontrara abierto a sus pies. Un vaso de agua, transformada en imaginario vino por voluntad del magnetizador, puede embriagar al sujeto; y si el agua se transforma en imaginario veneno, puede dañarle o matar al sensitivo⁵⁰.

Un hipnotizador potente puede forjar una representación hermosa u horrible en su mente, y transfiriéndola con su voluntad a la esfera mental de un sujeto, ocasionarle aún cuando esté en condición normal, placer o sufrimiento.

Estos estados no sólo se pueden producir durante el sueño magnético, sino también durante la condición normal, sin consciente deseo por parte del magnetizador. Cuando el público llora durante la representación de una tragedia, aunque sepa que es ficción teatral, está parcialmente hipnotizado. Todos los días suceden centenares de casos semejantes en todos los países, y por doquier hay materia suficiente en la vida diaria para que el estudiante de psicología la examine y explique sin buscar casos anormales.

Todo esto cae bajo la denominación de ilusiones porque la razón y el discernimiento entre lo verdadero y lo falso quedan en suspenso, por lo que el individuo cree realidad lo que sólo existe en su imaginación; pero si aplicáramos este concepto a la existencia

⁴⁹ VI – 26. Esto no puede realizarlo la imaginación, que debe estar inactiva, ni puede la mente gobernarse a sí misma, sino por medio del poder espiritual despierto en el hombre.

⁵⁰ La señora Chandos Leigh Hunt, de Londres, dice en sus *Instrucciones privadas sobre el magnetismo animal*, que los eméticos y embriagantes causan potísimos efectos en los sujetos.

Eliphas Levi (El abate Constant) cita el caso de unos escépticos que para satisfacer su curiosidad y ver si era verdad el magnetismo, sometieron a una pobre muchacha a experimentos hipnóticos, logrando dormirla. Después le mandaron que mirara al infierno y ella se agitó convulsivamente en súplica de misericordia; pero el hipnotizador insistió en que debía ir allá. Entonces se descompuso horriblemente el rostro de la sujeto, se le erizaron los cabellos, puso los ojos en blanco, se le acongojó el pecho y su respiración tomó estertores de agonía. Ve allí, yo lo quiero, repetía el hipnotizador.

Ya estoy, exclamó la infeliz sujeto entre dientes, y cayó desvanecida sin pronunciar media palabra más, con la cabeza sobre el hombro y los brazos colgantes. Se acercaron los presentes a tocarla con propósito de volverla en sí; pero ya era tarde. El crimen estaba consumado. La muchacha había muerto y los autores de tan abominable experimento eludieron la persecución de la justicia a favor de la incredulidad del público en estas cosas.

cotidiana, parecería como si el mundo entero se hallara hipnotizado, pues pocos hay capaces de ver la verdad o de discernir entre lo verdadero y lo falso y pocos también los que obren de conformidad con la razón. Siempre que se examina cuidadosamente la forma externa de un ser, se advierte que constituye una ilusión, aunque la ilusión no existe en los seres sino en nosotros. Dios no creó el mundo con propósito de alucinar al género humano. Las ilusiones provienen de nuestros erróneos conceptos de la verdad que nos impiden ver lo real. Si viésemos lo real reconoceríamos la verdad. Si siempre hubiésemos conocido la verdad no necesitaríamos venir al mundo. Nuestra existencia en este planeta es testimonio de nuestra ignorancia y el haber nacido es prueba de nuestra fragilidad.

La razón es el distintivo entre el hombre y el animal. Si un médium somete su imaginación, abdica de su razón. Puede someterse a otra persona, a una idea, emoción, pasión, a un elemental, un cascarón o una maléfica influencia, y el médium convertirse en epiléptico, demente o criminal. Quien rinde su voluntad a un poder desconocido no es menos insensato que quien confiara su dinero y bienes al primer desconocido o vagabundo que se los pidiera.

Si se comete un crimen por sugestión hipnótica, el magnetizador y no el sujeto es el culpable. Estos casos ocurren cada día, pues no es necesario que el sujeto caiga en sueño para recibir la influencia de la voluntad ajena. Las mentes individuales ejercen recíproca influencia, y cada una influye en otras o queda influida por ellas sin conocer la fuente de esta influencia.

Los pensamientos e impulsos vienen y van sin saber de dónde vienen. Nadie crea sus pensamientos de la nada, y quien no ha logrado el conocimiento de sí mismo ignora lo que piensa o quiere en él.

No es posible determinar los asesinatos y crímenes perpetrados cada año, mediante sujetos sin voluntad suficiente para resistir la influencia hipnótica del invisible agente que los indujo a perpetrarlos. En estos casos penamos al instrumento y queda impune el verdadero culpable. Esta justicia es comparable a si penáramos el arma y dejásemos libre al asesino. Ciertamente, las generaciones venideras tendrán tanto motivo para reírse de la ignorancia de sus antepasados, como nosotros ahora para reírnos de las torpezas de nuestros antecesores.

No estimamos las cosas en lo que son, sino como las imaginamos. El salvaje sólo ve en la estatua de Minerva un trozo de piedra, y en un hermoso cuadro, un pedazo de lienzo manchado de color. El avariento, al contemplar las bellezas de la naturaleza, sólo piensa en el valor mercantil que representan, mientras que para el poeta hormigean en el bosque miles de sílfides y el agua está repleta de ondinas. El artista descubre formas de belleza en las errantes nubes y en las salientes rocas, y para el de mente poética, todo símbolo de la naturaleza es un poema que le sugiere nuevas ideas; pero el cobarde vive siempre con ceñudo semblante; ve en cada esquina un enemigo y nada hay para él interesante en el mundo sino su ínfimo ser. El mundo es un espejo donde se refleja el rostro del hombre. El del alma hermosa verá hermoso el mundo; el del alma deforme, todo lo verá depravado.

Poco se conoce cuán poderosa es la imaginación vigorizada por la voluntad y vivificada por el espíritu.

Las impresiones mentales por efecto de una imaginación así educada pueden ser muy poderosas y duraderas, hasta el punto de alterar las facciones, encanecer los cabellos en una hora, estigmatizar o deformar el feto, quebrarle los huesos o matarlo, y señalar en una persona los efectos del daño recibido en su cuerpo por otra con quien aquella simpatice. Su acción es más eficaz que la de los medicamentos y provocan y curan enfermedades, sugieren visiones y alucinaciones y producen los estigmas. La imaginación opera sus milagros consciente o inconscientemente. Si alteramos el ambiente de los animales, podremos cambiar voluntariamente el color de sus retoños. Las listas de la piel del tigre se corresponden con las largas hojas de las hierbas silvestres, y las manchas del leopardo se asemejan a la moteada luz que pasa por entre las hojas⁵¹.

Las fuerzas de la naturaleza, influidas por la imaginación del hombre, actúan sobre la imaginación de la naturaleza y determinan en el plano astral tendencias que en el transcurso de la evolución hallan expresión en formas materiales. De este modo los vicios o virtudes del hombre llegan a ser realidades objetivas, y al purificar su imaginación, la tierra adquiere mayor hermosura y pureza, mientras que los vicios sólo hallan expresión en los reptiles venenosos y en plantas nocivas.

Los elementales son en el alma humana producto de la acción del pensamiento en la mente individual; las formas elementales en el alma del mundo son producto de los pensamientos colectivos de todos los seres. Estas fuerzas elementales están atraídas por los gérmenes de los animales y pueden desarrollarse en objetivas y visibles formas animales, modificando los caracteres y aspecto externo de los animales de nuestro globo. Por lo tanto, al cambiar la imaginación de la Mente Universal en el transcurso de los siglos, desaparecen las formas viejas y surgen nuevas a la existencia. Si no hubiera serpientes en forma humana, tal vez no existirían las serpientes del reino animal.

Pero las impresiones mentales no se extinguen con la vida del individuo en el plano físico. Una causa que produzca temor súbito u obre vigorosamente de otro modo en la imaginación, puede impresionarla de manera que dure más allá de la vida.

Quien, por ejemplo, haya creído firmemente en el infierno y la condenación eterna, al entrar en el estado subjetivo después de la muerte podrá actualizar los horrores que del infierno imaginara en vida y verlos ante sí con tan hondo terror que se lance de nuevo al cuerpo abandonado y con desesperación busque refugio en él. Recobra entonces la conciencia personal y se encuentra vivo en la tumba, donde ha de sufrir otra vez las angustias de la muerte, o si induce a su forma astral a extraer substancia de los vivos, puede convertirse en vampiro y prolongar por algún tiempo su horrorosa existencia⁵². Estas desgracias no son raras, y el mejor medio de prevenirlas es el conocimiento, la incineración del cadáver después de la muerte.

Por otra parte, el reo convicto y confeso que antes de subir al patíbulo recibe auxilios religiosos del sacerdote que lo “convierte” y “dispone” a bien morir y le infunde la firme creencia de que se le han perdonado los pecados y que los ángeles van a recibirle

⁵¹ Sir John Lubbock: *Procedimientos de la Asociación Británica*.

⁵² Maximiliano Perty: *Die mystischen Erscheinungen in der Natur* (Las manifestaciones místicas en la Naturaleza).

con los brazos abiertos, puede ver estas creaciones imaginarias al entrar en el estado subjetivo hasta que la ilusión se desvanezca.

En el estado post-mortem y en la condición devakánica, la imaginación no crea nuevas formas ni es capaz de recibir nuevas impresiones, sino que vive de impresiones acumuladas durante la vida que pueden desenvolver innumerables variaciones de estados mentales, simbolizados en sus correspondientes formas subjetivas, que duran hasta que se agotan sus fuerzas. Estos estados mentales pueden calificarse de ilusorios en el mismo sentido que los sueños de la vida terrena, y llamar sueño a la vida en el “cielo” o en el “infierno”, como solemos decir que es un sueño la vida terrestre. El sueño de la vida sólo difiere del sueño de la muerte en que durante el primero podemos valernos de la voluntad para gobernar la imaginación y nuestras acciones, mientras que durante el último sólo nos cabe cosechar el bien o el mal que sembramos. Ningún esfuerzo se pierde, esté dirigido al bien o al mal. Quienes en la tierra hayan perseguido en su imaginación un ideal elevado, lo alcanzarán en el cielo; quienes hayan sido arrastrados por el deseo, se estrellarán en el bajío de sus apetitos.

Se supone generalmente que éste nuestro mundo físico en que vivimos es el más denso y material y llamamos “país de las sombras” al mundo astral; pero los términos “densidad”, “materialidad”, etc., son relativos. Lo que ahora nos parece denso y material, podrá parecernos etéreo y vaporoso cuando nos hallemos en distinto estado de conciencia, y lo que ahora es para nosotros invisible, puede entonces resultar muy material. Hay mundos más densos y materiales para sus habitantes que nuestro mundo físico para nosotros; porque la luz del espíritu vivifica la materia, y cuanto más esté atraída la materia por la sensualidad y concentrada por el egoísmo, será menos penetrable al espíritu, y tanto más densa y duramente se concretará, aunque quizá no lo perciban nuestros sentidos físicos, que sólo están adecuados a la actual existencia.

No hay más cielo ni más infierno que los creados por el hombre en su mente; y en consecuencia, el estado en que vive es para él la realidad. Si deseamos asegurar la dicha después de la muerte y en nuestra próxima existencia terrena, es preciso asegurarla antes de que termine la vida actual, reprimiendo nuestras malas inclinaciones y robusteciendo los pensamientos puros y elevados.

Desde ahora hemos de entrar en la vida superior, sin esperar a más adelante. El “cielo” significa estado de conciencia espiritual y gozo de verdades espirituales; y quien no alcanzó esta conciencia espiritual ¿cómo podrá gozar de lo que no es capaz de percibir? El hombre sin conciencia espiritual sería, al entrar en el cielo, como un ciego, sordo y mudo, incapaz de sentir. Sólo es posible gozar de lo que se conoce, pues lo que no se conoce no tiene realidad.

El mejor medio de lograr la dicha es sobreponerse al egoísmo. El vulgo ansía diversiones y pasatiempos; pero quien se abstrae del tiempo se olvida de sí mismo y es feliz. El encanto de la música consiste en la temporánea abstracción de la personalidad causada por la armonía de los sonidos. Un drama interesante nos abstrae también de nuestra personalidad y nos identifica con los personajes. Un orador en entera armonía con el auditorio se inspira en los sentimientos de los oyentes, que hallan expresión en las palabras de aquél. No es necesario que los “espíritus” dicten un discurso elocuente, pues si el orador es receptivo a los pensamientos del auditorio, bastarán para inspirarle.

Al entrar en un templo de sublime y solemne arquitectura se explaya en el alma. Cuando el lenguaje de la música habla al corazón, lo abstrae de las cosas terrenales. La hermosura y el perfume de las flores embriagan el sentido hasta el punto de olvidarnos de nosotros mismos. Estas recreaciones pueden hacernos felices temporalmente en el grado en que debiliten nuestro yo inferior. Las ilusiones no existen como tales ilusiones, pues su existencia sería una ilusión. La naturaleza no es ilusoria, sino expresión de la verdad; pero requiere que el ojo de la verdad descubra la verdad en sus formas. Si nos apegamos a las formas, nos engañará la ilusión, que no tiene existencia real; si nos apegamos a la verdad, encontraremos lo real. Si nuestra felicidad dependiese de la posesión de una forma amada, se desvanecería nuestra felicidad en cuanto se desvaneciese la forma. El verdadero conocimiento libra a la mente de ilusiones. Esta libertad se logra tan sólo por el amor a la verdad, porque la verdad es la vida y fundamento de nuestra existencia y ha de perdurar cuando se disipen cuantas ilusiones constituyen nuestra naturaleza inferior. Aunque no poseyéramos nada más sino lo que somos, estaríamos en posesión de la verdad porque somos la luz y la verdad.



CAPITULO VII

CONCIENCIA

“YO SOY QUIEN SOY”

BIBLIA.

Cuanto existe en el Universo es manifestación de la Mente universal. Por lo tanto, todo es mente en sí y existe con absoluta conciencia y capacidad de tener conciencia relativa en cuanto se manifieste en forma. *Conciencia absoluta* es inconciencia con relación a las cosas. Conciencia significa conocimiento y vida; Inconciencia es ignorancia y muerte. El conocimiento imperfecto es un estado de conciencia imperfecta. El estado más elevado posible de conciencia es el pleno conocimiento de la verdad.

Nada existe con relación a nosotros antes de que conozcamos su existencia. Quien no conoce su propia existencia es inconsciente, y por lo tanto está muerto para todo fin práctico. No podemos conocer la existencia de una fuerza que no poseamos. Vemos los efectos dimanantes de la electricidad y advertimos que ocurren; pero no nos percatamos de la índole o naturaleza de lo que llamamos electricidad si no tenemos conciencia de que la misma fuerza existe en nuestra constitución. De la propia suerte podemos advertir los efectos de la manifestación de la divina sabiduría en el universo y contemplar la expresión de belleza, justicia y verdad; pero no conoceremos la existencia de estos principios a menos que seamos conscientes de su presencia en nosotros. Las obras de Dios existen y nosotros vemos el producto de la acción de Su espíritu en la naturaleza; pero el mismo Dios no sería nada para nosotros si no nos divinizáramos por Su presencia en nosotros. No podremos comprender la naturaleza de Dios a menos que Su divina naturaleza esté presente en nosotros y llegue a nuestra propia conciencia. Un estado de existencia es incomprensible si no se le experimenta y conoce, y comienza desde el momento en que se conoce. Si alguien poseyera legalmente millones y lo ignorara, no podría disponer ni gozar del dinero. El que está presente cuando el orador pronuncia un discurso, si no oye cuanto se dice, no tendrá efecto para él. El hombre está dotado de razón y conciencia; pero si no escucha su voz faltará la relación entre él y la voz de sabiduría, desapareciendo proporcionalmente para él en proporción a la pérdida de su capacidad para escucharla.

Un hombre puede estar vivo y consciente con relación a una cosa, y muerto e inconsciente para otra. Algunas de sus facultades pueden hallarse activas y conscientes, mientras otras inconscientes e inactivas. El que escucha atentamente la música sólo es consciente de los sonidos; el que se arroba en la admiración de la forma sólo será consciente de lo que ve; el que padece puede ser solo consciente de la relación entre él y su dolor. El absorto en sus pensamientos, se cree solo en medio de la multitud o puede estar amenazado de muerte sin advertir el peligro. Si tiene la fuerza de un león de nada le servirá si no la conoce; no será inmortal a menos que reconozca su inmortalidad. Cuanto mejor aprendamos a conocer el verdadero estado de nuestra existencia, tanto

más conscientes seremos de ella, y de lo contrario no nos conoceremos a nosotros mismos. Quien plenamente se conozca a sí mismo será consciente de sus poderes y sabrá como ejercitarlos esforzadamente.

Ser consciente de la existencia de una cosa equivale a poseerla. Percibirla es entrar en relación con ella y advertir esta relación.

Por lo tanto, la conciencia principia al principiar la sensación; pero la sensación y percepción de una forma sólo van seguidas del reconocimiento de la verdad cuando el principio existente en aquélla forma es un poder consciente en nuestra constitución. Al ver por vez primera a un extraño percibimos su forma externa, el traje que lleva y advertimos que es una forma viviente; pero nada sabemos de su verdadero carácter. Su aspecto puede parecernos respetable y sin embargo ser un farsante; su traje nuevo y elegante y a pesar de ello ser un mal hombre; su cuerpo sano y su alma enferma; sus recomendaciones excelentes y no obstante engañosas.

Si queremos conocer el verdadero carácter de aquél hombre, hemos de ser capaces de reconocer la naturaleza de su carácter en nosotros mismos. Podemos mirarle a los ojos para que las almas se hablen y se pongan en consciente relación una con otra de suerte que no haya engaño posible. Este reconocimiento de la verdad por percepción directa es una de las facultades humanas no educadas plenamente todavía en el actual estado de evolución. Es un sexto sentido que apunta como una yema en el árbol de vida mientras que los otros cinco sentidos están ya del todo desarrollados. Sin embargo, existe el sexto sentido y, por lo tanto, la primera impresión que recibimos de un extraño es generalmente la verdadera, aunque después variemos nuestro concepto porque se interponen diversas consideraciones para torcerlo.

La percepción consiste en ponerse en relación con el objeto percibido. Esta relación sólo es posible cuando el receptor y el objeto de percepción existen en el mismo plano de existencia. Por esta razón los sentidos físicos perciben los objetos físicos; el alma percibe las cosas del alma; y las cosas pertenecientes al espíritu sólo puede percibir las el poder del consciente espíritu del hombre.

Todo cuanto existe está en la Mente universal y nada hay fuera de ella porque todo lo incluye. La percepción es la facultad por la que aprende la mente a conocer lo que en ella misma sucede. Ver una cosa es percibir su existencia en la mente; sentir la presencia en el alma de un poder invisible, equivale a conocer su presencia por medio del sentido del tacto que corresponde a la mente. El hombre sólo puede conocer lo que existe en su mente. Aún el más ardiente enamorado no ve a su amada, sino la imagen que la forma de ella reproduce en su mente.

Al pasar por la calle, las imágenes de los transeúntes desfilan por nuestra mente en tanto que reconocemos sus cuerpos; y si no fuera por las imágenes que forjan en nuestra conciencia, no conoceríamos su existencia. Las imágenes forjadas en la mente se transfieren a la conciencia cuyo taller es el cerebro; pero si la conciencia del hombre estuviera concentrada en otra parte de su cuerpo, sería consciente en la parte en que recibiese las sensaciones. Pudiera, por ejemplo, ver con el estómago u oír con los dedos, según demuestran algunos experimentos científicos, porque la sensación no es una cualidad propia del cuerpo físico, sino que pertenece al cuerpo astral cuyos sentidos no están localizados aunque penetra el cuerpo físico y determina en él la localización de los sentidos. Un poder consciente, difundido por doquier en el espacio, tendría la facultad

de conocer cuanto ocurriera en una porción del espacio, porque estaría en consciente relación con todas las cosas. Un poder consciente ligado a una forma material tan sólo conoce lo que se relaciona con esta forma. La conciencia y la percepción no son propias de una forma limitada, pues pertenecen a la divina naturaleza del hombre no sujeta a las limitaciones de la forma.

Los sentidos físicos son producto de la influencia del universal poder de la mente y de la resistencia que opone la forma. Si el hombre se hubiese mantenido en perfecta armonía con la mente universal, no quedara jamás revestido de forma material. No podía haber percepción sin resistencia. Si nuestros cuerpos fueran enteramente transparentes, no percibiríamos la luz, porque la luz no se ilumina a sí misma. La Luz Astral penetra nuestros cuerpos, pero no podemos verla con los ojos físicos, porque el cuerpo físico no le ofrece resistencia. Durante el sueño, la conciencia personal abandona gradualmente el cerebro y se entremezcla con la conciencia del “*hombre interno*”.

Entonces entramos en otro estado de existencia; y si parte de la conciencia queda todavía en el cerebro, la conciencia interna puede percibir el yo inferior. Por lo tanto, en aquel estado semiconsciente, entre dormido y despierto, cuando la conciencia oscila entre dos estados de existencia, podemos recibir importantes revelaciones del estado superior y retenerlas en la memoria personal. Cuanto más penetre la conciencia inferior en la superior, tanto mejor comprenderemos la existencia superior, y las impresiones que reciba nuestro yo personal se debilitarán de modo que no las retenga la memoria; pero mientras la mayor parte de nuestra conciencia esté activa en el cerebro material, las percepciones del estado superior serán débiles y entremezcladas con los recuerdos y sensaciones del estado inferior de existencia.

Probablemente hubo época en el desenvolvimiento del cuerpo humano en que su forma era por decirlo así todo ojos y toda su superficie sensible a la luz. La resistencia de su forma a la influencia de la luz engendró el órgano de la visión. En los lagos subterráneos hay peces sin ojos, pues como allí no hay luz, tampoco necesitan órganos para recibirla y ninguno para resistirla. En los países tropicales es la luz muy intensa, y así el hombre de los trópicos necesita que su piel esté coloreada por un pigmento oscuro para proteger el desnudo cuerpo contra los ardores del sol.

Hay entidades semi-materiales (elementales) que carecen de tegumentos lo bastante consistentes para protegerles contra la luz terrestre a cuya acción son muy sensibles, por lo que han de vivir en la obscuridad y sólo se manifiestan durante la noche⁵³. Si el cuerpo astral del hombre quedara expuesto a la plena influencia de la luz astral sin capacidad para resistirla, se desintegraría lenta o rápidamente según la intensidad de la luz. Los mitos del “infierno” y del “purgatorio” representan sugestivamente la destructora acción de la luz astral; pero esta destrucción no va necesariamente acompañada de sensación, a menos que el cuerpo sea consciente. El cadáver

⁵³ Adolfo d'Assier que empleó mucho tiempo en la investigación de fenómenos ocultos, refiere el caso de una persona que dormía en una habitación aduendada, con propósito de estudiar el fantasma. Se fue una noche a la cama dejando la luz encendida. De pronto, pareció como si una sombra densa se escurriese hasta debajo de la cama a través de la puerta del aposento. A poco vio salir de debajo de la cama un brazo muy largo que llegándose hasta la mesa apagó la luz y al punto comenzó el ajeteo de muebles empujados y rotos con tanto estrépito, que acudieron los vecinos con luces, a punto que la negra sombra se escapaba por la puerta del aposento.

abandonado por el espíritu no siente el fuego que lo incinera, y asimismo un cadáver astral puede desintegrarse en sus elementos sin sentir dolor alguno. Tan sólo habrá sensación cuando la forma esté asociada al espíritu en cualquier plano de existencia.

Algunos magos y necromantes⁵⁴ basan sus prácticas en este hecho, y así no resulta imposible que el cuerpo astral de un muerto sea atormentado por un vivo, si éste sabe como dotarle de espíritu y reavivar su conciencia infundiéndole algo de su propia vida en aquella forma.

Si nuestros cuerpos fuesen lo suficientemente etéreos para pasar a través de otros sin resistencia, no advertiríamos su presencia. Si el tímpano del oído no recibiera las vibraciones acústicas, sería imperfecta la audición. La resistencia determina la sensación.

El hombre sufre porque resiste. Si en toda circunstancia obedeciera las leyes de su naturaleza, no conocería las enfermedades del cuerpo; si en todas las cosas cumpliera la voluntad de Dios no sufriría.

La vida, la sensación, la percepción y la conciencia pueden desprenderse del cuerpo físico y transportar su actividad al cuerpo astral, que entonces es consciente de su existencia independiente del cuerpo físico y puede desarrollar facultades sensorias, viendo, oyendo, oliendo y gustando lo que los sentidos físicos no alcanzan a ver, oír, oler y gustar, y por lo tanto no existe para ellos.

¡Cuán admirable vista se desplegaría ante el hombre, si se descorriera de pronto el velo que misericordiosamente le encubre el mundo astral! Vería el espacio ocupado por otro mundo diferente, de cuyos habitantes nada sabía. Lo que antes le parecía denso y sólido, ahora le aparecería nebuloso, y el espacio vacío lleno de vida.

Las investigaciones científicas han puesto en claro muchos casos en que se activaron más o menos los sentidos astrales. Así, por ejemplo, la vidente de Prevorst percibía muchas cosas que para las demás gentes no existían; y las vidas de los santos y los modernos fenómenos médiumnicos proporcionan numerosos ejemplos que prueban la existencia de los sentidos internos por medio de hechos que ocurren diariamente. Cuando los sentidos astrales están despiertos y activos es posible percibir cosas sin necesidad de los corporales, y ser *clarividente* y *clariaudiente* con capacidad de ver, oír, oler, gustar y tocar los atributos astrales de cuanto exista en formas corpóreas o fuera de ellas.

Todas las cosas están aduendadas, aunque no todas las gentes son igualmente capaces de ver los espectros que las frecuentan, porque para percibir las cosas del plano astral se necesita el desarrollo de un sentido adaptado a esas percepciones. Los pensamientos son “espectros”, y únicamente pueden verlos quienes sean capaces de ver las imágenes

⁵⁴ No hay que confundir los necromantes con los nigromantes. Los primeros se valen de la evocación de los muertos para las adivinaciones por medio de prácticas macabras. Los segundos son los magos negros cuyo poder aviesamente aplicado reside en ellos mismos sin necesidad de extraño auxilio.

mentales, a no ser que los espectros estén lo suficientemente materializados para refractar la luz y hacerse visibles al ojo físico.

Podemos sentir la presencia de una forma astral sin percibirla, y reconocer su presencia con la misma certeza que tendríamos al verla, porque el sentir no da menos seguridad que el ver. La presencia de una idea santa, elevada y sublime en la mente, la llena de un sentimiento de felicidad y de una exhilarante influencia, cuyas vibraciones pueden percibirse mucho después de desvanecido el pensamiento.

La explicación que la fisiología da del sentido de la vista se contrae a describir la formación de una imagen en la retina del ojo físico; pero nada nos dice de cómo se transporta esta imagen a la conciencia mental. Si la mente estuviese encerrada en el cuerpo físico no podría percibir el tamaño de ningún objeto exterior, sino que a lo sumo vería la diminuta imagen formada en su retina y el mundo exterior le parecería tan microscópico como si lo viera a través de un telescopio invertido. Pero las imágenes reflejadas en el ojo físico sólo sirven para convertir la mente a los objetos de percepción y despertar el íntimo sentido mental a la conciencia de su relación con dicho objeto existente en su propia esfera. El hombre visible es el almendrán del hombre invisible cuya esfera mental le rodea por todas partes como invisible pulpa que se extiende a distancia en el espacio, de suerte que el hombre puede percibir conscientemente los objetos existentes en dicha esfera si se pone en relación con ellos.

Esta invisible y etérea esfera es tan esencial a la constitución del hombre como la pulpa de un melocotón lo es a este fruto; pero la ciencia positiva sólo conoce el hueso y nada sabe de la pulpa. Además, esta esfera anímica se entremezcla con las esferas de otras almas, determinando simpatías o antipatías según la armonía o discordancia de sus respectivos elementos. Muchas alteraciones pueden ocurrir en la mente de un individuo sin que éste las advierta, a menos que fije su atención en ellas y las transporte a su conciencia.

La mente percibe lo que ocurre en el mundo físico, cuando por medios físicos se la pone en consciente relación con los objetos físicos; y percibe lo que ocurre en el reino del alma, cuando influencias de él venidas la ponen en consciente relación con este reino; y percibe la verdad espiritual cuando el poder dimanante de la verdad la pone en relación con ella.

El cuerpo físico dormido no percibe los objetos exteriores; los sentidos astrales no están desarrollados; el espiritual poder de percepción es todavía inactivo en la mayoría de los hombres, y siente la presencia del espíritu tan sólo por el incierto reflejo de su luz, como quien estando semi-consciente ve traslucir el reflejo de la luz a través de los cerrados párpados sin verla. Tal es el poder de la intuición que precede al despertar del conocimiento espiritual.

Para la mente no hay límites, y por lo tanto, la distancia no es impedimento de la percepción mental, porque una mente solidaria con el todo está en relación con cada una de las partes, y tan pronto como el hombre reconoce su relación con un objeto del espacio, conoce la existencia de este objeto.

La mente no percibe aún todas las cosas y requiere la ayuda de los sentidos físicos, porque Adán está sumido todavía en el sueño que le sobrecogió cuando moraba en el

paraíso. Todavía ignora que su verdadera naturaleza lo abarca todo. Su conciencia está atada a una forma material que lo aprisiona.

Ver una cosa equivale a tocarla mentalmente. La mente individual se extiende por el espacio porque es una con la Mente universal; y así no sólo las imágenes de las cosas, sino las cosas mismas existen en la periferia de nuestra mente, por muy distantes que estén del centro de nuestra conciencia; y si pudiéramos mudar este centro de un lugar a otro de la esfera de la mente, podríamos acercarnos en un instante al objeto de nuestra percepción.

La substancia mental está en todas partes, aunque su conciencia es limitada. El hombre cuya esfera mental fuese del todo consciente, estaría por doquier y todo lo conocería, por lo que a medida que se dilata la esfera de percepción, se dilata también la esfera de su conciencia.

El centro de la conciencia del hombre es el cerebro, y si la mente percibe un objeto, la percepción ha de llegar al cerebro. Si miramos una estrella distante, nuestra mente estará allí, en contacto con ella, y si pudiéramos transmitir nuestra conciencia al punto de contacto, estaríamos en aquella estrella, percibiendo los objetos que contuviese, del mismo modo que si estuviéramos personalmente en su superficie.

Sin embargo, esto es imposible mientras la conciencia esté localizada en el cerebro, pues esta conciencia es por sí misma una ilusión que nos permite vagar por el espacio en alas de la imaginación, pero sin revelarnos la verdad. La conciencia cerebral es respecto de nuestra conciencia superior lo que la luz de la luna a la del sol. Nuestra verdadera conciencia reside en el corazón; y por lo tanto, el corazón puede explayarse en el universal y no imaginario amor a todo lo creado. Si este amor fuese consciente en nuestro corazón, se nos revelarían todos los misterios del universo.

La percepción es la *imaginación pasiva*, porque al percibir un objeto, nuestra relación con él llega a nuestra conciencia sin esfuerzo activo por nuestra parte. Pero hay *una imaginación activa* por la cual podemos relacionarnos con un distante objeto del espacio por medio de la transmisión de conciencia. Esta facultad nos permite actuar sobre un objeto distante, si logramos formar su exacta imagen en nuestra conciencia. Concentrando la conciencia sobre dicho objeto, somos conscientes en el lugar de nuestra esfera mental en que exista. Así establecemos una consciente relación con el objeto, mas para ello es preciso el espiritual poder residente en el corazón.

Conciencia es existencia, y hay tantos estados de conciencia como de existencia. Todo ser viviente tiene su conciencia peculiar, resultante de sus sensaciones, cuyo estado muda a cada momento, según mudan las impresiones que recibe; porque su conciencia es la percepción de la relación con que se liga a las cosas, y al mudar esta relación se altera el carácter de la conciencia.

Si nuestra atención se convierte a los goces animales, tendremos un estado animal de conciencia; y si reconocemos los principios espirituales, como la esperanza, la fe, la caridad, la justicia, la verdad, etc., en su aspecto superior, vivimos en nuestra conciencia espiritual, y entre ambos extremos hay una extensa variedad de gradaciones. La conciencia en sí no muda; sólo asciende o desciende en la escala de existencia.

Hay una conciencia cuyo estado no se altera porque es independiente de toda relación con las cosas. Es la conciencia de la existencia, la realización del *yo soy*. Podrá estar ignorada, pero una vez conocida es inmutable, porque Dios no se muda y si mudara quedaría aniquilado el universo. Quien no haya alcanzado esta verdadera conciencia no conocerá su verdadero ser, pues por muy desarrollado que esté física e intelectualmente, sólo será una combinación de elementos físicos e intelectuales y su sentido del yo una siempre mudable ilusión. No puede morir porque no ha empezado a vivir ni existe realmente porque no conoce su verdadera existencia. Tan sólo vive en realidad quien es consciente de su vida divina.

Cuando la Vida se manifiesta en una forma y actúa en relación con ella, el grado de conciencia de esta forma depende de la índole de su organización. En una forma inferiormente organizada hay sensación, pero no inteligencia. Una ostra tiene conciencia y no inteligencia.

Un hombre puede ser muy inteligente y no tener conciencia de la espiritualidad, sublimidad, justicia, belleza o verdad.

Las existencias inferiores siguen implícitamente las leyes de la naturaleza o de *Razón universal*, porque en ellas no hay diferenciación de mente ni tienen voluntad ni razón propias. Los superiores seres espirituales obedecen a su propia razón, pero su voluntad y razón están en armonía con la ley universal. La diferencia entre los seres inferiores y los superiores consiste en que los inferiores cumplen inconscientemente la voluntad de Dios, mientras que los superiores la cumplen consciente e inteligentemente. Tan sólo los seres intermedios entre los inferiores y los superiores se jactan de su razón y se figuran que son sus propios legisladores y pueden obrar a su antojo. El razonamiento es causa de todo mal. El iluminado no razona. Su guía es la Razón misma.

El sistema muscular funciona sin la especial guía de una inteligencia superior, como maquinaria de reloj, que una vez puesta en movimiento sigue andando; y quien tenga la costumbre de obrar bien obedecerá instintivamente sin reparos ni dudas a la ley de sabiduría y justicia.

Todo estado mental tiene su peculiar modo de percepción, sensación, instinto y conciencia, pudiendo la actividad de uno de estos estados sofocar a suprimir la de otro. Quien sólo es consciente de sensaciones dimanantes de actos físicos, está inconsciente de las influencias espirituales. El anestesiado pierde la sensación física. El que se halla en éxtasis está enteramente despierto en un plano superior de existencia y enteramente inconsciente en el plano físico.

El ininteligente sistema muscular sólo es consciente de la atracción de la tierra. En él predomina el elemento terrestre, y si no está apoyado por el raciocinio, seguirá el impulso que le dé aquella atracción. El cuerpo astral es de por sí ininteligente, y si no está regulado por la inteligencia procedente de los principios superiores, sigue las atracciones del plano astral, o sea las emociones levantadas por los deseos. De la misma manera que el cuerpo físico obedece a la ley de la gravedad si no está guiado por la razón, así el cuerpo astral obedece a la atracción del deseo. La conciencia animal del hombre es la irracional atracción que le incita a satisfacer sus apetitos.

En rigor, no hay razón animal, inteligencia animal y conciencia animal, etc. La conciencia, la razón, la inteligencia, etc., en absoluto no admiten calificaciones: Son principios universales. es decir, funciones de la *Única Vida Universal*, que se manifiestan en varios planos y en diversidad de formas.

La condición de un individuo cuya conciencia no esté iluminada por la razón, se ve en los casos de demencia emocional y obsesión. Entonces obrará de entera conformidad con sus impulsos, y al recobrar la razón no recordará lo que hizo en aquél estado. Estas condiciones se manifiestan sólo en un individuo, o pueden afectar simultáneamente a varios, y aún a países enteros, como ocurrió con algunos obsesiones epidémicas en la Edad Media⁵⁵. Frecuentemente se observan en casos de histerismo, en funciones religiosas, representaciones teatrales, ataques al enemigo, o en cualquier ocasión en que se excitan las pasiones de la multitud, induciendo a cometer locuras o realizar heroicidades a gentes que ni quisieran ni pudieran si les hubiese guiado la razón. Tales estados son la manifestación de invisibles poderes que actúan por medio de diferentes formas⁵⁶.

En algunos individuos el cuerpo astral es el centro de conciencia que pueden transferir a distancia. La mente está por doquier y es capaz de recibir impresiones. Si enfocamos firmemente nuestros pensamientos sobre una persona o lugar distante, estableceremos una corriente mental: nuestros pensamientos pueden ir al lugar deseado, porque por lejos que esté, se hallará en la esfera mental. No habrá dificultad en encontrarlo si es que ya lo visitamos, o si hay en él algo que nos atraiga. En circunstancias ordinarias la conciencia queda en el cuerpo físico; pero si el astral es lo bastante activo para no adherirse al físico sino acompañar al pensamiento, la conciencia va también con él, quedando proyectada allí por el poder de la voluntad, y cuanto más intensa sea la voluntad tanto más fácilmente se cumplirá este hecho. Entonces visitaremos conscientemente el lugar escogido, dándonos cuenta de lo que hacemos, y el cuerpo astral conservará la memoria impresionando con ella el cerebro físico. Tal es la razón de que algunos individuos puedan proyectar el pensamiento a distancia: y este poder, o bien es congénito, o se adquiere por el ejercicio. Hay quienes a consecuencia de una heredada peculiaridad de constitución o por enfermedad física se desprenden voluntaria o involuntariamente del cuerpo físico, se trasladan en el astral consciente o inconscientemente a lugares distantes y con la ayuda de las emanaciones ódicas y magnéticas pueden materializarse en visibles y aún tangibles formas⁵⁷.

⁵⁵ *Histoire des diables de Loudin.*

⁵⁶ No son raros los casos de obsesión y muchas locuras son simples obsesiones. Sería en extremo conveniente para los intereses de la humanidad, que los directores y médicos de los manicomios estudiaran las leyes ocultas de la naturaleza e indagaran las causas de la locura, en vez de contraerse al estudio de sus efectos exteriores.

⁵⁷ Adolfo d'Assier enumera varios casos en que el “doble” de una persona se vio simultáneamente con el cuerpo físico. A una señorita la vieron sus compañeras de colegio en el locutorio y al mismo tiempo estaba su doble en el jardín. Cuanto más definida era la forma del doble más se debilitaba la del cuerpo físico, y al recobrar éste todo su vigor desapareció el doble. En aquel caso, la conciencia de la colegiala estaba evidentemente dividida entre el locutorio y el jardín, y como su pensamiento se enfocó en las flores, apareció allí su forma etérea. Al estudiar la ley que preside estos fenómenos en apariencia misteriosos, conviene tener en cuenta que *toda forma*, ya material, ya etérea, consiste en ciertas vibraciones de la materia primordial manifestadas según el carácter que se les infunde.

El cuerpo astral queda a veces retenido inconscientemente en el lugar donde duerme el cuerpo físico y le han visto individuos sensitivos, aunque sin dar señales de inteligencia ni de vida, pues actúa automáticamente y se reintegra al cuerpo físico cuando éste requiere su presencia. En el momento de la muerte, al aflojarse la cohesión entre los principios superiores e inferiores, es frecuente la proyección del cuerpo astral, que durante algún tiempo puede ser consciente, activo e inteligente hasta el extremo de representar al verdadero hombre⁵⁸.

Se recuerdan muchos casos en que a consecuencia de una brusca y viva emoción, como por ejemplo el ardiente deseo de ver a una persona, la forma mental emanada del cuerpo físico actuó consciente y visiblemente a distancia. En los casos de nostalgia, sucede algo parecido, pues el que está lejos de su patria y amigos, en su vehemente deseo de volverlos a ver, proyecta su pensamiento en aquel lugar, donde, por decirlo así, vive espiritualmente, mientras su cuerpo físico vegeta en otro punto, debilitándose gradualmente hasta morir, esto es, que el espíritu se va a donde ya estaba en pensamiento, por más que los sentidos físicos no adviertan su gradual partida.

En casos de enfermedad o muerte ocurre análoga separación. Cuando por cualquier causa se debilita la unión entre los cuerpos físico y astral, puede éste separarse temporánea o permanentemente de aquél. Se notan síntomas de esa separación en las enfermedades graves, cuando el enfermo ve a otra persona en su misma cama. Al recobrar la salud se vuelven a unir los principios cuya cohesión se había aflojado y la sensación desaparece.

El estado de conciencia es correlativo al plano en que el individuo actúa y cada uno de estos planos de existencia tiene sus peculiares sensaciones, percepción y memoria. Lo que se ve, percibe y recuerda en un estado no se recuerda en otro, y por lo tanto no es imposible que al entrar un individuo en superior estado de conciencia después de la muerte, no recuerde nada de las condiciones de su vida terrestre⁵⁹.

En estado de embriaguez, el individuo sólo tiene conciencia de su existencia animal y es enteramente inconsciente de su existencia superior. Una sonámbula considera su cuerpo como un ser distinto de ella que está a su cuidado y habla de él en tercera persona, recetándole a veces como el médico al enfermo, y a menudo denota gustos, inclinaciones y opiniones enteramente opuestos a los de su estado normal.

En estado de trance puede una persona amar a otra intensamente, pues entonces es capaz de advertir las cualidades internas, aunque la aborrezca en su condición normal,

⁵⁸ Numerosos ejemplos de esta clase refiere E. Gurney en su obra *Fantasma vivientes*.

⁵⁹ Refiere el Dr. Hammond en su tratado sobre la locura, que un criado llevó un paquete que se le había confiado a otra casa distinta de la destinada a recibirlo. Pasada la embriaguez no se acordó a dónde había llevado el paquete y lo dieron por perdido; pero al volver a embriagarse recordó la casa y pudo recuperar el paquete. Esto demuestra que su estado de conciencia era distinto cuando beodo de cuando despejado, pues la personalidad cambia de continuo según sus condiciones de existencia y al cambiar de conciencia se convierte en otro hombre, aunque subsista su forma externa.

cuando sólo repara en las cualidades externas⁶⁰. El cuerpo físico en trance es enteramente inconsciente e incapaz de percibir sensación alguna, hasta el punto de poderlo incinerar o inhumar sin otro inconveniente que impedir la reincorporación del ego. Pero mientras el cuerpo físico es inconsciente, el ego es consciente y puede estar cumpliendo deberes inaccesibles a nuestra comprensión en parajes de los que le sea penoso regresar a las fronteras terrestres.

Aún mientras está despierta la conciencia física puede exaltarse la superior hasta el extremo de no sentir el cuerpo apenas el dolor. La historia nos habla de los mártires cuya alma se regocijaba mientras su terreno tabernáculo soportaba los tormentos de la rueda o ardía atado al poste sobre las llamas.

El hombre tiene esencialmente dos vidas: una cuando está del todo despierto y otra cuando dormido del todo. En cada una de ellas tiene sus peculiares percepciones, experiencias y conciencia; pero las experiencias habidas durante el sueño no se recuerdan en estado de vigilia. En el entrelímite del sueño y la vigilia se entremezclan las impresiones de ambos y es el reino de los confusos en sueños en que rara vez hay algo de verdad.

Sin embargo, este intermedio estado es favorable para recibir impresiones del Yo superior. El hombre interno puede emplear formas simbólicas y alegorías para sugerir ideas al yo inferior y transmitirle advertencias, presentimientos o amonestaciones respecto al porvenir.

Hay varias clases de sueño. Más de una dificultad se ha resuelto durante el sueño, pues el mundo terrestre no siempre queda sin el reflejo de la luz celeste. Durante el sueño del cuerpo físico puede entrar la mente en contacto con otras mentes, y pasar por experiencias que no recuerda al despertar. El hombre, en estado de vigilia, obtiene frecuentemente experiencias astrales que después no recuerda, pero de las que disfrutó al sucederle y fueron reales para él⁶¹.

El hombre siente, cuando menos, dos clases de atracciones en su conciencia. Una lo arrastra a la tierra y le incita al apego de los goces y satisfacciones materiales; la otra lo alza a la región de lo desconocido, le hace olvidar los halagos de la materia y lo acerca al reino de la belleza inmortal. Los más celebres poetas y filósofos han reconocido el desdoblamiento de la conciencia, o mejor dicho, los dos polos de la conciencia una, entre los cuales oscila la conciencia normal de la generalidad de las gentes.

⁶⁰ H. Zschokke: *Verklaerungen* (Transfiguraciones).

⁶¹ A. P. Sinnett en su obra: *Incidentes de la Vida de Blavatsky* refiere un caso extraordinario. Hablando de la enfermedad sufrida en *Tiflis*, dice Blavatsky que tuvo la sensación de ser ella dos personas diferentes, una su personalidad acostada en la cama y enferma, y la otra un ser enteramente distinto y superior. En mi condición inferior, reconocí a aquella otra persona y supe lo que había hecho; pero cuando fui yo misma aquella otra persona, no reconocí ni me interesé por la Blavatsky “acostada”. Por esto es muy posible que el “Ego transcendental” de Blavatsky, con toda su conciencia, sus facultades y potencias de percepción, su *yo verdadero*, estuviera consciente y realmente pasando por ciertas experiencias misteriosas en el Tibet, mientras que su instrumento físico se hallaba enfermo en Tiflis.

Goethe expresa esta idea en el “Fausto” al decir: “Dos almas moran en mi corazón, que luchan, ¡ay!, por separarse. Una se apega a la tierra donde su vida está arraigada; la otra, se eleva hasta los dioses”.

Una atracción surge de la sabiduría; la otra de la necesidad. Por el conocimiento es capaz el hombre de escoger su sendero, y por la voluntad es capaz de seguirlo. Puede vivir en los ínfimos planos de conciencia y morir para la espiritualidad y la vida inmortal, o bien puede vivir en los planos superiores del pensamiento donde se explaye su mente hasta hallar la *conciencia espiritual*, equivalente a la *sabiduría divina* y a la *posesión de la eterna verdad*.

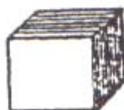
Pocos son capaces de alcanzar este estado, y pocos pueden comprender su posibilidad; pero hombres hubo que, en los umbrales del nirvana, mientras que sus cuerpos físicos continuaban viviendo en este planeta, recorrieron conscientemente los espacios interplanetarios, gozándose en las maravillas de los mundos material y espiritual. Este es el grado superior del adepto que puede alcanzarse en la tierra, y quien lo alcance leerá como en un libro abierto los misterios del Universo.

La sabiduría divina requiere un organismo de manifestación. En el reino mineral es atracción, en el vegetal vida, en el animal instinto, en el hombre razón y en el superhombre sabiduría. En cada plano el carácter de su manifestación depende del carácter del organismo en que actúa. Sin un organismo humano, el animal más inteligente no llegaría a ser hombre; sin un organismo espiritual, el más piadoso cristiano sería tan sólo un soñador.

Cada estado de conciencia requiere el conveniente organismo para su expresión, y cuanto más dilatado sea el campo en que se manifieste, más amplia será su esfera de actividad. No cabe existencia física sin cuerpo físico, ni naturaleza emotiva sin organismo astral, ni ideación sin mente organizada, ni existencia divina sin cuerpo incorruptible.

Aún el más devoto creyente no pasará del presentimiento sin la espiritual organización cuyos elementos son justicia absoluta, amor universal, conocimiento de si mismo, poder, pureza, perfección, gloria y libertad. Aún el creyente más devoto no pasará de presentir las bellezas del reino espiritual hasta tanto que el divino espíritu despierte en su alma, de la propia manera que el ciego goza del calor del sol sin ver su luz. Únicamente cuando cumpla su regeneración espiritual, será capaz el hombre de ver en su alma el sol de la divina gloria y convencerse de que es un eterno, inmortal y por sí mismo existente poder de Dios.

El verdadero mago ha de ser hombre perfecto y no un soñador. El ejercicio del poder espiritual requiere por fundamento un cuerpo substantivo. pues para conocer realmente los misterios del universo, es necesario un organismo tan amplio como el mundo. Este cuerpo espiritual se forma de los elementos del cuerpo material y corruptible. Sin este organismo no le sería posible al hombre el conocimiento de su divina naturaleza. “Si no renaciéreis en Espíritu no entraréis en el reino de los cielos”.



CAPITULO VIII

INCONCIENCIA

OMNE BONUM A DEO,
IMPERFECTUM A DIABOLO.

PA RACELSO.

Conciencia equivale a conocimiento y vida; inconciencia a ignorancia y muerte. Si somos conscientes de la existencia de una cosa, nos relacionaremos con ella, y si no somos conscientes de su existencia, no es que ni ella ni nosotros dejemos de existir, sino que cesa la relación entre ambos. Tan pronto como se establece la relación, el carácter del objeto percibido por la mente se asimila a nuestra constitución mental, y vivimos en relación con él. Entonces lo poseemos en nuestra conciencia y podemos retenerlo en ella con nuestra voluntad, Si desaparece podemos recobrarlo por el recuerdo y la memoria. Conocer un objeto es vivir en relación con él; olvidarlo es cesar de relacionarnos con él.

Inconciencia, ignorancia y muerte son, por lo tanto, sinónimos, y todo individuo está muerto en proporción a su ignorancia, pues si algo ignora, estará relativamente muerto para este algo, aunque esté vivo respecto de lo demás. Como no podemos ser conscientes de todo a la vez, al cambiar nuestros pensamientos y emociones, cambia también nuestra conciencia y por lo tanto nuestra relación con los objetos exteriores, cesando de tenerla con unos y muriendo para ellos, al paso que empezamos a vivir para aquellos con los que establecemos relación. No se concibe la inconciencia absoluta, porque la *Vida una* existe por sí misma e independientemente de sus manifestaciones, pues si bien se manifiesta en formas, aunque estas formas perezcan, persiste la *Vida* y envuelve nuevas formas. La conciencia absoluta no puede cesar porque el “Absoluto” jamás cesa de estar en relación consigo mismo. La muerte y la inconciencia relativas ocurren a cada momento sin que lo advirtamos. Centenares de gentes encontramos por las calles, que están enteramente muertas e inconscientes respecto de cosas para las cuales vivimos nosotros; y también cabe que nosotros estemos muertos para muchas cosas respecto de las cuales otros viven y son de ellas conscientes. Tan sólo la omnisciencia simultánea de cuanto existe sería vida absoluta sin mezcla alguna de muerte; pero este estado será imposible para el hombre mientras se halle ligado a una personal y limitada forma y tenga por lo tanto limitadas su conciencia y existencia.

Cada principio humano tiene cierta esfera de actividad cuyos límites no pueden transponer las percepciones. Cada cual está muerto para el modo de actividad que no esté en relación con él. Los minerales son inconscientes de la acción de la inteligencia, pero no de la atracción de la Tierra; el espíritu está muerto para la atracción terrestre y para la presión mecánica, mas no para el amor. Si mudamos la índole de actividad de una forma, provocaremos un nuevo estado de conciencia, porque las nuevas relaciones

serán de diferente orden, muriendo entonces la anterior actividad para que viva otra nueva.

Si la energía que empleamos en comer, trabajos intelectuales y goces sensuales, la aplicáramos a educir los espirituales gérmenes latentes en la constitución humana, quedaría recompensado en un plazo relativamente corto nuestro esfuerzo, al convertirnos en entidades superiores de condición tan elevada sobre la presente como no cabe concebir, porque ninguna experiencia tenemos de ella.

Todo cuanto de este estado sabemos es lo que nos han dicho quienes en él entraron; y en momentos de tranquilidad o exaltación, aún las gentes de no muy elevada espiritualidad pueden pasar por delante del templo de la divina sabiduría cuando las puertas estén abiertas de par en par, y del vislumbre de la luz que fluye a través de las Puertas de oro presentir las bellezas del recinto interno.

En la constitución del hombre vulgar, la vida es más activa en el cuerpo físico y a ella se apega como si fuese la única modalidad posible de existencia. No conoce otra vida y teme morir. Quien haya concentrado su vida y conciencia en el cuerpo astral, será consciente de otra existencia, y su cuerpo físico sólo tendrá valor para él en cuanto le sirva para actuar en el plano físico. La muerte física es el tránsito a la continuación de la actividad vital en principios superiores. Si por algún medio oculto pudiéramos concentrar la vida en los principios superiores antes de morir el cuerpo, dominaríamos a la muerte y podríamos vivir independientemente del cuerpo físico⁶².

Esta transmisión de vida y conciencia no es imposible. Algunos ya la cumplieron y la cumplirán otros. Los elementos materiales del cuerpo físico están continuamente sujetos a desasimilación y asimilación. Si debilitamos gradualmente el cuerpo físico al paso que vigorizamos la espiritualidad, el cuerpo astral asumirá las funciones del físico.

Nadie llamaría muerte a este cambio, y sin embargo, no es otra cosa que la lenta muerte del cuerpo físico, al par que la ascensión del hombre verdadero a una superior modalidad de existencia. La muerte, lenta o rápida, es un proceso de purificación que separa lo imperfecto y lo hace inconsciente. Sólo parece lo incapaz de vivir. Los principios no mueren; sólo desaparecen sus formas.

Unicamente lo perfecto es inmutable. Dios no redime la personalidad humana por medio de la muerte, sino que el hombre ha de redimirse a sí mismo libertándose de su personalidad. La verdad, la sabiduría, la justicia, la belleza, la bondad, etc., no se aniquilan; sólo perecen las formas en que se manifiestan. Si todos los sabios del mundo muriesen, el principio de Sabiduría continuaría existiendo y se manifestaría a su debido tiempo en otras formas receptivas. Si el amor abandonara los corazones humanos, no quedaría aniquilado; sólo dejaría de existir con relación a los hombres, y aunque también éstos dejaran de existir, el amor seguiría existiendo. Los principios eternos existen de por sí, independientemente de las formas y son inmutables; pero las formas son mudables, y no pueden persistir sin los principios a que sirven de instrumento de manifestación.

⁶² Hay seres de esta condición llamados *Nirmânakayas*. (Blavatsky. *Voz del Silencio*. Parte III). No se les ha de confundir con los *Mahatmas* que son adeptos vivientes en la tierra, a quienes algunos fanáticos admiradores consideran como *espíritus* o *espectros*.

El cuerpo humano es el instrumento en que se manifiesta la vida. El alma es el de la manifestación del espíritu. Un cuerpo físico sin vida se desintegra; un cuerpo astral sin espíritu se desvanece. Cuando el principio espiritual queda del todo inactivo, está el hombre espiritualmente muerto, aún cuando su cuerpo físico rebose de vida y su cuerpo astral de deseos sensuales.

Los cuerpos privados de espíritu se ven lo mismo en la aristocracia que en la plebe. Quien tiene la razón inactiva, está muerto intelectualmente, aún cuando su cuerpo rebose de vida animal. Los dementes son gentes muertas, en quienes la razón ha cesado de actuar. Si el alma abandona el cuerpo físico, perece su forma y el cuerpo astral sigue viviendo si en él alienta el espíritu; pero si antes o después de la muerte del físico cesa su relación con el espíritu, se desintegra en los elementos del plano astral.

Los cuerpos astral y físico son organismos compuestos de varios elementos, unos capaces y otros no de recibir la luz del espíritu. El que durante su vida terrena no se ha purificado lo bastante para pasar al estado espiritual inmediatamente después de muerto su cuerpo físico, soportará entonces la gradual separación de los elementos puros e impuros, a fin de que los espirituales pasen al estado espiritual (que en realidad siempre tuvieron) y los inferiores, que pueden o no conservar todavía algo de conciencia, se queden en el plano inferior hasta desintegrarse lentamente.

El cuerpo físico cesa de funcionar cuando se deteriora de modo que ya no sirva de instrumento al principio de vida. La muerte puede empezar en la cabeza, en el corazón, en los pulmones; pero la vida permanece más tiempo en la cabeza, y está todavía allí algún tanto activa después que el cuerpo dé señales de muerte. El pensamiento puede seguir, durante cierto tiempo, actuando según su hábito, aunque ya no sientan los nervios. Esta actividad puede aumentar al desunirse los principios; y si el pensamiento del moribundo se dirige con intensidad hacia un amigo ausente, puede imprimirse en la conciencia de éste, que tal vez vea el espectro del fallecido. Por fin la vitalidad abandona el cerebro, y los principios superiores se llevan consigo su propia actividad, vida y conciencia, y dejan atrás una forma vacía, una máscara, una ilusión. No ha de haber necesariamente pérdida de conciencia respecto a las personas y cosas que rodean al moribundo; la sola conciencia que necesariamente cesa es la que se refiere a las condiciones de su personalidad, tales como la sensación de dolor, peso, calor y frío, hambre y sed, que pueden haber afectado al cuerpo físico. Al abandonar la vida al cerebro empieza otro estado de conciencia en relación con diferente orden de cosas. “El principio activo de la memoria surge del cerebro, y la mente revisa cuadro tras cuadro todos los sucesos de la vida que en aquel momento se acaba, de suerte que en pocos minutos se vive de nuevo toda la vida pasada. Así lo han experimentado quienes estuvieron a punto de ahogarse. La impresión más fuerte sobrevive a las demás, que desaparecen para reaparecer en el estado devánico. Nadie muere inconsciente, aunque las apariencias indiquen lo contrario, pues hasta el demente recobra la razón al morir. Quienes presencian el augusto momento de la muerte no han de perturbar con llantos o demostraciones de dolor el proceso por el cual el alma ve los efectos del pasado y forja el plan de su futura existencia⁶³.

La separación del cuerpo astral del cuerpo físico la describe un clarividente como sigue: “Al principio vi una hermosa luz de color azul pálido en que, a cosa de un metro de

⁶³ Entresacado de la carta de un adepto.

altura sobre la cabeza, aparecía una porción de substancia de forma ovalada que se movía como un globo aerostático. Gradualmente fue alargándose hasta la longitud del cuerpo, quedando toda ella envuelta en niebla o humo. Percibí unas facciones que correspondían a las del moribundo que luego iba a quedar sin alma; pero eran más resplandecientes, dulces y hermosas, aunque indefinidas y con la falta de expresión que se nota en las de un recién nacido. A cada estertor del agonizante, la forma etérea crecía y se completaba. Luego los pies se definieron, no como los del moribundo, sino colgando unos bajo otro con una rodilla encorvada, como el recién nacido en posición accidental. El cuerpo se envolvía en neblina, y una hueste de innumerables entidades parecía acercarse. Al completarse el conjunto desvaneciéndose de la vista”⁶⁴.

Este cuerpo es el astral del fallecido. No es el espíritu mismo, pero está animado por el espíritu según lo estuviera en vida. Conserva las buenas o malas inclinaciones adquiridas en vida, a no ser que por su intensísima tendencia al bien o al mal se haya separado el principio superior desde antes de la muerte física. El verdadero hombre es una potencia impersonal y su existencia no depende de una forma física que sólo adquiere para manifestar su actividad en los planos inferiores. Si el espíritu del hombre se sobrepone a las atracciones del yo inferior, éste quedará inconsciente y se desintegrará; pero si con intenso deseo se apega a la naturaleza animal, se establecerá en ella un centro de conciencia, persistiendo su personalidad algún tiempo después de muerto el cuerpo físico.

El cuerpo astral puede permanecer en este estado, antes de desintegrarse por completo, horas, días o años, según la densidad y vigor de sus elementos. El hombre está formado de varios elementos vivientes o principios, en su peculiar estado, aunque todos reciben su vida del espíritu; y cuando éste se retira, se separan, aunque pueden retener por algún tiempo su vida y conciencia particular, de la misma manera que una rueda puesta en movimiento continuará dando vueltas hasta que la energía se agote, aunque cese de recibir el impulso que la movía.

Así tenemos que los residuos humanos flotantes en el *kamaloka* no son el hombre, sino una porción elementaria de él, que puede o no ser consciente de su existencia.

El *kamaloka* es “el país de las sombras”, el *hades* de los antiguos griegos, el “purgatorio” de la iglesia romana. Sus habitantes pueden o no tener conciencia e inteligencia; pero aunque las entidades astrales de los individuos vulgarmente buenos no tengan conciencia de por sí, pueden verse impedidos a obrar inteligentemente por la influencia de los *elementales*. Dice Paracelso:

“Todos los días mueren gentes cuyas almas estuvieron en vida bajo la influencia y guía de los elementales. ¡Cuán más fácil les será a los elementales influir en los cuerpos sidéreos de esas gentes y hacerlos obrar a su antojo después de perdida la protección prestada por sus cuerpos físicos! Pueden utilizar éstos alma-cuerpos para llevar objetos de un lugar a otro, para traer tales objetos de países distantes y para ejecutar otras cosas análogas que les parecen maravillosas a los no iniciados”.

El estado de conciencia del cuarto principio (alma animal), después de quedar privada de conciencia y vida la triada inferior, difiere notablemente según las condiciones

⁶⁴ A.J. Davis describe una escena análoga.

establecidas durante la existencia terrena. El alma de una persona vulgar y no muy egoísta no tendrá en kamaloka bastante conciencia e inteligencia para conocer que su cuerpo físico ha muerto y que sufre el proceso de la desintegración; pero el alma de una persona cuya conciencia se concentró intensamente en sí misma ligándose a la tierra por sentimientos de temor, remordimiento, avaricia o venganza⁶⁵ pueden ser lo bastante conscientes e inteligentes para esforzarse con ahínco en volver a la vida física; y concedores del destino que les aguarda y deseosos de prolongar su existencia, se adhieren al organismo de algún ser vivo y le obsesionan. No tan sólo los seres humanos de mente débil, sino también los animales, pueden quedar obsesos.

A un cuerpo sin sensibilidad ni conciencia no le importan las condiciones en que puede perecer o continuar existiendo, porque no conoce su existencia; mas para un alma en que la chispa de la inteligencia divina ha despertado conciencia y sensibilidad, serán de importancia las condiciones que la rodeen, porque puede conocerlas más o menos vivamente, según su grado de conciencia. Cada hombre determina con sus pensamientos, palabras y acciones las circunstancias del estado post-mortem. Durante la vida terrena va formando el hombre el mundo donde vivirá después de morir.

Para quienes viven en el mundo de la mente, el pensamiento es substancial y objetivo, y aún en el plano físico, toda forma es un pensamiento materializado. A los moradores del mundo de las almas el pensamiento les parece material y sólido. El hombre es un centro del cual emana continuamente el pensamiento que cristaliza en formas en el mundo mental. Sus pensamientos tienen vida, forma y tenacidad, como verdaderas entidades más consistentes y durables que las formas del plano físico. Los buenos pensamientos son leves y se remontan sobre nosotros; pero los malos son pesados y se hunden bajo nosotros en el mundo de los pensamientos groseros, morbosos y torpes que emanan de los malvados e ignorantes. Es un mundo todavía más material y sólido para sus habitantes, que el nuestro para nosotros; es la región de los demonios, deidades infernales y monstruos, inventados por la enfermiza fantasía del hombre.

Aunque no son más que formas mentales, resultan reales y substantivas para quienes viven entre ellas y advierten su existencia. Los mitos del infierno y del purgatorio se basan en hechos mal comprendidos. Hay “infierno”, pero el mismo hombre lo forja. El hombre brutal engendra monstruos con sus malos pensamientos, y una vez desprendido del cuerpo, le atraerán sus engendros. Raro es quien no está sujeto a malos pensamientos que reflejan la cárdena luz de la región de la insanía; pero no pueden tomar forma a no ser que se la demos al acogerlos y alimentarlos con substancia de nuestra voluntad. El amor es la vida del bien, la malicia es la substancia del mal. Un mal pensamiento no nacido del consentimiento del corazón muere al nacer; un mal pensamiento provocado por la malicia, se vivifica maliciosamente, y si se concreta en acto, engendrará un demonio. Los horrores del infierno sólo existen para quienes consciente, voluntaria y malévolamente los forjan en su funesta fantasía; las bellezas del cielo sólo las gozan quienes crearon en sí mismos un cielo durante la vida.

El dolor sólo aparece cuando un ser está en condiciones anormales. Alegóricamente hablando, los diablos no pueden padecer en el infierno, por encontrarse allí en su natural elemento; y en cambio padecerían en el cielo. Un hombre padece cuando tiene la cabeza dentro del agua; un pez cuando se le saca del agua.

⁶⁵ Los chinos se suicidan con el propósito de acosar espectralmente a un enemigo y vengarse de él. Quienes digan que esto es superstición pueden intentar la prueba.

Sólo podemos ser conscientes de la existencia de las cosas cuando nos relacionamos con ellas. Quien durante la vida no haya establecido relación alguna con su Yo, no tendrá nada inmortal con que entrar en relación después de la muerte. Si toda su atención se convierte a las necesidades físicas, su conciencia se contraerá a ellas durante la vida, y como cuando deje el cuerpo material ya no tendrá necesidades materiales, su conciencia cesará de enfocarse en ellas; pero no habiendo establecido ninguna relación con el espíritu, su alma no podrá perder lo que nunca ha poseído ni ganará lo que nunca ha deseado y permanecerá inconsciente. La muerte desvanecerá cuanto entorpezca nuestra espiritual percepción de la verdad; pero no nos capacitará para desplegar esta potencia. Si estipendiamos a un sacerdote o a un preceptor para que piense por nosotros y sea guardián de nuestras aspiraciones y conocimientos espirituales, no las alimentaremos vívidamente por nosotros mismos. Si nos contentamos con asimilarnos las opiniones ajenas, no tendremos verdad propia. La conciencia artificial así formada por el ilusorio reflejo del pensamiento ajeno en el espejo de la mente individual no arraiga en el alma espiritual, ni las meras opiniones tienen inmortal existencia. Las mentes que se alimentaron de ilusiones carecerán de substancia cuando las ilusiones se desvanezcan. El único conocimiento permanente en el espíritu es el de sí mismo. Así dice Angel Silesio: “El hombre se convertirá en lo que ame: en Dios, si ama a Dios, en polvo, si ama al polvo”.

A toda causa sigue su efecto. Las ilusiones mentales son fuerzas que han de agotarse antes de morir. Seguirán actuando en el estado subjetivo y producirán otras ilusiones por la ley de armonía que preside a la asociación de ideas, hasta que se desvanezcan en su propia esfera. Los deseos egoístas finirán en la esfera del yo inferior; los pensamientos y aspiraciones entrañarán de por sí la recompensa si fuesen buenos, y el castigo si malos. Después de extinguidos los malos pensamientos en el kamaloka y los buenos en el devakán, sólo quedará en el individuo la conciencia de su Yo, recatado durante la vida terrena en las intimidades del corazón; pero si esta conciencia no existiese por carencia de algo que le mueva a sentir su divina naturaleza y la presencia de la verdad, será una mente rasa y vacía que habrá de reencarnar con objeto de esforzarse de nuevo en adquirir el conocimiento del Yo. La muerte es una transformación o mudanza de las condiciones de existencia. Antes del nacimiento, el estado de vida depende del claustro materno; pero una vez nacidos nada importan los órganos que nutrieron la vida intrauterina. El interés del mamoncillo se concentra en los pechos de la madre, que olvida después del destete. Lo que absorbió nuestra atención en la juventud, ningún atractivo tiene para nosotros en la virilidad. Al desprendernos del cuerpo físico, desecharemos con él los deseos de lo necesario para su existencia, o se extinguirán poco después; pero si el alma separada del cuerpo es atraída de nuevo al plano material y por mediumnidad se relaciona otra vez con este plano, la conciencia y deseos adormecidos despiertan de nuevo y vuelven las sensaciones físicas, hasta desvanecerse al cesar la influencia del médium. Entonces el elementario recae en su estado inconsciente⁶⁶.

Así el mundo espiritual como el astral y el físico tienen infinita variedad de condiciones y posibilidades. Si la mente intenta investigar estos fenómenos por separado y sin comprender las leyes fundamentales de la naturaleza en que se basan, no podrá formar concepto exacto de ellos. Si el botánico examinara una por una los miles de hojas de un

⁶⁶ Los aparecidos no recuerdan sus apariciones anteriores.

árbol, con propósito de conocer la verdadera naturaleza del árbol, nunca cumpliría su tarea; pero una vez conocido el árbol en conjunto, será de importancia secundaria el color y forma de las hojas. De la misma manera, si llegamos al exacto concepto de la naturaleza espiritual del hombre, será fácil seguir las varias ramificaciones de la única ley universal.

Lo perfecto es imperecedero; lo imperecedero parece más o menos tarde. La muerte es un procedimiento eliminatorio de lo inútil. En este sentido todos morimos continuamente cada día, y aún deseamos morir, porque toda persona razonable desea desprenderse de sus imperfecciones y consiguientes sufrimientos. Nadie teme perder lo que no necesita, y quien se apega a lo inútil es porque ignora o desconoce lo útil. En este caso ya está parcialmente muerto para lo bueno, y ha de volver a la vida y conocer lo útil, muriendo para lo inútil. Esta es la *muerte mística*, que vivifica a los iluminados y entraña necesariamente la inconsciencia de los inútiles deseos y pasiones terrenales, estableciendo la conciencia de lo inmortal y verdadero. El temor a la muerte dimana de confundir lo inferior con lo superior, y anteponer las ilusiones materiales a las verdades espirituales. No hemos de vivir con temor a la muerte sino con la esperanza de mejor vida. El perfecto no muere y el imperfecto ha de arrojar de sí su imperfección para vivificar conscientemente cuanto tenga de perfecto. Los sabios recomiendan esta muerte mística como remedio supremo contra la muerte. La muerte mística es idéntica al renacimiento espiritual⁶⁷.

Dice Hermes Trismegisto: “Bienaventurado aquel cuyos vicios mueren antes que él”. Y el gran maestro Tomás de Kempis escribe: “Aprended a morir ahora para el mundo (para las atracciones de la materia) a fin de que empecéis a vivir en Cristo”.

Añade Angel Silesio: “Cristo está todavía en el sepulcro para quienes lo desconocen. El verdadero y único salvador de todo hombre es el conocimiento íntimo de la verdad divina. Quien mató sus vicios en vida no necesita morir de nuevo. Su cuerpo astral se desintegrará como nube argentina, inconsciente de bajos deseos, y su espíritu estará en plena conciencia de lo bello, armónico y verdadero; pero aquel cuya conciencia se concentre en las pasiones desencadenadas en su alma durante la vida, no puede conocer nada superior a lo que por tal tuvo en la tierra, ni la muerte puede ampliar su conciencia. La muerte física no supone ganancia alguna, porque no puede darnos lo que no poseemos. La inconsciencia no puede conferir conciencia ni la ignorancia dar conocimiento. Por la *muerte mística* alcanzamos vida y conciencia, conocimiento y felicidad, porque al despertar a la vida los elementos superiores, mueren los inferiores e inútiles. Ni circuncisión ni prepucio valen de por sí, sino la nueva criatura”⁶⁸.

Hay almas en pena o espectros, que son los cuerpos astrales de las víctimas de muerte prematura, cuyas formas físicas perecieron antes de tiempo. Permanecen en la esfera de atracción de la tierra, hasta el momento en que según la ley kármica debió terminar su vida física. Están en condiciones normales, aunque no plenamente conscientes de ellas; pero puede reavivarlos temporalmente la influencia de la mediumnidad. Entonces recobran sus casi olvidados deseos y recuerdos, con el consiguiente sufrimiento.

⁶⁷ S. Juan, III, 3.

⁶⁸ Gálatas, VI, 15.

Cruel es despertar a estas entidades de su estupor a una realidad penosa con objeto de satisfacer estériles curiosidades, pues se las puede dañar gravemente al estimular sus ansias de vida y satisfacción de terrenos deseos.

Sin embargo, el ama del suicida o de malvado puede estar enteramente consciente de su situación. Estas entidades suelen vagar en torno de la tierra, apegados a la vida material con el vano intento de escapar de la desolación que los amenaza. Privadas en parte de razón y cediendo a sus instintos animales, pueden convertirse en *íncubos*, *súcubos* y *vampiros* que roban a los hombres la vida para prolongar la suya, sin miramiento a la suerte de sus víctimas. Los cuerpos astrales de los muertos pueden ser atraídos consciente o inconscientemente por los médiums, para ponerles en comunicación con los vivos, utilizando las emanaciones astrales del médium a fin de materializarse visible y tangiblemente con el mismo aspecto del difunto. Pero si éste poseyó en vida aspiraciones y virtudes elevadas, su cadáver astral no será la verdadera entidad que represente, aunque parezca ser la misma. Una trompeta dará el sonido propio de este instrumento y no el de otro distinto. Si al cadáver astral de una persona buena se le infunde vida artificialmente, expresará los pensamientos que acostumbraba a expresar en vida; pero no habrá entre el cadáver y la nueva entidad más relación que la que puede haber entre un amigo y su voz en el fonógrafo.

Las comunicaciones dadas por los supuestos “espíritus” son eco de sus pensamientos anteriores, o de los que les sugieren los vivos, a manera de espejo que refleja el rostro de quienes en él se miran. No describen fielmente la condición del espíritu en el mundo astral, porque la ignoran. En tiempo de Platón, las entidades astrales describían el *Hades* y las deidades que creyeron existían en este lugar. Actualmente las almas de los católicos piden misas para salir del purgatorio, mientras que las de los protestantes rehúsan los beneficios de las ceremonias católicas.

Las almas de los indios suelen demandar sacrificios para sus dioses, y todo “espíritu” parece estar dominado por las ideas que mantuvo en vida. La discrepancia de sus declaraciones denota que lo que dicen es producto de la imaginación del alma irracional⁶⁹.

Si el hombre tiene “espíritu” ha de ser inmortal; pero no será inmortal el hombre mientras no advierta la presencia en él del espíritu inmortal. Una vez consciente en el hombre, no puede ser inconsciente después, porque existe por sí mismo, independientemente de toda condición que no haya establecido él mismo. En el que ES, la conciencia del *Yo soy* es indestructible, porque existe en el *Uno* absoluto y eternal. Si pereciese esta conciencia, perecería el mundo con ella, porque el mundo surgió a la existencia en la conciencia del *Yo soy*, por cuyo poder continúa existiendo. Esta conciencia mantiene el mundo, y su inconsciencia lo aniquilaría. Lo que no ES en verdad, no puede tener verdadera conciencia del ser, y a lo sumo se imagina ser. Existe en ilusión y no en realidad. El objeto de la vida del hombre es conocer que *es* una realidad individual e inmortal y no una forma ilusoria personal. El objeto de su

⁶⁹ No negamos la certeza de los llamados fenómenos espiritistas ni combatimos el espiritismo sino su tergiversación. A nuestro parecer el espiritismo es una rama de la ciencia de la naturaleza y ha prestado el valioso servicio de confundir al ciego materialismo. También distinguimos entre el *espiritualismo* que implica *espiritualidad* y por lo tanto ennoblecimiento del alma y el *espiritismo* que consiste en comunicarse con los habitantes del mundo astral. Desgraciadamente no se conocen cual fuera necesario los peligros de esta comunicación.

existencia es convertir al espíritu de inconsciente en consciente, y capacitar al alma para reconocer su inmortalidad. El objeto de la muerte es libertar a lo consciente de lo inconsciente, y a lo inmortal de los lazos de la materia.

El árbol de vida crece y produce una semilla que ha de sembrarse otra vez para que brote un nuevo árbol que produzca otra semilla, y así repetidamente hasta que la conciencia espiritual dormida en la semilla despierte a la vida inmortal.

Inconsciente de toda relación con la personalidad, e inconsciente de su verdadero ser, quedará atraída por las condiciones que mejor convengan a su ulterior progreso, según su karma. Quedará atraída para cobijar a un hombre cuyas tendencias y cualidades morales e intelectuales correspondan a las suyas, sin reparar si entra en el mundo como niño recién nacido por la choza de un mendigo o el palacio de un rey. No le preocupan las condiciones futuras, porque las desconoce. La inconsciente mónada espiritual, al descender al mundo inferior, reúne de nuevo los elementos que pertenecieron a la precedente personalidad y reconstruye el cuerpo mental, formado en vidas anteriores, que constituyó su carácter terreno. Después se pone nuevamente en relación con un organismo físico y nace una vez más en el mundo de tristezas, fabrica la casa de carne y emprende otra vez la batalla de la vida, la lucha con su naturaleza inferior, para adelantar otro paso en el camino que le conduce a Dios.

Así el que fue rey en una encarnación, puede ser mendigo en otra, si tales son las condiciones de su carácter; y un mendigo liberal puede nacer como rey o como noble. Ambos actúan sin libertad de elección en la hora de volver a la Tierra, pues obedecen inconscientemente a su karma. Pero el adepto, que ya tiene conciencia espiritual, se guiará a sí mismo, pues conoce su verdadero ser y se percata de su inmortal existencia por haber trascendido el sentimiento de la personalidad y alcanzado la conciencia inmortal durante su vida terrestre. Ha desechado el yo inferior, y la muerte no puede arrebatarse lo que ya no posee ni nada vale para él.

Consciente de su existencia y de las condiciones en que existe, puede escoger el cuerpo en que quiera reencarnar en beneficio de la humanidad o para conseguir mayor progreso individual. Desprendido del todo de las atracciones terrenas, es verdaderamente libre. Está muerto e inconsciente para dichas atracciones, pero consciente de la mayor felicidad asequible al hombre.

La ilusión de los sentidos no puede modelar para él otro tabernáculo en que aprisionar su alma, porque se abre ante sus pasos el eterno descanso del nirvana⁷⁰.

Quien ha logrado conocimiento espiritual, no necesitará seguir la ciega ley de la atracción, sino que podrá escoger el cuerpo y condiciones más favorables para reencarnar en el cuerpo de un niño o en el de un adulto cuya alma, por enfermedad o por accidente, se hubiese separado del cuerpo, el cual se vivificará de nuevo, siempre que los órganos vitales estén lo bastante sanos para seguir funcionando. Casos hubo en que después de aparentemente muerto un individuo resucitó enteramente transformado. Así, por ejemplo, un malhechor se convirtió repentinamente en santo, pareciendo

⁷⁰ Por ahora, ¡oh! constructor del tabernáculo, te conozco. Ya no volverás a levantar estos muros de dolor ni erguirás el copudo árbol de los desengaños ni armarás a nuevos caballetes en la argamasa. Tu mansión está rota y hendida la viga maestra que fabricó la ilusión. No pases de aquí y libérate. (Edwin Arnold: *La Luz de Asia*).

inexplicable un cambio tan repentino, a no ser por la hipótesis de que un carácter enteramente distinto había tomado posesión del mismo cuerpo. Se sabe de enfermos que, después de recobrada la salud, hablaron idiomas que jamás aprendieron, trataron con familiaridad de cosas que no habían visto, llamaron a otras personas por sus nombres, aunque no las conocían, y dieron pormenores de lugares en donde no habían estado. Si los fenómenos algo prueban, éstos pudieran confirmar la hipótesis de la reencarnación de adeptos vivientes.

A menudo oímos preguntar: ¿Reconoceremos a los seres queridos después de la muerte? La respuesta es evidente por sí misma cuando se conoce la verdadera naturaleza del Ego. En todos los mundos rige la ley de armonía y cada cosa atrae a su semejante; pero, por lo mismo, la ilusión sólo puede conocer ilusiones. No conoceremos a los demás en la otra vida si no nos conocemos a nosotros mismos.

Quien por haber alcanzado la conciencia de su naturaleza espiritual conoce su verdadero ser, puede ascender en espíritu al mundo de los bienaventurados y penetrando en sus individuales esferas disfrutar de su dicha y compartir su gozo; pero las almas que viven en el cielo y están sumidas en felicidad, no vuelven al palenque de la tierra antes de que suene la hora de su reencarnación; porque si volvieran prematuramente se degradarían. El cielo no baja a la tierra. Si la tierra asciende al cielo, en cielo se convierte.

Morir es quedar inconsciente con relación a determinadas cosas. Si llegamos a ser inconscientes de un estado inferior y conscientes de una existencia superior, no debemos llamar muerte a esta mudanza. Si llegamos a ser inconscientes de una condición superior y conscientes de otra inferior, seguirá la degradación a este cambio, y por lo tanto la degradación es la única muerte temible. La degradación consiste en aplicar una facultad humana a fines inferiores al que la destinó la naturaleza. La degradación de tipo más vulgar, bajo y material, consiste en emplear los órganos del cuerpo físico en fines viles de que resultan, por lo general, la enfermedad, la atrofia y la muerte. Mayor y más perjudicial degradación dimana de aplicar las facultades intelectuales a fines egoístas y deshonorosos. En estos casos, la inteligencia que debe servir de base a las aspiraciones espirituales, se entremezcla con la materia, la conciencia se sume en el plano de la personalidad y egoísmo, y queda inactiva en la región de la espiritualidad. La degradación más ínfima y duradera es la de quien habiendo logrado entrefundir hasta cierto punto su personalidad con su *Yo* impersonal, emplea los poderes que semejante fusión confiere en viles propósitos. Tales son las prácticas de *magia negra*. Quien por falta de mejor comprensión emplea sus facultades intelectuales en satisfacciones egoístas, sin miramiento al principio de justicia, no es malvado, sino tan sólo insensato. El asesino puede cometer un asesinato para evitar el descubrimiento de algún otro crimen que haya cometido y no por el gusto de quitar la vida a la víctima. Un ladrón puede robar para enriquecerse y no con ánimo de dejar pobre al robado.

Estos delitos resultan de la ignorancia, pues por lo general, las gentes obran mal con intenciones egoístas y no por amor al mal, y la causa de estas malas acciones son los sentimientos personales que dejan de existir cuando muere la personalidad a que pertenecen.

La existencia personal cesa cuando la vida deja de obrar en el plano físico o en kamaloka. El *Yo* superior, inmortal e impersonal no pierde ni gana con ello, siempre

permanece lo mismo que antes de nacer el conjunto de fuerzas constitutivas de la desintegrada personalidad.

El verdadero malvado es quien obra mal por el amor al mal, sin consideraciones personales. Es mago todo el que no está guiado por el sentimiento de personalidad por haber alcanzado conocimiento espiritual. A los que emplean sus poderes con mal fin, se les llama *magos negros* o *Hermanos de la Sombra*, y a los que los emplean con buen fin, *magos blancos* o *Hermanos de la Luz*. El mago blanco es un poder espiritual para el bien; el mago negro es un poder viviente para el mal, apegado a una personalidad que obra mal instintivamente y por amor al mal mismo. El mago negro puede matar a un hombre que no le haya ofendido, y cuya muerte no le allegue beneficio alguno; destruye por gusto de destruir, causa sufrimiento sin esperanza de provecho, roba para tirar lo robado y le deleitan los tormentos y la muerte. El mago negro atrae y llama en su ayuda otros malignos poderes impersonales que con él se identifican y continúan existiendo al morir la personalidad en el plano físico. Se necesitan muchas encarnaciones para vigorizar este poder; pero una vez desarrollado irá pereciendo con la misma lentitud que creció. En el mundo nacen “ángeles” y “diablos”, pues no son raros los niños de perversas inclinaciones y maligno carácter como resultante de las fuerzas que en encarnaciones anteriores formaron una conciencia espiritual aplicada al mal.

Todo poder empleado en el bien puede emplearse también en el mal. Si por magnetismo cabe disminuir el pulso febril de un enfermo, podemos también disminuirlo hasta ocasionarle la muerte. Si podemos impulsar a una persona a hacer una buena acción, también podemos inducirla a cometer un crimen. Todo es bueno o malo según lo empleemos.

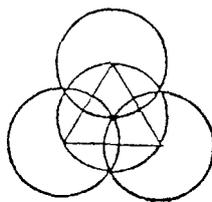
No es necesario entrar en detalles respecto de las prácticas de magia negra y hechicería. Es más noble y útil beneficiar a la humanidad, que satisfacer nuestra curiosidad respecto a los poderes del mal. Ejemplo de las aberraciones mentales a que lleva el ansia de magia negra, nos ofrece *Giles de Rays*, mariscal de Francia, más conocido por el remoquete de “Barba Azul”, que quiso ser mago negro y fue condenado a la pena capital en Nantes por haber atormentado y muerto en pocos años a ciento sesenta mujeres y niños, para satisfacer su curiosidad en las prácticas de magia negra.

El mago blanco se complace en el bien; el mago negro se regocija en la crueldad. El primero es fiel cooperador del divino espíritu de la Sabiduría, y el segundo es auxiliar de las fuerzas psíquicas de la naturaleza; el uno será ensalzado en Dios y unido a Él; el otro se identificará al fin con los seres que evocó en su auxilio y con los cuales estuvo asociado.

Ennoblecir nuestro carácter y elevar nuestra conciencia al plano espiritual es realmente vivir; sumirla en un plano inferior es morir. El natural orden del universo es que lo superior realce a lo inferior; pero si lo superior se somete a lo inferior, resultará la degradación. En el laboratorio de la naturaleza, lo superior actúa sobre lo inferior por el poder de lo supremo en que no cabe degradación. La verdad en sí no puede trocarse en error, sólo puede repudiarse o tergiversarse. La razón en sí no puede convertirse en locura, sólo se puede desfigurar con sofismas. Lo universal e impersonal no puede ser limitado; sólo puede ponerse en contacto con las personalidades capaces de ello. La ley no padece al romper su conexión con la forma; sólo la forma sufre y muere.

La verdad está por doquier dispuesta a manifestarse en la conciencia humana que gira entre los dos polos del bien y del mal, del espíritu y de la materia. La influencia omnipresente del gran Sol espiritual da fuerza al hombre para vencer la atracción de la materia, y le ayuda a triunfar en la lucha contra el mal. El hombre no es enteramente libre hasta que alcanza el conocimiento perfecto que significa plena conciencia de la verdad; pero es libre de dejarse llevar del amor a la verdad o cerrarle la puerta. Puede unirse con el principio de sabiduría o romper su conexión con él, vendiendo su derecho a la inmortalidad por un miserable plato de lentejas. El centauro de su naturaleza, cuyos inferiores principios son animales, mientras que los superiores son racionales, puede dar al traste con sus aspiraciones espirituales y adormecerlas en la inconsciencia con la música de sus ilusiones.

Cuerpos hay relativamente longevos y algunas formas mucho más duraderas que otras; pero sólo es perdurable la conciencia del amor y la del odio. El amor es luz; el odio tinieblas y oscuridad. Al fin el amor vencerá al odio, porque las tinieblas no son poderosas contra la luz, y doquiera la luz rasgue las tinieblas vencerá el amor y desaparecerán el odio y las tinieblas.



CAPITULO IX

TRANSFORMACIONES

TRANSFORMAOS POR LA
RENOVACIÓN DE VUESTRA MENTE.

SAN PABLO: ROMANOS, XII. 2.

El Universo es manifestación de la sabiduría divina y el pensamiento es un acto de la mente. Así es que la mente cuyo pensamiento puso en existencia un universo, ha de ser una Mente universal que abarque todas las mentes individuales y contenga los gérmenes de cuanto ha de existir en lo futuro. Las ideas son estados mentales y los pensamientos de la Mente universal, almacenados en la luz astral, se incorporan en formas visibles de materia después de disueltas sus formas representativas.

El hombre recuerda sus pensamientos; es decir, que se restituye a uno de sus anteriores estados mentales. Recordar una cosa es leerla en la mente. La luz astral es el libro de memorias en que todos los pensamientos quedan anotados y archivados todos los sucesos. Cuanto más intenso sea el pensamiento tanto más honda será su huella y más tiempo permanecerá allí escrito. El pensamiento es una fuerza cuyos efectos perduran en la luz astral mucho después de muerta la persona que los engendró; y como las imágenes de las cosas permanecen durante siglos en la luz astral, puede verlas el clarividente. Estas imágenes son mentales y como el pensamiento es algo substancial logra el ocultista reproducir libros y escritos de hace miles de años.

El hombre no crea el pensamiento. Las ideas existentes en la luz astral flotan en su mente donde les da distinta forma y consciente o inconscientemente las combina con otras ideas con arreglo a las leyes que presiden sus correlaciones y asociaciones. Una mente poderosa es capaz de asir grandes ideas; una mente débil no va mas allá de mezquinos conceptos.

Son los pensamientos cosas reales que a veces prenden al mismo tiempo en varias mentes receptivas y algunos descubrimientos se efectuaron simultáneamente por varios pensadores⁷¹. Las ideas contenidas en la imaginación de la naturaleza arrojan su reflejo sobre las mentes de los hombres, quienes según la potencia receptiva de su mente las transporta a su conciencia claras o tergiversadas, evidentes o ensombrecidas, como imágenes de cuadros reflejadas en espejos vivientes cuya superficie estuviese limpia o sucia de polvo. En estos espejos vivientes se transforman o remodelan las imágenes en nuevos cuadros que pueblan las corrientes de luz astral con nuevas imágenes

⁷¹ Tres son los que se atribuyen el descubrimiento del cloroformo: dos el del planeta Urano; dos el invento del teléfono, etc.

engendradoras de nuevas formas de pensamiento. Por lo tanto, el hombre vigorosamente espiritual que viva en soledad y silencio puede realizar una gran obra con sólo emitir pensamientos que permanezcan impresos en la luz astral y se los asimilen las mentes receptivas.

Los pensamientos humanos se imprimen en la luz astral y todo suceso acaecido en el plano físico se archiva en la memoria de la naturaleza.

Todo mineral, vegetal, animal y hombre tiene su esfera en que se archivan todos los sucesos de su existencia. Todos tienen su mundo peculiar formado por pensamientos, y doquiera se mueven, *piensan*, porque su movimiento es movimiento mental. En la luz astral de cada ser se almacenan los sucesos de su pasada historia y de la de su ambiente, de suerte que todas las cosas, por insignificantes que sean, pueden relatar su vida cotidiana, desde el principio de su existencia como forma, hasta hoy, al capaz de comprender el relato. Un pedazo de lava de Pompeya data al *psicómetra* una verídica descripción de la catástrofe volcánica que devastó la ciudad y la sepultó entre cenizas, donde ha permanecido oculta cerca de dos mil años. Un tronco de árbol flotante en la corriente del Golfo que se dirige al Norte, puede proporcionar a los habitantes de esta glacial región verdadera idea de la vida tropical. Un hueso de *mastodonte* revela la vida vegetal y animal de los períodos antediluvianos⁷².

Las ideas impresas en la luz astral reaccionan sobre las esferas de la mente individuales y pueden suscitar en ellas perturbaciones emotivas, aún cuando no penetren en la conciencia mental. Los actos realizados con intensa concentración de pensamiento evocan en la luz astral entidades vivientes que pueden sugerir a los receptivos la perpetuación de otros actos semejantes⁷³.

El hombre no advierte las influencias que le mueven a pensar y actuar, hasta que conoce su verdadera naturaleza. Por consiguiente, su responsabilidad está en proporción de su conocimiento y capacidad para gobernar su naturaleza. La sabiduría y la fuerza sólo pueden adquirirse en vida por experiencia y por el vencimiento de las tentaciones.

Si se comprendiese debidamente la verdadera naturaleza de la constitución humana, luego se aboliría la pena de muerte por inútil, injusta y contraria a la ley natural. El perpetrador de un crimen es una entidad consciente, invisible e invulnerable, cuyo carácter no mejora porque se le separe de su forma exterior. El cuerpo es inocente y no pasa de instrumento en manos del reo invisible, el *hombre astral*. El rostro de un criminal revela paz después de separada el alma. Al romper los lazos que unen a esta viciosa entidad con la forma física, no alteramos su propensión al mal; sino que mientras duró la vida del cuerpo, la acción de esta entidad se contrajo a una sola forma, y dejándolo en libertad puede incitar a los de mente débil a cometer el mismo crimen por el que le mataron el cuerpo. Así es que la *pena de muerte* en vez de servir para

⁷² Dentón: *El Alma de las Cosas*.

⁷³ Se refiere al caso de un preso que se ahorcó en su celda y siguieron su mal ejemplo cuantos presos la fueron sucesivamente ocupando, sin que hubiese causa justificada para tan extrema determinación.

En otro caso, un centinela se suicidó en su puesto y lo mismo hicieron varios soldados de los apostados después en el mismo sitio, de modo que fue preciso abandonar el puesto. Podríamos citar otros casos análogos. Los asesinatos menudean como una epidemia de sarampión o escarlatina en las poblaciones donde ha sido ejecutado un criminal.

evitar el mal acrecienta su esfera de acción. Respecto a la teoría de la ejemplaridad de la última pena, está probado que los reos nunca creen merecer el castigo, sino que lo consideran como consecuencia de su torpeza en no eludir la acción de la justicia, y por lo general piensan que si logran escapar tendrían mayor cuidado de que no les volvieran a prender.

La vida es una escuela en que todos hemos de adquirir experiencia, energía de carácter y conocimiento, por lo que resulta muy criminal privar conscientemente a un hombre de esta ventaja. El insensato que mata a un hombre tiene poca responsabilidad, porque no conoce la índole de su acción; pero el legislador que legalmente instituye el asesinato es el verdadero criminal.

Un rizo de cabello, una prenda de ropa, el autógrafo o cualquier cosa que haya tocado, manejado o llevado una persona, pueden indicar a las mentes intuitivas las condiciones de salud y sus cualidades físicas, emotivas, intelectuales y morales. El retrato del asesino puede quedar impreso en la retina de su víctima, y reproducirse, en algunos casos, por la fotografía; pero como está realmente estampado en los alrededores del lugar donde cometió el crimen, puede descubrirlo el psicómetro relacionado con el criminal, y aún seguir sus huellas si escapó del lugar del suceso como el sabueso sigue el rastro de un esclavo fugitivo⁷⁴.

La propiedad que la luz astral tiene de embeberse en los cuerpos materiales da poder a los amuletos y confiere propiedades ocultas a los recuerdos y reliquias. Una sortija, una trenza de pelo o una carta de un amigo, no sólo pueden reproducir su figura en la memoria de quien los conserve, sino que los relaciona con el particular estado mental que aquél amigo representa. Para olvidar a una persona o librarse de su atracción magnética, es preciso destruir cuanto nos la recuerde o por lo menos lo que evoque memorias desagradables. Los objetos pertenecientes a una persona pueden ponernos en simpatía con ella y de esta circunstancia se aprovechan a veces los magos negros. Paracelso cita varios ejemplos acerca del particular en su obra sobre la *Mumia* y la transferencia de enfermedades.

Es común creencia entre gentes de diversos países, que aún las enfermedades no contagiosas se pueden transferir a una persona sana por medio de una prenda perteneciente al enfermo. Sin embargo, el éxito depende de la fe del mago, pues sin fe o conocimiento psíquico nada es posible realizar en ningún orden de la vida.

Como quiera que toda forma representa cierto estado mental, todo objeto ha de tener los atributos correspondientes a dicho estado; y por lo tanto, cada substancia tiene sus simpatías y antipatías. El imán atrae al hierro, y el hierro atrae al oxígeno del aire; los cuerpos higroscópicos atraen el agua; unas substancias cambian de color por la influencia de ciertos rayos cósmicos y otras se mantienen inalterables, etc. Estos fenómenos son diversas manifestaciones de la *Vida una* en que actúa el principio de Amor y tiende a unir cuanto armoniza.

⁷⁴ Emma Hardinge Briten: *Tierra de espectros*. El caso que se cita en esta obra, de que el clarividente sigue el paso de un asesino por varias ciudades hasta prenderlo, se cita también en varias publicaciones alemanas del pasado siglo.

Todo objeto material es una fuerza condensada y así no es extraño que los antiguos atribuyeran ciertas virtudes a determinadas piedras preciosas, y creyeran que el granate engendraba alegría, la calcedonia valor, el topacio castidad, la amatista raciocinio y el zafiro la intuición. Una fuerza espiritual, para ser efectiva, necesita un objeto sensitivo en que actuar; pero en las épocas de agudo materialismo cesa de percibirse la influencia espiritual, y si alguien no puede sentir las influencias ocultas, no por ello dejan de existir ni de haber otros capaces de sentir las por su mayor capacidad receptiva.

Solo el necio presume saberlo todo. Lo que en realidad conocemos es un grano de arena en comparación de lo que aún está por conocer. Los médicos saben que ciertas plantas y sustancias químicas tienen tales o cuales propiedades y explican sus efectos fisiológicos. Saben que la digital disminuye la rapidez del pulso porque normaliza los movimientos del corazón; que la belladona dilata la pupila porque paraliza las fibras musculares del iris; que el opio produce sueño porque debilita el cerebro, mientras que en dosis mayores produce letargo por congestión; pero ni la fisiología ni la química son capaces de decirnos por qué producen esos efectos o por qué el nitrógeno, oxígeno, carbono e hidrógeno, combinados en ciertas proporciones, dan un compuesto venenoso y los mismos elementos en diferente proporción dan otro compuesto saludable y alimenticio. Sin embargo, si consideramos las formas como símbolos de estados mentales, tan fácil será comprender por qué la estricnina es venenosa, como por qué mata el odio o paraliza el terror al corazón.

No es posible mudar una idea sencilla si está arraigada con firmeza en la mente; pero si la idea es compleja no resulta tan difícil modificarla en sus elementos, de modo que poco a poco se forme una combinación enteramente distinta.

Tal es la ley que rige las combinaciones químicas, en que pueden mudarse los elementos constitutivos de un compuesto, sin que sea posible transmutar los elementos en sí mismo. Sin embargo, hay indicios de que estos cuerpos simples son a su vez combinaciones de elementos primarios. Se ha observado que el rayo ennegrece los objetos dorados, y al analizar la parte ennegrecida se descubrió la presencia del azufre, por lo que si este cuerpo no existe en el rayo, debe subsistir en el oro y disociarlo la acción del rayo. De esto cabe inferir que el oro contiene azufre y no solamente el oro, sino otros metales⁷⁵, lo que da algún fundamento a las especulaciones alquímicas. Pero como el azufre está, según parece, muy en parentesco con el nitrógeno y éste con el hidrógeno y carbono, si continuamos por el camino de las analogías, veremos que aún en el plano físico, todos los cuerpos son modificaciones alotrópicas de un elemento primordial, de naturaleza demasiado sutil para percibirla por medios físicos, y en el que deben estar contenidos los gérmenes de los principios secundarios.

La voluntad y la imaginación reciben, transforman y desenvuelven las ideas. Al entrar una idea en la mente, la imaginación la reviste de forma, con auxilio o no de la voluntad. Si en la obscuridad tropezamos en el camino con una cuerda, creemos que hemos tropezado con una culebra. Esto se llama *imaginación pasiva*, mientras que la *imaginación activa* da forma a las ideas. Sin embargo, en ambos casos la voluntad está activa, con la diferencia de que en el primer caso actúa instintivamente y en el segundo con intento deliberado.

⁷⁵ David Low - *Elementos químicos*.

Por lo tanto, la voluntad es el poder activo y la base de toda obra artística y mágica. El arte y la magia están muy relacionados, pues ambos dan forma objetiva a las ideas subjetivas. El artista ejerce este poder cuando plasma en el lienzo o en el mármol la idea forjada en su mente. Entonces se vale de la fuerza mecánica para eliminar de su ideal todo elemento extraño, y lo levanta de la tumba, como materialización del pensamiento. En la regeneración del hombre la voluntad es del todo inactiva en cuanto atañe a la creación del ideal; pero es sumamente activa para evitar cuantas influencias amenazasen impedir el logro del ideal. Dios no necesita la cooperación del hombre, pues le basta Su voluntad; pero exige que la voluntad del hombre no entorpezca el cumplimiento de Su obra. El mago forja una imagen en su mente y la proyecta en las esferas mentales de quienes han de percibirla. Al identificar su esfera mental con las de otros, participan éstos de su imaginación y ven como si fuese real cuanto él piensa o imagina.

Esta ley explica muchos fenómenos de los fakires indos que simulan la aparición de tigres y elefantes ante multitud de gentes, con sólo forjar las imágenes de estos animales en la colectiva esfera mental. Los espectadores ven entonces los pensamientos que el hechicero plasma por su voluntad⁷⁶.

El artista se vale del trabajo mecánico para ejecutar su obra, y el mago emplea la voluntad; pero por mucho que trabaje jamás producirá obras verdaderamente artísticas quien no sea artista, y por mucho que concentre el pensamiento no logrará obrar un fenómeno verdaderamente mágico quien carezca de poder espiritual. La voluntad a que nos referimos es una espiritual y consciente potencia que desconoce la moderna psicología. Un eminente anatómico puede ignorar cuanto se refiere a los vivientes principios espirituales, y un insigne químico, sin saber ni un ápice de alquimia, podrá dominar las fuerzas del mundo físico e ignorar por completo la química del alma. Por esta razón los misterios de la alquimia no se le descubrirán jamás al científico falto del poder espiritual equivalente a la voluntad espiritual. Sin este poder podrá combinar, descomponer y recombinar los cuerpos compuestos, pero no acertará a emplear el principio de vida.

La naturaleza procede alquímicamente, porque sin el principio vital que actúa en las sustancias químicas de la tierra no medrarían las criaturas.

Si las fuerzas de atracción y repulsión se equilibraran, no habría movimiento. Si la prosperidad y el decaimiento fueran par a par, no podría crecer nada, porque tan pronto como naciera una célula moriría.

El químico puede disociar los elementos constitutivos de la tierra, agua y aire y combinarlos de nuevo, para acabar por donde empezó; pero la alquimia de la naturaleza infunde el fuego de vida en el agua, tierra y aire, y forma árboles que producen flores y frutos. La naturaleza no proporcionaría a sus hijos el principio vital, si no lo poseyera. El químico que no domina el principio vital, no puede obrar las maravillas de la alquimia. Hoy escasean los alquimistas porque pocos hombres están dotados de la vida del espíritu.

⁷⁶ Por medio de la fotografía se ha demostrado que no tiene realidad objetiva lo que en estos casos creen ver los espectadores.

Tres aspectos tiene la alquimia: el que trata de la sustancia física de los cuerpos; el que estudia más especialmente sus almas; y el que se retiene a sus centros espirituales. En sus procedimientos físicos requiere medios físicos y de ellos derivó la química moderna. Con las fortalecidas potencias de su alma actúa el alquimista sobre las almas de las sustancias materiales, y si es capaz de mudar sus cualidades, mudará también el carácter de la forma física. Si en su interior arde vivo el “fuego” espiritual, alcanzará los poderes espirituales necesarios para actuar sobre los elementos inferiores. La tibieza no cumple obras magnas, sino que es preciso avivar el fervor interno hasta que el alquimista sea la *salamandra* capaz de vivir en una lumbre donde no caben impurezas.

Dice a este propósito H. P. Blavatsky:

En este mundo de efectos todo consta de tres principios y tiene cuatro aspectos. Todo posee una externa forma objetiva, un alma vital y una chispa divina del fuego espiritual. Por medio de estos principios obra la naturaleza y a fin de imitarla debe desarrollar el hombre la voluntad creadora (*kriyasakri*). Este poder espiritual se llama también la *Palabra*, que según se ha escrito, no hay necesidad de buscarla en apartados lugares *porque está cerca de nosotros, en nuestra boca y en nuestro corazón*.

Y añade Juan Trithem:

“El *Alma del Mundo* es como un aliento que aparece primero neblina y después se condensa análogamente al agua en akâsa, que en el principio vivificó el principio vital, y la luz se despertó en ella por el *fiat* del espíritu eterno. Este *espíritu de luz*, el alma del mundo o la *luz astral* es una sustancia espiritual que el arte puede hacer visible y tangible, y aunque es sustancia, por ser invisible la llamamos espíritu. Esta alma o *corpus* está oculta en el centro de todo y puede ser extraída por medio del fuego espiritual del hombre, idéntico al fuego universal espiritual, que constituye la esencia de la naturaleza y contiene las imágenes y figuras de la Mente universal.

“Esta Luz reside en el Agua y está oculta como una semilla en todas las cosas. Toda cosa derivada del *espíritu de luz* está sostenida por El que por esto es omnipresente. La Naturaleza quedaría aniquilada si por un momento se le aislara. Es el *principio* de todas las cosas”⁷⁷.

En la Edad Media hubo verdaderos alquimistas que extrajeron esta *semilla* de la esencia-alma del mundo, y aún hoy tienen también algunos el poder de realizar este procedimiento; pero quienes carezcan de semejante poder, no estarán dispuestos a admitir la posibilidad de tales hechos. “Es una verdad eterna que sin nuestro secreto fuego mágico nada se logra en nuestro arte, que los ignorantes niegan, porque no poseen dicho fuego, sin el que no se puede dominar a los espíritus y mucho menos afectarles con fuego material”⁷⁸.

Algunos de los más ilustres químicos modernos niegan la posibilidad de transmutar unos metales en otros; pero el más grave cargo que hoy se hace contra los antiguos alquimistas es que se afanaban por obtener artificialmente el oro. Este cargo no tiene otro fundamento que la tergiversación de la fraseología alquímica, pues la sola

⁷⁷ Trithem: *Miraculosa* cap. XIV.

⁷⁸ *Yo soy la luz y la verdad*; pero el que dijo estas palabras y las dice todavía, no puede ser siervo de quienes no son esta *luz*, ni cabe que un cristiano científico se convierta en Cristo por creerlo ser. El verdadero conocimiento solo se adquiere por experiencia. Nadie llega a ser Cristo a menos que Cristo se revele en él.

circunstancia de que las influencias planetarias eran importantísimo elemento de éxito en las manipulaciones alquímicas, basta para demostrar que los alquimistas experimentaban con el alma de las cosas, cuya representación en el mundo físico eran las formas materiales. El oro, como metal más puro e incorruptible, simbolizaba el espíritu; la magnesia, la sabiduría; la magnesia calcinada, la sabiduría obtenida por el sufrimiento; el azufre, el mercurio y la sal, la trinidad de todas las cosas, los elementos ígneos, acuáticos y terrestres, sin que tuviesen nada que ver con las sustancias materiales. Para los alquimistas, el azufre, el mercurio y la sal eran la trina manifestación de una sola esencia⁷⁹.

⁷⁹ Vamos a divulgar aquí un secreto alquímico, cuya verdad resultara axiomática. Ya hemos dicho que cada átomo del cuerpo humano contiene todos los principios constituyentes del organismo con todos sus órganos y funciones; y de la propia suerte, cada átomo de materia contiene un principio capaz de desenvolverse en todo un universo material con sus múltiples sustancias. Un principio no puede mudarse o transformarse en otro. Los principios son eternos. Sólo puede variar su modalidad de manifestación, es decir, que al parecer la sustancia esencial de las cosas en la modalidad de hierro o plomo, puede en ciertas condiciones, por alteración del divino propósito de su existencia, transmutarse en plata u oro. El alquimista no crea sustancia alguna, sino que tan solo guía a la naturaleza y estimula el desarrollo de las *semillas de los minerales*, como el jardinero auxilia a la naturaleza en el desenvolvimiento y medro de las plantas. Así dice el alquimista: “Nosotros no podemos hacer oro de lo que no sea oro. Para hacer oro material necesitamos oro espiritual, y lo único posible para nosotros es plasmar en forma material y visible el oro espiritual ya existente”. Este procedimiento lo enseña la alquimia: pero esta ciencia es necesariamente incomprendible para quien no ha logrado todavía el *conocimiento espiritual* con que ejercer la *voluntad espiritual* incompatible con la voluntad esclava de materiales y egoístas deseos. Como el jardinero planta la semilla y le proporciona el agua y calor necesarios, así también el alquimista “riega” las *semillas* de los metales con espirituales influencias dimanantes de su alma divina. Si se apreciaran en su intrínseco valor estas verdades, abstraeríamos la alquimia del reino de la superstición y la colocaríamos dentro de los límites de una *espiritual ciencia exacta*.

Respecto a si hubo quien logró producir oro de esta suerte, diremos que hay una obra intitulada: *Colección de relatos históricos de sucesos muy extraordinarios en la villa de Adeptos todavía vivientes*, impresa el año 1780, y entre muchas anécdotas interesantísimas, respecto a ensayos afortunados de producir oro, lleva copias de los documentos legales y de las decisiones del tribunal de Leipzig tocante al caso en que, durante la ausencia del *conde de Erbach* el año de 1715, un adepto visitó a la condesa en el castillo de *Tankerstein*, y agradecido a un señalado favor que ésta le había otorgado, transformó en oro toda la plata del ajuar. Al regresar el conde, cuyos bienes estaban separados de los de su esposa, reclamó el oro, aduciendo al efecto la ley según la cual, los tesoros que se descubriesen encima o debajo de la superficie de un terreno pertenecían al dueño del terreno; pero el tribunal decidió que como la plata que se había transmutado en oro pertenecía legalmente a la condesa, no podía considerarse como tesoro escondido. El conde perdió el pleito y su esposa se quedó con el oro.

Tenemos motivos para creer en la autenticidad de estos documentos, y si los miramos desde el punto de vista del ocultismo, no parece imposible producir el oro por transmutación. Además, mi experiencia personal me confirma en esta opinión, porque hace cosa de diez años conocí a un sujeto llamado *Prestel* que vivía a poca distancia de la ciudad donde escribo esta obra y gozaba fama de rosacruz y alquimista y se le tenía por excéntrico y misterioso. Según pueden atestiguar dos discípulos suyos todavía vivientes y a quienes también conozco, poseía *Prestel* en sumo grado la facultad de proyectar en la mente de los demás las imágenes que en la suya formaba, de modo que creían ver cosas sin existencia objetiva. Ejemplo de ello es el caso en que fue acometido por un salteador de caminos a quien le sugirió una visión tan exacta del cadalso y el verdugo, que escapó aterrorizado. El caso se supo por el mismo salteador, pues *Prestel* nada

La obra alquímica más importante es la regeneración del hombre; que requiere no sólo la combinación química de sustancias físicas, sino que entraña la química del alma y la influencia del espíritu, en conjunta operación armónica para que no resulte un monstruo humano, un *homúnculo* mental en vez de un ser humano. Si se comprendieran mejor las leyes de la alquimia, desaparecerían la escrófula, el cáncer, sífilis, tuberculosis y otras enfermedades hereditarias, dando por resultado una generación sana y vigorosa.

La mente es el gran alambique en que se transmutan y purifican las pasiones humanas. El verdadero fuego mágico, sin el cual no cabe hacer nada de provecho, es el amor autoconsciente o el espiritual reconocimiento del Yo. El hombre no engendra los pensamientos, que de por sí existen; tan solo asocia, elabora y modifica sus expresiones. No podemos imaginar nada que no exista, ni tampoco ir más allá de formar nuevas combinaciones de los elementos ya existentes. Podemos imaginar una serpiente con cabeza humana, porque hay serpientes y hombres; pero no podemos imaginarnos la forma de un habitante del sol, porque no concebimos las formas posibles en condiciones de existencia de que no tenemos idea y por lo tanto no existen *para nosotros*.

Si como opina algún fisiólogo moderno fuese el pensamiento una secreción cerebral, como la bilis lo es del hígado, se desvanecería el pensamiento después de expresado y habríamos de esperar a que el cerebro recobrase su potencia para segregarse otro igual antes de tener dos veces el mismo pensamiento. También nos sería preciso no comunicar a nadie nuestros pensamientos ni transmitir nuestras ideas so pena de perderlos. Verdaderamente no hay necesidad de ir a caza de absurdos en los antiguos tratados de alquimia, porque de sobra los encontramos en las obras de las modernas autoridades científicas.

Los pensamientos y las ideas son entidades que existen independientemente de la percepción del hombre, de quien no necesitan para existir aunque el hombre las necesite para pensar. Los pensamientos y las ideas puestas en movimiento por la Voluntad vibran en el espacio. Un pensamiento vibrante en el éter astral se parece a las ondas expansivas en la superficie de un lago. Un pensamiento proyectado a un punto fijo por la energía de un adepto, puede compararse a una corriente eléctrica que atravesara el espacio con la velocidad del rayo. Los pensamientos dirigidos hacia un objeto son como impetuosa corriente cuyo flujo se intensifica cuando la voluntad de varias personas se

dijo. Sin embargo, no era Prestel un perfecto alquimista ni podía hacer oro ni el elixir de vida, porque no logró encontrar una mujer lo suficientemente *pura* y al mismo tiempo voluntariosa que le auxiliase en sus tareas, pues como saben bien todos los alquimistas, el proceso alquímico requiere la cooperación de los elementos *masculino* y *femenino*. Pero si Prestel no podía hacer oro puro, era capaz de alterar la naturaleza de los metales hasta darles ciertas propiedades *químicas* diferentes de las sustancias de la misma clase. Podía, por decirlo así, *ennoblecer* los metales, de modo que el hierro o el bronce no se oxidasen bajo la acción del agua o del aire. Obra en mi poder una *cruz rosa* de bronce, que no obstante contar más de veinte años de fecha y de haber estado expuesta a la intemperie en climas crudos donde los demás metales bajos se enmohecían, está todavía tan brillante como nueva, sin necesidad de limpiarla ni bruñirla.

También tenía Prestel la facultad de convertir en incombustibles las materias combustibles, y llevaba a cabo muchos de los procedimientos alquímicos que se describen en las obras de Trithem, abad de Spandau. Aseguraba que hubiese podido prolongar su vida hasta mil años, con tal de encontrar una mujer a propósito para asistirle en su labor alquímica.

combina para dirigirla, con tal que no haya en ello segundas intenciones⁸⁰. Si un río montañoso tropieza contra una roca cuya resistencia no pueda vencer, las aguas se remansarán en un lago, devastando la margen para volver a su fuente. Si una corriente mental no puede penetrar en la esfera del individuo a que va dirigida, reacciona contra quien le dio el impulso. Así es que si alguien concentra sobre otro toda la fuerza de su maligno pensamiento, se expone, si fracasa, a que le mate la misma energía que actualizó.

Ejemplo de esta ley tenemos cuando una persona muere de pesar.

El rayo de fuerza continuamente proyectado por un largo e intenso deseo imposible de satisfacer, reacciona sobre el corazón, transmutando por repentina reversión del sentimiento el amor en pesadumbre, la atracción en repulsión y el deseo en menosprecio, pasta determinar con ello la enfermedad y la muerte.

La luz atraviesa el espacio a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo y casi la misma es la velocidad del pensamiento. Un rayo de luz se ve fulgurar en el aire y puede interceptarlo un cuerpo opaco. Un pensamiento vibra en el espacio y puede interceptarlo una mente receptiva. Multitud de gentes oyen un sonido, y un pensamiento puede conmover el mundo. Así como un guijarro al caer en el agua levanta ondas concéntricas más y más amplias, aunque más débiles en razón directa de la distancia, así también el pensamiento vibrante en una mente se extiende desde este centro, levantando ondas en la familia, la ciudad, la nación y el mundo entero.

Pudiera escribirse una biogenesia de las infecciones del pensamiento y de las epidemias mentales, para ver como todas las reformas derivaron de un pensamiento central; y el mismo origen tuvieron las cruzadas, la hechicería medieval, las flagelaciones, la inquisición, el materialismo moderno y las extravagancias de la moda.

El dar presupone capacidad de recibir. La posibilidad de infundir un pensamiento en mente ajena presupone la capacidad de recibir en la propia la misma impresión. Quien sea bastante sensitivo y este en condición pasiva, no tardará en quedar sujeto a una voluntad bajo cuya influencia obre inconscientemente. Una persona dormida puede quedar impresionada por los sueños que otro provoque en su imaginación, sin más que proyectar en la mente del dormido los cuadros forjados en la suya. El sujeto hipnotizado identifica su mente con la del hipnotizador, hasta el punto de quedar bajo el completo dominio de la voluntad de su dueño.

En la vida ordinaria vemos individuos que avasallan a otros y los someten a sus mandatos sin sumirlos en sueño ni siquiera manifestar su deseo. Un general no necesita hipnotizar a sus soldados para que le obedezcan. La diferencia entre el sumiso y el hipnotizado consiste sencillamente en que la voluntad del primero no resiste y la del segundo no puede resistir.

Un impulso suscitado por la voluntad persiste hasta que se consume la energía. Si al primer impulso suceden otros en la misma dirección, el efecto aumentará

⁸⁰ Se dice que algunos jesuitas conocen muy bien esta ley, de que se valen para ejercer telepática influencia en las mentes.

proporcionalmente, de modo que un pensamiento repetido con insistencia podrá recaer, por muy lejos que esté, en la persona a quien se dirija.

Sería imposible mover a distancia cuerpos inanimados con la sola fuerza de voluntad, si no hubiese contacto substancial entre dichos cuerpos y quien intenta moverlos. Sin embargo, como hay quien los mueve, debe de haber contacto aunque sea invisible. El akâsa proporciona este contacto y la vigorizada fuerza de voluntad de un individuo puede actuar por medio de la substancia de su propia alma sobre el alma del objeto y ponerlo en movimiento. De este modo hablan las mesas y suenan las campanillas. Sin embargo, no todos son capaces de realizar este fenómeno, pues para ello se requiere perfecto organismo astral; y por lo tanto, sólo pueden cumplirlo quienes tengan muy vigoroso el cuerpo astral y span valerse de sus órganos a voluntad⁸¹.

Los pensamientos y la conciencia de un individuo o de una colectividad pueden proyectarse enfocadamente sobre cualquier objeto o lugar situado en el radio de su esfera mental, mediante la vibración de los elementos astrales del objeto o lugar en que penetren. De este modo pueden ponerse las plantas y piedras preciosas en simpática relación con las personas, hasta el punto de que si la persona enferma o muere, la planta se marchita y la piedra pierde su brillo. Ningún ser de la naturaleza es por completo inanimado, pues el principio vital subyace igualmente en el hombre y en la piedra, sin más diferencia que el grado de actividad. Si suscitamos las correspondientes vibraciones en el alma de los seres inferiores, su vida se unirá a la nuestra, porque todas las formas individuales son centros en que se ha plasmado la Mente universal y todas están relacionadas y entrefundidas por el universal aglutinante del Amor. Un ave morirá tal vez al ver muerta a su compañera y una madre sentirá en sí misma el accidente que le haya sobrevenido a su hijo. Se sabe que dos gemelos cayeron enfermos a un tiempo de la misma dolencia y ambos murieron a la misma hora, aunque sus cuerpos estaban separados por la distancia. Ningún ser está enteramente aislado en la naturaleza, sino que a todos une el divino amor, y cuanto más conscientes sean del amor que les une, más lo serán también de su unidad.

La separación y la diferenciación se contraen a la forma, pues la fuerza fundamental es *una* y quienes han identificado sus mentes con este principio reconocen su unidad, de modo que la distancia no es obstáculo para la acción de sus mentes. El espíritu es substancia inseparable, impenetrable, indivisible y eterna. La forma es una agregación separable, penetrable, divisible y sujeta a continuas alteraciones. La "comunión de los santos" es una realidad porque todos están espiritualmente unidos. La luz es una. Todas las luces de un aposento equivalen a una sola luz compuesta de ellas. Sólo hay un "sonido" con multitud de manifestaciones. La orquesta que resuena en un salón consta de diversidad de instrumentos con su peculiar sonido, cuyas vibraciones llenan el ambiente y se oyen según su intensidad. Un instrumento suena más recio que otro y una luz brilla más que las otras; pero no se neutralizan ni extinguen mutuamente. El sonido

⁸¹ La señora Blavatsky le dijo al autor en carta particular: He probado que todos estos médiums pueden actuar por influencia de "espíritus", y otros por su propia voluntad, sin esta influencia: que el sonido de campanillas, adivinación del pensamiento, golpeteos y demás fenómenos físicos, puede realizarlos quien tenga la facultad de actuar en su cuerpo físico mediante los órganos del cuerpo astral, y yo tuve esta facultad desde los cuatro años, de suerte que podía mover los muebles y mantener objetos en el aire como si flotaran, porque los sostenía con mis brazos astrales invisibles. Todo esto antes de que supiera nada de los Maestros.

es uno, la luz es una y el espíritu es uno. Tan sólo sus manifestaciones difieren en calidad y fuerza.

El amor es uno aunque se manifiesta diversamente. El amor todo lo une. El amor es un estado de la voluntad. El pensamiento está dirigido por la voluntad, que ha de ser pura, si poderosa. Cuando se desean dos cosas al mismo tiempo, la voluntad actúa en dos direcciones diferentes; pero la división debilita, porque sólo en la unidad está la fuerza. La voluntad es un principio universal no recluso en forma alguna. Si a la par concentramos nuestro pensamiento y nuestra voluntad en una nube, la disgregaremos con rapidez proporcional a la energía con que concentremos nuestra mente⁸².

Como quiera que todas las formas son manifestaciones externas del pensamiento, si pudiéramos sostener un pensamiento y proyectarlo, crearíamos una forma. Pero la generalidad de los hombres son esclavos y no dueños de sus pensamientos, pues no piensan lo que quieren sino lo que les sugieren los pensamientos flotantes en sus mentes. Para alcanzar poderes mágicos, el primer requisito es saber dominar el pensamiento, regular nuestras actitudes mentales y no permitir que invadan nuestra mente otros pensamientos que los que admita la voluntad. Quien por vez primera haya intentado dominar un pensamiento y sostenerlo durante cinco minutos, habrá echado de ver la dificultad del empeño. Sin embargo, este requisito es de todo punto indispensable para adelantar en el conocimiento de la magia. Para ser mago se necesita aprender a dominar la mente; porque la mente es la substancia con que opera el mago y en su dominio se basa toda la magia.

Nadie logrará dominar la mente ajena si antes no domina la propia. La voluntad actúa exteriormente desde el centro del corazón, y para transportarla más allá de la periferia del cuerpo es preciso ser lo bastante fuerte para regularla en el interior. El neófito ha de dominar sus emociones antes de dominar las de los demás, y debe adueñarse de sus pensamientos antes de plasmarlos objetivamente; porque como la mente no puede regular su propio ser ni sobreponerse a su naturaleza, es necesario un *dueño* que la domine. Este dueño es el espíritu del hombre. Sin embargo, el espíritu no tiene poder alguno cuando le falta substancia a qué aplicarlo, un organismo por cuyo medio actúe. Así es que la mente está regulada por la espiritualidad despierta en el interior del hombre, por la naturaleza divina, superior a la mente terrena.

Para alterar una forma hemos de alterar el estado mental de que dicha forma es expresión. Ciertas disposiciones mentales corresponden a determinadas aptitudes del cuerpo, que a su vez provocan el correspondiente estado mental. El hombre arrogante andará erguido y el cobarde encogerá el cuerpo. Inversamente, una postura habitual de encogimiento engendrará cobardía y la costumbre de ir con la cabeza erguida avivará en el hombre la conciencia de su dignidad. Un actor que logre adueñarse del carácter del personaje que representa, no necesitará estudiar actitudes para parecer natural; una persona encolerizada depondrá su cólera si se esfuerza en reír; pero con dificultad se

⁸² Pocos de nuestros lectores habrán dejado de advertir que cuando una persona al pasar por la calle vuelve la cabeza para mirar a otra, ésta se vuelve también para mirar a quien la mira. Esto sucede demasiado a menudo para achacarlo a coincidencia, y a explicación está en que el impulso volitivo de una persona puede comunicarse a otra; pero probablemente fracasara quien intente atraer con su voluntad a otro para que se vuelva, si su objeto se contrae a la curiosidad de ver si tiene fuerza para ello. En este caso el curioso debilita su voluntad porque desea dos cosas a la vez y fracasa.

alborozará quien por costumbre esté siempre ceñudo. A fin de establecer determinado régimen mental, se prescriben ciertas posturas y actitudes en las ceremonias religiosas y actos devotos.

Si la mente fuese su propio dueño y las acciones de la Mente universal no estuviesen sujetas a la eterna y divina ley de causa y efecto, sino que actuase por capricho de alguna invisible potestad provista de mente, pero sin sabiduría, resultaría en consecuencia lo más extraordinario y fantástico que pueda presumirse. Tal vez la tierra quedaría inmóvil durante un día o un año y volvería a girar, al siguiente, tan pronto tardía como velozmente. No cabe imaginar los absurdos que ocurrirían, sobre todo si la supuesta potestad siguiese los consejos de sus adoradores.

Al observador superficial le parecen hijas de la casualidad las operaciones de la naturaleza. El sol luce y la lluvia cae igualmente sobre las tierras de los justos y de los pecadores. Las tormentas se desatan y el incendio estalla sin cuidar si destruyen la hacienda y acaban con la vida del sabio o del ignorante, porque son necesario resultado de la ley de causa y efecto. El interés individual no puede restringir el bienestar colectivo. Aunque el bienestar del cuerpo humano depende, al parecer y hasta cierto punto, de la voluntad del individuo, el sistema de la naturaleza en conjunto parece como si estuviera independiente de la razón de la Mente universal.

Cuando el intelecto no razona, propende a valorar la absoluta razón de la Mente universal, tomando por medida el relativamente microscópico entendimiento del hombre, como con el mismo motivo podría el insecto que se arrastra por el polvo dudar de la inteligencia del pasajero cuyos pies lo estropean o matan sin piedad ni remordimiento. Si el insecto fuese capaz de razonar, no echaría de ver inteligencia en el pie que lo aplasta; y sin embargo, muy inteligente puede ser el hombre cuyo pie sea el destructor.

No podemos comprender el eterno principio de la razón en la naturaleza, porque ésta actúa de conformidad y en identificación con la ley, mientras que nuestra inteligencia, ofuscada por consideraciones egoístas, no está libre del deseo y por lo tanto se inclina siempre a quebrantar la ley.

Las causas invisibles producen efectos visibles; y la misma causa, en análogas condiciones, producirá efectos análogos. Doquiera se acumule determinada cantidad de energía, ha de consumirse con el tiempo. La acumulada tensión entre las partículas de un explosivo halla su equilibrio al contacto de la chispa; la tensión eléctrica de las regiones superiores de la atmósfera descarga con el rayo; las emociones acumuladas se equilibran por el desborde pasional; las energías condensadas en el alma de la tierra producen los terremotos corticolares, de la propia suerte que una erupción de pena estremece y contrae la forma humana.

La razón del hombre puede evitar el estallido de sus emociones; pero en dónde está el Dios personal que regule las emociones del alma del mundo? Dios no impide el crecimiento de abscesos, cánceres y tumores, pues Dios es la ley y no puede contradecirse. Sus bendiciones van acompañadas de maldiciones.

El pie del hombre aplasta al insecto, porque el pie carece de percepción e inteligencia. Dios no impide el crecimiento de un cálculo urinario, porque lo alto no puede manifestarse en lo bajo, la sabiduría no puede actuar en formas inconscientes y los

medios han de adecuarse al fin. Cuando el Hombre universal se haya perfeccionado hasta el punto de ser una consciente esfera de sabiduría sin partes materiales, entonces la misma naturaleza será un dios. Un palitroque no dará las vibraciones musicales de un arpa. La absoluta inteligencia de la Mente universal sólo puede manifestarse relativamente por medio de instrumentos adaptados a la manifestación intelectual. La conciencia absoluta sólo puede manifestarse como conciencia relativa en formas conscientes. La sabiduría es universal y eterna; no es producto de la organización del hombre. Está expresada en la ley fundamental que preside la construcción del universo con todas sus formas, en la hechura de una hoja, en el cuerpo de un animal, en el organismo del hombre. Por doquier se advierte la acción de la sabiduría en la naturaleza, mientras los seres de la naturaleza vivan según la ley natural. No hay en la naturaleza enfermedades cuyo origen no esté en la actuación de fuerzas contrarias a la ley natural, y por lo tanto antinaturales. Las apariencias contradicen esta afirmación, porque la enfermedad aflige también a los animales y las plagas son frecuentes en el reino vegetal; pero la cuidadosa investigación de las leyes ocultas de la naturaleza demostrará que todas las formas, así minerales como vegetales y animales, son estados o expresiones de la Mente universal reflejada en el Hombre universal. Son dichas formas producto de la imaginación de la naturaleza, y como sobre ésta actúa e influye la imaginación del hombre para modificarla, si la imaginación del hombre es morbosa, determinará un estado morboso de la naturaleza, cuyas consecuencias serán también morbosas en el plano físico. Esta ley explica por qué las épocas de intensa depravación moral, sensualidad, superstición y materialismo, van seguidas de epidemias, plagas, hambres, guerras y otras calamidades públicas, y bien valdría la pena levantar estadísticas demostrativas de que así ocurrió siempre.

Las fuerzas elementarias de la naturaleza obedecen ciegamente a la ley que las gobierna. El movimiento originado por un impulso persiste hasta consumida la energía original. Las piedras no tienen inteligencia, porque carecen de organismo por cuyo medio se manifieste la inteligencia; pero si un poder inteligente las pone en movimiento obedecerán a la ley de su naturaleza. Según los organismos ascienden en la escala de evolución y se va desarrollando la forma, se manifiesta mayormente su conciencia, que en el reino animal toma la modalidad de instinto y enseña a volar al ave, a nadar el pez, a las hormigas a construir sus madrigueras y a las golondrinas a fabricar sus nidos. Al actuar por medio de los centros nerviosos y de la médula espinal, determina el reflejo movimiento del corazón, de los pulmones y otros órganos del cuerpo.

Cuando en el transcurso de la evolución la médula espinal forma el cerebro, la conciencia dispone de un más acabado instrumento de manifestación. La facultad intelectual sucede al instinto y la Mente universal piensa entonces por medio del individual cerebro del hombre, de la propia manera que la naturaleza universal utiliza su cuerpo para manifestación de sus fuerzas.

El mayor desarrollo del cerebro humano proporciona más perfecto instrumento para la manifestación de la mente; pero como el hombre es en esencia un espíritu, no llega al pináculo de su espiritual evolución con sólo perfeccionar su forma física. El hombre esencial es espíritu y para ostentar sus poderes requiere una organización espiritual. En su interior late el poder de advertir su divina y universal existencia; mas para despertar este poder oculto en su constitución física se necesita otra luz distinta de la luz de la naturaleza, la luz de la una e infinita Sabiduría divina inasequible a la potencia cerebral.

Es la una y eterna Vida en que ha de entrar el hombre si anhela reconocer su inmortal existencia.

Para este reconocimiento se necesita un alma organizada tan amplia como el universo. Esta alma pertenece al hombre divino, a la divinidad en la humanidad, cuyo cuerpo material es el mundo y cuya conciencia es la *Sabiduría divina*, el reconocimiento consciente de la verdad, el redentor del Todo.



CAPITULO X

CREACION⁸³

“Y DIJO DIOS:
HAGAMOS AL HOMBRE”

BIBLIA.

La pregunta más importante de cuantas se han propuesto y la que aún se propone con ansiedad y aún con temor, es la misma que hace miles de años propuso la esfinge egipcia, que devoraba a quien no respondía acertadamente. “¿Qué es el hombre?”. Siglos han transcurrido desde que se hizo esta pregunta por primera vez. Las naciones se han aniquilado en crueles guerras religiosas con el vano intento de imponer la solución que cada cual creyó dar al gran problema; pero en las tumbas de la antigüedad aún resuena el eco de la misma pregunta: “¿Qué es el hombre?”. Sin embargo, la contestación parece fácil. El sentido común, libre de prejuicios científicos y religiosos, nos dirá que el hombre, lo mismo que toda otra forma del universo, es un centro colectivo de energía, un rayo solitario de la divina Luz universalmente presente, manantial común de cuanto existe; nos dirá que es el verdadero hijo del gran *Sol* espiritual. Así como los rayos solares sólo son visibles en contacto con el polvo, así la materia absorbe y refleja el rayo divino.

El rayo del sol en las olas del mar; el calor surgido al contacto de la luz de arriba con el agua, extrae de debajo el material refinado, y los vapores suben al cielo, donde como espectros de los mares, vagan en nubes de múltiples formas, flotando libremente en el aire y jugueteando con los vientos hasta que llega la hora en que la energía que los mantiene en suspenso se agota y de nuevo descienden a la tierra. Análogamente el rayo divino del sol espiritual se mezcla con la materia mientras mora en la tierra, absorbiendo y asimilándose lo afine con su naturaleza. Como la mariposa vuela de flor en flor libando el polen de todas, así la mónada humana pasa de vida en vida, de planeta en planeta, adquiriendo experiencia, conocimiento y fuerza; pero tras el día de la vida viene la noche, y sigue el sueño con visiones de vívida realidad. Los elementos más

⁸³ La palabra creación se tergiversa frecuentemente. Ni la Biblia ni ninguna otra Escritura aceptada afirman que se haya creado algo de la nada. Esta superstición es hija de la moderna ciencia materialista, que cree posible la vida y la conciencia, derivadas de la muerte e inconciencia. La palabra creación significa producción de formas dimanantes de la ya existente materia sin forma. En el concepto absoluto la forma es tan sólo una ilusión; y por lo tanto, al producir una forma, se crea una ilusión.

groseros vuelven otra vez a la tierra y los sutiles o *astrales*, todavía en la esfera de atracción del planeta, flotan impelidos por sus inherentes tendencias, hasta agotarse la energía que los cohesiona y se disuelven nuevamente en el plano a que pertenecen; pero las superiores energías espirituales del hombre, enlazadas por el amor y libres de la atracción de la tierra, ascienden a su origen como un espíritu envuelto en blanca vestidura, llevando consigo los productos de su experiencia más allá de los límites de la materia. El amor y las aspiraciones del hombre no son de la tierra.

Crean energías que se actualizan allende el sepulcro; su actividad puede durar siglos hasta que se agote, y el rayo purificado, con las tendencias remanentes de su última estancia en el planeta, busca de nuevo asociación con la materia, de nuevo edifica su prisión de barro animado, y parece un viejo actor que representa nuevo papel en la siempre variada escena de la vida.

Algunos de los más eminentes filósofos han reconocido esta verdad por especulación y razonamiento lógico, mientras que otros cuyas mentes iluminó la sabiduría, la percibieron axiomáticamente por el poder de la intuición.

Las impresiones recibidas en existencias anteriores prestan el material para construir el nuevo cuerpo. El rico negligente puede ser el mendigo futuro, y el trabajador industrioso de la vida presente puede desarrollar tendencias que fundamenten la grandeza de la vida próxima. Los padecimientos de una vida pueden engendrar la paciencia y la fortaleza útiles en otra. Las penalidades favorecen el aguante; la abnegación da fuerza a la voluntad; las aficiones nacidas en una vida pueden guiarnos en otra; y las energías acumuladas se actualizarán siempre que las circunstancias lo demanden durante una existencia en el plano material, ya sea en una vida o en otra, según la eterna ley de causa y efecto.

Un niño puede quemarse los dedos al tocar la llama, y no recordar en la adolescencia las circunstancias del accidente; pero la idea de que el fuego quema y no ha de tocarse, quedará impresa en su mente. Asimismo, aunque se olviden los pormenores de las experiencias adquiridas en una vida, permanecen las impresiones⁸⁴. Una y otra vez pasa el hombre por la rueda de la transformación, transmutando sus energías inferiores en superiores, hasta adquirir el conocimiento superior por la experiencia y convertirse en un dios, según le tiene reservado su altísimo destino.

El hombre, como la mayoría de los seres organizados, es un átomo en la inmensidad del universo. No puede dividirse y seguir siendo el mismo; pero a diferencia de otros inferiores seres organizados, cuya existencia se limita al plano físico o astral, lo que constituye y distingue al hombre del animal es una parte íntegra y consciente de la suprema energía espiritual del universo, presente en todas partes; y por lo tanto, su conciencia espiritual no se contrae a determinado lugar del mundo físico.

⁸⁴ En la evolución espiritual del hombre llega una etapa en que recuerda los sucesos de sus vidas anteriores; pero recordarlos en el actual estado de imperfección estorbaría su progreso. Se ha objetado diciendo que por no recordar los errores de sus pasadas vidas y sus funestas consecuencias recae el hombre en los mismos errores; pero entiéndase que no debemos obrar bien por el egoísmo de evitar los daños resultantes de obrar mal, sino por el íntimo sentimiento del deber que no atiende a las consecuencias.

¿Quién hizo al hombre? El hombre se hace a sí mismo cada día en su vida. Es su propio creador. El barro, el cuerpo material que se adhiere al rayo de la Vida manifestada, sale de la tierra; las energías constitutivas del *alma* astral son producto del plano astral; las superiores pertenecen al espíritu. El hombre animal, como los órdenes inferiores de la Naturaleza, es un producto de la ciega ley de la necesidad, y aún puede engendrarse artificialmente⁸⁵. Los atributos físicos del niño y sus cualidades mentales son resultado de la herencia de previas condiciones. Como el árbol que extiende sus raíces por el suelo vecino para nutrirse, sin poder buscar alimento en parajes distantes, así el hombre físico tiene limitada la elección de medios de desarrollo, y crece porque no puede resistir la ley de necesidad ni los impulsos de la Naturaleza. Pero cuando la razón lo ilumina comienza la obra de la creación. La inteligencia interna dice a la voluntad: “Hagamos al hombre”. Y la voluntad no de muy buen grado deja su favorita ocupación de servir a las pasiones y empieza a moldear al hombre de conformidad con la imagen divina que ante ella expone la sabiduría.

Hagamos al Hombre significa: Hagamos del hombre animal el hombre divino; circundemos de purísimas esencias el interno rayo divino; eliminemos todo cuanto de grosero y sensual impida nuestro progreso; transformemos las emociones en virtudes de que el rayo espiritual se revista al ascender nuevamente a su trono.

¡Hagamos al hombre! De nuestros esfuerzos depende por completo la índole de hombre que hagamos. Nada difícil es hacer un hombre vulgar o aún superior en la acepción general de la palabra. Seguid las reglas de la higiene y las leyes dietéticas, y sobre todo, mirad por vosotros mismos y nunca deis nada si no estáis seguros de recibir más. Entonces seréis animales respetables, hombres formados por sí mismos, conspicuos, independientes y ricos, que viven y mueren en el plano del egoísmo, envidiados de muchos, tal vez respetados también de muchos, aunque no de sí mismos.

Hay otra clase de hombres formados por sí mismos en el plano intelectual. Se muestran bienhechores del mundo, filósofos, sabios, estadistas, inventores o artistas. Tienen lo que se llama *genio* y son originales y no meros imitadores. Se benefician a sí mismos al beneficiar al mundo. Las investigaciones intelectuales que no aprovechan a nadie son tan estériles como la gimnasia de aparato que vigoriza las fuerzas musculares sin efectuar trabajo alguno. Puede acometerse una empresa intelectual con intenciones egoístas; pero si no hay amor al objeto de estudio, habrá poco adelanto, y en vez de sabio, resultará tragalibros. El verdadero genio es un mago que crea un mundo para sí mismo y para los demás, y cuyo poder se dilata a medida que adelanta en el camino de la perfección.

El trabajo intelectual de baja índole no puede ser por sí el verdadero objeto de la vida, pues la verdad no se alcanza por los aislados esfuerzos del cerebro material, por lo que fracasará quien intente conocer la verdad sólo por el intelecto, sin ayuda del corazón, que corresponde al *Sol* donde se asienta la Sabiduría y da luz y vida al cerebro que corresponde a la *Luna* y es asiento de la inteligencia razonadora. El corazón y la cabeza deben actuar en armonía para aplastar al dragón de la ignorancia que mora en el umbral del templo y alcanzar la verdad.

⁸⁵ Véase Paracelso: *Omúnculos*.

En los libros alegóricos de los *alquimistas*, el *sol* representa el amor y es el “corazón” de nuestro sistema solar; la *luna* representa la inteligencia o el “cerebro” y la *tierra* el cuerpo físico. Si el *sol* y la *luna* se unen en el *agua de la Verdad*, engendran un hijo llamado *Sabiduría*.

La inteligencia es el hombre material y su consorte es el conocimiento espiritual, la mujer divina. Nadie alcanza la perfección sin antes celebrar el celestial matrimonio por el poder del amor divino⁸⁶.

El hombre está constituido por los siete principios procedentes del universal depósito de la Naturaleza. La voluntad es el albañil, la razón el sobrestante y la sabiduría el supremo arquitecto. En la edificación no se oye estrépito ni resuenan martillazos, porque los materiales están ya preparados por la Naturaleza y basta colocarlos en su sitio. El lugar superior es el inmortal espíritu consciente; pero los elementos inferiores que con él armonicen, se entrefunden con él y también logran conciencia e inmortalidad. El espíritu sólo halla correspondientes vibraciones en los superiores elementos espirituales del alma, como purísimos pensamientos, aspiraciones y recuerdos derivados del quinto principio en que reside la potencia intelectual del hombre. La razón pura es espiritualidad; pero la inteligencia operante tan sólo en el plano mental inferior, no puede alumbrar tesoros espirituales. La actividad intelectual no es en sí una potencia, sino el resultado de la acción del espíritu sobre la mente. Un hombre muy inteligente y erudito puede ser infeliz y desequilibrado, si sus inclinaciones son egoístas, por lo que su mente no podrá recibir la luz de la verdad. La sabiduría es el reconocimiento perfecto de la verdad; reside en el alma espiritual del hombre, y envía su luz al quinto principio, a través de las nubes de la materia, como el sol a través de la niebla.

El quinto principio recibe estímulo del cuarto, la naturaleza irracional del hombre. No se edifica una casa sin material sólido, y tan imposible sería hacer un genio de un ser sin emociones, como mover una máquina de vapor sin carbón ni agua. Cuanto más vivas sean las emociones, tanto más duradero será el templo espiritual, si resisten sus paredes y columnas. Sin emociones no hay virtudes ni energía en el hombre. Es una sombra indiferente y necesariamente inútil. El hombre pasional estará más cerca del espíritu si logra guiar sus pasiones hacia el bien, que quien nada haya de guiar ni vencer.

Para erigir un edificio o formar un hombre perfecto, ha de haber armonía de proporciones. La sabiduría dirige la obra, y el amor proporciona la argamasa. Una emoción es virtud o vicio, según se aplique. Las virtudes mal aplicadas se convierten en vicios, y los vicios bien dirigidos se transmutan en virtudes. El hombre excesivamente precavido es cobarde; el generoso sin discernimiento es pródigo; el valor sin cautela es temeridad; la veneración sin raciocinio es superstición; la limosna sin tasa fomenta el pauperismo; y aún la justicia rigurosa e inflexible, no compensada por la misericordia, engendra una cruel y despreciable tiranía.

El alma irracional impelida por sus deseos, sin el freno de la sabiduría, es como un beodo que, perdido el equilibrio, va dando traspiés, tropezones y caídas. Tan sólo de la ponderación de fuerzas resultan la armonía, la belleza y la perfección. El alma irracional subyugada por emociones indómitas es morada impropia del rayo divino, que ama la paz y la tranquilidad.

⁸⁶ Véase: *Sendero de perfección o el Hallazgo del Cristo*, por Ana Kingsford.

El dominio de las emociones es la ardua lucha alegorizada en las doce hazañas que a Hércules encomendó el oráculo de Zeus. Quien desee progresar ha de ser un Hércules que luche por el bien del rey (Atma), cuyas órdenes recibe del divino oráculo de su propia conciencia. Constantemente está empeñado en la lucha, porque los principios inferiores defienden su existencia y se resisten al vencimiento. Son productos de la materia y se adhieren a su fuente.

¿De dónde provienen las emociones?

Las antiguas cosmologías alegorizan diversamente la misma verdad fundamental. “En el principio” la *Gran Causa Primera* desarrolló de sí, por el poder de su voluntad, ciertas potencias cuya acción y reacción dieron existencia a las fuerzas elementales que constituyeron el mundo.

Estas fuerzas elementales son los *Devas* de Oriente, los *Elohim* de la Biblia, los *Afrites* de los persas, los *Titanes* de los romanos, los *Eggregores* del libro de Enoch. Son los agentes activos del Cosmos, benéficos o maléficos, según las condiciones en que obran, e inteligentes o no, según la naturaleza de los instrumentos de que se valen. No son de por sí entidades racionales conscientes, pero pueden manifestarse por medio de organismos conscientes y dotados de razón. No son personales, pero pueden personificarse en formas humanas o animales.

El amor y el odio, la envidia y la benevolencia, la lujuria y la avaricia no son personas, pero se personifican en formas animales o humanas. Un hombre en extremo maligno es la personificación de la malicia, y si le parece ver al demonio en forma objetiva es porque se refleja su alma en el espejo de su mente. El espíritu existe por doquier; pero no podemos percibir un espíritu si no entra en la esfera de nuestra alma. El espíritu que entra en nuestra alma recibe vida de nosotros mismos, y si no lo expulsamos se nutrirá vampíricamente de nuestra vida, y como parásito de un árbol cuya savia chupa puede arraigar en el árbol de nuestra vida, creciendo y vigorizándose allí cada vez con mayor firmeza, al paso que nuestra naturaleza superior se vaya empequeñeciendo y debilitando en la misma proporción. Una vez arraigado un pensamiento en el alma irá creciendo, si no lo extirpamos, hasta que se manifieste en acción que le dé vida propia y engendre un sucesor. Estas fuerzas elementales de la naturaleza están en todas partes y siempre prontas a entrar en el alma cuyas puertas no estén bien defendidas. Para atraer a un espíritu maligno no hemos de buscarlo; basta dejarlo venir. Evocar un diablo significa rendirse a un mal pensamiento; vencerlo es resistir con éxito una mala tentación.

Las potestades elementales de la naturaleza son innumerables, y de su clasificación nacieron los panteones de los griegos y las mitologías orientales. La potestad suprema es *Zeus*, padre de los dioses, del que dimanaban las demás potestades. Minerva, diosa de la sabiduría, surge de la frente de *Zeus* y su origen es el más noble de todos; pero *Venus*, hija del sol, se levanta del océano del alma universal y todo lo vence con su belleza. Mantiene unidos los mundos en el espacio por el poder de su atracción; enlaza unas almas con otras y encadena el bien con el bien y el mal con el mal. Es madre de los dioses menores que combaten entre sí, porque el amor propio, el amor de riquezas, fama y poderío, son hijos del universal poder del Amor. Combaten entre sí como niños, porque de la acción dimana la reacción; al amor se opone el odio, a la esperanza el temor y a la fe la duda. Para dominarlos, el dios de la *Fuerza* (Marte), ha de unirse con la diosa del amor, esto es, que las pasiones han de estar disciplinadas por la Voluntad.

Toda fuerza existe y está mantenida en su elemental matriz o vehículo, el akâsa, el *proteo universal*, generador de formas que halla expresión en la materia. Estas fuerzas forman el eterno círculo o *serpiente*, “cuya cabeza quebrantará el calcañal de la mujer”, de la sabiduría, la virgen eterna, cuyas “hijas” son: *fe, esperanza y caridad*.

La serpiente del mal no puede entrar en un alma defendida por la sabiduría. Si un mal pensamiento entra en el alma y no lo repelemos en el acto, albergamos en el corazón a un demonio cuyas demandas tomamos en consideración, y con promesa de acceder a ellas, le inducimos a quedarse, para que, como molesto acreedor, inste de continuo el pago de sus créditos.

La triada inferior de principios constitutivos del hombre, se nutren de los reinos inferiores de la naturaleza. Si el cuerpo está muy harto o estimulado por el alcohol, el elemento emocional se activará excesivamente y se debilitará la inteligencia. Los manjares y bebidas excitantes en extremo dañan al desenvolvimiento de la naturaleza superior, porque la vida retira su actividad de los principios elevados y la concentra en los inferiores. Por la misma razón, el demasiado alimento, aunque saludable, resultará nocivo. El principio de vida que transmuta las energías inferiores en superiores es el mismo que preside la digestión del alimento, que si se malbarata en los órganos inferiores, extenúa los superiores.

Algunos necesitan comer carne porque ya están acostumbrados, como otros al alcohol, y si repentinamente dejaran esta costumbre sufrirían violentamente, pero la carne y el alcohol en condiciones normales son innecesarios para la economía humana y suelen perjudicar sus efectos.

El argumento principal de los partidarios de la alimentación carnívora es que vigoriza el cuerpo para resistir las fatigas del trabajo manual. Este argumento se basa en una opinión errónea, porque el alimento animal no vigoriza tanto como el vegetal⁸⁷ y sólo estimula al organismo para gastar las fuerzas en breve período de tiempo, en lugar de reservarlas para el porvenir. Las consecuencias del régimen exclusivamente animal son glotonería, sensualidad, agresividad, crueldad, estupidez, indolencia y apatía física y psíquica.

Dice Darwin que las gentes ocupadas en más rudo trabajo son los mineros de Chile, cuya alimentación es puramente vegetal. Los campesinos de Irlanda apenas comen carne, y sin embargo son muy fuertes y robustos. El labriego ruso come poca carne y está sano. Gentes vigorosas, si las hay, son los campesinos del Sur de Baviera, que en raras ocasiones comen carne, aparte de los días de fiesta. Los caballos, toros y elefantes son los animales más resistentes a la fatiga y se alimentan de vegetales, mientras que los rasgos salientes de los animales carniceros son cobardía, irritabilidad y astucia. Un ojo enjaulado en el Museo anatómico de Giessen se mostró apacible y manso mientras lo alimentaron con pan, pero después de darle carne se volvió muy peligroso.

Quienes deseen saber la verdad respecto al régimen carnívoro no han de recurrir a su inteligencia, sino escuchar la infalible voz de la sabiduría que habla en lo más íntimo del corazón⁸⁸.

⁸⁷ Según cálculos de Liebig, la misma cantidad de substancias albuminosas animales, cuyo coste es de 100 peniques, puede adquirirse por 9 peniques de guisantes y 4 de trigo.

⁸⁸ Véase Dra. A. Kingsford: *El perfecto camino en el régimen alimenticio*.

En este punto surge la cuestión de si el hombre tiene o no derecho de matar a los animales para alimentarse de su carne. Los cristianos creyentes en la Biblia no han de dudar, por ser muy claro el mandamiento: *No matarás*, que sin embargo, quebrantan millones de cristianos que cohonestan la matanza de animales con la tergiversación del versículo de la Biblia que dice: “ ... Y tenga dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre las bestias y sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se mueve en la tierra”⁸⁹. Pero desde el momento en que extermina a los seres inferiores pierde su dominio sobre ellos. La prerrogativa del hombre es calmar los sufrimientos, no provocarlos; no interrumpir la evolución, sino ayudarla. Cristiano y matarife son términos irreductibles.

La carne es alimento estimulante de bebidas también estimulantes. El más eficaz remedio contra el alcoholismo es no comer carne. Acaso no haya en el mundo pasión más diabólica y perjudicial a los verdaderos intereses de la humanidad y la dicha del individuo que el alcoholismo. Así como la carne presta al hombre pasajera fuerza que pronto se agota, dejando el cuerpo más débil que antes, de la misma manera las bebidas estimulantes le arrullan en un ilusorio bienestar que muy pronto se desvanece y le sigue positivo sufrimiento con enfermedades en los órganos vitales que ocasionan la muerte prematura, siendo además causa de la mayor parte de los crímenes cometidos en países civilizados. Quienes consideran al hombre como ser racional no comprenden cómo las naciones cultas toleran semejante plaga que puebla cárceles, hospitales, manicomios y cementerios, siendo también inconcebible que el hombre se ponga en la boca un enemigo quebrantador de su salud, su razón y su vida; pero quienes más hondamente meditan, saben que en nuestra época está alboreando la razón y que las facultades espirituales de la mayoría de los hombres duermen todavía en los helados brazos de la ignorancia y la ilusión.

Las reformas son necesarias, pero no se las puede establecer por medios coercitivos. El único remedio es el conocimiento⁹⁰.

El organismo social es análogo al del individuo. De nada sirve suprimir los medios de satisfacer un deseo mientras no se le extirpe. Los males que afligen a la humanidad son resultado de sus deseos, y los medios de satisfacerlos persistirán mientras que aquellos existan, pues si se suprimen unos medios los reemplazarán otros nuevos. La mala yerba no se extirpa con la poda si quedan las raíces que crecen en el obscuro suelo de la ignorancia y sólo puede desarraigarlas la luz de la verdad.

Comer, beber y dormir para vivir, y no vivir para comer, beber y dormir, es una máxima que se oye muy a menudo y rara vez se sigue. Gran parte del alimento diario se toma por costumbre y para satisfacer un apetito provocado artificialmente. Cuanto más grosero y material sea un hombre, mayor cantidad de alimento apetece, y cuanto más coma más grosero y material será. Las naturalezas nobles y exquisitas necesitan poco alimento; los seres etéreos y las entidades espirituales no necesitan alimento material.

⁸⁹ Génesis, 1.26

⁹⁰ Véase Dra. Kingsford: *La controversia alcohólica*.

Los medios deben estar siempre adecuados al fin, que si es bajo y vil, requerirá medios análogos; si es noble y elevado, los medios habrán de ser de igual índole. Un atleta cuya finalidad sea el vigor muscular, necesitará distinta educación de la conveniente a quien desee fortalecer la facultad de percibir las verdades espirituales.

Las condiciones a propósito para el desarrollo de un individuo le serán perjudiciales a otro. un hombre puede progresar más rápidamente en la pobreza, otro en la riqueza; alguno necesitará el inicial estímulo psíquico de las dulces y alentadoras influencias de la vida conyugal, mientras que las aspiraciones de otro pueden alzarse a más alto nivel si está libre de lazos terrenos. Todo el que ejercita su voluntad en perfeccionarse es, según el grado en que la ejercita, un ocultista práctico. Cada cual se desenvuelve en una o en otra dirección, pues nadie puede permanecer inactivo. Quienes anhelan adelantar a los demás han de obrar directamente.

Dice un adepto tibetano:

“El hombre está formado por pensamientos que le guían en la vida. El mundo subjetivo es para él la única realidad, aún en el plano físico. El ocultista concibe un mundo más real a medida que se aleja de lo objetivo, ilusorio y terrenal, para acercarse a *Parabrahm* su última realidad. Así, quien aspire a poseer conocimientos ocultos debe concentrar todos sus anhelos en el ideal supremo de la abnegación absoluta, caridad, benevolencia y demás virtudes asequibles en la tierra, esforzándose incesantemente en este fin. Cuanto mayores sean sus esfuerzos para lograr este ideal, con más frecuencia y mayor fortaleza ejercitará su voluntad. Así fortalecido, establece una tendencia en el grosero cascarón del cuerpo físico para la práctica de las acciones más compatibles con el supremo ideal, y esas acciones intensifican su voluntad, por efecto de la conocida ley de acción y reacción. De aquí la mucha importancia que da el ocultismo a los resultados prácticos.

“Ahora bien: ¿Qué resultados prácticos son éstos y cómo se obtienen? Se sabe por observación y experiencia, que el progreso es ley de la naturaleza. Esta verdad sugiere la idea de que la humanidad está en sus etapas inferiores de evolución y que camina hacia su perfeccionamiento, al que se acercará cuando desarrolle nuevas sensibilidades y se ponga en más exacta relación con la Naturaleza. Por lo tanto, es evidente que alcanzará la perfección final cuando la energía que anima al hombre coopere con la *Vida una* que actúa en el *Cosmos* con tan potente objeto, para lo cual el medio más eficaz es el conocimiento.

“Resulta claro que el último objeto de la Naturaleza es perfeccionar al hombre por medio de la unión del espíritu humano con la *Vida una*. Al representarnos este ideal en la mente, debemos formar una fraternidad intelectual que nos una a *todos*, como primer paso hacia el último objeto. Para conseguir el resultado práctico de la *unión* debemos mantener muy alto el supremo ideal del *hombre verdadero* e inducir a los demás a contemplarlo, valiéndonos de la abnegación. Cuando nuestra energía colectiva se emplee en forjar el supremo ideal, acrecentará su potencia produciendo brillantes resultados en el plano espiritual.

“Como ésta es la obra más importante para todo ocultista, quien aspire al conocimiento superior no debe omitir esfuerzo alguno para conseguirlo. Con la evolución progresiva del cuerpo en conjunto se intensifican las facultades mentales y espirituales del hombre y para ayudar la evolución debe difundirse el conocimiento de las verdades filosóficas. *Esto es lo que se espera de él y lo que ha de hacer el estudiante de ocultismo*”.

La voluntad se desarrolla por la acción y se fortalece por la fe. Los movimientos voluntarios del cuerpo, como el andar, los efectuamos porque estamos seguros de ello. El temor y la duda paralizan la voluntad y engendran impotencia; pero la esperanza y la

fe obran maravillas. El abogado o el médico sin fe en su aptitud incurrirán en errores, y si sus clientes los echan de ver, se irá desacreditando; pero el charlatán o el ignorante lograrán éxito si tienen confianza en sí mismos.

Dice Bulwer-Lytton que las víctimas del espectro son los que quisieran aspirar y temen. El temor y la duda son los infernales hijos de la ignorancia que arrastran al hombre a la perdición, mientras que la fe es el ángel de blancas vestiduras que le presta sus alas y le infunde poder. Krishna le dijo a Arjuna, que quien duda perece.

La fe es el conocimiento del alma; y por lo tanto, mejor es fe sin erudición que erudición sin fe; la fe ciega sin conocimientos es más útil que los conocimientos imperfectos sin fe y por consecuencia sin acción.

La fe robusta, aunque se apoye en un concepto erróneo, obra poderosamente intensificando la imaginación de suerte que exalta la imaginación, fortalece la voluntad, destierra el dolor, cura las enfermedades, excita el heroísmo y transmuta el infierno en cielo.

El único modo de fortalecer la voluntad es obrar de conformidad con la ley. Cada acción engendra un nuevo impulso que acrecienta la energía ya existente. Las acciones buenas aumentan el poder para el bien; las acciones malas, el poder para el mal; pero quien obra por impulsos externos carece de voluntad propia, y si obedece a sus impulsos inferiores se convierte pasivamente en criminal o mentecato. Los horrendos crímenes suelen perpetrarse sin provocación suficiente, porque el criminal no tiene fuerzas para resistir el impulso que le mueve a perpetrarlo. Más que malvado, es un ser débil y casi irresponsable, esclavo de los impulsos que le dominan e instrumento inconsciente y víctima de quien sabe excitar sus emociones. Le sucede lo que a los soldados de dos ejércitos contrarios, que sin ser necesariamente enemigos personales, se matan por exacerbamiento de la pasión. Cuanto más cedan a sus impulsos, tanto más disminuirá su resistencia y en su debilidad estará su ruina. Poco vale ser pasivamente bueno, si así llamamos a la abstención del mal. Quien no hace ni bien ni mal de nada sirve. Una piedra, un animal, un imbécil pueden tenerse por buenos porque no obran mal. Un hombre que cien años viva, puede no haber sido de mayor utilidad que una piedra⁹¹.

Todo tiene en la Naturaleza aspecto trino y actividad también trina. La *Voluntad* no es excepción de esta regla. En su aspecto inferior la *Voluntad* es la fuerza motora de las funciones voluntarias e involuntarias del organismo físico y su centro activo está en la médula espinal. En su aspecto elevado la fuerza impulsiva de la actividad psíquica está difundida por la sangre que viene del corazón y vuelve a él, y sus acciones están o pueden estar gobernadas por la inteligencia que obra en el cerebro mediante los impulsos, influencias y auras que de él irradian. En su aspecto superior la *Voluntad* es una fuerza viva y consciente concentrada en la *Sabiduría*.

La voluntad potente ha de estar libre de deseos. Si deseamos un objeto, no lo atraemos, sino que nos atrae. Dice Eliphaz Levi que la voluntad cumple cuanto no desea. En la vida cotidiana vemos la verdad de esta paradoja, porque quienes ansían fama, riquezas o amor, por lo general no encuentran más que desengaños. El rico avariento es más pobre

⁹¹ “Al que no es fervoroso ni frío, sino tibio, lo eliminaré la Naturaleza”. Biblia.

que el mendigo, y la felicidad es una sombra que huye del que la busca en los goces materiales.

El modo más seguro de enriquecerse es contentarse con lo que se tiene; el modo más seguro de obtener poderío es sacrificarnos por los demás; y si deseamos amor, hemos de amar al prójimo para que el amor ajeno caiga sobre nosotros como la lluvia sobre la tierra.

La educación de la voluntad es un proceso de crecimiento cuya única eficacia está en la obediencia a la Ley universal. Si queremos dominar la naturaleza, hemos de obedecer las leyes naturales; si queremos poderes espirituales, hemos de obrar conforme a las leyes del espíritu. Entonces seremos dueños de la Naturaleza y de Dios y nuestra voluntad será inestimable instrumento para cumplir la ley; pero en tanto esté la voluntad dominada por los deseos personales, no la gobernaremos nosotros, sino nuestros deseos. Mientras cedamos a la naturaleza pasional, no podremos ser dioses; sólo cuando cumplamos la voluntad del Dios interno nos libertaremos de la esclavitud de los elementos animales y nuestro verdadero Yo será el dueño.

El hombre en su juventud apetece los goces materiales de la tierra para satisfacción de su cuerpo físico. Al adelantar en edad desecha los juguetes de la niñez y busca algo de mayor valía. Entra en la esfera de las ocupaciones intelectuales, y tras años de labor advierte que ha perdido el tiempo en pos de una sombra. Tal vez convierta sus pensamientos al amor y se dipute por el más afortunado mortal; pero más o menos tarde se convencerá de que los ideales sólo se hallan en el mundo ideal. Echará de ver la oquedad de las sombras perseguidas, y como la mariposa al romper la crisálida, extenderá sus antenas por el reino del infinito espíritu, asombrándose de ver un sol radiante, donde temía encontrar obscuridad y muerte. Unos descubren esta luz más pronto que otros, y muchos engañados por ilusoria luz, perecen como el insecto que se abrasa las alas en la llama de la vela que confunde con la luz del sol.

La vida es una continua batalla entre el error y la verdad; entre las aspiraciones espirituales y las apetencias de los instintos animales. Dos gigantescos obstáculos entorpecen la senda del progreso: el erróneo concepto de la naturaleza de Dios y el de la del hombre. Mientras prevalezca la creencia en un Dios personal y extracósmico que arbitrariamente premia a unos y castiga a otros; un Dios a quien puede persuadir, con quien puede disputar y también puede apaciguar el hombre, se detendrá en los estrechos límites de su ignorancia, sin explayar más allá de su mente. No favorece el progreso del hombre la esperanza en las delicias del cielo, pues si renuncia a los placeres materiales o se abstiene de obrar mal, no lo hace por amor al bien, sino por la egoísta esperanza de premio o por el cobarde temor de castigo. No hemos de obrar bien por egoísmo personal, sino por imperio del deber. El bueno es sabio; el necio espera recompensa, el sabio justicia. El sabio conoce que, al beneficiar al mundo, se beneficia a sí mismo, y quien daña a otro es su propio verdugo.

¿Con qué poderes beneficia el hombre al mundo? No los tiene de por sí. Ni aún le pertenece la substancia de su constitución material, pues se la prestó la Naturaleza y se la ha de devolver. No puede utilizarla para otro fin que el indicado por la *Voluntad*, como función del principio universal: el *Espíritu*.

El hombre en su aspecto personal y limitado es la manifestación del principio universal en una forma individualizada, y cuantos poderes posee pertenecen al Espíritu. Como todas las demás formas de la Naturaleza, recibe vida, luz y energía de la fuente universal de Vida, y goza de su posesión durante un corto período, mas sin poder alguno que propiamente pueda llamar suyo.

Así tampoco la luz, la lluvia, el aire y la tierra pertenecen a la planta, sino que son elementos universales de la Naturaleza que favorecen el crecimiento de la planta, sea rosal o cardo, pues su función es desarrollar la semilla, y concluida esta labor, el organismo en que emplearon su actividad vuelve a la tierra. Entonces nada pertenece realmente a la planta; pero la semilla persiste luego de madura, independientemente del organismo padre, y entraña el carácter de su respectiva especie.

La vida, la sensación y la conciencia no son propiedades del hombre personal, puesto que él no las produce. Son funciones del espíritu universal y pertenecen originariamente a Dios. La *Vida única* proporciona los principios constitutivos del organismo llamado *Hombre*, tanto en la forma del bueno como en la del malo. Favorecen la germinación de la inteligencia humana y acabada su labor vuelven estos elementos a la fuente universal de Vida. El germen de la Divinidad es lo único verdadero en el hombre, lo único capaz de existencia individual, pues no es hombre, sino un espíritu idéntico al Espíritu universal y uno de Sus hijos. ¿En cuántos hombres madura el germen divino durante la existencia terrena? ¿Cuántos mueren antes de que brote? ¿Cuántos ignoran la existencia de este germen? ¿Quién responderá a estas preguntas?

Al Principio universal pertenecen las funciones de Voluntad, Vida y Luz, cuyo fundamento es el Amor. A este Principio universal pertenecen todas las fuerzas primarias que forman el universo y el hombre, y únicamente cuando el hombre se identifica con el Espíritu tiene poder propio.

Pero la Voluntad del Espíritu universal es idéntica a la Ley, y el hombre que obra contra la Ley contraría la Voluntad de Dios; y como Dios es el verdadero Yo del hombre, el que contraría la Ley es enemigo de sí mismo.

Por lo tanto, el primero y más importante objeto de la vida del hombre es conocer la Ley para obedecerla e identificarse así con Dios. El que conoce la Ley se conoce a sí mismo, y el que conoce su Yo divino conoce a Dios.

El único poder peculiar del hombre es el conocimiento de sí mismo, porque lo adquirió con auxilio de las potencias prestadas por Dios. No es el “conocimiento” de las ilusiones de la vida, por lo falso y perecedero; ni tampoco es la erudición intelectual, que ha de agotarse algún día, sino el conocimiento espiritual del corazón, por cuyo medio descubre la verdad existente en lo íntimo de su ser.

Lo que hemos dicho de la Voluntad se puede aplicar también a la Imaginación. Si el hombre deja en reposo sus pensamientos y se eleva a la esfera del supremo ideal, su mente será un espejo reflector de los pensamientos de Dios, en que vea el pasado, el presente y el porvenir, pero si especula en el reino de las ilusiones, verá la verdad contrahecha por sus propias alucinaciones.

El conocimiento de Dios y el conocimiento del hombre son al fin y al cabo idénticos, y quien se conozca a sí mismo conocerá a Dios. Conoceremos la Ley cuando comprendamos la naturaleza de los atributos divinos en nosotros. Entonces nos será fácil unir nuestra voluntad con la Voluntad suprema y ya no estaremos sujetos a las influencias del plano astral, sino que seremos sus directores. Los dioses vencerán a los *titanes*; Sophia (Sabiduría divina) aplastará la cabeza de la serpiente; quedarán aniquilados los demonios de nuestro propio infierno y en vez de ser esclavos de las ilusiones seremos súbditos de la Sabiduría.

Suele decirse que nada importan las creencias del hombre con tal de que obre bien; pero no cabe obrar bien con certeza sin conocer la verdad.

Las creencias del mayor número no son siempre verdaderas y la voz de la razón queda frecuentemente sofocada por el clamoreo de una superstición basada en una errónea doctrina teológica. Toda creencia errónea es perjudicial al progreso en proporción de su universalidad, pues se apoya en la ilusión al paso que el conocimiento se funda en la verdad.

Así el más insigne instructor religioso recomendaba la *verdadera creencia* como primer paso en el *Noble Sendero Óctuple*⁹².

Puede ser útil recordar las siguientes reglas:

1. No creas que haya en el Universo nada superior a tu divino ser, y sabe que serás exactamente lo que quieras ser. La verdadera religión es el conocimiento de la divina verdad. Los ídolos son juguetes pueriles.
2. Aprende que el hombre es esencialmente una parte componente e integrante de la humanidad universal, y lo que un hombre hace recae en todos.
3. Advierte que la naturaleza humana es una encarnación de ideas, y que su cuerpo físico es el instrumento que le facilita el contacto con la materia y no debe usarlo con malignas intenciones. No lo ha de mimar ni afligir.
4. No consientas que nada relacionado con tu cuerpo físico, tu comodidad o las circunstancias en que te halles, alteren tu equilibrio mental. No ansíes nada en el

⁹² Los ocho grados del *Noble Sendero Óctuple*, para encontrar la verdad, son los siguientes, según la doctrina del Gautama Buddha:

1. Justa Creencia.
2. Justo Pensamiento.
3. Justa Palabra.
4. Justa Doctrina.
5. Justos Medios de Vivir.
6. Justo Esfuerzo.
7. Justa Memoria.
8. Justa Meditación.

Quien recuerdo estos *augas* y obre de conformidad con ellos, se librá de del pesar y se salvará de los renacimientos futuros con sus consiguientes miserias.

plano material, y vive en él sin dejar de dominarlo. De materia están formados los peldaños de la escala por donde subimos al reino de los cielos.

5. No esperes nada de nadie, pero está siempre pronto a ayudar a los demás en cuanto puedas según justicia. Teme infringir la ley moral, y no sufrirás. No esperes recompensa si quieres evitar desengaños, ni anheles amor, simpatía ni gratitud de nadie; pero está siempre dispuesto a concederlos a todos, pues estos bienes morales llegan cuando no se apetecen.
6. Aprende a discernir lo verdadero de lo falso, y obra de acuerdo con tu supremo ideal.
7. Aprende a estimarlo todo (incluso tú mismo) en el verdadero valor de sus varios aspectos. Quien desprecia a un superior es necio, y quien venera a un inferior es un mentecato. No basta creer en el valor de una cosa, sino que es preciso comprobarlo, pues de lo contrario será como tesoro escondido en arca de avaro.

Dice Luis Claudio de Saint-Martin (el *Filósofo desconocido*):

“He aquí lo que debe practicar el hombre divinamente regenerado:

“Ni un solo deseo desacorde con la Ley.

“Ni una idea que no sea sagrada comunicación con Dios.

“Ni una palabra que no sea soberano decreto.

“Ni una acción que no derive de la vivificante regla de la *Palabra*.”

“De lo contrario, nuestros deseos serán falsos, porque vienen de nosotros mismos.

“Nuestros pensamientos son vagos y están corrompidos por la adulteración.

“Nuestras palabras ineficaces, porque las embotamos en ociosas conversaciones.

“Nuestras acciones insignificantes y estériles, porque derivan de nuestras palabras”.

La más hermosa lección de perfeccionamiento espiritual nos la da el *Bhagavad Gitâ* al decir:

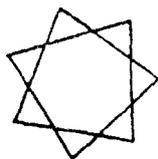
“Sumerge tu pensamiento en Mí; sé Mi devoto; sacrifica en Mi honor; póstrate ante Mí. De este modo llegarás a Mí”.

Y la oración dominical dice:

“Hágase tu voluntad así en la tierra (nuestra naturaleza material) como en el cielo (nuestra naturaleza espiritual)”.

Estas y otras parecidas enseñanzas no tienen nada de nuevo, pues las dieron ya los antiguos rishis y munis, Confucio, Zoroastro, Buda, Cristo, Mahoma, Platón, Lutero y los más insignes reformadores. Están expuestas en sermones, libros, apólogos y leyendas. Todos las oyeron o leyeron aunque pocos las escucharan y entendieran y menos aún las practicaran. Fácil es aprenderlas, difícil comprenderlas y divino practicarlas. Las supremas verdades espirituales no pueden percibirse intelectualmente, ni el raciocinio del hombre semi-animal comprender su importancia. El hombre terreno sólo puede vislumbrar los ideales perceptibles a su visión espiritual en momentos de aspiración, para elevarse lentamente al divino plano, según vaya teniendo menos animalidad y más intuición y comprenda que la bondad no ha de servir para recabar

favores del cielo y asegurar la vida puramente animal, sino que por el perfeccionamiento moral se diviniza el hombre y se convence de su existencia inmortal. Supremas energías laten en los hombres inferiores. Son los atributos del alma espiritual que en la mayoría no ha salido aún de la infancia, pero que alcanzará su plenitud en las futuras generaciones, cuando la humanidad desde una etapa superior deje atrás a nuestra época de ignorancia y miseria, en tanto que saboree los frutos de su progresiva evolución.



CAPITULO XI

LUZ

“HÁGASE LA LUZ”.
BIBLIA.

Forma, personalidad y sensualidad son muerte para el espíritu. La disolución de la forma, la pérdida de la personalidad y la impercepción sensoria lo libertan y restituyen a la vida. Las fuerzas elementales de la Naturaleza quedan esclavizadas por las formas en que residen, y sepultadas en la materia pierden su libertad de acción y sólo se mueven obedeciendo a los impulsos exteriores. Cuanto más se apeguen a las formas, más densas, compactas, pesadas, torpes y esclavas serán. La luz y el calor fluyen libremente de planeta en planeta, donde los absorben las formas, y cristalizados en la materia, dormitan en árboles, bosques y minas de hulla, hasta que los liberta la lenta descomposición de la forma, o bien la rápida acción del dios del fuego. Las olas de mares y lagos juegan alegremente en la playa y escupen gozosas su espuma sobre las ociosas peñas. Las risueñas aguas del saltarín arroyo se deslizan por bosques y campos, retozando con las delicadas flores que brotan en sus márgenes. Sin temor se abisman en los precipicios, saltan en cascadas por las faldas de las montañas y se juntan, separan, unen, dividen y vuelven a separarse y unirse hasta afluir a los ríos, que al fin les dan algún reposo en el mar. Pero cuando llega el invierno y el rey Hielo las toca con su frigidísima mano, cristalizan en formas individuales en las que, privadas de libertad, como damas y caballeros de castillo encantado, dormitan hasta que el ardiente aliento de la joven Primavera rompe el hechizo y sus besos las vuelven a la vida.

Las leyes fundamentales de la Naturaleza son las mismas en todos los reinos, y el hombre no es excepción de la regla. Es un centro en cuyo torno han cristalizado formas inteligentes e ininteligentes. Sujetas al karma creado por dicho centro, están condenadas a morar en una forma, expuestas a los accidentes propios de las formas, y encadenadas a una personalidad quedan bajo el sufrimiento derivado de las inclinaciones establecidas por ella. Pueden sentir deseos cuya violencia intensifique la satisfacción y pasiones cuyo fuego más abraza cuanto más combustible consume. Pueden correr tras fugitivas sombras y confiar en halagadoras esperanzas que se desvanecen al tocarlas. Quedan sujetas a las tristezas que allanan las moradas, a temores vanos, a ilusiones que tan solo desaparecen al morir la forma. Como Prometeo encadenado a la roca, el espíritu está encadenado a una personalidad, hasta que despierta ya la conciencia de su hercúleo poder, quebranta sus cadenas y recobra su libertad.

No todos los elementos del hombre perfecto están contenidos en su forma material. La mayor parte de ellos trascienden al cuerpo físico que a los demás enfoca sin abarcar la esfera del espíritu, porque el alma es muchísimo mayor que la circunferencia de su

forma⁹³. Los elementos ultra-físicos están en íntima relación con los físicos, y aún cuando éstos desconozcan la existencia de aquellos se atraen y repelen mutuamente.

La mente es muchísimo más importante que el cuerpo. El pensamiento puede crear formas, pero no hay forma capaz de engendrar un pensamiento; y sin embargo, la substancia mental es invisible mientras no se reviste de forma. El aire es invisible y está dentro y fuera del cuerpo físico; y no obstante, es un elemento esencial para la vida del cuerpo, pues el hombre incapaz de respirar no viviría. El océano mental que baña al hombre es tan necesario para la vida del alma como el aire para la del cuerpo. No podrá respirar sin aire ni pensar sin mente. Lo externo influye en lo interno, lo interno en lo externo, lo de arriba en lo de abajo y lo ínfimo en lo supremo. El hombre que pueda sobreponerse a las circunstancias existirá por sí mismo y será un dios.

El espíritu no está preso en la forma, sino que la cobija. La forma no contiene al espíritu, pues sólo es su expresión externa, el instrumento a cuyas vibraciones responde y sobre él reacciona. Dice el Sohar Wajecae: “Todo cuanto hay en la tierra tiene su contraparte etérea más allá de la tierra, y por insignificante que parezca, nada hay en el mundo que no dependa de algo más elevado. Así que, cuando lo inferior actúa recibe la influencia de su antecedente superior”.

Los más insignes filósofos de la antigüedad enseñaron que la mente (*nous*) solo reconocía el *noumeno* y cobijaba al cuerpo físico, aunque los ignorantes creían que estaba dentro de ellos. Los filósofos modernos han llegado a conclusiones semejantes. Así dice Fichte:

“El verdadero espíritu que adquiere conciencia humana debe considerarse como un pneuma impersonal (razón universal) y la finalidad del perfeccionamiento humano ha de ser substituir la conciencia universal por la individual”.

Dice el Bhagavad Gitâ:

“El Supremo Brahma está fuera y dentro de todos los seres; a un tiempo es inmóvil y moviente... Aunque indiviso, entre todos los seres está distribuido... Es la Luz de luces que fulgura mas allá de las tinieblas. Es el conocimiento y el objeto y fin del conocimiento, el que reside en todos los corazones⁹⁴”.

La misma verdad enunció Jesús de Nazareth al decir:

“Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida⁹⁵”.

Y el más insigne instructor, Gautama el Buda, dice:

“Lo permanente nunca se mezcla con lo transitorio, aunque ambos son uno. Al cesar las apariencias perdura el único principio de vida que existe independientemente de todo fenómeno. Es el fuego que arde dentro de la externa luz cuando se consume el combustible y se extingue la llama; porque el fuego no está en la llama ni en el combustible ni tampoco dentro de las dos, sino encima, debajo y por doquier”.

⁹³ Por esta razón se llaman *mahatmas* (de *maha* grande y *hatma* espíritu), los hombres de elevado desarrollo espiritual.

⁹⁴ *Bhagavad Gitâ*-XIII-15-17.

⁹⁵ San Juan-VIII-12.

Este principio en que se apoya el reconocimiento de la verdad eterna es el Ego de cada ser humano, y quien logre conocerlo hallará su Cristo, porque no es el Jesús muerto, sino el Cristo vivo de los verdaderos cristianos, el viviente Salvador, la Divinidad que nacida en nuestra humanidad “permanecerá con sus discípulos” hasta la consumación de los siglos. El que una su alma con este Cristo, sea cual sea su credo religioso, será verdadero Cristo. Es el Logos de los griegos: el *Adam Kadmón* de los hebreos; el *Osiris* de los egipcios; el *Iswara* de los indos; el Camino, la Verdad, y la Vida; el Yo divino del hombre y el Redentor del genero humano⁹⁶.

Dice Hermes Trimegisto:

“El padre del hombre es el Sol (sabiduría divina); su madre las estrellas (luz astral); y su cuerpo las generaciones humanas”.

El hombre no está todo él encerrado en el pequeño círculo que circunscribe su vida terrestre. Quien ve al Padre en sí, reconoce la poca importancia de su yo personal. La vida de la personalidad consta de un número de años relativamente corto, pasados en las ilusiones del plano terrenal. La experiencia del hombre interno resulta de la esencia de muchas vidas terrenas, de las que entresaca lo útil y desecha lo inútil; porque la vida del hombre divino es eterna, universal, autoexistente e infinita. Quien una vez advierte la presencia de su Dios, se ríe de haberse creído un atadido de elementos semiconscientes de que el Ego se nutría si allí encontraba algo compatible con su naturaleza. ¿Qué es el poderío y esplendor de los reyes terrenales comparado con el hombre divino, el rey de los dominios del alma? ¿Qué es la absurda ciencia de la tierra, en comparación del conocimiento del hombre regenerado? Quien encuentra al Señor en su alma, bien puede renunciar voluntariamente riquezas, poder, fama, amor terreno y todas las ilusiones de la vida, si cabe llamar “renuncia”, al menosprecio. ¿Cómo es posible que quien jamás ha visto la imagen del verdadero Redentor en su corazón lo ame? Y quien una vez lo haya visto ¿como podrá dejar de amarlo y adorarlo con todo su entendimiento y toda su alma? Pero esto no lo entenderán quienes no se hayan sobrepuesto a sus limitaciones. Quienes lo entiendan se alegrarán y adorarán en silencio.

El que haya logrado sumergir los principios superiores de su alma en el Yo divino sentirá su poder en su corazón. El principio divino bautiza al alma con fuego, y quien recibe este bautismo queda ordenado sacerdote y ungido rey, y lleno de su influjo es el verdadero “vice-gerente de Dios”, pues por su mediación obra el poder supremo del universo. El reconocimiento de este principio da al corazón inefable paz, aquista el afecto de las gentes y derrama bendiciones sobre cuantos se acercan a él. Borra los pecados, porque transforma al hombre en impecable sin necesidad de perdón ni de consejo confesional, pues lee los más ocultos pensamientos, y su admonitiva voz resuena en el corazón que entiende el lenguaje de la conciencia. La facultad de estimar la potencia de este principio confirma la fe del hombre que reconoce la verdad de la que antes dudaba, y ya no puede errar porque lo alecciona la verdad misma. Se comunica al hombre que logra identificar con él su alma y resucita los muertos de espíritu, porque es inmortal e inmortaliza a quien se une conscientemente con él en indisoluble unión y toda la humanidad está unida invariablemente en él, sin que, so pena de morir, pueda separarse del todo ni la más mínima parte. El mundo en que este principio existe es la

⁹⁶ Dice a este propósito Angel Silesio: “Aunque Cristo haya nacido mil veces en Belén, si no ha nacido en tí, tienes el alma todavía ruin”.

esfera de la vida eterna. Es la verdadera e infalible “iglesia” de inderrocable poder, la iglesia verdaderamente universal, a cuya jurisdicción todo está sometido, porque nada puede continuar existiendo sin vida real. Sin embargo, es una iglesia sin denominación especial, que para la iniciación no exige otro estipendio que el abnegado sacrificio ni establece mas ritos y ceremonias que la crucifixión y muerte de la naturaleza animal. Paganos e infieles pueden entrar en ella sin abjurar de su credo, pues las opiniones se desvanecen ante la única verdad.

Pero este verdadero Cristo no es el del cristianismo vulgar, que hace mucho tiempo fue expulsado de los templos cristianos y substituido por un ídolo. Los mercaderes han vuelto a ocupar el templo del alma para sacrificar la sangre vital de los pobres en el altar de los dioses de madera, y cerrando los ojos a la verdad, adorar el oropel y disipar la riqueza de las naciones en la glorificación del ilusorio yo personal. Al verdadero “Hijo del Hombre” lo difaman todavía sus nominales discípulos, lo traicionan sus falsos amigos, lo atormentan las concupiscencias de la carne y le siguen crucificando cuantos no lo reconocen por único manantial de su vida, cuantos ignorantes y mentecatos no saben lo que hacen, ni que nada vale su vida si no está identificada con la del Cristo.

La hipocresía moderna profesa la religión del egoísmo y repudia el evangelio del amor. La humanidad se envilece al postrarse ante ídolos, cuando debiera erguirse digna y pura como reina de la creación. El alma humana todavía no ha despertado plenamente a la vida.

Busca un dios desconocido y no advierte que el verdadero Dios está siempre en sí misma y no hay otro aparte de El. Claman los hombres a Dios como si de fuera hubiese de llegarles, y sin embargo está aquí, allá y por doquiera, siempre a punto de manifestarse en el corazón que lo reciba.

Este desconocido Dios no se oculta a nadie, pues todos pueden reconocerlo y nace en el corazón de los que establecen condiciones adecuadas a su nacimiento. Así nace siempre en un pesebre, entre las fuerzas elementales y animales del hombre inferior. Nace en paraje humilde, porque el orgullo y la superstición son sus mayores enemigos, y más tarde morirá en los corazones hueros. La nueva de su nacimiento estremece de alegría al cuerpo físico, y los luceros del alma anuncian con gozosos cánticos el amanecer del día de la resurrección del celeste espíritu. Los tres magos de Oriente: *Espíritu, Alma y Materia*, representados por *Amor, Sabiduría y Poder*, rinden ante el pesebre sus ofrendas al recién nacido.

Si el rey del orgullo y de la ambición no logra expulsar al niño, empieza a crecer, y según va creciendo se manifiesta su divinidad. Discute con los poderes intelectuales en el templo de la mente, y los confunde con sus conocimientos superiores. Penetra misterios que la intelectualidad nacida de la percepción sensoria no puede explicar; y la vieja ciencia materialista, la helada sofistería, las encanecidas supersticiones, la rutinaria lógica basada en erróneos conceptos de verdades fundamentales ceden ante la reconocida sabiduría del niño dios.

En el desierto de los deseos materiales, le tentará en vano el diablo del egoísmo. No pueden desviarlo consideraciones personales, porque no es personal y no tiene anhelos personales. El “diablo” no le daría nada que ya no poseyera, porque es supremo y domina lo inferior.

Este principio es la primera emanación del Absoluto. El “Unigénito”, es decir, el engendrado únicamente del Padre y coeterno con El, pues el Absoluto se manifestó como *Padre* al propio tiempo que como *Hijo*⁹⁷. Es el *Verbo* viviente que encarna en todo hombre en quien el “Hijo de Dios” se manifiesta. Es el Ego divino del hombre, su contraparte virginal, etérea, sin ninguna de las Flaquezas propias de la forma. No es personalidad, pero se individualiza en el hombre y permanece en su esencia impersonal como principio viviente, omnipresente, incorruptible e inmortal. Es el arcano que confunde al entendimiento cuando razona de lo particular a lo universal y lo detiene sin esperanza de avanzar más, porque sólo el alma de vívidas percepciones espirituales internas puede contemplarlo con pasmosa admiración. Únicamente lo que de infinito e inmortal hay en el hombre es capaz de comprender lo inmortal e infinito.

Mientras que la errabunda inteligencia dude de la existencia de Dios, no podrá el hombre conocerse a sí mismo, pues sólo la clara luz de la razón despejada puede penetrar en las profundidades donde mora la divina sabiduría. La fe ciega es una confesión de ignorancia; la verdadera fe se basa en el convencimiento. Mas para convencernos de lo que no conocemos y de lo que no sentimos, hemos de reconocer su existencia. La conciencia, el conocimiento y la convicción de la existencia de una cosa nacen en el momento en que comenzamos a tener conciencia de ella. Aunque busquemos el dios interno, no podremos hallarlo por artificio, sino que hemos de ponernos en condiciones favorables al despertamiento de nuestra conciencia espiritual, eliminando de la mente predilecciones y prejuicios para que el principio divino despierte por la virtud de su propia gracia, que no es favor concedido por un dios injusto, antojadizo y personal, sino resultado de una libre voluntad que accede a sus propias peticiones. Tan imposible como germinar en roble la bellota metida en una piedra es que pueda conocer lo superior un hombre cuyo corazón esté henchido de deseos inferiores. Creer a ciegas cuanto declara un bonzo o sacerdote, es debilidad; mantener pura el alma de modo que la aleccione la misma sabiduría, es fortaleza; la convicción adquirida por medio del conocimiento del alma es la única fe verdadera.

Tennyson alude al *nacimiento* de la verdadera fe cuando dice:

“Si solo tenemos Fe, no tendremos conocimiento, y así dejemos que crezca el rayo de luz en las tinieblas”.

Cuando el rayo haya crecido, será conocimiento espiritual, idéntico a la fe viva.

Al despertar el principio divino en el hombre personal, siente el cuerpo nuevas sensaciones, el pulso late con vigor, las fuerzas animales agitadas en su “infierno” por la llegada del Cristo, redoblan su actividad, determinando dolores en diversas partes del cuerpo, de modo que el candidato a la inmortalidad experimentará físicamente un proceso análogo al martirio del Cristo crucificado⁹⁸. La infusión de nueva vida en el cuerpo causa necesariamente sufrimientos, hasta que los elementos inferiores quedan por completo subyugados y eliminadas las impurezas.

No hay salvación sin sufrimiento. Con dolor viene el hombre al mundo y el dolor acompaña su regeneración espiritual. Lo inferior ha de morir para que viva lo superior.

⁹⁷ San Juan. I.1. Hebreos, 1,3.

⁹⁸ Estos sufrimientos resultan del poder penetrante del espíritu que infunde vida nueva en la forma física.

Sólo quien haya sufrido las amarguras del mal gustará plenamente las dulzuras del bien. Sólo quien padezca el calor del día gozará de las brisas de la noche. Quien durante siglos haya vivido en tinieblas estimará el verdadero valor de la luz al entrar en su reino.

Lo que ocurre en el individuo sucede igualmente en la humanidad; pero lo que en unos cuantos individuos convenientemente dispuestos se cumple en pocos años, necesita en la humanidad largas edades.

Así dice Shakespeare:

“La mala hierba crece sin sol; pero la flor temprana señal es de fruta temprana”⁹⁹.

El infinito amor que irradia del centro del Todo desciende eternamente al corazón de la humanidad. La sabiduría divina no tiene voluntad independiente, sino que se somete a la voluntad del Padre. Cristo echa sobre sus hombros los pecados del mundo, porque limpio está de ellos quien ha recibido la verdad divina; y al transponer los límites de la ignorancia y la ilusión, ha quedado libre sin necesidad de personal provecho por su descenso a la materia, pues siendo perfecto no necesita de más perfección¹⁰⁰. Cuando el hombre advierte Su divina presencia no sólo reconoce sus propios males, sino también los sufrimientos de toda la humanidad, y entonces sufre por todos porque reconoce en Cristo el eslabón universal que a todos nos liga en armonioso conjunto.

Al convencerse el hombre de que su verdadera naturaleza es hija del eterno Dios, muere para lo inferior e intensifica la verdadera e inmortal vida del espíritu. Los rosacruces tenían por lema: *In Deo nascimur, in Jesu morimur reviviscimus in Spiritu Sancto*. Esto significa que sus almas nacieron de la fuente universal de todo bien; murieron para sus naturalezas inferiores al entrar en el cuerpo espiritual de Cristo, y lograron la vida eterna al bañarlos, iluminarlos y glorificarlos la divina luz de la verdad. Adoraban en el templo del *Espíritu Santo* de Sabiduría que penetra el alma del mundo, y lo simbolizaron por los unidos símbolos de *Mercurio* y la *Tierra*.

Esas ideas no son nuevas, ni siquiera acompañaron al advenimiento del moderno cristianismo, sino que son verdades eternas, tan antiguas como el mundo, representadas en fábulas y alegorías por todas las naciones. El “Antiguo Testamento” alegoriza la doctrina de la salvación en el Arca de Noé, que respectivamente figuran el mundo de la divina conciencia y el hombre espiritual. Solo se salvan los elementos del organismo psíquico que entran en el reino espiritual, y perecen los que no salen de su condición inferior.

Sobre las aguas del pensamiento flota la nave distribuida interiormente en varios aposentos. La *ventana* del conocimiento está abierta para que el hombre interno contemple el estrago de las aguas. El *cuervo* de la inteligencia sale en busca de tierra firme, pero no encuentra donde posar la planta y vuelve al área. La paloma del conocimiento espiritual sólo puede encontrar tierra enjuta en el reino del espíritu, y así vuelve con el emblema de paz, por lo que se disipan las dudas y el arca se convierte en templo que reposa en la cumbre del monte del conocimiento.

Bendito aquél cuya arca durante la vida terrena está impelida hacia el *Ar-ar-at* de la verdadera Fe, pues le será fácil sobrellevar con paciencia las penas de este mundo hasta

⁹⁹ *Otelo*. Final del Acto II.

¹⁰⁰ *Bhagavad Gitâ*. III-22.

que libre el alma de sus ligaduras vuelva a su morada del eterno reino, con abandono de las atracciones terrenas. ¡Cuán grandiosos y sublimes son los misterios de la verdadera religión! ¡Cuán superior el conocimiento del alma a la ciencia especulativa! ¡Cuán infinitamente grande el viviente espíritu de la verdad!

Quienes se apegan a las formas externas se apegan a una ilusión, y es enteramente perdido el dinero y trabajo empleado en convertir a un ignorante de una a otra forma de ilusión. La ignorancia transmutada en ignorancia es todavía ignorancia, pues un cambio de opinión no basta para dar el verdadero conocimiento, y la sabiduría no es el conocimiento ilusorio. Si un hombre tiene religión, poco importa el nombre que le dé ni la forma en que intente expresar lo que no es posible expresar en formas. El budista que ofrenda flores y frutos en el altar de Buda, cuya imagen adora como figurativa representación de un vívido principio que tuvo plena expresión en un personaje cuyo ejemplo desea imitar, está tan cerca de la verdad como el cristiano que ve en la imagen de Jesucristo la representación de su ideal supremo, porque no debe adorarse a la *persona* por mucha veneración que merezca, sino a la divina Sabiduría, sin cuya luz no hubiera sido Buda Gautama ni Jesús hubiera sido Cristo.

Mucho tiempo y trabajo se han malgastado en discutir si el fundador del cristianismo fue personaje de carne y hueso que floreció en Palestina en tiempo de Augusto y Tiberio, y si se llamaba *Jesús* o *Jehoshua*. Estas investigaciones podrán tener gran interés histórico, pero no importancia suprema para la salvación del hombre; porque la personalidad, aún de un Dios encarnado, no es más que una máscara, y el conocimiento ajeno no es nuestro propio conocimiento.

Dice Arnold en *La Luz del Asia*:

“Y en tí mismo has de encontrar la salvación”.

Juan Scheffer, conocido con el seudónimo de Angel Silesto, declara la misma verdad al decir:

“La cruz del Gólgota no podrá salvar tu alma si no la llevas en tu corazón”.

Las doctrinas del Jesús del Evangelio son más sublimes según se comprende mejor su secreto significado. Los relatos del Nuevo Testamento, respecto a Sus obras y milagros, que al observador superficial le parecen increíbles y absurdos, representan verdades eternas y procesos psicológicos, no tan solo propios del pasado, sino que también ocurren ahora en el reino del alma humana; y conforme el hombre se aproxima al verdadero Cristo vivo, se le van cayendo una tras otra las vendas de los ojos.

La teoría de la redención del hombre no data de la época en que se supone nació el Cristo histórico cuyo antetipo es Krishna. Los griegos alegorizaron la redención del alma en la fábula de Cupido y Psiquis. El (alma humana) disfruta cada noche (cada encarnación) las caricias de su divino amante *Cupido* (el Amor), cuya divina presencia reconoce y oye la voz de la intuición en su corazón; pero no se le permite todavía descubrir el origen de esta voz. Cuando el principio divino dormita y calla, desea el alma, movida de curiosidad, ver objetivamente a Dios, y encendiendo la lámpara de su inteligencia trata de inquirir críticamente la causa de su felicidad; pero entonces se oculta el principio divino y desesperada vaga el alma por el mundo mental inferior y por la esfera de las percepciones sensorias.

No puede concebir a Dios por el raciocinio desde el mundo material, y cuando ya está a punto de darse por vencida (entregar su voluntad) la salva el poderío del amor. Al perder su vida en el amor divino se une con Dios cuyos atributos conoce al identificarse con El.

El cristianismo no desterró del Olimpo a los dioses, sino que tan sólo deshizo las formas de que se habían revestido, pues eran representaciones alegóricas de verdades eternas. Las leyes de la Naturaleza son hoy las mismas que en tiempo de Tiberio, y el cristianismo solo mudó los símbolos, dando a cosas viejas nombres nuevos, de suerte que los ídolos paganos resurgieron en forma de santos católico-romanos.

Los poetas y prosistas modernos han representado las mismas verdades en diversas formas, como por ejemplo, Goethe en su magnífico poema Fausto, cuyo protagonista, a pesar de su poderoso talento y profunda erudición, no halla la verdad en parte alguna y exclama:

“Lo desconocido es lo único que nos importa conocer, porque de nada sirve a nuestro propósito lo que hasta ahora conocemos”.

Desesperado por la inutilidad de sus investigaciones intelectuales, pacta con el principio del mal, por cuyo influjo consigue riquezas, amor y poderío, gozando de cuanto pueden gozar los sentidos, aunque reconociendo intuitivamente que los goces egoístas no dan la verdadera felicidad. Ni el esplendor de la corte imperial, ni la hermosura de Elena de Troya, que a su evocación vuelve del país de las sombras, ni las orgías de la embrujada montaña en que se desenfrenan todas las pasiones humanas, satisfacen su deseo insaciable. Dueño de la tierra, ve que le falta poseer una choza y de ella se apodera sin preocuparse de la suerte de sus moradores. Pero nada le satisface, hasta que habiendo ganado por sus esfuerzos un trozo de tierra al mar, se recrea en la felicidad que los demás pueden gozar al recibir el beneficio de su obra. Este es el primer pensamiento inegoísta que arraiga en su mente, que le colma de felicidad, y en la contemplación de la dicha ajena muere su personalidad y se salva su individualidad.

El alma sabe que existe, pero no puede conocerse a sí misma por razón crítica, so pena de abstraerse de sí con pérdida de su unidad. El ojo sólo puede verse a sí mismo en el espejo. El bien se conoce después de haber experimentado el mal; a la sabiduría se ha de llegar a través de la ignorancia después de saborear el fruto prohibido. Un espíritu que todavía no haya tomado forma desconocerá la naturaleza de la libertad, pues para conocer las condiciones de la existencia es necesario encarnar en una forma ya no necesaria después de adquirido el conocimiento.

El deseo de existencia senciente encierra al espíritu humano en una forma percedera, y quien durante la vida vence el deseo de existencia personal, queda libre. El divino Buda, bajo el árbol de sabiduría y fija su mente en el encadenamiento de las causas, dijo:

“La ignorancia es origen de todo mal. De la ignorancia provienen las sankharas (tendencias) en su trino aspecto de acción, palabra y pensamiento durante la vida anterior del cuerpo. De las sankharas nace la conciencia relativa. De ésta nacen el nombre y la forma, que engendran las seis regiones (los seis sentidos). De éstas nace el deseo, del deseo el afecto, del afecto la existencia con su nacimiento, vejez, muerte, pesar, lamentación, sufrimiento, tristeza y desesperación. Disipada la ignorancia, se

desvanecen con las sankharas, su conciencia, nombre, forma, sentidos, contacto, sensación, deseo, afecto, existencia y consiguientes males. De la ignorancia brota todo mal. El conocimiento acaba con este cúmulo de miserias. El verdaderamente iluminado desbarata las huestes de ilusiones como el sol ilumina el cielo”.

El poder que acaba con el egoísmo y el sentimiento de personalidad es el mismo que motiva la existencia del hombre: el poder del universal amor; y cuanto más amplio sea éste, más débil será la conciencia de la personalidad.

Estimamos a un hombre según el grado en que anteponga los intereses generales a los particulares. Admiramos la generosidad, el altruismo y la benevolencia; y sin embargo, estas virtudes serían absurdas e inútiles si creyéramos que el supremo objeto de la existencia humana es la felicidad terrena, que consiste en la mayor suma de bienes mundanos. Dar es sufrir una pérdida personal; pero si el hombre lucha por el poder espiritual, será su ganancia el donar los bienes personales, porque cuanto menos le atraigan más libre quedará su alma. Dar con la esperanza de recompensa no sirve para este propósito, porque entonces se da un bien personal a cambio de otro. Es un comerciante apegado a sus riquezas que solo cede algo bueno a trueque de algo mejor.

Según su altruismo y poder espiritual, puede un hombre extender su influencia individual sobre una familia, una aldea, una ciudad, un país o la tierra entera. Todos desean tener esta influencia y procuran lograrla por medio de riquezas y posición social; pero esta influencia no es poder espiritual. Un necio puede ser papa, rey o millonario, y rendírsele las gentes por cuenta de su posición y riquezas, aunque menosprecien a la persona y adoren sus bienes como él mismo los adora y a ellos se sujeta cual humilde esclavo. En este caso mandan las riquezas y no el personaje, porque por sus riquezas le obedecen las gentes; y así, al perder posición o fortuna desaparece su personalidad, y los que se humillaron a sus plantas, le echan a puntapiés de su mesa. El poder espiritual de un hombre es independiente de toda condición externa, pues al virtuoso se le estima en proporción de las cualidades que se le reconocen, y el espiritualmente fuerte tiene poderosa influencia en cuanto le rodea.

Puede compararse el hombre a un planeta que gira en torno de su eje y alrededor de un sol invisible. En lo alto de su órbita está la luz; debajo las tinieblas. La luz de arriba y las tinieblas de abajo le atraen. Cuanto más se aparte del invisible sol de que la luz procede, tanto más se acercará a la sombra, y al llegar al punto en que cesen una u otra atracción, se elevará hasta el manantial de luz o se hundirá en las tinieblas. Sólo es posible pasar de la obscuridad a la luz y del mal al bien, mientras el hombre en sus giros alrededor de su propio centro no trascienda la órbita donde se equilibran la atracción de la luz y la de las tinieblas. Trascendida esta órbita, no hay regreso posible. Únicamente quien haya logrado el conocimiento de sí mismo será capaz de elegir libremente, pues conocerá la naturaleza de lo que elija. El ciego no tiene libertad de elección. El *pecado imperdonable* consiste en repudiar voluntariamente y con pleno conocimiento la verdad espiritual manifestada en el corazón.

En cierto sentido todos los pecados son imperdonables, *porque todos causan efectos que han de agotarse para cesar; pero si un hombre rechaza consciente y voluntariamente la Verdad que le haya revelado su conciencia íntima, demuestra con ello que prefiere deliberadamente el mal y que es de naturaleza maligna. El ignorante no es responsable de sus actos; pero quien conoce la verdad por íntima revelación y la rechaza, se condena a sí mismo. Sólo la verdad prevalecerá al fin, mientras que el mal perecerá en el mal.*

Por esto es peligroso el oculto conocimiento espiritual para satisfacción de la curiosidad científica antes de poseer la necesaria sabiduría para elegir únicamente la verdad.

CAPITULO XII

TEOSOFIA

“LIBRE ES AQUEL PARA QUIEN
EL TIEMPO ES COMO LA ETERNIDAD
Y LA ETERNIDAD ES COMO EL TIEMPO”

JACOBO BOEHME.

Tarea cuya dificultad han experimentado cuantos la intentaron es representar en formas lo eterno e intelectualmente incomprensible y describir en palabras lo inimaginable. Lo que no tiene forma no puede ser descrito en formas, sino tan sólo expresado en alegorías únicamente comprendidas por quienes abren su mente a la luz de la verdad. La tergiversación de las alegorías de los libros sagrados encendió guerras religiosas, llevó al tormento y a la hoguera a miles de inocentes, arrojó en la pira a las viudas indas y a los ignorantes bajo las ruedas del carro de *Juggernath*, y promovió sempiternas disputas entre doscientas sectas cristianas. Mientras la verdad une a los hombres en armonioso conjunto, su falsa interpretación origina discordias y males sin cuento.

A lo lejos, más allá del alcance de la imaginación humana, en el insondable abismo del espacio, inaccesible aún para el ángel más puro y el más alto entendimiento, está el refulgente *Ser*, existente de por sí, eterno, resplandeciente en su propia gloria, cuyo centro es descanso, paz y felicidad, cuyo corazón es el invisible Fuego y cuyos rayos son la Luz y Vida que llena los ámbitos del universo y penetra en todas las formas que a su influjo viven y crecen. Sus armoniosas vibraciones ondulan a través del espacio y alimentan a todo ser animado e inanimado con la substancia del Amor. Al chocar en el espacio con las dormidas formas de pensamiento del precedente día de creación, los divinos rayos de sabiduría las dotan de vida y las convierten en vivientes sistemas planetarios, enlazados por el poder del mutuo reconocimiento que se manifiesta en atracción y los guía en sus incesantes revoluciones. Al penetrar en el corazón de los animales establecen la sensación y la conciencia relativa, de modo que la forma pueda sentir, percibir y conocer lo que la rodea, provocando emociones e instintos. Al llegar a lo profundo del corazón humano encienden el fuego divino en cuya lumbre ve el hombre la imagen del refulgente *Ser* y lo reconoce en sí mismo.

Pero el lenguaje humano es incapaz de describir lo indescriptible ni hay palabras cuya combinación conceptúe lo que la limitada mente del hombre no puede concebir. En presencia del supremo e inconcebible ideal, la actuación del entendimiento cede su sitio al reconocimiento espiritual. “Las cosas secretas son del Señor”; es decir, que únicamente la sabiduría divina puede conocer lo divino, porque el conocimiento de Dios en el hombre, es la comprensión acabada de la verdad. La inteligencia es una función de que con el hombre participan algunos animales, pero la prerrogativa del hombre espiritual es reconocer en la íntima conciencia la presencia de la verdad e identificarse con Dios. Este íntimo reconocimiento de la verdad es la *Sabiduría divina o Teosofía*.

En la eterna y universal fuente de todo cuanto existe está contenido el *mágico poder* que alcanza a la creación de nuevos mundos. El conocimiento de este mágico poder es la

pedra filosofal, el *elixir de vida* o *panacea universal* que todos y en cualquier tiempo pueden hallar sin dispendio alguno, con tal que bien lo busquen. Sólo el hombre puede hallarlo, pues los animales inferiores no están todavía bastante adelantados para servir de vehículo a la manifestación de la divina sabiduría; pero quien por este conocimiento haya despertado a la vida, participa de sus atributos y es un templo vivo de Dios. El hombre en quien no se ha despertado el divino principio, no es más que un animal racional incapaz de poderes *mágicos* o espirituales.

Tienen razón desde su punto de vista los filósofos modernos que niegan al hombre poderes mágicos, porque el hombre que conoce la ciencia positiva carece de vida espiritual y, por lo tanto, de poderes espirituales. El verdadero hombre empieza a existir cuando reconoce la divinidad de su naturaleza.

Así los admiten los verdaderos filósofos. Dice Schopenhauer:

“Como consecuencia de la acción de gracia, se regenera el hombre tan por entero, que ya no desea lo que antes deseaba, y es, por decirlo así, un hombre nuevo”.

Y añade Eckarth:

“Dios está tanto en una astilla de madera como en el ser humano, con la sola diferencia que la astilla no conoce a Dios, mientras que el hombre puede reconocerlo en su propio ser”.

Todo tiene naturaleza trina, y así las alegorías de los libros sagrados tienen trino significado: exotérico, esotérico y espiritual. El vulgo docto e indocto sólo ve el aspecto exotérico, casi siempre tan absurdo, que debiera precaver el sentido común contra la interpretación literal de las fábulas.

A los que desean aprender se les puede enseñar, pero quienes se jactan de saber, repugnan toda enseñanza, y por esta razón los que presumen de legítimos depositarios de la verdad y maestros infalibles de la ciencia y la religión, suelen ser los últimos en reconocer la verdad.

¿Cómo entrar en el sendero? La vida está únicamente en la experiencia. En nuestro camino se interponen las estériles especulaciones de la ciencia petrificada, la filosofía mohosa y la teología marchita. La humanidad despierta de su letargo, les pide el pan de la sabiduría y le dan una piedra. La ciencia calla, responde en jerga incomprensible que todavía embrolla más las dudas. La teología amenaza al inoportuno investigador con anatemas y le ordena que se satisfaga con la fe ciega. Pero las gentes ya no se contentan con tales respuestas, ni les convence el subterfugio de que el conocimiento de la verdad es privilegio de pocos y que la multitud ha de permanecer ignorante. La sabiduría no ha de estar monopolizada por secta ni corporación alguna.

Si queremos entrar en el sendero de la vida eterna el primer requisito es:

CONOCER

Conocimiento es el resultado de percibir y comprender la verdad. Sólo podemos conocer lo que percibimos. Hay dos principales modalidades de percibir: ver y tocar. Cada una de estas modalidades es falaz por sí sola y únicamente cuando a la vez vemos y tocamos una cosa comprobamos su existencia.

Miles de años han pasado desde que la humanidad vio por vez primera los astros que el telescopio moderno acercó a nuestros ojos; y sin embargo, nuestro conocimiento de

estos cuerpos cósmicos y sus condiciones de vida no pasan de opiniones especulativas que acaso desvanezcan mejores medios de observación. Damos nombre a las substancias que nos descubre el microscopio; pero desconoceremos la verdadera naturaleza de los astros mientras no nos sea posible participar de su conciencia y experimentar las cualidades de la vida y caracteres encarnados en sus formas.

La humanidad ha sentido intuitivamente durante miles de años la presencia de lo Desconocido. Quienes sintieron la presencia del Espíritu universal, saben que existe. Generaciones tras generaciones han desaparecido de la tierra después de pasar la vida en inútiles esfuerzos para conocer objetivamente a Dios, cuyo poder sentían en su corazón sin poderlo ver cara a cara.

Si pudiéramos ver y tocar las cualidades exteriores de una cosa, las comprenderíamos, aunque desconociendo su interno carácter. Para conocer su espíritu es necesario penetrar su espíritu, y esto sólo puede hacerlo el espíritu del hombre y no los sentidos del cuerpo. Una vez despertado a la conciencia el principio espiritual del hombre, tiene atributos y funciones muy superiores a los del hombre externo. Percibe, ve y toca las internas cualidades de las cosas no perceptibles por los sentidos externos. Puede identificarse con el objeto observado y participar de su conciencia, identificándose con él por cierto tiempo hasta el punto de compartir sus sentimientos y sensaciones subjetivas.

Así, el amante participa de los goces y penas de su amada y se siente uno con el espíritu de ella aunque esté separado en la forma; porque el poder del amor alcanza el estado divino, todo lo llena y del corazón sale para penetrar en el corazón.

¿Qué nos impide amar y conocer todas las cosas, sino nuestros errores y aversiones? No vemos las cosas como son, sino como nos las imaginamos. Quien desee conocer todas las cosas, debe mirarlas con los ojos de la verdad; no debe pensar sugestionado por las apariencias, sino *abrir su mente al pensamiento de la Sabiduría divina*.

Para alcanzar el verdadero conocimiento hemos de ser capaces de recibir la luz de la verdad y eliminar de nuestra mente cuantos prejuicios hayan acumulado los falaces métodos didácticos de la civilización moderna. Cuantas más falsas sean las doctrinas aprendidas, tanto más difícil será abrir paso a la verdad, y tardaremos años en olvidar lo aprendido a costa de trabajo, dinero y tiempo. Dice la Biblia que hemos de volvernos niños para entrar en el “reino de los cielos”. Lo principal es *convencernos a nosotros mismos*, para comprender que hemos de ser los reyes del Universo. Esencialmente, el *Hombre es Hijo de Dios*, mucho mayor, sublime y potente que el insignificante, mudable y transitorio ser a que llama la antropología científica.

El *Hombre* que conoce su verdadera naturaleza puede enorgullecerse de su dignidad y poderío con tanta razón como el hombre terreno se avergüenza de su flaqueza. El verdadero hombre es un ser divino cuyo poder se extiende hasta donde alcanzan sus pensamientos; el hombre ilusorio es un compuesto de fuerzas semianimales, a cuyos caprichos y antojos está sujeto, aunque en su interior arde la chispa divina que le capacita para dominarlas, pero que en la mayor parte queda sofocada y desvanecida. El hombre verdadero es inmortal; el ilusorio vive unos cuantos años entre las falacias de la vida. El primero es consciente de su inmortalidad, el segundo se engaña con la

esperanza de que el favor de un Dios personal le permita llevar sus errores a la esfera en donde sólo domina la verdad¹⁰¹.

Hay tres clases de conocimiento: el útil, el inútil y el nocivo.

El conocimiento inútil es el apego a las ilusiones y falacias. No es verdadero conocimiento, aunque abarque mucho de lo que los países civilizados creen que es muy importante conocer. Ciertamente que la ciencia moderna ha levantado en parte el velo que encubre las maravillas naturales de la Sabiduría; pero como todavía desconoce los fundamentos de la verdad, está entreverada de ilusiones. Nuestros sistemas científicos fluctúan entre incesantes alteraciones, y lo que una generación admite como verdad inconcusa, lo rechaza la siguiente por error manifiesto. Las conclusiones científicas no dan verdadero conocimiento de las leyes fundamentales de la naturaleza, porque respecto a Dios, están basadas en la ignorancia; y así, por lógicas que parezcan las deducciones de falsas premisas, falsan han de ser también, pues la falsedad sólo puede engendrar falsedad.

Nada más erróneo que la afirmación de las especulaciones racionales, cuando entre otros absurdos y quimeras, dicen que la inteligencia es un producto de la material organización del cuerpo físico; que la vida es resultado de la acción mecánica de una fuerza ciega; que puede haber efectos sin adecuada causa; que la mente humana no traspone los estrechos límites de su cerebro; que la percepción humana no va más allá de la capacidad de sus sentidos; que la conciencia es resultado de la química acción de substancias inconscientes; que el hombre piensa, siente, quiere, imagina, ama y odia sin alma; que el conocimiento, la sabiduría, la percepción espiritual, la profecía, etc., resultan de las condiciones patológicas del cuerpo.

Mientras el hombre no conoce su verdadera naturaleza, toma por superiores los intereses inferiores. Los conocimientos científicos sirven con frecuencia tan sólo para explotar a los ignorantes y prevalerse de sus errores en la adquisición de bienes materiales, retardando de este modo el progreso espiritual del hombre, porque le intensifican el egoísmo, le mueven a adorar la materia y son por lo tanto inservibles para sus verdaderos y permanentes intereses.

Si la ciencia desea hallar los fundamentos de la verdad, debe ante todo reconocer la unidad del universo y advertir que el mundo manifestado en la naturaleza revela la verdad dimanante de la divina sabiduría. Este reconocimiento no puede resultar de argumentos y deducciones, sino tan sólo del universal amor equivalente a la verdad.

Así dice Angel Silesio:

“El amor es el camino más corto para llegar a Dios. La ciencia sigue una senda tortuosa y laberíntica”.

El conocimiento nocivo consiste en la erudición científica, sin la correspondiente percepción del aspecto moral de la verdad. Es conocimiento parcial, porque abarca sólo una parte de la verdad. El talento sin bondad es una maldición para el género humano. El conocimiento valedero ha de estar iluminado por la sabiduría, pues de lo contrario es peligroso. La tergiversación y abuso de la verdad son fuentes del mal.

¹⁰¹ Apocalipsis XXI-27.

La ciencia incompleta es peor que la completa ignorancia, y si el conocimiento no va acompañado de la sabiduría, resultará perjudicial y nocivo. La invención del fulminante, de la pólvora y la nitroglicerina ha causado grandes daños a la humanidad, no porque estas sustancias o la violencia resultante de su estallido sean intrínsecamente malas, sino por la perversa aplicación que les da la malicia o la ignorancia. Si todos los hombres comprendieran las leyes que gobiernan el mundo y las emplearan únicamente con buen fin, no tendrían malas consecuencias.

Uno de los más dañinos conocimientos es el llamado “religioso”, es decir, la adhesión a doctrinas teológicas, erróneas o mal comprendidas, sin asomo de genuina espiritualidad. Semejante conocimiento religioso es mojigatería, intolerancia e hipocresía, y está basado en el temor y no en la fe. Una religión sin el universal amor es absurda, porque el amor es el lazo entre el hombre y Dios. La fe sin amor es superstición; y sin embargo, esta fe muerta vocifera en demanda de sus derechos, como declaró Angel Silesio en esta frase:

“La fe sin amor mueve mucho estrépito, porque ya se sabe que cuanto más vacío está un tonel, mejor resuena”.

Si adelantamos un paso más e imaginamos talentos malvados y egoístas, capaces no sólo de usar explosivos y ponzoñas en daño ajeno, sino también de lanzar siniestros pensamientos a distancia y dejar voluntariamente el cuerpo físico para herir o matar a las gentes, convendremos en que los resultados serían funestísimos. Estos vedados conocimientos los poseen hombres de criminales instintos, según es notorio en Oriente y está comprobado por varios hechos, entre ellos los procesos contra la hechicería medieval. En nuestros días los científicos se burlan de estas cosas; pero los jurisconsultos, médicos y teólogos de aquella época estaban tan seguros de sus conocimientos, como de los suyos sin más talento que aquellos lo están los modernos. La sola diferencia consiste en que los de ayer reconocieron estos hechos y los explicaron mal; y los de hoy, desdeñan examinarlos y no dan explicación alguna.

El hombre está continuamente rodeado de influencias invisibles, y el *mundo astral* abunda en entidades y fuerzas que obran sobre el hombre, según sus buenas o malas inclinaciones. En el actual estado de evolución, el hombre tiene un cuerpo físico muy bien adaptado para modificar la influencia del plano astral y defenderse de *los monstruos abismales*.

La salud del cuerpo físico sirve de escudo; y además, por el acertado ejercicio de su buena voluntad puede el hombre concentrar el aura *ódica* que le circunda, de tal manera que lo abroquele impenetrablemente contra las influencias del mundo astral y sus habitantes; si por falta de salud, consumo de vitalidad o prácticas mediumnísticas disipa su energía protectora, se debilitará el escudo físico y no podrá protegerle de las fuerzas elementarias y elementales que alterarán el equilibrio de su mente y pronto o tarde se verá desnudo como los simbólicos *Adán* y *Eva*, y expuesto a irresistibles influencias. Esto les sucede a quienes faltos de moralidad anhelan conocimientos. Dotar a los ignorantes y débiles de poderes destructores, es como poner pólvora y cerillas en manos de un niño para que juegue.

Sólo la mente vigorosa y equilibrada juzga con acierto y penetra los misterios de la Naturaleza. “Tan sólo los limpios de corazón verán a Dios”. Quien llega a esta etapa no necesita buscar *adepto* que lo instruya, pues atraerá a las inteligencias superiores y le instruirán, como puede quedar él atraído por la hermosura de un animal o de una flor.

El arpa no suena de por sí, sino que obedece la mano que la pulsa, y cuanto más perfecto sea el instrumento más melódica será la música. Un diamante no produce luz; la refleja con fulgor proporcionado a su pureza. El hombre no crea los pensamientos ni las voliciones; es el espejo en que se reflejan los pensamientos del mundo; el instrumento en que se manifiesta la voluntad de la naturaleza; la perla que encierra una gota del océano mental.

El único conocimiento verdadero es el del Yo superior, que no distingue entre el *bien* y el *mal*, porque es la misma verdad. Quien coma el fruto del árbol del conocimiento ilusorio perecerá, porque al adherirse a la ilusión del yo inferior, muere para su naturaleza espiritual y se convierte en ilusión.

“Si coméis del árbol del divino conocimiento, moriréis”¹⁰², es decir, vuestra personalidad morirá absorbida por la experiencia de que el yo inferior es nada y Dios lo es todo en vosotros. Al morir vuestra personalidad no seréis dioses, pero sí tendréis ilimitada e imperecedera potestad en Dios.

¿Cómo alcanzar el verdadero conocimiento? Por la posesión de la verdad, que está en todas partes y por doquier nos rodea, siempre dispuesta a manifestarse en nosotros, con tal que estimulemos su manifestación. La sabiduría no requiere otro maestro que la misma sabiduría. Levantad a ella vuestra alma y descenderá para llenar vuestro corazón. Quien sube a la cima de una montaña no pide a nadie aire puro, pues aire puro le rodea por todos lados. El reino de la sabiduría es ilimitado, y a la mente receptiva no le faltará gracia divina que alimente sus santas aspiraciones.

La escuela en que el ocultista se gradúa tiene muchas aulas, y cada una representa una vida. Las vacaciones pueden llegar antes de aprender la lección, y olvidar entretanto lo aprendido; pero siempre queda la impresión, fácil de recordar nuevamente. De aquí los variados talentos de que están dotados los hombres y sus tendencias al bien o el mal. No se pierde ningún esfuerzo. Toda causa tiene su efecto, y no se conceden favores ni hay injusticias, porque la ley de justicia, ciega al cohecho y sorda al soborno, distribuye a cada cual lo que le corresponde según sus méritos; y quien no desea egoísta recompensa ni teme cobardemente el castigo, sino que ama el bien por el bien, se identifica con la ley en cuyo equilibrio halla el *Poder*.

El segundo requisito es:

QUERER

Si no queremos recibir la verdad, no la recibiremos.

Los hombres creen que aman la verdad, pero pocos la desean por sí misma. Aman las verdades agradables y repugnan las amargas. Se acepta cuanto lisonjea la vanidad y está de acuerdo con la opinión corriente; pero las verdades desconocidas suelen recibirse con asombro cuando no se rechazan con descreimiento. Los hombres se asustan de lo que no

¹⁰² Génesis, II-17.

conocen; y como no conocen la verdad, temen recibirla. Piden a las nuevas verdades el salvoconducto, y si no llevan el sello de alguna renombrada autoridad, las diputan por bastardas y se oponen a su propagación.

¿Cómo aprenderemos a amar la verdad? Aprendiendo a conocerla.. *¿Cómo la conoceremos?* Aprendiendo a amarla. El iluso exige pruebas positivas, pero el sabio no pide otro testimonio de la verdad que su propia revelación. No puede haber diferencia entre el *conocimiento* especulativo y el práctico; la pura especulación no es conocimiento, pues necesita ir acompañada de la experiencia. Quienes anhelan la verdad deben practicarla, ya que la especulación sin práctica es quimera.

El hombre no puede desear lo que no conoce. *¿Cómo podremos amar una cosa si no sabemos que existe?* *¿Cómo podremos conocer su existencia sin experimentar su presencia?* *¿Cómo experimentar su presencia sin gozarla?* *¿Cómo gozarla sin amarla?* Ni la inducción ni la deducción nos darán el conocimiento de la verdad. Tan sólo la divina razón puede manifestarla en nosotros.

Conocer la bondad de una cosa equivale a desearla, porque tanto en la constitución interna del hombre como en la de los planetas, rige la ley de atracción a lo bueno y de repulsión a lo malo. El intenso deseo de ser bueno mueve al hombre a cumplir buenas acciones, y las vivas ansias de ser malo le llevan a perpetrar actos criminales. El hombre es producto de sus pensamientos y acciones. Si piensa y obra bien será bueno; si al contrario, malo. En el orden oculto, *querer* equivale a *sentir*, porque cuando la voluntad se entrefunde con la conciencia espiritual, siente y percibe su objeto. Conocer, querer y actuar son, en el último término, idénticos, porque sólo podemos querer lo que conocemos y sólo podemos conocer lo que experimentamos y sentimos.

El único medio de lograr el conocimiento práctico de las verdades espirituales, es la práctica de la verdad, o sea el despertar de la conciencia íntima al reconocimiento de la verdad en nosotros existente. Tan sólo la mente purificada de todo deseo egoísta y movida por la firme determinación de aprender la verdad, está preparada para entrar en el templo de la sabiduría. Siempre que por egoísmo, por satisfacer ajenos caprichos o por cualquier otra consideración personal, consentimos en algo que nuestra razón y nuestra conciencia nos representan como injusto, por insignificante que sea, debilitamos nuestra voluntad.

El hombre está sujeto con mil cadenas al reino de las ilusiones, que se le aparecen en seductoras formas, y si las ahuyenta, cambian de máscara y le asedian de distinto modo. Pero las cadenas que aherrojan al hombre las forjan sus propios deseos, pues el vicio no es superior a su voluntad, y lo abandonará tan pronto como en vez de apegarse a él se levante virilmente y lo arroje de sí. El medio de obtener sin esfuerzo activo lo que deseamos, es *no desear* sino lo que el divino espíritu desea en nuestro corazón.

El tercer requisito es:

OSAR

Hemos de atrevernos a eliminar nuestros bajos deseos, en vez de aguardar ociosamente que de por sí se consuman. Hemos de extirpar los perniciosos hábitos, los malos pensamientos, las consideraciones egoístas, todo cuanto nos impida conocer la verdad.

Hemos de decidarnos a vencernos a nosotros mismos y al mundo, como imparciales espectadores ajenos al espectáculo, no por estúpida indiferencia ni lúgubre resignación a los decretos del hado, ni por pesimismo ni misantropía, sino por haber trascendido las frivolidades de este bajo mundo y vislumbrado las bellezas del mundo superior. Hemos de vencer nuestra ignorancia, afrontar el ridículo de los necios, las injurias de los fanáticos, la altanería de los presuntuosos, el menosprecio de los pedantes y la envidia de los ruines. Proclamemos la verdad cuando convenga y no respondamos a las burlas del bellaco¹⁰³. Afrontemos la pobreza, el sufrimiento y la soledad, sobrepongámonos a cuantas calamidades nos asalten y obremos en todas circunstancias de acuerdo con nuestro elevado concepto de la verdad.

Fácil sería todo esto si la voluntad del hombre fuera libre y dueña de sí y no estuviera ligada al deseo; pero la libertad del hombre es relativa, porque aunque tenga albedrío para obrar, siempre le mueve a ello la sabiduría interna, pues el que sabe y conoce quiere lo que personalmente no desea y rechaza los estímulos de su naturaleza inferior.

La acción liberta la voluntad y cada acción desinteresada la robustece e intensifica.

Sólo hay una ley divina y una divina voluntad; la voluntad de la sabiduría divina. Quien se sujeta a la ley cumple la voluntad de Dios. El que a ella se opone podrá prevalecer transitoriamente por la fuerza de su voluntad personal; pero al fin quedará aplastado por la infinitamente más poderosa voluntad de Dios.

Obedece a la ley y serás tu propio dueño y señor de todo.

Tres métodos hay de fortalecer la voluntad:

1º Violentar nuestros apetitos y cumplir tareas ingratas y penosas. Este método prevaleció en Occidente durante la Edad Media y lo practican hoy en Oriente los faquires y ascetas de vulgar linaje. Con su auxilio pueden las gentes predispuestas a la hechicería fortalecer su voluntad lo suficientemente para dominar a los elementales inferiores e influir telepáticamente en hombres y animales. Consiste en soportar con indiferencia los sufrimientos; y según relatan los viajeros, estas prácticas llamadas del *hatha yoga* han llegado en Oriente a extremos de absurda extravagancia. Pero aunque este método fortalezca la voluntad, no desarraiga, sino más bien intensifica el egoísmo. Debidamente considerado el asunto, vemos que las gentes entregadas a tales prácticas no combaten sus deseos, puesto que su deseo es lograr poderes personales.

Por lo tanto, las torturas y maceraciones son peor que inútiles para el superior enaltecimiento del alma.

El valor estoico ha sido admirado por doquier y se basa en la vanidad personal. El indio rojo se jacta de su indiferencia para el dolor físico; el fakir se atormenta para fortalecer su voluntad; el soldado ansía demostrar su desprecio del peligro y medir sus fuerzas con las del enemigo. Pero hay acciones cuyo cumplimiento requiere valor de más alto linaje. En el plano físico no se necesita más que un momentáneo impulso de ambición para realizar una hazaña; mas para dominar las emociones es preciso un continuo y no interrumpido esfuerzo, más fatigoso aún porque depende enteramente de nuestra

¹⁰³ Proverbios: XXXVI, 4.

voluntad sostenerlo o aflojarlo, y si lo relajamos de modo que se desenfrenen las emociones, resultará el deleite sensual.

2º Reprimir nuestros pasionales deseos por temor de las dolorosas consecuencias de quebrantar la ley. Esta es la clase de moral corriente en el mundo, fundada no en el reconocimiento de la verdad, sino en la cobardía que renuncia a un placer con la idea de disfrutar otro mayor, pero igualmente egoísta.

Para cumplir hazañas morales no basta el valor estoico, sino que es indispensable el valor *teosófico*, esto es, el valor de cumplir con nuestro deber porque es tal deber sin ninguna otra consideración.

3º Por lo tanto, el mejor método de fortalecer la voluntad es vencer nuestros deseos inferiores por el reconocimiento de la verdad, sin ningún propósito egoísta, y sacrificar no sólo nuestros deseos sino toda nuestra naturaleza inferior en el ara de la divina sabiduría, cuyo altar se alza en el templo de nuestro corazón, sin perjuicio de cumplir con los deberes de la vida ordinaria. Si nos retiramos al íntimo santuario, quedarán fuera todos los deseos sin poder penetrar en el sagrado recinto. Se necesita extraordinario valor para obrar en toda circunstancia con obediencia a la ley. Podrá durar mucho la batalla; pero cada victoria robustecerá la voluntad, cada acto de sumisión a la ley acrecentará su poderío, hasta que acabado al combate queden tendidos los muertos deseos en el campo de batalla, como cadáveres expuestos a la disgregante acción de los elementos, de entre los que surja el águila espiritual y remonte el vuelo hacia el sol para gozar la serena tranquilidad del reino etéreo.

El fuego purifica los metales y el sufrimiento purifica el espíritu. Cuando se enfría la masa derretida observamos su grado de purificación, y una vez vencidas las emociones, cuando la paz sigue a la lucha, descansa el espíritu para contemplar la hermosura de la verdad eterna. En vano los hombres intentan oír la voz de la verdad en el entrechoque de los deseos y opiniones. Sólo puede oírse en la calma que sigue a la tormenta¹⁰⁴.

El cuarto requisito es:

SILENCIO

Esto significa que no debemos consentir que ningún deseo hable en nuestro corazón, sino la voz de la verdad, que como celosa matrona no tolera rivales. Quien elige a la sabiduría por esposa espiritual ha de entregarse a ella de todo corazón y arrojar a las concubinas del tálamo nupcial de su alma. Ha de revestirla con la pureza de su afecto y adornarla con el oro de su amor, porque la sabiduría es modesta y no se adorna a sí misma, sino que espera que su amante la adorne. No se la compra con dinero ni con promesas; su amor sólo se gana con actos de devoción. La ciencia es la doncella de la sabiduría, y el que corteje a una será rechazado por la otra; pero el que sacrifique todo su ser a la sabiduría quedará unido a ella.

Dice el Bhagavad Gitâ:

“Quien piensa de continuo en Mí sin divertir su mente a ningún otro objeto, Me halla. Fácilmente Me halla en todo tiempo la constante devoción a Mí”.

¹⁰⁴ *Luz en el Sendero*, por Mabel Collins.

El místico cristiano e iluminado vidente, Jacobo Boheme, expresa la misma verdad en el siguiente diálogo:

Discípulo: “¿cómo alcanzaré la vida suprasensoria, en que pueda ver y oír al Supremo?”

Maestro: “En tí mismo, y si durante una hora acallarás tus deseos, oirás las inefables palabras del Supremo. Si tu voluntad y tu yo callan en tí, la percepción de lo eterno se manifestará por tí; Dios oirá y verá y hablará por tí. Tu oído, deseo y vista te impiden ver y oír al Supremo”¹⁰⁵.

Estos consejos son idénticos a los que se dan para la práctica del *raja yoga*, en que los ascetas orientales unen su mente con lo arrúpico e infinito. Las ceremonias religiosas sirven para elevar la mente a la región arrúpica, y el legítimo objeto de todo sistema religioso no puede ser otro que enseñar el método de alcanzar este estado. Las iglesias no merecen tal nombre, que significa *unión espiritual*, a menos que sean escuelas prácticas de unión con la eterna fuente de vida. Pero es más cómodo distraer la mente hacia las multiformes atracciones del mundo físico y adorar formas externas, que entrar en el silencio, donde al principio sólo se oye el eco de nuestra voz. Es más cómodo abandonar la mente a los pensamientos que la asalten, que cerrar las puertas del alma al que no lleve estampado en su forma el sello de la verdad. Por esta razón, la mayoría de las gentes prefieren las ilusiones de la vida temporal a las realidades de la eterna, y la ignorancia al conocimiento de la verdad.

Estar silente significa no escuchar dentro del corazón otro lenguaje que el de Dios, es decir, *escuchar la voz de la Sabiduría divina que habla en el corazón*¹⁰⁶.

Quien aprenda a conocer, querer, osar y callar hollará el verdadero sendero de la vida inmortal; pero cuantos actúen tan sólo en el mundo sensual, o concentren su mente en las afueras del mundo intelectual, ni siquiera comprenderán el significado de estas palabras.

Los libros orientales dan varios consejos respecto a la práctica del silencio y de la meditación interna; pero todos a una enseñan a concentrar la conciencia superior en su propio centro.

El *Upnekhata* da los consejos siguientes:

“Respira profundamente y despacio, y concentra fijamente la atención en medio de tu cuerpo, en la región del corazón. La lámpara de tu cuerpo quedará así protegida contra el viento y la turbación e iluminará tu cuerpo. Retrae los sentidos hacia dentro como la tortuga recoge sus miembros en la concha. Entra en tu corazón y guárdalo para que Brahma entre en él como fuego o relámpago. En medio del fuego de tu corazón arderá una llama centro es *Atma*.

Herocarcas, abad del convento del monte *Athos*, dio a sus monjes las siguientes reglas para adquirir la clarividencia:

“Recógete en tu aposento, cierra la puerta, siéntate y concentra tu atención en la región del ombligo y procura ver con él. Sume la conciencia en el corazón donde reside el centro del

¹⁰⁵ Jacobo Boehme: *Escritos Teosóficos*, Libro VI.

¹⁰⁶ Blavatsky: *La voz del silencio*.

poder. Al principio encontrarás obscuridad, pero si continúas días y noches sin cansancio, verás luz y experimentarás cosas indecibles. Cuando el espíritu reconozca su centro en el corazón, sabrá lo que jamás ha sabido, y nada se le ocultará ni en los cielos ni en la tierra”.

Comparemos estos consejos con los que da un iluminado analfabeto que nunca oyó hablar del *Upnekhata* ni del abad Herocarcas, pero que ve las cosas interiores. Dice así:

“Enfoca tus pensamientos en el centro de tu ser, y allí encontrarás un germen que, si continuamente lo nutres de pensamientos puros y santos, crecerá con poder que se extienda y ramifique por todo tu cuerpo. Tus manos, pies y todo tu cuerpo estarán *vivificados*, un *sol* aparecerá en tu corazón e iluminará tu ser. En esta luz verás el presente, el pasado y el futuro, y con su ayuda alcanzarás el verdadero conocimiento de ti mismo”.

El hombre es una creación mental que penetra en el océano de la Mente. Si su alma está en perfecto acuerdo con la verdad, se unirá con ella. Un músico experto no necesitará del cálculo científico para saber si las vibraciones de una melodía están o no a tono. Quien esté unido a la verdad se reconocerá en el espejo de todas las manifestaciones externas de la verdad.

El supremo poder mágico de la naturaleza es la *Sabiduría* resultante de la trínica unión de la *Inteligencia*, la *Voluntad* y la *Ley*. Es el supremo ideal del hombre, así como el mayor poder del alma es hablar con palabras de sabiduría, y el mayor poder del hombre físico es concretar estas palabras en acciones.

Todas las formas de la Naturaleza simbolizan una idea y representan signos, letras o palabras cuya serie forma un lenguaje. La naturaleza es, por lo tanto, el divino lenguaje en que la Mente universal expresa sus ideas, y será capaz de interpretarlo la mente individual desarrollada hasta tal punto de perfección, que sirva de instrumento a la suprema Inteligencia. Los más profundos misterios de la Naturaleza descubrirá quien con mente perfecta comprenda su lenguaje.

Este lenguaje entraña la radiación de la esencia de las cosas al centro de la mente humana y desde este centro al océano universal. El hombre puro es imagen y expresión del supremo poder espiritual capaz de reflejar y reproducir la verdad suprema en su pureza original, por lo que la palabra del hombre debe ser perfecto eco de las impresiones que recibe de la esfera de la verdad eterna; pero el hombre vulgar, sumergido en la materia como resultado de una combinación de principios en escala inferior de evolución, recibe refractados los puros rayos originales y sólo puede reproducirlos en condición imperfecta. Se ha desviado del sol de la verdad, y como lo ve a distancia, le parece una estrella de ínfima magnitud, casi perdida de vista. Todo tiene nombre en la Naturaleza, y quien sabe llamar cada cosa por su verdadero nombre, puede evocar la existencia de las formas. El verdadero nombre de una cosa es su carácter, la expresión total de sus potencias y atributos; y manifestar la verdad en una cosa por el espiritual poder de la viviente palabra equivale a evocar su existencia. Esto no se consigue por medio del lenguaje externo, sino por el viviente poder del espíritu del que es mero símbolo y forma la expresión externa¹⁰⁷.

¹⁰⁷ “Hay tres órdenes de palabra (*vach*) cada uno más interno que el precedente; y cada orden comprende tres elementos: el significado, el pensamiento y la expresión fonética”. Subba Rao, *Conferencias sobre el Bhagavad Gitâ*.

Sólo hay un genuino lenguaje interno para el hombre, con símbolos naturales inteligibles para todos. Este lenguaje interno es el antecedente del lenguaje externo. Su origen es la radiación de la primera causa, la unidad que entrefunde a todos los hombres; por lo que si la irradiación original del rayo supremo existiera en todos los hombres en su primaria pureza, todos entenderían el mismo lenguaje. Hay también un lenguaje externo que es perfecta expresión del interno, aunque pocos lo entienden y nadie puede aprenderlo por reglas artificiales. El lenguaje interior alienta en el espíritu, mientras que el exterior es una sucesión de sonidos.

La clave del lenguaje interno es la divina *Palabra*; la del externo es la organización mental de las sociedades humanas. En su presente estado oye el hombre la voz que habla el lenguaje interno, y no la escucha; ve los símbolos sagrados y no los comprende; su oído está acostumbrado a enlazar ciertos sonidos con ciertos significados; pero no recoge las verdaderas vibraciones; entiende los libros escritos por mano de hombre y es incapaz de interpretar los jeroglíficos que expresan la verdadera naturaleza de las cosas.

Cada carácter tiene su genuino símbolo y verdadera forma expresivos de su naturaleza. Cada símbolo es una cosa representativa del carácter esencial de determinada fuerza; y por lo tanto, reconocerá este carácter quien conozca el lenguaje de la naturaleza, de la propia manera que un artista conoce el carácter de otro artista al ver sus obras.

Los hombres anhelan poseer un lenguaje universal, que no puede ser arbitrario porque resultaría más difícil de aprender que otro cualquiera. El verdadero lenguaje ha de expresar la armonía del alma con la naturaleza de las cosas; y mientras haya distintos caracteres nacionales y discordancia entre los hombres, será imposible el lenguaje universal.

Hay una trina expresión de la esencia divina: una palabra física, una mental y otra divina. La primera es el lenguaje de la naturaleza; la segunda el de la razón; la tercera el poder de Dios, que a un mismo tiempo es *pensamiento*, *palabra* y *acción* y entraña por lo tanto poder creador. Todo símbolo genuino y toda forma verdadera son imagen externa de su estado interno. Todo cuerpo simboliza un invisible poder, y el hombre, en quien laten poderes superiores, es el más noble símbolo de la naturaleza, la primera y más hermosa letra del alfabeto terrestre. Si fuese fiel a su divina naturaleza, su cuerpo sería luminoso y expresión perfecta de la belleza. Todo pensamiento tiene su expresión, y si no lo sabemos expresar por símbolos será porque no los conocemos. La palabra es expresión del pensamiento, y para que sea perfecta ha de expresarse perfectamente, porque si la expresión es falsa pierde el lenguaje todo su poder. En el actual estado de civilización, las palabras sirven generalmente para encubrir el pensamiento. La mentira entraña la pérdida del poder espiritual. Expresar pura y perfectamente el pensamiento es magia blanca. Herir artificiosamente la imaginación para forjar engaños es magia negra, hechicería, dolo y falsedad. Esta magia negra es corriente y diaria en todas las condiciones de la vida. Desde el sacerdote que sugestióna a sus fieles diciéndoles que posee las llaves del cielo, hasta el comerciante fraudulento y la muchacha que pesca marido con dentadura artificial y cabellera postiza. Todos abominan en público de estas falsías y muchos son los que a la callada las manejan con riesgo de matar la fe y la confianza y avivar la maldad en la nación donde prevalezcan, pues tanto el mal como el bien se acrecientan por el ejercicio.

El deber del hombre es practicar el mayor bien posible por su perfeccionamiento, y como su verdadera naturaleza es universal e ilimitada, sólo le cabe obtener el supremo bien trabajando en beneficio del mundo entero y no en su limitada personalidad.

De esta suerte se irá refinando cada vez más su naturaleza y la luz de la divina sabiduría iluminará su interior; pero si vive apegado al yo personal atraerá los principios materiales e ininteligentes de la naturaleza, y su constitución se irá degradando hasta que, incapaz de alzarse a la verdadera luz, quede metafísicamente petrificada y perdida en el mundo astral.

Al hombre se le conoce por sus obras, pues cuando convierte en acto el pensamiento lo expresa y registra en el libro de la vida. Toda mala acción degrada el carácter e incrusta metafísicamente el alma; pero las buenas obras disuelven las incrustaciones producidas por las malas y reponen el alma en su condición anterior.

El arrepentimiento es inútil si no le acompaña y sigue la enmienda. Es como la inflamación causada por una espina en la carne, que si no se arranca, levantará gangrena. Las obras del hombre son concreción de sus pensamientos. El motivo les da carácter y la voluntad vida.

Inútil es el propósito mientras no se cumple. Un signo, una letra o una palabra de nada sirven si nada significan. Todo símbolo representa una idea, pero ninguna eficacia tendrá para quien no sepa interpretarlo. Los más poderosos signos mágicos nada valen para quien no obra de acuerdo con su significado, mientras que para el ocultista, un punto, una línea o una figura geométrica pueden actualizar potencias espirituales.

Tratemos de explicar exotéricamente y esotéricamente algunos de los más importantes signos mágicos, aunque no sea posible expresar su íntimo sentido en lenguaje humano ni siquiera en el musical, pues el lenguaje tan sólo conducirá al lector a la región mental donde fuese capaz de percibir espiritualmente el significado oculto.



Pentagrama o Estrella de Cinco Puntas

Exotéricamente es una figura geométrica que por doquier se emplea como adorno o marca de fábrica. Las gentes crédulas y supersticiosas creyeron que dibujada en las puertas de sus casas los protegería contra hechiceros y brujas.

Esotéricamente es símbolo del hombre. Los cuatro triángulos inferiores representan las cuatro fuerzas elementales de la Naturaleza, y como las líneas de cada triángulo están íntimamente unidas o entrelazadas con las de los demás, todas ellas forman en conjunto una sola línea quebrada, sin claro alguno, de la misma manera que los cuatro elementos inferiores están íntimamente entrelazados con el quinto elemento o quintaesencia de las

cosas, situado en la cima de la figura, símbolo de la cabeza o asiento de la inteligencia humana.

El conocimiento espiritual de la Estrella de cinco puntas se identifica con su aplicación práctica. Es preciso dibujar la figura sin espacio abierto por donde entre en el centro del Pentágono el enemigo perturbador de la armonía. Ha de estar la figura siempre enhiesta, con el triángulo superior dirigido al cielo, asiento de la Sabiduría, pues la figura vuelta del revés denotaría malicia e ignorancia. Las líneas han de ser rectas para que los triángulos armonicen por su igualdad y no prevalezca anormalmente un principio contra otro. así los triángulos inferiores envían su esencia a la cima, asiento de la sabiduría, y la cima les proporciona poder y estímulo de crecimiento. Acabado el período de prueba y desarrollo, los triángulos quedarán absorbidos por el Pentágono hacia el centro, formando un cuadrado inscrito en el círculo invisible que une los vértices de los triángulos. Entonces se cumplirá nuestro destino.

El superior deber del hombre es conservar intacta la espiritual Estrella de cinco puntas. Lo protegerá en vida y lo salvará después de la muerte.

Es uno de los más importantes signos mágicos, y su aplicación práctica confiere al hombre mágico poder. Exotéricamente consta de dos triángulos enlazados de suerte que parte de uno cubra parte de otro, con el vértice de uno hacia arriba y el del otro hacia abajo. A veces le rodea un círculo o una serpiente que se muerde la cola, y a veces tiene una *tau* en el centro.



Doble Triángulo o Estrella de Seis Puntas

Su significado *esotérico* es muy amplio. Entre otras cosas simboliza el descenso del espíritu a la materia y la ascensión de la materia al espíritu, que perpetuamente se efectúa en el círculo de la eternidad representado por la serpiente, símbolo de la Sabiduría. La estrella tiene seis puntas aparentes y un centro oculto e inmanifestado, porque toda figura ha de tener su centro.

Pero ¿quién describirá con palabras el oculto y universal significado espiritual de la estrella de seis puntas y su centro invisible? ¿Qué entendimiento abarcará las verdades y bellezas que simbolizan? Sólo quien experimente en su divina naturaleza el poder de este signo podrá aplicarlo prácticamente, y quien sea capaz de aplicarlo logrará la condición de adepto.

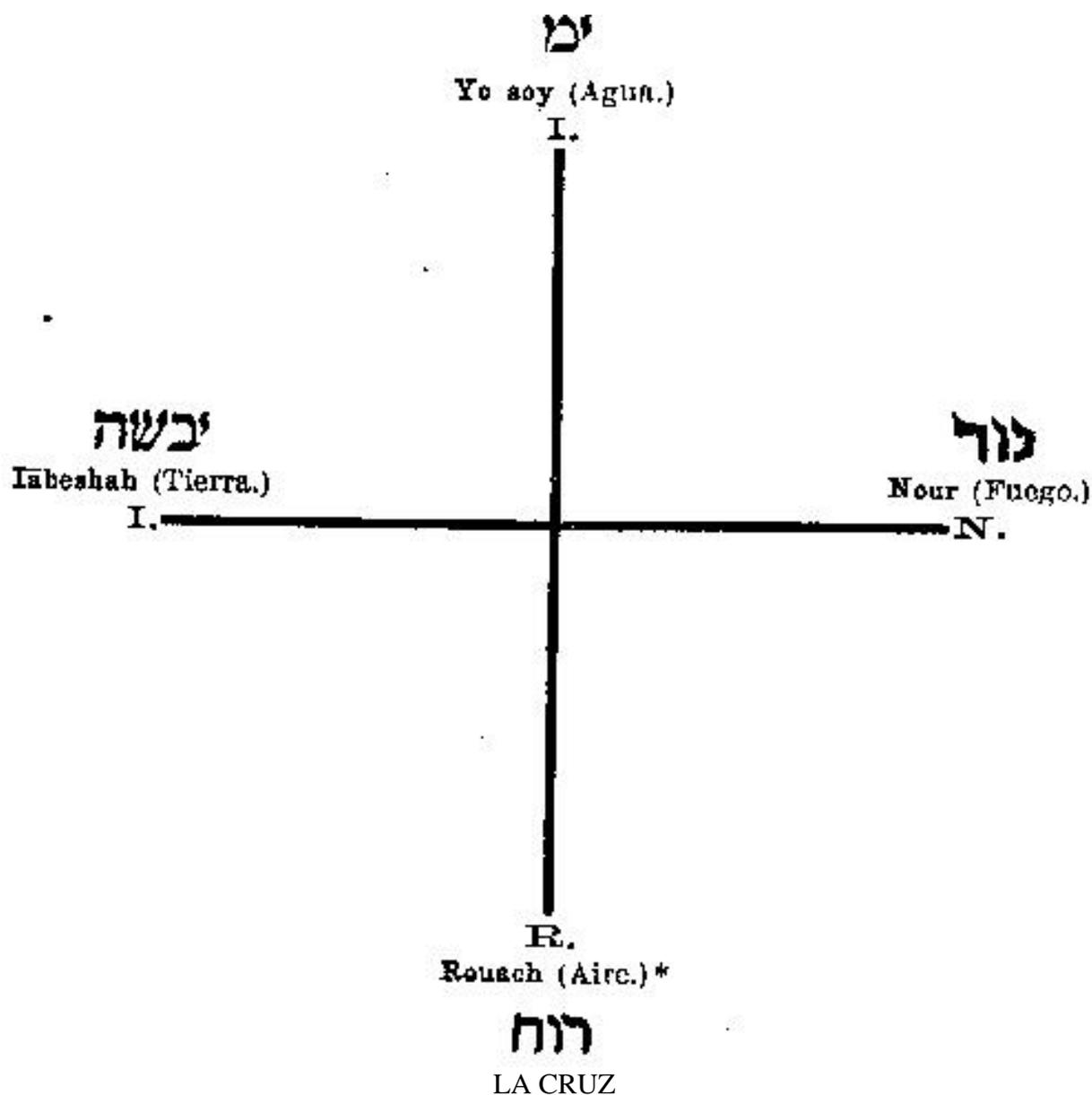
El conocimiento práctico de este signo equivale a conocer la naturaleza de Dios, las leyes de la Naturaleza eterna, la involución y evolución de la materia y el espíritu y como la oleada de vida pasa de planeta a planeta, empezando en la evolución del reino elemental para ascender sucesivamente a los reinos mineral, vegetal y animal, hasta convertir al hombre terreno en hombre celeste. Para quien no descubre en su corazón los divinos misterios de la Naturaleza, no existe la luz deslumbradora que brilla en el centro de la figura; pero el adepto ve en aquel centro invisible el gran Sol espiritual, el corazón del Cosmos, del que eternamente irradian amor, luz y vida. También ve los siete rayos primarios que iluminan la materia invisible y forma los visibles mundos en que hombres y animales viven y mueren y son dichosos o infelices según su condición. Ve cómo el aliento del centro invisible forma soles, estrellas, planetas y satélites, para reabsorberlos el día en que termine la creación de formas. Verdaderamente, la estrella de seis puntas es un potísimo signo mágico, y para comprenderla se necesita la sabiduría de Dios y la omnipotencia de *Vida* para aplicarla en su más amplio significado.

La *Cruz* cristiana exotéricamente es símbolo de tormento y muerte. La cruz aviva en las mentes piadosas el recuerdo de un suceso ocurrido, según se dice, en Palestina hace dos mil años; la crucifixión de un hombre noble, bueno y justo, encarnación de Dios.

Muy antiguo es el significado *esotérico* de la cruz, pues fue símbolo secreto miles de años antes de la *era* cristiana, y se la encuentra esculpida en las criptas de los templos de la India y Egipto. La cruz filosófica representa, entre otras cosas, la intersección de la materia y el espíritu en forma de cuaternario que, inscrito en el cuadrado, es la base del conocimiento oculto. El travesaño horizontal representa el principio animal, porque los animales inclinan la cabeza hacia la tierra. El hombre es el único ser del globo de estación perpendicular, y el principio divino que en él late lo mantiene moralmente erguido. De aquí que el trazo perpendicular simbolice su divinidad. La cruz representa al hombre que, por haber infringido la Ley, se transforma en instrumento de su propia tortura. Desde el principio de su existencia, como rayo del divino Sol espiritual, representó una línea perpendicular, trazada en dirección de la fuente originaria. Al separarse el rayo de la fuente y penetrar en la materia, se desvió quebradamente de la línea recta, dividiendo en dos la original unidad, con deseos opuestos a la Ley. Si el hombre vuelve a la obediencia de la Ley, recobrará su primitiva posición. Así, “tomar la cruz”, significa subordinar los deseos personales a la divina Ley.

Unicamente el hombre espiritual es capaz de conocer el significado prácticamente espiritual de la cruz; el que al encarnar en la materia quedó clavado en la cruz de los sufrimientos, las enfermedades y las tentaciones de la carne, y para recobrar la libertad ha de morir el hombre terrestre clavando sus deseos en la cruz de la ley para que viva el hombre verdadero.

En el tope de la cruz cristiana aparecen inscritas las letras I.N.R.I. que exotéricamente se leen: *Iesus Nazarenus Rex Iudeorum* y esotéricamente significan que la luz de la sabiduría divina es rey de todo conocimiento y ha de regir toda especulación intelectual a que tan aficionados fueron los judíos y lo son los filósofos modernos. Pero el sentido rosacruciano de estas iniciales fue: *In Nobis Regnat Iesus*,



(8) Véase J.R. Skinner: *Clave de los misterios egipcio-hebraicos*

En su aplicación práctica representa la cruz el reconocimiento de la verdad divina. Quien espiritualmente percibe, ve la viviente cruz en toda su gloria, enarbolada con celestial magnificencia en la cumbre del conocimiento. Allá, en la lejanía de los cielos, fulgura la luz que de su centro irradia iluminando las tinieblas con sus benéficos rayos. ¡Álzate, hombre, a la altura de tu dignidad, para comprender el significado de la verdadera cruz! No la cruz de madera, emblema de ignorancia y sufrimiento; no la reluciente cruz de bronce, emblema de vanidad, sectarismo y superstición, sino la verdadera cruz, fabricada con el oro purísimo de la luz de sabiduría que todo rosacruz lleva profundamente incrustada en su corazón. Esta cruz es el frondoso árbol de vida y conocimiento que protege contra el mal y lleva frutos de salvación e inmortalidad. Quien prácticamente conoce el verdadero misterio de la Cruz se relaciona con la suprema sabiduría y, adornado con la legítima cruz, queda libre de todo peligro. ¡Oh!, poder infinito de la cruz. En Tí la verdad se revela. Hundido en la tenebrosa tierra está

tu pie para enseñarnos la virtud de la paciencia. Alzas en la luz de los cielos tu corona para aleccionarnos en la fe. Levantados por la esperanza y tendidos por la caridad están tus brazos, y luz y fulgores te rodean. Eslabón tras eslabón circunda la cruz la cadena de la creación con sus mundos, formas e ilusiones; pero en el centro está la *Realidad*, que oculta la inestimable joya de la *Verdad*. Que el celeste rocío bajado de la cruz refrigere nuestros corazones y penetre en nuestros cuerpos y almas de modo que cristalice en formas. Entonces se disiparán las tinieblas de nuestra mente, se rasgará el velo de materia y ante nuestros ojos espirituales aparecerá el ángel de la verdad. Ciertamente que nadie podrá ser buen cristiano si no transporta a su alma el simbólico significado de la cruz: la revelación de la verdad.

Nuestra materialista época siempre está pronta a rechazar sin examen los símbolos del pasado, cuyo significado no comprende, porque no posee los tesoros que representan. Desalada en pos de goces materiales, pierde de vista la divina sabiduría y pospone las riquezas espirituales a inútiles fruslerías. El hombre va tras una sombra sin atender a su destino y cierra los ojos a la *Luz del mundo*. Dominado por el temor, se inclina ante el Moloch de la superstición e ignorancia, y locamente se arroja en los mortíferos brazos de una helada ciencia agnóstica; pero el sabio cuya previdente percepción transpone el estrecho círculo del ambiente material y el corto tiempo de su vida terrena sabe que es dueño de su destino. Levanta muy en alto la mágica y divina vara de su voluntad y apacigua las tormentas de su alma. Las fuerzas que contra él se rebelaban, sumisas le obedecen y cumplen sus mandatos. Anda seguro sobre las aguas cuya tranquila superficie oculta el abismo de la muerte, mientras sobre su cabeza refulge la espléndida constelación de la Verdad, Conocimiento y Poder, cuyo centro es la Ley y cuyos gérmenes laten en la conciencia espiritual de todo ser humano.

APENDICE

NUEVA GUIA DEL SENDERO PARA QUIENES DESEEN SEGUIRLO PRÁCTICAMENTE

1. Todo es Uno.
2. Todo está en tí.
3. La vibración de la Unidad produce la multiplicidad de formas y actividades del universo.
4. Si examinas razonadamente esta multiplicidad deducirás:
5. Que la vida, energía y substancia son dualidad.
6. Que todo propende a volver a la Unidad.
7. Y que todo deseo y, por lo tanto, todo sufrimiento deriva de la dualidad.
8. Aspira a la iluminación.
9. La felicidad es resultado de los goces que proporciona el logro de la iluminación.
10. Trasciende el estado material.
11. Porque el sufrimiento dimana de los goces experimentados en el estado material.
12. En el camino que va desde la Unidad en movimiento hasta el reposo, se halla el estado material que forja tus ilusiones porque te parece estar en reposo. De aquí tus dudas, pues lo miras como objeto de sus deseos. El esfuerzo por la unificación de la dualidad es la única fuente de tu voluntad, de tus deseos y de los goces a cuyo resultado llamas sufrimiento.
13. La materia es la puerta que da acceso a la espiritualidad.
14. Todo ha de pasar por esta puerta.
15. También la vida es la puerta que da acceso a la espiritualidad.
16. Todo ha de pasar por esta puerta.
17. La prolongada estancia en la materia y la detención en el viaje de la vida retardan el logro de la espiritualidad y demoran la unificación de la dualidad.
18. Ejercítate en el poder que lo sutil tiene sobre lo denso.
19. Fija la atención en la conciencia sutil superior a la densa.
20. Transporta esta conciencia a todos los planos de tu ser.
21. Realza tu cuerpo hasta que sea capaz de pensar, oír y ver.

22. Hazlo dócil instrumento de tu conciencia y poderío resultantes del conocimiento del Uno y de la unificación de la dualidad.
23. Vence el dolor que todo esto te cueste.
24. Cuando en tu corazón oigas el divino lenguaje; cuando el Rey gobierne en tu interior; cuando hayas atravesado agua y fuego y el espíritu sea vida de tu sangre, podrás decir: *Soy, voy y permanezco.*

INDICE

INTRODUCCIÓN

LA LEY ESPIRITUAL EN EL MUNDO NATURAL

Significado de Magia. El principio de Vida. La naturaleza espiritual del hombre. Magos y médiums. El hombre y el universo. El mundo interior. Dios, ciencia, religión y superstición. Místicos y misticismo. Verdad y ficción. Alegorías bíblicas. Conocimiento del alma y especulaciones del cerebro. El conocimiento interno y las teorías. El convencimiento por excelencia. Egoísmo. Los falsos *Egos*. Elementales. Gérmenes espirituales y su desenvolvimiento. Ascetismo. Visionarios y soñadores. La religión de sabiduría. Los “hijos de la sombra” y los “hijos de la luz”. Evolución espiritual.
..... 10

CAPITULO I

EL IDEAL

El ser ideal. Realización de los ideales. Verdad. Meditación. Plegaria. Dios se ruega a sí mismo. Revelación interior. El ideal universal. Cristianismo. Teósofos. Identidad de las revelaciones. Percepción de la verdad. Dominio propio. Intuición y deducciones lógicas. Los Adeptos. Ciencia falaz. La Naturaleza. La medicina del porvenir. La fe equivale a conocimiento espiritual. Substancia mental. Seres invisibles. Objeto y necesidades de la vida. Alquimia..... 23

CAPITULO II

LO REAL Y LO IRREAL

Esencia primordial. Ideas abstractas. Carácter y propósito. Reencarnación. El *Ego*. La conciencia antes y después de la muerte. El hombre espiritual. Existencia relativa. Irrealidad de las apariencias externas. Materia y movimiento. Conciencia. Existencia objetiva y subjetiva. El Desconocido. Imaginación. Percepción. La caída de Adán. Creación. Los sentidos internos. Estados mentales. Dualismo. Dios y los ídolos 32

CAPITULO III

FORMA

Creación de formas. Espíritu. Alma. Materia. Los siete principios. Los cuatro planos de existencia. La “resurrección de la carne”. Esferas y auras. Emanaciones psíquicas. Formas físicas y astrales. Elementarios. Materializaciones. Necromancia. Dobles. Apariciones. Fantasmas. Espíritus de la naturaleza. Gnomos. Sílfides. Ondinas. Salamandras. Seres espirituales. Espíritus planetarios. Emociones y su origen. Organización de las formas en los diversos planos. Demonios. Obsesión. Espíritus musicales. El Creador y sus criaturas. Hechicería. Apariencias astrales. Espiritismo. Cascarones. Espíritus de los muertos. Devas. Práctica inconsciente de los poderes mágicos. Protección contra los hechizos diabólicos..... 41

CAPÍTULO IV

LA VIDA

Voluntad y vida. Expresión del carácter. Quiromancia. Psicometría. Reencarnación del alma. Individualidad. Indiferenciación de forma y de carácter. Cambio de carácter. Cambio de propósito. El ideal realizado por sí mismo. Espiritualidad. La ilusión de separatividad. Aislamiento. Vampiros. Incubos y súcubos. Elementarios. Pasiones violentas. Cambio de deseos. El soñador y el práctico. Transferencia de vida. Suspensión de vida. Evolución. Elixir de vida **54**

CAPITULO V

ARMONIA

Armonía. La música de las esferas. La espiritualidad y la curiosidad científica. Unidad de la Ley. Variedad de formas. Karma. Concordancias y discordancias. Números. El número *uno*. Periodicidad. Cuadrados mágicos. El número siete. Amor y vida. Hombre y mujer. El verdadero matrimonio. Humanidad y divinidad. Inducción. Alimento del cuerpo físico. Nutrición del alma. Pecado, sufrimiento y su necesidad. Experiencia. Purificación. Organismo espiritual. Adoración. Meditación. Eficacia de la oración. Iluminación **61**

CAPITULO VI

ILUSIONES

Imaginación. Los dos mundos. El morador en el umbral. Razón y verdad. Ilusiones y apariencias. Prostitución de principios. Decaimiento del alma. La personalidad. El dinero. La propiedad. El amor. El celibato. Ilusión de la vida. Ciencia. Intelectualidad sin espiritualidad. Ambición. Poder. Fama. Autoridad. Temor. Duda. Remordimiento. Pecado. El “Cordero”. Obediencia. Razón. Imaginación pasiva. Visiones. Medios artificiales para provocar alucinaciones. Fumigaciones. Espejos mágicos. Predicciones de fortuna. Meditación. Ejercicio de la voluntad. Mesmerismo e hipnotismo. Irrealidad de las ilusiones. Mediumnidad. Responsabilidad. Poder de la imaginación. Estados *postmortem*. Materialidad y densidad. Cielo e infierno. Felicidad..... **71**

CAPITULO VII

CONCIENCIA

Mente. Conciencia absoluta y relativa. Realización de la existencia. Percepción. Desarrollo de los sentidos. Luz y tinieblas. Resistencia. Luz astral. Formas astrales. Casas frecuentadas. Vista y tacto. Verdadera conciencia. Razón y razonamiento. Conciencia muscular. Conciencia astral. Obsesiones. Formas mentales. Apariciones. Conciencia doble. Proyección de la forma astral. El *Kama rupa*. Doble memoria. El hombre interno. Sonambulismo y éxtasis. Dos vidas. Dos almas. Dos atracciones. Conciencia espiritual. Sabiduría. Organización. Regeneración. El cuerpo espiritual..... **82**

CAPITULO VIII

INCONCIENCIA

Conocimiento es vida. Ignorancia es muerte. Vida relativa y muerte relativa. Muerte física. Inmortalidad. *Nirmânakâyas*. La muerte es un cambio. Dios se redime a sí

mismo. Principios y formas. Cascarones o cadáveres vivientes. Locura. Proceso de muerte. La forma astral. Carta de un Adepto. *Kamaloka*. Alma animal. Cielo e infierno. Conciencia *postmortem*. Devakán. La muerte mística. Espiritualismo y espiritismo. Comunicaciones de los muertos. Inmortalidad consciente. Objeto de la vida. Reencarnación. La toma de un cuerpo nuevo. ¿Nos conoceremos después de la muerte? La degradación es muerte. Magia negra. Magia blanca. Evolución. Amor perpetuo.... **92**

CAPITULO IX

TRANSFORMACIONES

Memoria. La luz astral. Impresiones y tentaciones. Responsabilidad. Crímenes. Pena de muerte. Clarividencia. Profecía. Amuletos. La *Mumia*. Poder misterioso de las piedras preciosas. Acción de las drogas. Materia primordial. Elementos químicos. Transformación. Voluntad de imaginación. La alquimia en sus tres aspectos. Proyección del pensamiento. Epidemias mentales. Receptividad. Fenómenos ocultos. H.P. Blavatsky. Dominio del pensamiento. El *Maestro*. Sabiduría. Acumulación de energía. Manifestaciones de conciencia. Organización requerida. El hombre divino. El Redentor **102**

CAPITULO X

CREACION

El gran misterio. El hombre. Memoria y olvido. El hombre, creador de su mundo. El hombre hecho a sí mismo. Naturalezas material y espiritual. Cosmología. Mitología. Alimento animal. Ocultismo práctico. Unión. Fe y duda. Acción. Desarrollo del poder de la voluntad. Experiencias de la vida. Verdad y error. Deber. Conocimiento. Creencia. El sendero. Reglas de conducta **114**

CAPITULO XI

LUZ

Espíritu y forma. Libertad. Personalidad e individualidad. Lo permanente y lo transitorio. Hermes Trismegisto. El Salvador. El Señor. El verdadero bautismo, perdón de los pecados, comunión y matrimonio. La verdadera iglesia universal. El “Hijo del Hombre”. Nacimiento del Cristo. Historia bíblica. Oración. La verdadera fe. Conocimiento del alma. Efectos físicos de la regeneración. Sufrimiento. Los verdaderos rosacruces y sus símbolos. Iniciación. Alimento espiritual. Ceremonias. Jesús de Nazareth. Redención. Alegorías. El doctor Fausto. Verdadero conocimiento. Inegoísmo. Bien y mal. Pecados imperdonables **126**

CAPITULO XII

TEOSOFIA

Belleza indescriptible. El sol espiritual. La sabiduría divina es el conocimiento de la verdad. La piedra filosofal. El elixir de vida y la panacea universal. Poder mágico. El sendero. Conocer. Conocimientos vedados. Verdadero conocimiento. Querer. Amor es fuente del verdadero conocimiento. Desarrollo del poder de la voluntad. Osar es obedecer a la ley. Fortalecimiento de la voluntad. Fakires. *Hatha yoga*. Valor estoico y valor teosófico. Abnegación. Callar. Jacobo Boehme. *Raja yoga*. Instrucciones. Símbolos. Lenguaje. La palabra trina. El lenguaje de la naturaleza. Idioma universal. Pensamiento, palabra y obra. Símbolos místicos. La estrella de cinco puntas. El doble

triángulo entrelazado. La cruz. Los hermanos de la áurea rosacruz. La verdadera rosacruz.
La comprensión de la verdad134

APENDICE
NUEVA GUIA DEL SENDERO
PARA QUIENES DESEEN
SEGUIRLO PRÁCTICAMENTE 149